BRUGUERA • LIBRO AMIGO • BRUGUERA • LIBRO AMIGO

ISAAC ASIMOV

LOS PROPIOS DIOSES

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Esta novela se divide en tres secciones ubicadas en diferentes tiempos y lugares, incluso en dos universos diferentes. Originalmente fue publicada en revistas como tres historias consecutivas.

El título, así como cada una de las partes de la novela fueron tomadas de la frase «Contra la estupidez, los mismos dioses luchan en vano», de la cita original «Mit der Dummheit kämpfen Götter selbst vergebens.» de Friedrich Schiller (1759–1805).

La trama principal es una conspiración de alienígenas que habitan un universo paralelo moribundo, con el propósito de convertir el Sol en una supernova y poder colectar la energía resultante para su propio uso y continuidad de su forma de vida (curiosamente en su novela «El fin de la Eternidad» el sol se convierta en una nova, no en una supernova, cuya energía es utilizada con provecho para los viajes transtemporales).

- Isaac Asimov
- 1. CONTRA LA ESTUPIDEZ…
  - 6
  - 1
  - 6 (continuación)
  - 2
  - 3
  - 6 (continuación)
  - 4
  - 5
  - 6 (conclusión)
  - 7
  - 8
  - 9
  - 10
- 2.…LOS PROPIOS DIOSES…
  - 1a
  - 1b
  - 1c
  - 2a
  - 2b
  - 2e
  - 3a
  - 3b
  - 3c
  - 4a

    - 4b
    - 4c
    - 5a
    - 5b
    - 5c
    - 6a
    - 6b
    - 7abc
- 3…¿LUCHAN EN VANO?
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- INDICE
- notes
    - 1
    - 2
    - 3

Isaac Asimov
Los propios dioses

Título original: The gods themselves

1. CONTRA LA ESTUPIDEZ…

6

—¡Es inútil! — exclamó Lamont, con brusquedad—. No he obtenido ningún resultado.

Su expresión sombría concordaba bien con las profundas cuencas de sus ojos y la leve simetría de su largo mentón. Aquella gravedad se advertía incluso en sus momentos de buen humor, y éste no era uno de ellos. Su segunda entrevista formal con Hallam había sido un fracaso mayor que la primera.

— No exagere — dijo Myron Bronovski, con tono plácido—. Usted ya lo esperaba, según me dijo.

Estaba tirando cacahuetes al aire y los cogía con sus labios gruesos mientras caían. Nunca fallaba. No era muy alto, ni muy delgado.

— Esto no lo convierte en agradable. Pero tiene razón, no importa. Hay otras cosas que puedo hacer y que estoy decidido a hacer y, aparte de eso, dependo de usted. Si por lo menos pudiera descubrir…

— No siga, Pete. Ya lo he oído otras veces. Todo lo que he de hacer es descifrar la mentalidad de una inteligencia inhumana.

— Una inteligencia sobrehumana. Esas criaturas del parauniverso están intentando hacerse comprender.

— Tal vez — suspiró Bronovski—, pero intentan hacerlo a través de mi inteligencia, que en ciertas ocasiones considero por encima de la humana, pero no demasiado. A veces, en plena noche, no puedo conciliar el sueño y me pregunto si inteligencias diferentes pueden llegar a comunicarse; o si he tenido un mal día, dudo de que la frase «inteligencias diferentes» tenga algún significado.

— Lo tiene — declaró Lamont, salvajemente, cerrando los puños dentro de los bolsillos de su bata. Se refiere a Hallam y a mí. Se refiere a ese héroe de pacotilla, el doctor Frederick Hallam, v a mí. Somos inteligencias diferentes porque cuándo le hablo no me comprende. Su cara de idiota se pone cada vez más roja, sus ojos se hacen saltones y sus orejas se bloquean. Yo diría que su mente deja de funcionar, pero me falta la prueba de cualquier otro factor que pueda provocar esta interrupción de su funcionamiento.

Bronovski murmuró

— Vaya manera de hablar del Padre de la Bomba de Electrones.

— Eso es. Considerado como el Padre de la Bomba de Electrones. Un nacimiento bastardo como el que más. Su contribución fue la menor en sustancia. Lo sé.

— Yo también lo sé. Me lo ha dicho usted a menudo — replicó Bronovski, tirando otro cacahuete al aire.

Tampoco esta vez falló.

1

Habla sucedido treinta años atrás. Frederick Hallam era un radioquímico, su tesis doctoral estaba recién impresa y no daba ninguna muestra de ser un innovador.

Sus primeras innovaciones surgieron a partir de que colocó sobre su escritorio un polvoriento frasco de reactivo marcado «Metal de Tungsteno». No era suyo; nunca lo había usado. Era una reliquia de un día remoto en que algún anterior ocupante de la oficina debió necesitar tungsteno por una razón desconocida. En realidad, ya ni siquiera era tungsteno. Consistía en unas bolitas de algo enteramente recubierto por el óxido: grises y polvorientas. Ya no servía para nada.

Un día, Hallam entró en el laboratorio (exactamente el 3 de octubre de 2070), empezó a trabajar, se detuvo un poco antes de las diez de la mañana, permaneció transfigurado, ante el frasco y lo levantó. Estaba tan polvoriento como siempre y la etiqueta seguía estando borrosa, pero él exclamó

— Maldita sea. ¿Quién demonios ha tocado esto?

Tal era, por lo menos, la versión de Denison, que escuchó la observación y la repitió a Lamont una generación más tarde. La versión oficial del descubrimiento, según consta en los libros, prescinde de la fraseología. Produce la impresión de un químico muy observador, que advierte un cambio y al instante saca importantes deducciones.

Pero no fue así. Hallara no necesitaba el tungsteno; no tenía el menor valor para él, y que lo hubiesen tocado no podía importarle en absoluto. Pero odiaba cualquier intromisión en su mesa de trabajo (como tantos otros) y sospechaba que los demás ardían en deseos de revolverla por pura malicia.

Nadie admitió entonces tener algo que ver con la cuestión. Benjamín Allan Denison, que oyó la observación inicial, tenía su oficina al otro lado del pasillo, y las dos puertas estaban abiertas. Levantó la vista y vio la mirada acusadora de Hallam.

Hallam no le resultaba particularmente simpático (nadie sentía una especial simpatía por él), y había pasado una mala noche. Por casualidad, le satisfacía bastante, como recordó después, encontrar a alguien contra quien desahogar su mal humor, y Hallam era el candidato ideal.

Cuando éste le acercó el frasco a la cara, Denison retrocedió con evidente disgusto.

—¿Por qué diablos me habría de interesar su tungsteno? —replicó—. ¿O a cualquier otra persona? Si se fija en el frasco, verá que no ha sido abierto en veinte años, y si no hubiera puesto sus sucias

patas en él, se daría cuenta de que nadie lo ha tocado.

Hallam enrojeció de ira, después de lo cual dijo

— Escuche, Denison. Alguien ha cambiado el contenido. Esto no es tungsteno.

Denison se permitió un leve pero claro tono burlón

—¿Cómo puede saberlo usted?

Con detalles semejantes, mezquinas ironías y velados insultos, se escribe la historia.

Hubiera sido una observación desafortunada en cualquier caso. El historial científico de Denison, reciente como el de Hallam. era mucho más brillante y se le consideraba el cerebro del departamento. Hallam lo sabía y, lo que aún era peor, también lo sabía Denison, quien no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. La frase de Denison: «¿Cómo puede saberlo usted? con un claro e inconfundible énfasis en el «usted», fue motivo más que suficiente para todo lo que siguió. Sin ella, Hallam no se hubiera convertido jamás en el científico más grande y respetado de la historia, para utilizar la frase exacta que Denison usó después en su entrevista con Lamont.

Oficialmente, Hallam, al entrar en su oficina aquella famosa mañana, observó que faltaban las polvorientas bolitas grises (incluso el polvo de la superficie interior había desaparecido) y vio en su lugar el limpio gris acerado del metal. Como es natural, empezó a investigar…

Pero dejemos a un lado la versión oficial. La causa fue Denison. De haberse limitado a una simple negativa, o a encogerse de hombros, lo más seguro es que Hallam hubiese preguntado a otros y, al final, cansado de no encontrar explicación, hubiera olvidado el frasco, dejando a la tragedia subsiguiente, ya fuera sutil o drástica (según el tiempo que tardase en llegar el descubrimiento definitivo), la tarea de guiar el futuro. En cualquier caso, no hubiera sido Hallam quien llevase a término el descubrimiento.

Ante el despreciativo «¿Cómo puede saberlo usted?», Hallam tuvo que replicar furiosamente:

— Le demostraré que lo sé.

Y después de esto, nada pudo detenerle. El análisis del metal que contenía el viejo recipiente se convirtió en su meta principal, y su deseo más acucíante, en borrar la arrogancia del rostro de Denison y la perpetua expresión desdeñosa de sus labios exangües.

Denison no olvidó jamás aquel momento, porque fue su propia observación la que empujó a Hallam hacia el Premio Nóbel y, a sí mismo, al olvido.

No podía saber (o de haberlo sabido, no le hubiera importado entonces) que existía una tremenda obstinación en Hallara, la temerosa urgencia del mediocre de salvaguardar su orgullo, gracias a

la cual llegaría más lejos que Denison, pese a la natural inteligencia de este último.

Hallara puso manos a la obra y se dedicó por entero a ella. Llevó su metal al departamento de espectrografía de masas. Como químico en radiación, se trataba de un paso natural. Conocía a los técnicos, había trabajado con ellos y era persuasivo. Era persuasivo hasta tal extremo, que su encargo tomó la delantera a proyectos de mucha más urgencia y envergadura.

El espectrógrafo le comunicó al fin:

Pues bien, esto no es tungsteno.

El rostro ancho y grave de Hallam se distendió en una dura sonrisa.

— Muy bien. Se lo diremos al niño prodigio de Denison. Quiero un informe y…

— Espere un momento, doctor Hallam. Le he dicho que no es tungsteno, pero eso no significa que sepa de qué se trata.

—¿Cómo no lo sabe?

— Me refiero a que los resultados son ridículos. — El técnico reflexionó unos momentos—. Imposibles, en realidad. La relación carga-masa es absurda.

—¿Absurda en qué sentido?

— Demasiado alta. Es sencillamente imposible.

— Bien. En tal caso — dijo Hallam, y excluyendo El motivo que le impulsaba, su siguiente observación se puso en el camino hacia el Premio Nóbel, y podría incluso decirse, merecidamente—, consiga la frecuencia de su radiación característica y calcule la carga absoluta. No se contente con.sentarse y repetir: que algo es imposible.

El técnico estaba excitado cuando entró en la oficina de Hallam algunos días después.

Este último ignoró la excitación de su interlocutor (nunca había sido sensible) y preguntó:

—¿Ha encontrado…? — Dirigió entonces una mirada suspicaz a Denison, que se hallaba ante su mesa en su propia oficina, y fue a cerrar la puerta—. ¿Ha encontrado la carga nuclear?

— Sí, pero es imposible.

— Entonces, Tracy, vuelva a empezar.

— Lo he hecho una docena de veces. Es imposible.

— Si ha realizado una medición, no discuta con los hechos.

Tracy se rascó la oreja y replicó:

— Tengo que hacerlo, doctor. Si tomo en serio las mediciones, entonces lo que usted me ha dado es plutonio-186.

—¿Plutonio-186? ¿Plutonio-186?

— La carga es 94. La masa es 186.

— Pero esto es imposible. No existe un isótopo semejante. No

puede existir.

— Es lo mismo que le estoy diciendo. Pero éstas son las mediciones.

— Pero una situación así nos da un núcleo con cincuenta neutrones de menos. No puede haber un plutonio-186. Es. imposible meter noventa y cuatro protones en un núcleo de sólo noventa y dos neutrones y lograr que permanezcan fusionados ni siquiera una trillonésima de segundo.

— Esto mismo le estoy diciendo, doctor — dijo Tracy, pacientemente.

Y entonces, Hallara se detuvo a pensar. Le faltaba el tungsteno, y uno de sus isótopos, el tungsteno-186, era estable. El tungsteno-186 tenla setenta y cuatro protones y ciento doce neutrones en su núcleo. ¿Era posible que algo hubiese convertido los veinte neutrones en veinte protones? Seguramente era imposible.

—¿Hay alguna señal de radiactividad? — preguntó Hallara, buscando a tientas una salida del laberinto.

— Ya lo he pensado — repuso el técnico—. Es estable. Absolutamente estable.

— Entonces no puede ser plutonio-186.

— Se lo he dicho muchas veces, doctor.

Hallara dijo, sin ninguna esperanza:

— Bueno, devuélvame el frasco.

Cuando volvió a encontrarse solo, estupefacto, se quedó mirando el frasco. El isótopo más estable del plutonio era el plutonio-240, en el cual eran precisos ciento cuarenta y seis neutrones para que los noventa y cuatro protones se mantuvieran unidos con alguna semblanza de estabilidad parcial.

¿Qué podía hacer ahora? La cuestión excedía sus facultades, y sentía haberla iniciado. Después de todo, tenia trabajos urgentes para hacer, y esto (este misterio) no le concernía en absoluto. Tracy habría cometido algún estúpido error o el espectrómetro de masas estaba averiado, o…

Bueno, ¿y qué? ¡Sería mejor olvidarlo!

Sólo que Hallara no podía hacerlo. Tarde o temprano, Denison aparecería por su oficina, y con aquella irritante sonrisa suya, le preguntaría por el tungsteno. Y entonces, que ¿podría responderle Hallam? Le diría:

— Como ya le dije, no es tungsteno.

Seguramente, Denison preguntaría:

—¡Oh! Pues, ¿qué es, entonces?

Por nada del mundo Hallam quería exponerse a las burlas que suscitaría su afirmación de que era plutonio-186. Tenía que averiguar de qué se trataba, debía averiguarlo él solo. Era evidente que no podía

fiarse de nadie.

Así pues, unos quince días más tarde entró en el laboratorio de Tracy hecho un basilisco.

—¡Oiga! ¿No me dijo usted que esa sustancia no ra radiactiva?

—¿Qué sustancia? — inquirió Tracy, automáticamente antes de recordarlo.

— Aquello que usted llamó plutonio-186 —repuso Hallam.

—¡Ah! En efecto, era estable.

— Tan estable como su estado mental. Si dice que o es radiactiva, su puesto está en una ferretería.

Tracy frunció el ceño.

— Muy bien, doctor. Démelo y hagamos la prueba — y luego exclamó—: ¡Increíble! Es radiactiva. No lucho, pero lo es. No comprendo cómo pude pasarlo por alto.

—¿Y quiere que me trague su cuento de que es plutonio-186?

Ahora, el asunto obsesionaba a Hallam. El misterio había llegado a ser tan exasperante como una afrenta personal. Quienquiera que fuese el que había cambiado los frascos, o el contenido, debía haberlo ¡echo de nuevo o inventado un metal con el exclusivo propósito de ponerle en ridículo. En ambos casos, estaba dispuesto a llegar hasta el fin para resolver el acertijo, si se veía obligado a ello… y si podía.

Le ayudaban su obstinación y una intensidad que o cejaba con facilidad, de modo que acudió directamente a G. C. Kantrovich, que entonces cursaba el último año de su notabilísima carrera. La colaboración de Kantrovich fue difícil de obtener, pero una vez convencido, se apasionó con celeridad.

De hecho, dos días después se precipitó en la oficina de Hallam, dominado por una gran agitación.

—¿Ha tocado usted esta sustancia con las manos?

— No mucho — dijo Hallam.

— Pues no lo haga. Si tiene más cantidad, no la toque. Está emitiendo positrones.

—¿Cómo?

— Los positrones más energéticos que he visto… Y sus cifras sobre su radiactividad son demasiado bajas.

—¿Demasiado bajas?

— Positivamente. Y lo que me preocupa es que cada medición que tomo es un poco más alta que la anterior.

6 (continuación)

Bronovski encontró una manzana en el voluminoso bolsillo de su chaqueta y la mordió.

— Muy bien, ha visto usted a Hallan y ha sido expulsado a puntapiés como era de esperar. ¿Qué más?

— Aún no lo he decidido. Pero sea lo que fuere, le voy a hacer caer sobre su gordo trasero. Ya sabe que yo le había visto otra vez, hace años, cuando llegué aquí; cuando pensaba que era un gran hombre. Un gran hombre… Es el mayor villano en la historia de la ciencia. Ha copiado y la historia de la Bomba, imagínese, la tiene copiada aquí… —Lamont se golpeó la sien—. Cree en su propia fantasía y luchó por ella con una furia enfermiza. Es un pigmeo con un Único talento, la habilidad de convencer a los demás de que es un gigante.

Lamont contempló la cara ancha y plácida de Bronovski, que ahora expresaba diversión, y se rió de mala gana

— Bueno, esto no sirve de nada y, de todos modos, ya se lo he dicho muchas veces.

— Muchas veces — repitió Bronovski.

— Pero es que me revienta que el mundo entero…

2

Peter Lamont tenía dos años cuando Hallam cogió por primera vez su tungsteno alterado. Al cumplir veinticinco, pasó a formar parte de la Primera Estación de la Bomba, recién graduado, y aceptó un empleo simultáneo en la Facultad de Física de la universidad.

Era un notable y satisfactorio logro para un)oven de su edad. La Primera Estación de la Bomba no tenía la importancia de las— estaciones posteriores, pero era la precursora de todas ellas, de toda la cadena que ahora circundaba el planeta, aunque la nueva tecnología había cumplido sólo dos décadas. Ningún progreso tecnológico de primera magnitud había sido adoptado con tanta rapidez y tan completamente, y, ¿por qué no? Significaba energía gratis e ilimitada, y carecía de problemas. Era el Santa Claus y la lámpara de Aladino del mundo entero.

Lamont había aceptado el empleo con el fin de tratar con problemas de la más elevada abstracción teórica y, sin embargo, se sentía interesado por la sorprendente historia del desarrollo de la Bomba de Electrones. Nunca había sido descrita en su totalidad por alguien que comprendiera realmente sus principios teóricos (en la medida en que podían ser comprendidos) y que fuera capaz de traducir sus complejidades para el público en general. Como es natural. Hallam había escrito una serie de artículos para su difusión popular, pero éstos no presentaban una historia razonada y coherente, algo que Lamont deseaba ardientemente realizar.

Empezó utilizando los artículos de Hallam y otras reminiscencias que habían sido publicadas (los documentos oficiales, por decirlo así) y que terminaban con la sensacional observación de Hallam, la Gran Percepción, como se la llamaba a menudo (invariablemente con letras mayúsculas).

Después, por supuesto, cuando Lamont experimentó su desilusión, empezó a indagar con más profundidad, y en su mente se formuló la duda de que la gran observación de Hallam se debiera realmente a Hallam. Había sido pronunciada en el seminario que marcó el verdadero comienzo de la Bomba de Electrones y, sin embargo, resultó que era extraordinariamente difícil conseguir los detalles de aquel seminario y totalmente imposible conseguir las cintas magnetofónicas.

Eventualmente, Lamont empezó a sospechar que la vaguedad de las huellas dejadas en las arenas del tiempo por aquel seminario no era puramente accidental. Atando cabos con aplicación, llegó a parecerle probable que John F. X. McFarland hubiera dicho algo muy parecido a la crucial declaración hecha por Hallam y, además, antes que éste.

Fue a ver McFarland, que no figuraba para nada en los informes oficiales y que ahora se dedicaba a la investigación de la estratosfera, en especial al viento solar. No era un trabajo de primera línea, pero tenía su importancia y bastantes puntos de contacto con los efectos de la Bomba. Era evidente que McFarland había evitado caer en el olvido en que estaba sumido Denison.

Fue muy cortés con Lamont y se mostró dispuesto a hablar acerca de cualquier tema, excepto de lo sucedido en aquel seminario. Sencillamente, no recordaba nada de él.

Lamont insistió, para lo cual citó la evidencia que había recopilado.

McFarland sacó una pipa, la llenó, inspeccionó minuciosamente su contenido y dijo, con peculiar énfasis

— No quiero acordarme, porque no tiene importancia; de verdad que no la tiene. Suponga que alego que yo había dicho algo. Nadie lo creería. Sólo conseguiría aparecer como un idiota y, además, megalómano.

—¿Y Hallam se encargaría de que fuese jubilado? — No he dicho esto, pero no creo que me sirviera pie nada. Aparte de que nada cambiaría.

—¡Se trata de establecer una verdad histórica! — exclamó Lamont.

— Tonterías. La verdad histórica es que Hallam nunca cejó. Obligó a todo el mundo a investigar, unto si querían como si no. De no ser por él, el tungsteno hubiera explotado algún día, causando no sé cuántas víctimas. Tal vez nunca hubiese habido otra muestra y nunca hubiéramos tenido la Bomba. Hallam merece que se le atribuya, aunque no merezca los honores, y si esto no tiene sentido, lo siento, porque la historia no tiene sentido.

Lamont no se sintió satisfecho con la respuesta, pero tuvo que contentarse con ella, porque McFarland se negó rotundamente a decir nada más.

¡Verdad histórica!

Una verdad histórica que parecía incontestable era la radiactividad creciente emitida por el «tungsteno de Hallamy (como se le llamaba, según la costumbre establecida). No importaba que fuese o no fuese tungsteno, que lo hubiesen adulterado o no; ni siquiera que fuese o no fuese un isótopo imposible. Todo palidecía ante el asombro de tener algo, cualquier cosa, que mostraba una intensidad radiactiva constantemente en aumento bajo circunstancias que excluían la existencia de cualquier tipo de elemento radiactivo conocido entonces.

Al cabo de un tiempo, Kantrovich murmuró

— Será mejor que lo mezclemos. Si lo guardamos en trozos grandes, se vaporizará o explotará o hará ambas cosas a la vez,

contaminando a media ciudad.

Así pues, lo redujeron a polvo y empezaron por mezclarlo con tungsteno ordinario, y después, cuando el tungsteno se hizo radiactivo a su vez, lo. mezclaron con grafito, que era menos sensible a la radiación.

Menos de dos meses después de que Hallam observara el cambio operado en el contenido del frasco, Kantrovich, en una comunicación al editor de Nuclear Reviews, con el nombre de Hallam como coautor, anunció la existencia del plutonio-186. De este modo fue corroborado el primer veredicto de Tracy, pero su nombre no fue mencionado, ni entonces ni después. Aquello prestó al tungsteno de Hallam una importancia épica, y Denison empezó a notar los cambios que terminaron por convertirle en una nulidad.

La existencia del plutonio-186 ya era de por sí bastante grave. Pero que al principio fuera estable y desarrollase una radiactividad siempre creciente era mucho peor.

Se organizó un seminario para tratar del problema. Kantrovich lo presidió, lo cual fue una interesante nota histórica, porque resultó ser la última vez en la historia de la Bomba de Electrones que un hombre que no fuese Hallam presidiera una reunión convocada para hablar de ella. De hecho, Kantrovich murió cinco meses después y, así, desapareció la única personalidad con el prestigio suficiente para hacer sombra a Hallam.

El seminario fue extraordinariamente infructuoso hasta que Hallam anunció su Gran Percepción, pero en la versión que reconstruyó Lamont, el verdadero punto álgido se produjo durante la pausa para el almuerzo. Entonces, McFarland, a quien no se le imputa ninguna observación en los informes oficiales, aunque estaba apuntado como coadjutor, dijo:

— Verán, lo que aquí nos hace falta es un poco de fantasía. Supongamos…

Estaba hablando a Diderick van Klemens, y éste lo mencionó brevemente en una especie de diario personal. Mucho tiempo antes de que Lamont lograse dar con estas notas, Van Klemens había muerto y, aunque estas pruebas convencieron al propio Lamont, tuvo que admitir que no constituirían una historia muy convincente sin una corroboración ulterior. Además, no había manera de probar que Hallam hubiese oído la observación. Lamont hubiera apostado una fortuna a que Hallam se encontraba lo bastante cerca para oírla, pero su convicción tampoco era una prueba satisfactoria.

Y suponiendo que Lamont hubiese podido probarlo, el resultado podría haber lastimado el soberano orgullo de Hallam, pero no hacer tambalear su posición. Podía aducirse que, para McFarland, la observación fue pura fantasía. Era Hallam quien la aceptó como algo

más. Era Hallam quien estaba dispuesto a enfrentarse con el grupo y pronunciarla oficialmente, y arriesgarse al ridículo que podía acarrearle. Con seguridad, McFarland nunca hubiese querido figurar en el informe oficial con su «poco de fantasía».

Lamont hubiese podido replicar que McFarland era un notable físico nuclear con una reputación que mantener, mientras que Hallam era un joven radioquímico que podía decir cuanto le viniera en gana sobre física nuclear, y en su calidad de profano, lograr que nadie se lo tuviera en cuenta.

En cualquier caso, esto es lo que dijo Hallam, según la transcripción oficial:

— Caballeros, no vamos a ninguna parte. Por consiguiente, voy a hacer una sugerencia, no porque tenga mucho sentido sino porque es menos absurda que todo cuanto he oído hasta ahora… Nos enfrentamos con una sustancia, el plutonio-186, que no puede existir, ni siquiera como una sustancia momentáneamente estable, si las leyes naturales del universo tienen alguna validez. Por lo tanto, de ello se deduce que como existe y empezó existiendo como una sustancia estable, debe haber existido, por lo menos al principio, en un lugar o en un tiempo o bajo circunstancias en que las leyes naturales del universo eran diferentes de las actuales. Para decirlo crudamente, la sustancia que estamos estudiando no tuvo su origen en nuestro universo sino en otro, un universo alterno, un universo paralelo; llámenlo como quieran.

«Una vez aquí (y no pretendo saber cómo ha llegado), todavía seguía estable, y yo sugiero que esto se debía a que aún llevaba las leyes de su propio universo. El hecho de que se convirtiera con lentitud en radiactivo, y esta radiactividad fuera en aumento, puede significar que las leyes de nuestro propio universo se introdujeron poco a poco en su sustancia, si saben a qué me refiero.

«Hago notar que simultáneamente a la aparición del plutonio-186, desapareció una muestra de tungsteno, compuesto de varios isótopos estables, incluyendo el tungsteno-186. Puede haberse trasladado al universo paralelo. Después de todo, es lógico suponer que resulta más sencillo un intercambio de masas que un simple traslado sin retorno. En el universo paralelo, el tungsteno-186 puede ser tan anómalo como aquí el plutonio-186. Puede empezar como una sustancia estable y convertirse lentamente en radiactivo. Allí puede servir como una fuente de energía, del mismo modo que lo sería aquí el plutonio-186.

El auditorio debió escuchar con profunda estupefacción, porque ninguna interrupción ha sido registrada, por lo menos hasta la última frase recogida más arriba, momento en el cual Hallam hizo una pausa para recobrar el aliento, y tal vez extrañado ante su propia temeridad.

Alguien de entre el auditorio (posiblemente Antoine — Jerome Lapin, aunque el informe no lo concreta) preguntó si el profesor Hallam estaba sugiriendo que un agente inteligente del parauniverso había provocado deliberadamente el intercambio con el fin de obtener una fuente de energía. La expresión «parauniverso», inspirada en apariencia como una abreviación de «universo paralelo», hizo así su aparición en el idioma. Esta pregunta contenía la primera utilización registrada de la palabra.

Se produjo una pausa; entonces, Hallam, más osado que nunca, declaró (y éste fue el inicio de la Gran Percepción)

— En efecto, así lo creo, y pienso que la fuente de energía no puede ser práctica a menos que el universo y el parauniverso trabajen juntos, cada uno con la mitad de una bomba, lanzando la energía de ellos a nosotros y de nosotros a ellos, aprovechando la diferencia entre las leyes naturales de los dos universos.

Hallam, en este punto, adoptó la palabra «parauniverso» y la hizo suya. Además, fue el primero en usar la palabra «Bomba» (desde entonces, invariablemente con mayúscula) en relación con el asunto.

En el informe oficial se tiende a dar la impresión de que la sugerencia de Hallam se aceptó de inmediato, pero no fue así. Quienes estaban dispuestos a hablar de ello no se comprometían más allá de declararlo una especulación divertida. Kantrovich, en particular, no dijo una palabra. Esto fue crucial para la carrera de Hallam.

Hallam no podía llevar a cabo por sí solo las implicaciones teóricas y prácticas de su sugerencia. Se necesitaba un equipo, y éste fue formado. Pero nadie del equipo, hasta que fue demasiado tarde, quería asociarse abiertamente con la sugerencia. Cuando el éxito fue indiscutible, el público ya se había acostumbrado a atribuirlo a Hallam, y sólo a él. Para todo el mundo fue Hallam, y sólo él, quien descubrió la sustancia, quien concibió y transmitió la Gran Percepción; y, por consiguiente, fue Hallam el Padre de la Bomba de Electrones.

Así pues, en distintos laboratorios se trataron tentativamente gránulos de metal de tungsteno. Se hizo la transferencia en uno de cada diez y se obtuvieron nuevas reservas de plutonio-186. Otros elementos fueron ofrecidos como cebo y rehusados… Pero dondequiera que apareciese el plutonio-186, y quienquiera que aportase la reserva a la organización central de investigación que trabajaba en el problema, el público siempre lo consideraba una cantidad adicional del «tungsteno de Hallam».

También fue Hallam quien presentó con más éxito al público algunos aspectos de la teoría. Ante su propia sorpresa (como dijo más tarde), resultó un escritor de pluma fácil y gozaba popularizando el tema. Por añadidura, el éxito tiene su propia inercia, y el público no

aceptaba información sobre el proyecto si no provenía de Hallam.

En un artículo que se hizo famoso, publicado en el North American Sunday Tele — Times Weekly, escribió: «No podemos precisar los diversos aspectos en que las leyes del parauniverso difieren de las nuestras, pero podemos suponer con cierta seguridad que la fuerte acción nuclear, que es la mayor fuerza conocida en nuestro universo, es incluso más potente en el parauniverso: quizá unas cien veces más. Esto significa que los protones se mantienen fusionados con más facilidad contra su propia atracción electrostática y que un núcleo requiere menos neutrones para producir estabilidad.

El plutonio-186, estable en aquel universo, contiene demasiados protones, o es demasiado pobre en neutrones para ser estable en el nuestro con su acción nuclear menos efectiva. El plutonio-186, situado en nuestro universo, empieza a radiar positrones, emitiendo energía al hacerlo, y por cada positrón irradiado, un protón en el interior de un núcleo se transforma en un.neutrón. Eventualmente, veinte protones por núcleo se han transformado en neutrones, y el plutonio-186 se ha convertido en el tungsteno-186, que es estable según las leyes de nuestro propio universo. En este proceso, veinte positrones por núcleo han sido eliminados. Estos se encuentran, se mezclan, y aniquilan veinte electrones, produciendo más energía, de modo que por cada núcleo de plutonio-186 que recibimos, nuestro universo pierde veinte electrones.

«Eh cambio, el tungsteno-186 que se introduce en el parauniverso es inestable allí por la razón opuesta. Según las leyes del parauniverso, tiene demasiados neutrones, o le faltan protones. Los núcleos de tungsteno-186 empiezan a emitir electrones, produciendo energía continua al hacerlo, y por cada electrón emitido, un neutrón se convierte en un protón, hasta que, al final, vuelve a ser plutonio-186. Por cada núcleo de tungsteno-186 introducido en el parauniverso, aparecen veinte electrones más.

«El plutonio-tungsteno puede repetir este ciclo indefinidamente entre el universo y el parauniverso, produciendo energía primero en uno y después en otro, y el efecto neto es la transferencia de veinte electrones de nuestro universo al suyo por cada núcleo que completa este ciclo. Ambas partes pueden adquirir energía de lo que es, en efecto, una Bomba de Electrones Interuniversal.»

La transformación de esta idea en una realidad y la creación de la Bomba de Electrones como efectiva fuente de energía se llevó a cabo con asombrosa rapidez, y cada etapa de su éxito ensalzó el prestigio de Hallam.

3

Lamont no tenía motivos para cuestionar las bases de este prestigio, y con exaltada admiración (de la cual más tarde se avergonzó y a la cual intentó, con cierto éxito, eliminar de su mente), buscó por primera vez la oportunidad de entrevistar a Hallam con vistas a la historia que deseaba escribir.

Hallam parecía accesible al diálogo. En treinta años, su posición en la estima del público se había encumbrado extraordinariamente. Físicamente, había envejecido de modo impresionante, y su aspecto no era elegante. Su cuerpo tenía una gravedad que comunicaba la impresión de una pesadez circunstancial, y pese a que los rasgos de su cara eran toscos, parecía capaz de darles el aire de una especie de reposo intelectual. Seguía enrojeciendo con facilidad, y la rapidez con que su vanidad se sentía herida había llegado a ser un tópico.

Hallam fue aleccionado brevemente antes de que Lamont hiciera su aparición. Dijo:

— Usted es el doctor Peter Lamont y tengo entendido que ha hecho un buen trabajo en parateoría. Recuerdo su ensayo. Sobre la parafusión, ¿verdad?

— Sí, señor.

— Bueno, pues refrésqueme la memoria. Háble me de él. De manera informal, claro, como si hablara con un profano. Después de todo añadió con una risita—, en cierto modo soy un profano. Ya sabe que soy radioquímico; y no precisamente un gran teórico, a menos que tengamos en cuenta sólo ciertos conceptos.

En aquella ocasión, Lamont aceptó estas palabras como una declaración de sinceridad, y es posible que la parrafada no fuese tan obscenamente condescendiente como más tarde insistió en calificarla. Sin embargo, era típica en él, como Lamont descubrió después; era el método que Hallam usaba para entresacar los puntos esenciales del trabajo hecho por los demás. En ocasiones posteriores solía mencionarlos como de pasada, sin hacer hincapié, o incluso sin nombrar, los méritos ajenos.

Pero el joven Lamont se sintió bastante halagado, y de inmediato comentó con el voluble entusiasmo que le embarga a uno al exponer sus propios descubrimientos

— No puedo envanecerme de haber hecho gran cosa, doctor Hallam. Deducir las leyes de la naturaleza del parauniverso (las paraleyes) es una cuestión muy intrincada; contamos con muy poco para empezar. Yo partí de lo que sabemos y descarté las ideas nuevas que no me ofrecían suficientes garantías. Con una acción nuclear más potente, parece evidente que la fusión de los núcleos pequeños se

produce con mayor rapidez.

— Parafusión dijo Hallam.

— Sí, señor. El truco era calcular simplemente los posibles detalles. Las matemáticas implicadas eran algo sutiles, pero una vez hechas unas cuantas transformaciones, las dificultades tendieron a desaparecer. Resulta, por ejemplo, que se puede provocar una fusión catastrófica del litio hídrico a temperaturas de cuatro órdenes de magnitud más bajas allí que aquí. Se precisan temperaturas de una bomba nuclear para que aquí explote el litio hídrico, pero en el parauniverso se conseguiría con una simple carga de dinamita, por así decirlo. Incluso es posible que en el parauniverso pudiera encenderse el litio hídrico con una cerilla, aunque no es muy probable. Les hemos ofrecido litio hídrico, puesto que la energía de fusión puede ser natural para ellos, pero no quieren aceptarlo.

— Sí, ya estoy enterado.

— Seguramente es demasiado peligroso para ellos; como usar nitroglicerina a toneladas en los motores de los cohetes, sólo que aún es peor.

— Muy bien. Y también está usted escribiendo una historia de la Bomba.

— Una historia informal, señor. Cuando haya terminado el manuscrito se lo daré a leer, si me lo permite, para aprovecharme de sus íntimos conocimientos sobre la cuestión. De hecho, me gustaría aprovecharme ahora mismo de ellos, si usted dispone de un poco de tiempo.

— Puedo explicarle algo. ¿Qué quiere saber? — Hallam estaba sonriendo. Fue la última vez que sonrió en presencia de Lamont.

— El desarrollo de una Bomba efectiva y práctica, profesor Hallam, tuvo lugar a una rapidez vertiginosa — empezó Lamont—. En cuanto al proyecto de la Bomba…

— El Proyecto de la Bomba de Electrones Interuniversal — corrigió Hallam, sin dejar de sonreír.

— Sí, claro — dijo Lamont, carraspeando—: Me he limitado a usar el nombre popular. En cuanto se inició el proyecto, los detalles de ingeniería se desarrollaron con gran rapidez y sin pérdida de tiempo.

— Es cierto — convino Hallam, en tono complaciente— La gente ha intentado atribuirme la vigorosa e imaginativa dirección, pero yo no querría que usted lo recalque demasiado en su libro. La verdad es que disponíamos de un enorme fondo de cerebros en el proyecto, y no me gustaría que se quitara importancia a la inteligencia de los individuos que intervinieron, exagerando mi papel.

Lamont meneó la cabeza, un poco fastidiado. Consideraba superflua aquella observación. Dijo:

— No me refiero a esto en absoluto. Me refiero a la inteligencia

que hay al otro lado: a los parahombres, para usar la expresión popular. Ellos lo iniciaron. Nosotros les descubrimos después de la primera transferencia de plutonio a tungsteno; pero ellos nos descubrieron primero para poder hacer la transferencia, trabajando sobre la teoría pura, sin la ventaja de la indicación que nos dieron a nosotros. También entra en juego la chapa de hierro que nos enviaron.

La sonrisa de Hallam se había desvanecido. Con el ceño fruncido, le interrumpió bruscamente:

— Los símbolos no fueron comprendidos. Nada en ellos…

— Comprendimos las figuras geométricas, señor. Yo las he examinado y es evidente que estaban dirigiendo la geometría de la Bomba. Me da la impresión de que…

Hallam apartó su silla con un ominoso ruido. Replicó

— Dejemos esta cuestión, jovencito. Nosotros hicimos el trabajo, no ellos.

— Sí, pero ¿no es cierto que ellos…?

—¿Que ellos qué?

Lamont observó la arrolladora emoción que había suscitado, pero no pudo comprender la causa. Con vacilación, insistió.

— Que son más inteligentes que nosotros, que ríos hicieron el verdadero trabajo. ¿Existe alguna duda sobre esto, señor?

Hallam, con el rostro congestionado, se levantó.

— Existen muchas dudas — gritó—. No admitiré í misticismo aquí. Ya hay demasiado. Escuche, jovencito. — Y acercándose a Lamont, que seguía senado y no podía salir de su asombro, le señaló con n dedo gordinflón—: Si su historia va a mantener la hipótesis de que fuimos marionetas en manos de los parahombres, este instituto no va a publicarla; nadie, si, puedo evitarlo. No quiero degradar a la humanidad y a su inteligencia, y no consentiré en elevar a los parahombres a la categoría de dioses.

Lamont tuvo que retirarse, muy perplejo y profundamente disgustado por haber creado malestar cuando sólo pretendía inspirar buena voluntad.

Y entonces descubrió que sus fuentes de información se estaban agotando. Los hombres que habían sido locuaces una semana antes, ahora no recordaban nada y no tenían tiempo para más entrevistas.

Al principio, Lamont se irritó y después empezó a sentirse embargado por una lenta cólera. Lo contempló todo desde un nuevo punto de vista, y ahora comenzó a agobiar y a insistir, cuando antes se había limitado a preguntar. Siempre que se encontraba con Hallam en las reuniones del departamento, éste fruncía el ceño y simulaba no verle, y Lamont, a su vez, le miraba desdeñosamente.

Como resultado, Lamont advirtió que empezaba a naufragar su vocación de parateórico y se dedicó con más firmeza que nunca a

investigar la historia de la ciencia.

6 (continuación)

— El maldito estúpido — murmuró Lamont, recordando—. Hubiera tenido que estar allí, Mike, para ver su pánico ante cualquier sugerencia de que el otro lado era la fuerza motora. Lo recuerdo y me pregunto: ¿Cómo era posible conocerle, aunque fuera superficialmente, y no saber que reaccionaría de aquel modo? Puede considerarse dichoso de no haber tenido que trabajar nunca con él.

— Lo estoy — dijo Bronovski, con indiferencia—, aunque en ciertas ocasiones usted no es ningún ángel.

— No se lamente. En su trabajo no tiene problemas.

— Pero tampoco interés. ¿A quién le importa mi trabajo, excepto a mí mismo y a cinco personas más en todo el mundo? Tal vez a seis…, si usted se acuerda.

Lamont se acordaba.

—¡Ah! Tal vez — dijo.

4

El aspecto plácido de Bronovski nunca engañaba a quien llegaba a conocerle moderadamente bien. Era inteligente y no dejaba de preocuparse por un problema hasta que tenía la solución u hasta que lo había desmenuzado de tal manera que se convencía de que no existía solución.

Consideremos las inscripciones etruscas a las cuales debía su reputación. La lengua se había mantenido viva hasta el siglo primero de la era cristiana, pero el imperialismo cultural de los romanos la absorbió y la hizo desaparecer casi por completo. Las inscripciones que sobrevivieron a la hostilidad romana y — aún peor— a su indiferencia estaban escritas en letras griegas para que pudieran ser pronunciadas, pero nada más. El etrusco no parecía tener afinidades con ninguna de las lenguas vecinas; era muy arcaico, ni siquiera parecía indoeuropeo.

Por lo tanto, Bronovski se dedicó a otra lengua que tampoco parecía relacionada con ninguna lengua vecina, que era muy arcaica y que ni siquiera parecía indoeuropea, pero que estaba bien viva y que se hablaba en una región no muy lejana de donde habían vivido los etruscos.

¿Qué relación tendrían con la lengua vasca? se preguntó Bronovski. Y tomó el vasco como guía. Otros habían intentado lo mismo antes que él, pero habían renunciado a proseguir. Bronovski no renunció.

Era un trabajo agotador, porque el vasco, de por sí una lengua extraordinariamente difícil, representaba una ayuda muy poco sólida. A medida que avanzaba, Bronovski encontraba cada vez más razones para sospechar alguna conexión cultural entre los habitantes del norte de la antigua Italia y los del norte de la antigua España. Incluso se hubiera atrevido a afirmar, con bastante fundamento, la existencia de una numerosa tribu precéltica en la Europa occidental, de cuya lengua descendían el etrusco y el vasco. Sin embargo, en dos mil años, el vasco había evolucionado, contaminándose mucho del español. El intento, primero, de analizar su estructura en la época romana y después de relacionarlo con el etrusco, fue una hazaña intelectual de tremendas dificultades, y Bronovski dejó estupefactos a los filólogos del mundo entero cuando triunfó.

Las propias traducciones etruscas eran una maravilla de torpeza y no tenían la menor importancia; en su mayor parte, eran inscripciones funerarias. Sin embargo, el hecho de haber sido traducidas era admirable y, en un momento dado, resultaron de la mayor importancia para Lamont.

Pero no al principio. A decir verdad, las traducciones existían ya cinco años antes de que Lamont adquiriera los primeros conocimientos acerca de la existencia, en la antigüedad, del pueblo etrusco. Pero entonces, Bronovski fue a la universidad para pronunciar una de las anuales Conferencias de Confraternidad, y Lamont, que en general rehuía el deber de los miembros de la facultad de asistir a ellas, hizo acto de presencia en aquélla.

No porque reconociera la importancia del tema o porque sintiera el menor interés por él, sino porque salía con una chica graduada en el departamento de lenguas románicas, y ella le ofreció la alternativa de ir a la conferencia o a un festival de música al que Lamont no quería asistir. La amistad que les unía, aunque era superficial y poco satisfactoria para Lamont, fue el motivo que le llevó a la conferencia. Pero inesperadamente el tema le resultó interesante. La lejana civilización etrusca entró por vez primera en su mente como una cuestión de relativa importancia y el problema de resolver una lengua aún no descifrada se le antojó fascinante. En su juventud le había gustado resolver criptogramas, pero lo dejó junto con otros pasatiempos infantiles en favor de los criptogramas mucho más importantes planteados por la naturaleza, lo cual le condujo a la parateoría. Ahora, la charla de Bronovski le recordó gozosas horas de su juventud dedicadas a extraer algún significado de una desordenada colección de símbolos, con dificultad suficiente para hallar interesante la tarea. Bronovski era un criptógrafo en gran escala, y lo que entusiasmó a Lamont fue descripción del constante sondeo de la razón ocia el fondo de lo desconocido.

Todo hubiera acabado aquí (la triple coincidencia de la aparición de Bronovski en la universidad, la juvenil afición de Lamont por la criptografía y la presión social de una joven atractiva) de no ser por el hecho de que al día siguiente Lamont vio a Hallam y se colocó firmemente, y, como pudo comprobar después, de un modo permanente en la sombra.

Al cabo de una hora de haber concluido la entrevista, Lamont adoptó la decisión de ver a Bronovski. El motivo era el mismo que a él le parecía tan obvio que había ofendido tanta a Hallam. Por la sencilla razón de haber sido censurado, Lamont se sintió en la obligación de replicar y en relación específica con el punto de censura. Los parahombres eran más inteligentes que los hombres. Lamont lo creía de un modo casual hasta entonces, basándose en su intuición. Ahora se había convertido en algo vital. Debía probarlo y hacérselo tragar a Hallam; de través, a ser posible, y con todos los cantos hacia fuera.

Lamont se sentía ya tan liberado de su reciente admiración que disfrutaba con aquella perspectiva.

Bronovski aún estaba en la universidad, y Lamont dio con él e

insistió en verle. Al ser abordado, Bronovski demostró una plácida cortesía. Pero Lamont correspondió bruscamente a las frases corteses, se presentó con evidente impaciencia y dijo:

— Doctor Bronovski, estoy encantado de haberle visto antes de que se haya marchado. Espero poder convencerle de que se quede aquí durante algún tiempo.

Bronovski contestó:

— Quizá no le resulte difícil. Me han ofrecido un puesto en la facultad.

—¿Y usted va a aceptarlo?

— Lo estoy pensando. Es posible que sí.

— Debe hacerlo. Lo hará cuando oiga lo que tengo que decirle. Doctor Bronovski, ¿cuál será su tarea ahora que ha descifrado las inscripciones etruscas?

— Este no es mi único trabajo, joven. — Tenía cinco años más que Lamont—. Soy arqueólogo, y la cultura etrusca consiste en algo más que en simples inscripciones, y también deben investigarse otros aspectos de la cultura italiana preclásica.

— Pero, con seguridad, no existe nada tan emocionante y atractivo para usted como las inscripciones etruscas.

— En eso tiene razón.

— Por lo tanto, acogería con los brazos abiertos algo igualmente emocionante y atractivo, pero un trillón de veces más importante que esas inscripciones.

—¿En qué está pensando usted, doctor Lamont?

— Tenemos unas inscripciones que no forman parte de una cultura muerta, ni de nada existente en el mundo ni en el universo. Tenemos algo que se llama parasímbolos.

— He oído hablar de ellos. Mejor dicho, los he visto.

— Entonces habrá sentido el deseo de solucionar este problema, ¿no es cierto, doctor Bronovski? ¿Habrá deseado descifrar su significado?

— En absoluto, doctor Lamont, porque no existe tal problema.

Lamont le miró con suspicacia.

—¿Quiere decir que sabe leerlos?

Bronovski meneó la cabeza.

— No me ha comprendido. Quiero decir que no es posible descifrarlos. Carecemos de pase. En el caso de las lenguas de la Tierra, por más muertas que estén, siempre existe la posibilidad de encontrar una lengua viva, o una lengua muerta ya descifrada, que tenga alguna relación con ellas, por vaga que sea. En caso contrario, por lo menos contamos con el hecho de que cualquier lengua de la Tierra ha sido escrita por seres humanos, con una mentalidad humana. Esto representa un punto de partida, aunque sea insignificante. Nada de

esto puede aplicarse a los parasímbolos, por lo cual constituyen un problema insoluble. Una insolubilidad no es un problema.

Lamont había hecho un gran esfuerzo para no interrumpirle, y ahora exclamó

— Se equivoca, doctor Bronovski. No quiero producirle el efecto de que le enseño su profesión, pero usted desconoce algunos de los facto. — es que mi profesión ha descubierto. Estamos tratando con parahombres, de los cuales no sabemos casi nada. No sabemos cómo son, cómo piensan, en qué mundo viven; casi nada, por fundamental y básico que sea. Hasta aquí, usted tiene razón.

— Pero hay algo que usted sí sabe, ¿verdad?

Bronovski no parecía impresionado. Sacó del bolsillo un paquete de higos secas, lo abrió y empezó a comer. Ofreció a Lamont, pero éste rehusó y dijo:

— Exacto. Sabemos una cosa de crucial importancia. Son más inteligentes que nosotros. Punto primero: pueden hacer el intercambio a través del interuniverso, mientras nosotros sólo desempeñamos un papel pasivo.

Se interrumpió a sí mismo para preguntar

—¿Sabe usted algo acerca de la Bomba de Electrones Interuniversal?

— Un poco — repuso Bronovski—. Lo suficiente para seguirle, doctor, si no usa demasiados tecnicismos.

Lamont se apresuró a continuar:

— Punto segundo: nos enviaron instrucciones respecto a la fabricación de nuestra parte de la Bomba. Nosotros no podíamos comprenderlas, pero sí pudimos interpretar los diagramas lo bastante bien como para deducir muchas cosas. Punto tercero: de algún modo, son capaces de tener conciencia de nosotros. Un ejemplo es que por lo menos se enteran de que dejamos tungsteno para que ellos lo recojan. Saben dónde está y saben manejarlo. Nosotros no sabemos hacer nada comparable a esto. Hay otros puntos, pero éstos son suficientes para demostrar que los parahombres son más inteligentes que nosotros.

Bronovski dijo:

— Me imagino, sin embargo, que aquí usted forma parte de la minoría. Con seguridad, sus colegas no aceptan esto.

— No, no lo aceptan. Pero, ¿qué le hace llegar a esta conclusión?

— Que usted está completamente equivocado, según mi opinión.

— Mis datos son correctos. Y puesto que lo son, ¿cómo puedo estar equivocado?

— Usted prueba simplemente que la tecnología de los parahombres es más avanzada que la nuestra. ¿Qué tiene que ver esto con la inteligencia? Escuche — Bronovski se levantó para quitarse la chaqueta y, entonces, volvió a sentarse en una posición reclinada, para

relajar y acomodar su macizo cuerpo como si el descanso físico le ayudase a pensar—, hace unos dos siglos y medio, el comandante de la marina americana mandó una flotilla al puerto de Tokio. Los japoneses, aislados hasta entonces, — se encontraron frente a una tecnología que sobrepasaba en mucho la suya propia y decidieron que era improcedente oponer resistencia. Una nación guerrera de millones de habitantes se vio indefensa frente a unos cuantos barcos procedentes del otro lado del océano. ¿Probaba aquello que los americanos eran más inteligentes que los japoneses o, simplemente, que la cultura occidental había tomado otro rumbo? Resulta obvio que se trataba de esto último, ya que medio siglo después los japoneses imitaron con éxito la tecnología de Occidente, y al cabo de otro medio siglo se convirtieron en una importante potencia industrial, pese al hecho de haber sido derrotados en una de las guerras de la época.

Lamont escuchó con gravedad y, entonces, dijo: —Yo también he pensado en eso, doctor Bronovski, aunque ignoraba la historia japonesa; me gustaría disponer de tiempo para estudiar historia. Sin embargo, la analogía está mal aplicada. Es más que superioridad. técnica, es una cuestión de diferencia en el grado de inteligencia.

—¿Cómo puede afirmarlo, basándose sólo en la intuición?

— Por el mero hecho de que nos mandaron directrices. Estaban ansiosos de que nosotros construyéramos nuestra parte de la Bomba; tenían que inducirnos a fabricarla. No podían venir físicamente; incluso las finas chapas de hierro (la sustancia más estable en ambos mundos) sobre las que grababan sus mensajes, pronto se hicieron demasiado radiactivas para conservarlas enteras, aunque, naturalmente, antes tomamos copias permanentes con nuestros propios materiales.

Se detuvo para recobrar el aliento, pues se sentía demasiado excitado, demasiado ansioso. No quería demostrar un exceso de entusiasmo.

Bronovski le contemplaba con curiosidad.

— Muy bien, nos enviaron mensajes. ¿Qué intenta usted deducir de ello?

— Que confiaban en que les comprenderíamos. ¿Podían ser tan tontos como para mandar mensajes tan intrincados y, en algunos casos, de considerable longitud, sabiendo que no los comprenderíamos…? De no haber sido por sus diagramas, no hubiéramos conseguido nada. Y si confiaban en nuestra comprensión, ha de ser únicamente porque consideraban que unos seres como nosotros, con una tecnología más o menos avanzada como la suya (y deben haberla calculado de algún modo… otro punto a favor de mi tesis), también teníamos que ser tan inteligentes como ellos y no encontrar mucha dificultad en interpretar sus símbolos.

— Esto podría achacarse a su ingenuidad — comentó Bronovski, sin impresionarse.

—¿Se refiere usted a que piensan que sólo existe una lengua, hablada y escrita, y que otra inteligencia en otro universo habla y escribe como ellos? ¡No me diga!

Bronovski replicó

— Incluso aunque le dé la razón, ¿qué quiere que haga yo? He visto los parasímbolos; supongo que los han visto todos los arqueólogos y filólogos de la Tierra. No comprendo qué puedo hacer yo, o cualquier otra persona. En más de veinte años no se ha progresado nada.

Lamont dijo vehementemente:

— Lo cierto es que durante veinte años no se ha querido progresar. La Autoridad de la Bomba no quiere resolver los símbolos.

—¿Por qué no habría de quererlo?

— A causa de la humillante posibilidad de que la comunicación con los parahombres demuestre que son mucho más inteligentes. Porque ello implicaría que los seres humanos somos unos socios marionetas en relación con la Bomba, algo ofensivo para nuestra vanidad. Y, específicamente — y Lamont procuró ocultar el veneno de su voz—, porque Hallam perdería el título de Padre de la Bomba de Electrones.

— Suponga que, en efecto, querían progresar. ¿Qué puede hacerse? Usted sabe que querer no es poder.

— Se puede conseguir que los parahombres cooperen. Se pueden enviar mensajes al parauniverso. No se ha hecho nunca, pero puede hacerse. Podría colocarse un mensaje impreso en una chapa de metal debajo de una bola de tungsteno.

—¿Usted cree? ¿Todavía siguen buscando nuevas muestras de tungsteno con las Bombas en operación?

— No, pero se fijarán en el tungsteno y supondrán que lo estamos utilizando para llamar su atención. Incluso podríamos mandar el mensaje en una chapa de tungsteno. Si recogen el mensaje y lo comprenden, aunque sea en una mínima parte, nos enviarán otro, describiendo sus deducciones. Es posible que elaboren una tabla de equivalencia entre sus palabras y las nuestras, o que usen una mezcla de ambas lenguas. Sería un intento de diálogo, primero por su parte, después por la nuestra, después por la suya, hasta el infinito.

— Y ellos — dijo Bronovski— harían la mayor parte del trabajo.

— Sí.

Bronovski meneó la cabeza.

— Poco divertido, ¿no cree? La idea no me seduce.

Lamont le miró con visible cólera.

—¿Por qué? ¿Teme que no le reporte la suficiente fama? ¿Qué es

usted, un aficionado a la celebridad? Por todos los diablos, ¿qué fama le han reportado sus inscripciones etruscas? Ha vencido a cinco personas en todo el mundo. Tal vez a seis. Para ellas es usted muy conocido, muy famoso, y el objeto de su odio. ¿Qué más? Se pasea dando conferencias sobre el tema a un grupo de oyentes que al día siguiente ya se han olvidado de su nombre. ¿Es esto lo que persigue?

— No sea dramático.

— Muy bien, no lo seré. Buscaré a otro. Tardaremos más, pero como usted dice, los parahombres harán la mayor parte del trabajo, de todos modos. Si es necesario, lo haré yo mismo.

—¿Le ha sido asignado este proyecto?

— No, no me ha sido asignado. ¿Y qué? ¿O es ésta otra de las razones por las cuales no quiere verse implicado? ¿Problemas disciplinarios? No existe una ley contra las traducciones y siempre puedo poner tungsteno sobre mi mesa. Me negaré a informar sobre los mensajes que reciba en lugar del tungsteno, con lo cual infringiré el código de la investigación. Una vez hecha la traducción, ¿quién podrá quejarse? ¿Trabajaría usted para mí si le garantizaba su seguridad y mantenía en secreto su participación en el asunto? No ganaría la fama, pero es posible que valore más su seguridad. En fin — añadió Lamont, encogiéndose de hombros—, si lo hago yo mismo, tendré la ventaja de ahorrarme preocupaciones por la impunidad de otra persona.

Se levantó para irse. Los dos hombres estaban acalorados y asumían la actitud de rígida cortesía que se emplea con un interlocutor hostil, pero educado.

— Supongo — dijo Lamont— que por lo menos tratará usted esta conversación como confidencial.

Bronovski también se había levantado.

— Puede estar seguro de ello — repuso con frialdad, y ambos se estrecharon brevemente las manos.

Lamont no esperaba volver a tener noticias de Bronovski. Inició, pues, el proceso de convencerse a sí mismo de que sería mucho mejor dedicarse a la tarea de la traducción sin ayuda de nadie.

Sin embargo, dos días después, Bronovski apareció en el laboratorio de Lamont. Le dijo, con cierta brusquedad:

— Me voy de la ciudad ahora mismo, pero volveré en septiembre. He aceptado el puesto que me han ofrecido aquí; en caso de que usted siga interesado, veré qué puedo hacer respecto al problema de traducción que me mencionó.

Lamont, sorprendido, apenas tuvo tiempo de expresar su reconocimiento, pues Bronovski se alejó en seguida a grandes pasos, al parecer más enojado por su aceptación que la vez anterior por su negativa.

Con el tiempo se hicieron amigos; y Lamont supo por qué

Bronovski había claudicado. Al día siguiente a su conversación, Bronovski había almorzado en el Club de la Facultad con un grupo de hombres eminentes de la universidad, incluyendo, naturalmente, al presidente de la misma. Bronovski les anunció que aceptaría la cátedra, que a su debido tiempo les mandaría una carta con su consentimiento formal, y todos expresaron su contento.

El presidente dijo:

— Será un gran honor para nosotros tener al famoso traductor de las inscripciones itascanas en la universidad.

El barbarismo no fue corregido, naturalmente, y la sonrisa de Bronovski, aunque tensa, no le traicionó del todo. Después, el jefe del Departamento de Historia Antigua explicó que el presidente era de Minnesota y no precisamente una eminencia en estudios clásicos, y como el lago Itasca era el punto de origen del caudaloso Mississipi, el trabalenguas había sido natural.

Pero unida a la burla de Lamont sobre la extensión de su fama, Bronovski consideró que la expresión era exasperante.

Cuando, mucho después, Lamont le oyó hablar del incidente, lo encontró muy gracioso.

— No siga — dijo—; conozco estas situaciones por experiencia. Usted se dijo a sí mismo: «Por Dios que haré algo que incluso este zoquete se aprenderá de memoria».

— Algo parecido — concedió Bronovski.

5

Sin embargo, el trabajo de un año les rindió muy poco. Por fin llegaron algunos mensajes, pero incomprensibles.

—¡Trate de adivinar! — dijo Lamont, febrilmente, a Bronovski—. Cualquier cosa, por absurda que parezca. Transmítales una respuesta.

— Es exactamente lo que estoy haciendo, Pete. ¿Por qué se exaspera? Las inscripciones etruscas me tomaron doce años. ¿Supone que este trabajo requerirá menos tiempo?

—¡Dios santo, Mike! No podemos esperar doce años.

—¿Por qué no? Escuche, Pete no me ha pasado por alto que su actitud ha sufrido un cambio. Está usted imposible desde hace un mes. Supuse que habíamos dejado sentado desde el principio que este trabajo no puede ir de prisa y que debemos ser pacientes, y que usted comprendía que también tengo mis tareas habituales en la universidad. Escuche, ya se lo he preguntado bastantes veces, pero se lo preguntaré una vez más: ¿por qué tiene tanta prisa?

— Porque sí —replicó Lamont bruscamente—. Porque quiero tener resultados concretos.

— Le felicito — dijo Bronovski con sequedad—. A mí me pasa lo mismo. Oiga, no tiene miedo de una muerte prematura, ¿verdad? ¿Le ha insinuado su médico que padece un cáncer incurable?

— No, no — gimió Lamont.

— Entonces, ¿qué pasa?

— Nada — dijo Lamont, alejándose a toda prisa.

Cuando intentó por primera vez conseguir la ayuda de Bronovski, a Lamont sólo le preocupaba la estúpida terquedad de Hallam respecto a la sugerencia de que los parahombres eran más inteligentes. Tal había sido la razón, la única razón de que Lamont luchara por encontrar una prueba. No tenía otro objetivo… al principio.

Pero en el curso de los meses que siguieron, se sintió dominado por una creciente exasperación. Sus demandas de medios, asistencia técnica, computadoras, sólo obtenían aplazamientos; se le negaban fondos para viajar, se hacía caso omiso de sus opiniones en las juntas con los distintos departamentos.

El momento crítico llegó cuando Henry Garrison, con muchos menos años de servicio que él y decididamente con menos capacidad, pasó a formar parte de la junta consultiva, un puesto de mucho prestigio, que por derecho le correspondía a Lamont. Entonces, su resentimiento alcanzó un punto en que demostrar que tenía razón ya no era suficiente. Ardía en deseos de fastidiar a Hallam, destruirle por completo. Este sentimiento crecía de día en día, por no decir de hora en hora, ante la inconfundible actitud de todos los ocupantes de la

Estación de la Bomba. La acusada personalidad de Lamont no inspiraba muchas simpatías, pero sí las que contaban.

El propio Garrison se sentía incómodo. Era un joven reticente y amable que no quería meterse en líos y que ahora se asomó al laboratorio de Lamont con una expresión de evidente malestar. Saludó

— Hola, Pete. ¿Puedo hablar un momento con usted?

— Todos los momentos que quiera — repuso Lamont, frunciendo el ceño y evitando mirarle a la cara.

Garrison entró y tomó asiento.

— Pete — dijo—, no puedo renunciar al cargo, pero quiero que sepa que no lo he buscado. Ha sido una sorpresa.

—¿Quién le pide que renuncie a él? A mí me importa un bledo.

— Pete. Es Hallam. ¿Qué le ha hecho usted a ese,rejo? Si yo no aceptara el cargo, se lo daría a cualquiera menos a usted.

Lamont se encaró con él.

—¿Qué opina de Hallam? ¿Qué clase de hombre es, según usted?

Garrison pareció cogido por sorpresa. Apretó los labios y se rascó la nariz.

— Bueno… — murmuró, sin continuar.

—¿Que es un gran hombre? ¿Un científico eminente? ¿Un dirigente nato?

— Bueno…

— Déjeme decírselo. ¡Es un muñeco! ¡Un fraude!u reputación, su cargo, tiene pánico de perderlos. sabe que yo le conozco bien y esto es lo que tiene,n mi contra.

Garrison emitió una risita inquieta.

— Pero usted no habrá ido a decírselo…

— No, no le he dicho nada directamente — contestó Lamont—. Algún día lo haré. Pero él lo sabe y sabe que a mí no me engaña, aunque no diga nada.

— Pero, Pete, ¿de qué sirve decírselo? No voy a confesarle que le considero un gran hombre, pero no veo la utilidad de proclamarlo. Sea un poco amable con él. Tiene su carrera en sus manos.

—¿De veras? Yo tengo su reputación en las mías. Voy a desenmascararle. Voy a darle a conocer.

—¿Cómo?

—¡Eso es asunto mío! — murmuró Lamont, que le momento no tenía la menor idea de cómo lo fiaría.

— Pero esto es ridículo — dijo Garrison—. Usted no puede ganar. El le destruirá. Aunque no sea ni un Einstein ni un Oppenheimer, es más que ambos para el mundo en general. Es el Padre de la Bomba de Electrones para los dos mil millones de habitantes de la Tierra, y nada de lo que usted pueda hacer e afectará mientras la Bomba de Electrones sea la — lave del paraíso humano. Mientras sea así, Hallam

es invulnerable, y usted está loco si cree lo contrario. ¡qué demonios, Pete! Dígale que es un genio y viva a sus expensas. ¡No se convierta en un segundo Deison!

— Oiga una cosa, Henry — dijo Lamont, repentinamente furioso —: ¡no se meta en lo que no le importa!

Garrison se puso en pie de un salto y se fue sin añadir una palabra más. Lamont se habla granjeado otra enemistad o, por lo menos, había perdido a otro amigo. Decidió que, a pesar de todo, el precio lo valía, porque una observación de Garrison le había puesto sobre otra pista.

Garrison había dicho, en esencia: R…mientras la Bomba de Electrones sea la clave del paraíso humano… Hallam es invulnerable.

Con esta frase martilleándole el cerebro, Lamont desvió por primera vez su atención de Hallam, para centrarla en la Bomba de Electrones.

¿Era la Bomba de Electrones la clave del paraíso humano? ¿O había en ella, por una suerte inesperada, una trampa?

Todo, en la historia, tenía su trampa. ¿Cuál era la trampa de la Bomba de Electrones?

Lamont tenía conocimientos suficientes sobre la historia de la parateoría para saber que la cuestión de «una trampa» no carecía de investigadores. Cuando se anunció por primera vez que el cambio total básico de la Bomba de Electrones era el bombeamiento de electrones desde el universo al parauniverso, no faltaron aquellos que inmediatamente preguntaron: «Pero, ¿qué ocurrirá cuando todos los electrones hayan sido bombeados?

La respuesta fue fácil. A la proporción más amplia de bombeamiento, la provisión de electrones duraría por lo menos un billón de billones de años, y el universo entero, seguramente, junto con el parauniverso, no duraría ni una pequeña fracción de ese tiempo.

La siguiente objeción era más artificiosa. No había posibilidad de bombear hacia el otro lado todos los electrones. Al ser bombeados los electrones, el parauniverso ganaría una neta carga negativa, y el universo, una neta carga positiva. Con cada año que pasara, al incrementarse esta diferencia de carga, se haría más difícil bombear más electrones contra la fuerza de la opuesta diferencia de carga. Como es natural, en realidad se bombeaban átomos neutros, pero la distorsión de los electrones orbitales durante el proceso creaba una carga efectiva que crecía inmensamente con los subsiguientes cambios radiactivos.

Si la concentración de carga permanecía en los puntos de bombeamiento, el efecto sobre los átomos de órbita distorsionada que se bombeaban detendría todo el proceso casi de inmediato, pero, por supuesto, había que tener en cuenta la difusión. La difusión de la

concentración de carga hacia fuera, alrededor de la Tierra, y el efecto sobre el proceso de bombeamiento habían sido calculados teniendo en cuenta aquel factor.

La creciente carga positiva de la Tierra tendía a forzar al viento solar, cargado positivamente, a pasar a una mayor distancia del planeta, y la magnetosfera se ensanchaba. Gracias al trabajo de McFarland (el verdadero padre de la Gran Percepción, según Lamont) podía quedar demostrado que se alcanzaba un definido punto de equilibrio al ir barriendo el viento solar más y más de las partículas positivas acumuladas, que así eran repelidas de la superficie de la Tierra y arrastradas hacia la exosfera. Cada vez que se intensificaba el bombeamiento, cada vez que se construía una nueva Estación de Bombeamiento, la carga positiva neta de la Tierra aumentaba ligeramente y la magnetosfera se dilataba unas millas más. Sin embargo, el cambio era menor, y la carga positiva era barrida al final, por el viento solar y difundida por los confines exteriores del sistema solar.

Incluso así, dando margen para la difusión más rápida posible de la carga, llegaría un momento en que la diferencia de carga local entre el universo y el parauniverso en los puntos de bombeamiento alcanzaría las proporciones suficientes para terminar el proceso, lo cual ocurriría dentro de una pequeña fracción del tiempo que se tardaría en utilizar todos los electrones; más o menos una billonésima de billón de ese tiempo. — Pero esto significaba que el bombeamiento aún seguiría siendo posible durante un billón de años. Sólo un billón de años, pero ya era bastante; bastaría. Un billón de años era mucho más de lo que duraría el hombre, o el sistema solar. Y si de algún lodo el hombre llegaba a durar tanto (o alguna criatura que sucediese al hombre y le suplantara), sin duda se inventaría algo para corregir la situación. Podía hacerse mucho en un billón de años.

Lamont tenía que reconocerlo.

Pero entonces se acordó de otra cosa, de otro junto que el propio Hallam había mencionado en uno de los artículos que escribió para la difusión popular. Con cierta repugnancia, desenterró aquel artículo. Era importante saber qué había dicho Hallam antes de llevar a efecto el programa.

Entre otras cosas, el artículo decía: «A causa de la siempre presente fuerza de gravedad, hemos llegado a asociar la frase «cuesta abajo» con la clase e cambio inevitable que podemos utilizar para producir energía y transformarla en trabajo útil. En los filos pasados, el agua que fluía cuesta abajo hacía girar las ruedas que a su vez ponían en movimiento Máquinas como bombas y generadores. Pero, ¿qué ocurre cuando toda el agua ha bajado la cuesta?

«Es imposible todo trabajo ulterior hasta que el agua ha vuelto a

subir la cuesta, lo cual significa — abajo. De hecho, es un trabajo más arduo llevar agua cuesta arriba que el implicado cuando logramos que el agua fluya cuesta abajo. Trabajamos con una pérdida de energía. Por fortuna, el sol hace el trabajo para nosotros. Evapora los océanos para que el vapor del agua se eleve hacia la atmósfera, forme nubes y baje otra vez en forma de lluvia o de nieve. Esta empapa la tierra a todos los niveles, llena los lagos y los ríos, y mantiene al agua fluyendo siempre gesta abajo.

«Pero no es correcto decir siempre. El Sol puede elevar el vapor del agua, pero sólo porque, en un sentido nuclear, él también corre cuesta abajo. Lo hace a un ritmo inmensamente más rápido que cualquier río de la Tierra, y cuando haya llegado al final e la cuesta, no existirá nada conocido que le obligase a subirla otra vez.

«Todas las fuentes de energía de nuestro universo se van agotando. No podemos evitarles. Todo va cuesta abajo en una sola dirección, y el único modo de que disponemos para forzar una subida temporal es aprovechando un descenso más acentuado que esté relativamente cerca. Si queremos una energía permanente, necesitamos un camino que vaya cuesta abajo en ambas direcciones. Es una paradoja de nuestro universo; la lógica de que cuando está cuesta abajo en una dirección está cuesta arriba en la dirección opuesta.

«Pero, ¿por qué limitarnos tan sólo a nuestro universo? Piensen en el parauniverso. También tiene caminos que van cuesta abajo en una dirección y cuesta arriba en la otra. Sin embargo. estos caminos no se parecen a los nuestros. Es posible tomar un camino desde el parauniverso hasta nuestro universo que vaya cuesta abajo, y que, al tomarlo en sentido contrario, es decir, desde el universo hacia el parauniverso, vaya también cuesta abajo, porque los dos universos tienen leyes diferentes.

«La Bomba de Electrones se beneficia de un camino que va cuesta abajo en ambas direcciones. La Bomba de Electrones…»

Lamont volvió a leer el título del artículo: «El camino que va cuesta abajo en ambas direcciones».

Empezó a pensar. Naturalmente, el concepto era familiar para él. así como sus consecuencias termodinámicas. Pero, ¿por qué no examinar los supuestos? Aquél tenía que ser el punto débil de cualquier teoría. ¿Y si los supuestos, considerados correctos por definición, estaban equivocados? ¿Cuáles serían las consecuencias si uno partía de otros supuestos? ¿De supuestos contradictorios?

Empezó a ciegas. pero al cabo de un mes experimentó la sensación que todo científico reconoce: el interminable chasquido de las piezas inesperadas que encajan en su sitio, las irritantes anomalías que dejan de ser anómalas… Era la sensación de la Verdad.

Desde aquel momento empezó a ejercer una presión adicional sobre Bronovski.

Y un día declaró:

— Voy a ver otra vez a Hallam.

Bronovski enarcó las cejas.

—¿Para qué?

— Para que me despida.

— Sí, eso cuadra con usted, Pete. No es feliz cuando sus problemas empiezan a ser menos acuciantes.

— No me ha comprendido. Es importante hacer que se niegue a escucharme. No quiero que después se diga que he prescindido de él, que él no estaba al corriente.

—¿De qué? ¿De la traducción de los parasímbolos? Aún no hemos conseguido nada. No dispare antes de tiempo, Pete.

— No, no es eso — y no quiso decir más.

Hallam no dio facilidades a Lamont, tardó varias semanas en concederle la entrevista. Tampoco Lamont tenia la intención de dar facilidades a Hallam. Hizo — su aparición con todas las uñas afiladas y bien a la vista. Hallam le esperaba con una expresión glacial y una mirada hostil. Este último preguntó bruscamente

—¿Qué es esta crisis de la que está hablando?

— Ha surgido algo, señor repuso Lamont con voz átona—, inspirado en uno de sus artículos.

—¿Ah, sí? —replicó, para añadir luego—: ¿En cuál de ellos?

— «El camino que va cuesta abajo en ambas direcciones.» El que escribió usted para Teenager Life, señor.

—¿Y qué pasa con este artículo?

— Creo que la Bomba de Electrones no va cuesta abajo en ambas direcciones; si me permite usar su metáfora, que a mi juicio no resulta un modo muy exacto de describir la Segunda Ley de la Termodinámica.

Hallam frunció el ceño.

—¿Adónde quiere ir a parar?

— Lo explicaré mejor, señor, estableciendo las ecuaciones espaciales de los dos universos y demostrando una acción reciproca que desgraciadamente, según mi opinión, hasta ahora no ha sido considerada.

Dicho esto, Lamont se dirigió a la pizarra de mandos y tecleó con rapidez las ecuaciones, hablando con volubilidad mientras lo hacía. Lamont sabia que tal procedimiento humillaría e irritaría a Hallam, que no podía seguir las matemáticas. Lamont contaba con ello.

Hallam gruñó

— Escuche, jovencito, ahora no tengo tiempo de discutir con detalle cualquier aspecto de la parateoría. Si es capaz de resumir,

envíeme un informe completo.

Lamont se apartó de la pizarra con una expresión de inconfundible desprecio en el rostro, y dijo:

— Muy bien. La Segunda Ley de la Termodinámica describe un proceso que excluye inevitablemente los extremos. El agua no fluye cuesta abajo; lo que en realidad ocurre es que se igualan los extremos del potencial de gravitación. El agua subirá cuesta arriba con la misma facilidad si se encuentra atrapada bajo tierra. Es posible trabajar con la yuxtaposición de dos niveles diferentes de temperatura, pero el resultado final es que la temperatura se iguala a un nivel intermedio; el cuerpo caliente se enfría y el cuerpo frío se calienta. Tanto el enfriamiento como el calentamiento son aspectos iguales de la Segunda Ley v, bajo las circunstancias apropiadas, igualmente espontáneos.

— No me dé lecciones sobre termodinámica elemental, jovencito. ¿Qué es lo que quiere? Tengo muy poco tiempo.

Lamont, sin cambiar de expresión y sin apresurarse. continuó:

— La Bomba de Electrones trabaja gracias a una igualización de los extremos. En este caso, los extremos son las leyes físicas de los dos universos. Las condiciones que hacen posibles estas leyes, sean cuales sean esas condiciones, son trasladadas de un universo al otro, y el resultado final de todo el proceso serán dos universos en los cuales las leyes naturales serán idénticas… e intermedias si las comparamos con la situación actual. Dado que esto producirá cambios inciertos, pero indudablemente importantes en este universo, es obvio que debería considerarse con seriedad la inutilización de las Bombas y la interrupción permanente de toda la operación.

Lamont esperaba que Hallam explotase en este momento, anulando toda posibilidad de ulteriores explicaciones, y éste no decepcionó sus esperanzas. Se puso en pie de un salto, derribando la silla. La apartó con un puntapié y avanzó los dos pasos que le separaban de Lamont.

Este, precavidamente, echó su silla hacia atrás y se levantó.

—Óigame, idiota — gritó Hallam, casi tartamudeando de cólera —, no supondrá usted que haya alguien en la Estación que no comprenda la igualización de la ley natural. ¿Está haciéndome perder el tiempo para decirme algo que ya sabia cuando usted estaba aprendiendo a leer? Salga de aquí, y cuando quiera ofrecerme su dimisión, considérela aceptada.

Lamont salió, pues había obtenido exactamente lo que quería y, sin embargo, se sintió furioso por el modo en que le había tratado Hallam.

6 (conclusión)

— De todos modos — dijo Lamont—, esto aclara el horizonte. He intentado decírselo. No ha querido escucharme. Así pues, ahora daré el siguiente paso.

—¿Y cuál es? — inquirió Bronovski.

— Iré a ver al senador Burt.

—¿Se refiere al jefe del Comité de Tecnología y Medio Ambiente?

— El mismo. ¿Así que ha oído hablar de él?

—¿Y quién no? Pero de qué va a servir, Pete. ¿Qué tiene que decirle que pueda interesarle? No se trata de la traducción. Pete, tengo que volver a preguntárselo: ¿qué se propone?

— No puedo explicarlo. Usted no sabe nada de parateoría.

—¿Y el senador Burt, sí?

— Más que usted, me imagino.

Bronovski le señaló con el dedo.

— Pete, no nos portemos como dos chiquillos. Tal vez yo sepa cosas que usted ignora. No podemos trabajar juntos si no estamos de acuerdo. O bien soy un miembro de esta pequeña empresa de dos hombres, o no lo soy. Usted me dice lo que le está pasando por la cabeza y yo le diré otra cosa a cambio. De lo contrario, será mejor que no continuemos.

Lamont se encogió de hombros.

— Muy bien. Si lo desea, aquí va. Ahora que se lo he dicho a Hallam, tal vez sea mejor no seguir callando. Se trata de que la Bomba de Electrones está transfiriendo la ley natural. En el parauniverso, la potente acción reciproca es cien veces más fuerte que aquí, lo cual significa que la desintegración nuclear es mucho más probable aquí que allí, y la fusión nuclear, mucho más probable allí que entre nosotros. Si la Bomba de Electrones continúa funcionando, se producirá un equilibrio final en el cual!a fuerte acción recíproca nuclear tendrá la misma Fuerza en ambos universos y será, en el nuestro, unas diez veces mayor que ahora, y en el otro, una décima parte de la actual.

—¿Y esto no lo sabía nadie?

—¡Oh! claro, todo el mundo lo sabia. Ha sido evidente casi desde el principio. Incluso Hallam lo comprende. Esto es lo que excitó tanto a ese bastardo. Empecé a explicárselo con detalle, como si creyese que él no lo sabía, y entonces explotó.

— En este caso, ¿qué se puede hacer? ¿Existe el peligro de que la acción recíproca se convierta en intermedia?

— Naturalmente. ¿Qué opina usted?

— Yo no opino nada. ¿Cuándo será intermedia?

— Al ritmo actual, dentro de 1030 años.

—¿Y cuánto tiempo significa esto?

— El suficiente para que un trillón de trillones de universos como éste nazcan, se desarrollen, envejezcan y mueran, uno después de otro.

—¡Oh, diablos, Pete! ¿Qué nos importa, entonces?

— El caso es que para llegar a esta cifra — dijo Lamont, lenta y significativamente—, que es la oficial, se hicieron algunas suposiciones que yo considero equivocadas. Y si se hacen otras suposiciones, que yo considero correctas, ya estamos en peligro ahora.

—¿Qué clase de peligro?

— Suponga que la Tierra se convierte en una nube de gas en un período de cinco minutos. ¿Lo consideraría usted un peligro?

—¿A causa de la Bomba?

—¡A causa de la Bomba!

—¿Y qué pasaría en el mundo de los parahombres? ¿También ellos estarían en peligro?

— Estoy seguro de que sí. Un peligro diferente, pero peligro al fin.

Bronovski se levantó y empezó a caminar. Llevaba sus espesos y largos cabellos peinados a la moda que en su día se llamó de Buster Brown. Ahora se los estiraba. Dijo:

— Si los parahombres son más inteligentes que nosotros, ¿por qué hacen funcionar la Bomba? Seguramente supieron que era peligrosa antes que nosotros.

— Ya se me había ocurrido pensarlo — contestó Lamont—. Me imagino que es la primera vez que la usan, y ellos, como nosotros, iniciaron el proceso por su aparente utilidad y no se preocuparon de las consecuencias hasta después.

— Pero usted dice que ahora conoce las consecuencias. ¿Es posible que sean más lentos que usted?

— Todo depende de si buscan estas consecuencias y cuándo. La Bomba es demasiado atractiva para renunciar a ella. Yo tampoco hubiera investigado de no ser por… Pero, ¿qué está pensando, Mike?

Bronovski interrumpió su paseo, miró a Lamont de hito en hito y dijo:

— Creo que ya tenemos algo.

Lamont le miró fijamente y, entonces, le agarró por la manga

—¿Con los parasímbolos? ¡Dígamelo. Mike!

— Ha sido mientras usted estaba con Hallam. Yo no sabía exactamente qué debía hacer, porque no tenía la seguridad de lo que ocurría. Y ahora…

—¿Y ahora qué?

— Sigo sin estar seguro. Ha salido una de sus chapas, con cinco

símbolos…

—¿Y…?

— …En alfabeto latino. Y puede pronunciarse.

—¿Qué dice?

— Aquí está.

Bronovski le alargó la chapa con el aire de un conspirador. Grabadas en ella, muy diferentes de las delicadas e intrincadas espirales y de los distintos brillos de los parasímbolos, había cinco letras, anchas e infantiles: M-I-O-D-O.

—¿Qué cree usted que significa? — preguntó Lamont, desorientado.

— Lo único que se me ha ocurrido es que quiere decir M-I-E-D-O, con una letra equivocada.

—¿Es por eso que ha estado interrogándome? ¿Pensaba que alguien en el otro lado está experimentando miedo?

— Sí, y también pensaba que podía tener algo que ver con su clara y creciente excitación. Francamente, Pete, no me gustaba que me ocultase algo.

— Muy bien. Ahora no hemos de precipitarnos en nuestras conclusiones. Usted es el perito en mensajes cifrados. ¿No le causa la impresión de que los parahombres están empezando a tener miedo de la Bomba de Electrones?

— No necesariamente — repuso Bronovski—. Ignoro cuánto pueden intuir acerca de este universo. Si pueden ver el tungsteno que preparamos para ellos, si pueden intuir nuestra presencia, tal vez estén intuyendo nuestro estado mental. Tal vez estén tratando de tranquilizarnos, que no hay razón para tener miedo.

— Entonces, ¿por qué no dicen N-I-N-G-U-N M-I-E-D-O?

— Porque no conocen nuestra lengua hasta tal punto

— Hum. En este caso, no puedo llevarle esto a Burt.

— Yo no lo harta. Es ambiguo. De hecho, yo no iría a ver a Burt hasta que recibamos algo más del otro lado. ¿Quién sabe qué es lo que intentan decirnos?

— No, no puedo esperar, Mike. Sé que tengo razón y nos queda muy poco tiempo.

— Está bien, pero si va a ver a Burt, usted quemará sus propias naves. Sus colegas nunca se lo perdonarán. ¿Por qué no intenta hablar con los físicos de aquí? Usted solo no puede presionar a Hallam, pero todo un grupo…

Lamont meneó la cabeza.

— Sería inútil. Los hombres de esta Estación sobreviven gracias a su carácter amorfo. Ninguno de ellos se arriesgaría a enfrentarse con él. Tratar de conseguir su ayuda para presionar a Hallam sería como pedir a un paquete de macarrones hervidos que se mantuvieran

derechos.

El rostro plácido de Bronovski expresó un pesimismo desacostumbrado.

— Es posible que tenga razón.

— Sé que la tengo — repuso Lamont, con el mismo abatimiento.

7

Requirió tiempo acorralar al senador; un tiempo que Lamont sintió desperdiciar, con tanta mayor razón cuanto que no se habían recibido más mensajes de los parahombres en letras latinas. Ninguno en absoluto, a pesar de que Bronovski había enviado media docena, cada uno de ellos con una cuidadosa selección de parasímbolos, incluyendo M-I-O-D-O y M-I-E-D-O.

Lamont no estaba seguro del significado de las seis variaciones, pero Bronovski parecía muy esperanzado.

Sin embargo, nada ocurrió y, ahora, Lamont era admitido por fin en presencia de Burt.

El senador era un hombre de edad avanzada, tenía un rostro delgado y unos ojos astutos. Había sido jefe del Comité de Tecnología y el Medio Ambiente durante una generación. Se tomaba su trabajo en serio y daba muchas pruebas de ello.

Se entretenía, ahora, jugando con la anticuada corbata que llevaba para presumir (y que ya era su distintivo propio). Anunció:

— Sólo puedo concederle media hora, hijo mío — y miró el reloj.

Lamont no hizo caso. Esperaba interesar al senador Burt hasta el punto de hacerle olvidar la hora. siquiera intentó empezar por el principio; sus intenciones eran muy distintas de las que había tenido al hablar con Hallam. Dijo:

— Pasaré por alto las matemáticas, senador, y supondré que usted ya sabe que con la Bomba se están mezclando las leyes naturales de dos universos.

— Se están fusionando — corrigió con flema el senador—, y se equilibrarán dentro de 1030 años. ¿Es la cifra correcta? — Sus cejas en reposo subían y bajaban, prestando a su rostro arrugado una expresión de permanente sorpresa.

— Lo es — repuso Lamont—, pero ha sido calculada a partir del supuesto de que las leyes extrañas que penetran en nuestro universo y en el suyo se desparraman hacia fuera desde el punto de entrada a la velocidad de la luz. No es más que una suposición, y yo la considero equivocada.

—¿Por qué?

— La única proporción de la mezcla que ha podido ser medida se encuentra en el plutonio-186 enviado a este universo. Esta proporción de mezcla es extremadamente lenta al principio, porque la materia es densa, y con el tiempo se acelera. Si el plutonio se mezcla con una materia menos densa, la mezcla se produce con mayor rapidez. Gracias a varias mediciones de esta clase, se ha calculado que el ritmo de permeabilidad aumentaría hasta la velocidad de la luz en el vacío.

Las leyes extrañas tardarían algún tiempo en penetrar a través de la atmósfera, mucho menos tiempo en atravesarla, y después, recorrerían el espacio en todas direcciones a 300.000 kilómetros por segundo, evaporándose sin causar ningún daño, automáticamente.

Lamont hizo una pausa para pensar en la mejor manera de proseguir y el senador la aprovechó sin demora.

— Sin embargo… — acosó, con la actitud de un hombre que no está dispuesto a perder el tiempo.

— Es una suposición conveniente que parece tener sentido y no encerrar consecuencias perjudiciales, pero, ¿qué ocurre si no es la materia lo que ofrece resistencia a la penetración de las leyes extrañas, sino la sustancia básica del propio universo?

—¿Cuál es la sustancia básica?

— No puedo describirla con palabras. Hay una expresión matemática que, en mi opinión, la representa, pero no puedo describirla. La sustancia básica del universo es lo que dicta las leyes de la naturaleza. La sustancia básica del universo es lo que hace necesario que ta energía sea conservada. Y es la sustancia básica del parauniverso, que tiene una textura, por decirlo así, algo diferente de la del nuestro, lo que hace que su acción nuclear sea cien veces más potente que la nuestra.

—¿Y entonces…?

— Si es la sustancia básica lo que está siendo penetrado, señor, entonces la presencia de la materia, densa o no, sólo tiene una influencia secundaria. El ritmo de la penetración es más rápido en el vacío que en una masa densa, pero no mucho más. El ritmo de penetración en el espacio exterior puede ser grande en términos terrestres, pero es sólo una pequeña fracción de la velocidad de la luz.

—¿Lo cual significa…?

— Que la sustancia extraña no se disipa con tanta rapidez como creemos, sino que se acumula, por así decirlo, dentro del sistema solar, formando una concentración mucho mayor de la que hemos supuesto.

— Comprendo — dijo el senador, asintiendo con la cabeza—. ¿Y cuánto tiempo transcurrirá antes de que el espacio dentro del sistema solar alcance el equilibrio? Menos de 1030 años, me imagino.

— Mucho menos, señor. Creo que menos de 1010, tal vez la mitad de esto, mil millones más o menos.

— No mucho, en comparación, pero bastante, ¿no es cierto? No existe causa inmediata de alarma, ¿verdad?

— Pero me temo que esto va sea causa inmediata de alarma. señor. El daño sobrevendrá mucho antes de que se alcance el equilibrio. Debido a la Bomba, la potente acción nuclear reciproca aumenta regularmente por segundos en nuestro universo.

— Un aumento suficiente para poder ser medido.

— Tal vez no, señor.

— Entonces. ¿por qué preocuparse?

— Porque, señor, en la fuerza de la potente acción nuclear se basa el ritmo al cual el hidrógeno se convierte en helio en la corteza del sol. Si la acción reciproca aumenta aunque sea imperceptiblemente, el ritmo de la fusión del hidrógeno en el sol aumentará fe modo considerable. El sol mantiene el equilibrio entre la radiación y la gravitación con gran delicadeza, y romper ese equilibrio en favor de la radiación, como estamos haciendo…

— Siga…

— …Causará una enorme explosión. Bajo nuestras leyes naturales, es imposible que una estrella tan pequeña como el sol se convierta en una supernova. Bajo leyes alteradas, puede ser. Dudo de que recibamos algún aviso. El sol se transformará en una enorme explosión; ocho minutos después, usted y yo estaremos muertos y la Tierra se convertirá en una nube de vapor.

—¿Y no puede hacerse nada'?

— Si es demasiado tarde para evitar romper el equilibrio, nada. Si aún no es demasiado tarde, tenemos que detener la Bomba.

El senador carraspeó.

— Antes de consentir en verle, jovencito, hice averiguaciones sobre usted, puesto que no le conocía personalmente. Entre aquellos a quienes pregunté, se encuentra el doctor Hallam. ¿Usted le conoce, supongo?

— Sí, señor — una comisura de los labios de Lamont se estremeció, pero su voz fue normal—. Le conozco bien.

— Me dice — añadió el senador, mirando un papel que tenía sobre el escritorio— que es usted un entremetido idiota de dudosa cordura, y exige que me niegue a verle.

Lamont preguntó, tratando de hablar con calma:

—¿Son éstas sus palabras, señor?

— Sus palabras exactas.

— Entonces, ¿por qué ha accedido a verme, señor?

— Normalmente, al recibir una cosa así de Hallam, no hubiese querido verle. Mi tiempo es valioso y Dios sabe que recibo a más idiotas entremetidos de dudosa cordura de lo que sería conveniente, incluso entre los que vienen a verme con las mejores recomendaciones. Pero en este caso, no me ha gustado la «exigencia» de Hallam. No se puede exigir nada a un senador, y quiero que Hallam lo sepa.

— Entonces, ¿me ayudará usted, señor?

—¿Ayudarle a hacer qué?

— Pues… a conseguir que detengan la Bomba.

—¿Eso? En absoluto. Es imposible.

—¿Por qué? —preguntó Lamont—. Usted es el jefe del Comité de Tecnología y el Medio Ambiente, y su deber es precisamente detener la Bomba, o cualquier procedimiento tecnológico que amenace con causar un daño irreparable al medio ambiente. No puede haber un daño mayor ni más irreversible que el que causará la Bomba.

— Cierto. Cierto. Si usted tiene razón. Pero, al parecer, su opinión se basa en conjeturas diferentes de las aceptadas. ¿Quién puede decirnos qué suposiciones son las correctas?

— Señor, la estructura que le he presentado explica varias cosas que permanecen dudosas en la versión aceptada,

— En tal caso, sus colegas tendrían que aceptar la modificación de usted y, entonces, me imagino que no hubiera tenido necesidad de venir a verme. — Señor, mis colegas no quieren creerme. Sus intereses se lo impiden.

— Del mismo modo que el interés de usted le impide ver que puede estar equivocado… Jovencito, mis atribuciones, sobre el papel son enormes, pero sólo puedo lograr algo cuando el público me lo permite. Déjeme darle una lección de política práctica.

Miró su reloj, se apoyó en el respaldo y sonrió. Su ofrecimiento no era característico en él, pero el editorial de aquella mañana en el Terrestrial Post se refería a él como un político consumado. el más hábil del Congreso Internacional», y aún persistía la satisfacción que le había proporcionado.

— Es un error — dijo— suponer que el público quiere que se proteja el medio ambiente y se salven sus vidas, y que se sentirá agradecido hacia cualquier idealista que luche para conseguir estos fines. Lo que el público quiere es su comodidad individual. Lo sabemos muy bien por nuestra experiencia en la crisis ambiental del siglo XX. Hubo un día en que se descubrió que los cigarrillos aumentaban la frecuencia de cáncer de pulmón; el remedio evidente era dejar de fumar, pero el remedio deseado fue un cigarrillo que no provocase dicha enfermedad. Cuando quedó demostrado que el motor de combustión interna polucionaba peligrosamente la atmósfera, el remedio evidente era prescindir de tales motores, y el remedio deseado fue fabricar motores que no causaran la polución.

«Pues bien, jovencito, ahora no me pida que detenga la Bomba. La economía y la comodidad de todo el planeta dependen de ella. Dígame, en cambio, cómo evitar que la Bomba haga explotar el sol.

Lamont dijo:

— No existe ningún medio, senador. Nos enfrentamos a algo tan básico que no podemos jugar con ello. Hemos de pararla.

—¡Ah! y lo único que puede sugerirme es que volvamos a la situación anterior a la Bomba.

— No hay otro remedio.

— En este caso, necesitará una prueba incontestable y fehaciente de que tiene razón.

— La mejor prueba — repuso Lamont con rigideces dejar que el sol explote. Supongo que no querrá que vaya tan lejos.

— Tal vez no sea necesario. ¿Por qué no consigue que Hallam le respalde?

— Porque es un hombre mezquino, que ostenta el título de Padre de la Bomba de Electrones. ¿Cómo puede admitir que su obra destruirá la Tierra?

— Comprendo lo que quiere decir, pero ante el mundo sigue siendo el Padre de la Bomba de Electrones y sólo su palabra pesaría lo suficiente a este respecto.

Lamont meneó la cabeza.

— Jamás daría su brazo a torcer. Preferiría ver explotar el sol.

El senador dijo

— Entonces, oblíguele. Usted tiene una teoría, pero una teoría como tal es insuficiente. Debe haber algún modo de probarla. El ritmo de la fusión radiactiva de, digamos, el uranio, depende de las acciones contrarias dentro del núcleo. ¿Ha cambiado este ritmo de un modo predicho por su teoría, pero no por la oficial?

De nuevo, Lamont meneó la cabeza.

— La radiactividad ordinaria depende de la débil interacción nuclear y, por desgracia, los experimentos de esta clase sólo proporcionan una evidencia aproximada. Cuando adquiriese la proporción suficiente para ser inconfundible, sería demasiado tarde.

—¿Qué otra cosa, entonces?

— Existen interacciones de una clase específica que podrían proporcionarnos datos inequívocos ahora. Y aún mejor, hay combinaciones de quark-quark que recientemente han producido resultados asombrosos y que estoy seguro de poder explicar…

— Pues, adelante.

— Sí, pero para obtener estos datos tengo que utilizar el gran sincrotón de protones de la Luna, señor, y (lo he comprobado) hay una lista de espera que supondría aguardar años antes de poder utilizarlo, a menos que alguien me consiguiera la precedencia.

—¿Se refiere a mí?

— Me refiero a usted, senador.

— Imposible mientras el doctor Hallan diga esto de usted, hijo mío — y los dedos nudosos del senador Burt golpearon el papel que tenía delante—. No puedo partir de esta base.

— Pero la existencia del mundo…

— Pruébelo.

— Prescinda de Hallam y lo probaré.

— Pruébelo y prescindiré de Hallam.

Lamont inspiró profundamente.

—¡Senador! Suponga que existe una mínima posibilidad de que yo tenga razón. ¿No vale la pena luchar por esta mínima posibilidad? Significa tanto:,oda la humanidad, el planeta entero…

—¿Quiere que luche por una buena causa? Me gustaría hacerlo. Hay cierto dramatismo en morir: por una buena causa. Cualquier político decente es lo bastante masoquista para soñar de vez en cuando en morir en la hoguera, mientras los ángeles entonan sus cánticos. Pero, doctor Lamont, para hacer esto hay que tener una posibilidad de ganar. Hay que luchar por algo que pueda (sólo pueda) salir triunfante. Si yo le respaldo, no conseguiré nada armado solamente con su palabra frente al infinito atractivo de la Bomba. ¿Puedo exigir a todos los hombres que renuncien a la comodidad y a la holgura a que se han acostumbrado, gracias a la Bomba, sólo porque un hombre grita: a ¡Perdición!», mientras todos los demás científicos están contra él y el reverenciado Hallam le califica de idiota? No, señor, no me echaré a la hoguera para nada.

Lamont dijo:

— Entonces, ayúdeme a encontrar la prueba. No es preciso que lo haga abiertamente si teme…

— No temo nada — replicó Burt con brusquedad—. Pero soy práctico. Doctor Lamont, su media hora ha terminado hace rato.

Lamont le miró fijamente un momento, lleno de frustración, pero ahora la expresión de Burt era de una evidente intransigencia. Lamont se fue.

El senador Burt no recibió, inmediatamente a su próximo visitante. Durante varios minutos se quedó mirando con inquietud la puerta cerrada, jugando con la corbata. ¿Podía ser que aquel hombre tuviese razón? ¿Cabía la menor posibilidad de que tuviese razón?

Tuvo que admitir que sería un placer preparar la zancadilla a Hallam y hacerle caer en el fango y sentarse encima de él hasta que se ahogara…, pero no lo haría. Hallam era intocable. Burt había tenido una única discusión con Hallam hacía casi diez años. A Burt le asistía la razón, toda la razón, y Hallam estaba rotundamente equivocado, como lo probaron después los acontecimientos. Sin embargo, en aquel entonces, Burt sufrió una humillación y estuvo a punto de no ser reelegido a causa de ello.

Burt meneó la cabeza, en un mudo reproche hacia sí mismo. Podía arriesgarse a no ser reelegido por una buena causa, pero no podía sufrir una segunda humillación. Avisó para que entrase el siguiente visitante, y su rostro era tranquilo y plácido cuando se levantó para saludarle.

8

Si, a estas alturas, Lamont hubiera creído que tenía algo que perder, profesionalmente, podría haber vacilado. Joshua Chen era un paria de la sociedad, y cualquiera que se tratase con él se granjeaba de inmediato la enemistad de todos los habitantes del planeta. Chen era un revolucionario individualista cuya voz siempre lograba hacerse oír, porque aportaba a sus causas una intensidad absolutamente arrolladora y porque había constituido una organización más unida que cualquier partido político del mundo (como más de un político estaba dispuesto a aseverar).

El había sido uno de los factores importantes que contribuyeron a la celeridad con que la Bomba se hizo cargo de las necesidades de energía del planeta. Las ventajas de la Bomba eran claras y evidentes tan claras como la ausencia de polución y tan evidentes como su carácter gratuito, y sin embargo, podría haberse librado una batalla mucho más larga en la retaguardia por culpa de los que querían energía nuclear, no porque fuese mejor sino porque había sido el sueño de su infancia.

Pero cuando Chen hacía sonar sus tambores, el mundo escuchaba con más atención.

Ahora estaba allí sentado, dando muestras, con su cara redonda y sus pómulos achatados, de las tres cuartas partes de su ascendencia china Dijo:

— Déjeme concretar una cosa. ¿Está hablando sólo por sí mismo?

— Sí —repuso Lamont tensamente—. Hallam no me respalda. De hecho, dice que estoy loco. ¿Necesita usted la aprobación de Hallam para empezar a actuar?

— No necesito la aprobación de nadie — replicó Chen con su típica arrogancia, y entonces pareció entregarse a la meditación—. ¿Dice usted que los parahombres están mucho más avanzados en tecnología que nosotros?

Lamont habla decidido claudicar en aquel punto. Evitó decir que eran más inteligentes. «Mucho más avanzados en tecnología» era menos ofensivo, e igualmente cierto.

— Es evidente — contestó Lamont—, aunque sólo sea porque pueden mandar material a través del espacio entre los universos, y nosotros no.

— Entonces, ¿por qué pusieron en marcha la Bomba, si es peligrosa? ¿Por qué siguen con ella?

Lamont estaba aprendiendo a claudicar en más de una dirección. Hubiera podido decir que Chen no era el primero en preguntarle esto, pero hacerlo hubiese sonado condescendiente, quizá impaciente, y

prefirió abstenerse. Entonces dijo:

— Tenían grandes deseos de iniciar algo que parecía tan ventajoso como una fuente de energía, igual que nosotros. Tengo razones para creer que ahora están tan preocupados como yo.

— Esto sigue siendo una opinión suya. Carece de pruebas al respecto.

— No tengo ninguna que pueda presentar en este momento.

— Entonces, no es suficiente.

—¿Podemos permitirnos el lujo de arriesgarnos a…?

— No es suficiente, profesor. No hay pruebas. No he conseguido mi reputación haciendo disparos al azar. He dado siempre en el blanco porque todas las veces estaba seguro de lo que hacía.

— Pero cuando yo consiga las pruebas…

— Entonces le respaldaré. Si las pruebas me satisfacen, le aseguro que ni Hallam ni el Congreso serán capaces de resistir la oleada. Así pues, consiga las pruebas y venga a verme.

— Para entonces será demasiado tarde.

Chen se encogió de hombros.

— Tal vez. Pero es mucho más probable que descubra que está equivocado y que no existe ninguna prueba.

— No estoy equivocado. — Lamont suspiró profundamente y añadió en tono confidencial—: Señor Chen. Es muy posible que existan en el universo billones y billones de planetas habitados, y entre ellos puede haber millones con vida inteligente y tecnologías altamente desarrolladas. Lo mismo también es probable en el parauniverso. Es posible que en la historia de los dos universos haya habido muchos pares de mundos que se hayan puesto en contacto y compartido la Bomba. Puede haber docenas o incluso cientos de Bombas esparcidas por los puntos de unión de los dos universos.

— Pura especulación. Pero, ¿y si es así?

— Entonces es posible que en docenas o cientos de casos, la mezcla de leyes naturales haya avanzado localmente hasta el punto de hacer explotar el sol de un planeta. El efecto podría haberse extendido hacia fuera. La energía de una supernova, añadida al cambio de la ley natural, puede haber provocado explosiones en las estrellas vecinas, y éstas, a su vez, provocado otras. Con el tiempo, quizá todo el núcleo de una galaxia, o la espiral de una galaxia, puede explotar.

— Pero esto es sólo imaginación, naturalmente.

—¿Lo es? Hay cientos de quasares en el universo; cuerpos que, pese a parecer diminutos, tienen el tamaño de varios sistemas solares, pero que brillan con la luz de cien galaxias de tamaño normal.

— Usted está insinuando que los quasares son lo que queda de los planetas que usaban la Bomba.

— En efecto, esto es lo que insinúo. Hace un siglo y medio que

fueron descubiertos, y los astrónomos siguen sin saber de dónde proceden sus fuentes de energía. Nada en el universo lo sugiere, nada en absoluto. ¿No podría ser, pues…?

—¿Y qué me dice del parauniverso? ¿También está lleno de quasares?

— No lo creo. Allí, las condiciones son diferentes. Según la parateoría, es casi seguro que allí la fusión tiene lugar con mucha mayor rapidez, de modo que el tamaño de las estrellas normales debe ser considerablemente menor que el de las nuestras. Necesitan una provisión mucho menor de hidrógeno que nuestro sol para producir energía. Una cantidad tan abundante como la de nuestro sol explotaría de manera espontánea. Si nuestras leves penetran en el parauniverso. el hidrógeno se funde con más dificultad; las paraestrellas empiezan a enfriarse.

— Pues esto es una ventaja — dijo Chen—. Pueden utilizar la Bomba para proveerse de la energía necesaria. Según sus especulaciones, su situación es buena.

— No del todo — replicó Lamont, que hasta ahora no había hecho un análisis completo de la parasituación—. Si nuestro universo explota, la Bomba se detiene. No pueden mantenerla sin nosotros. lo cual significa que se enfrentarán a una estrella en proceso de enfriamiento, sin la energía de la Bomba. Su situación puede ser peor que la nuestra; nosotros desapareceríamos en un instante, sin dolor, mientras que su agonía sería prolongada.

— Posee usted mucha imaginación, profesor — dijo Chen—. pero Yo no puedo participar plenamente de ella. No veo ninguna posibilidad de que renunciemos a la Bomba basándonos únicamente en su imaginación. ¿Sabe qué significa la Bomba para la humanidad? No es sólo energía gratis, limpia v abundante. Miremos más allá Significa que la humanidad va no ha de trabajar para ganarse la vida: que por primera vez en la historia, la humanidad puede dedicar sus cerebros colectivos al problema más importante de desarrollar su verdadero potencial.

— Por ejemplo, los adelantos médicos de los últimos dos siglos y medio no han logrado prolongar la vida del hombre mucho más allá de los cien años. Los gerontólogos nos repiten una y otra vez que, en teoría, no hay nada que excluya la inmortalidad humana, pero a pesar de ello no se ha dedicado la suficiente atención al problema.

Lamont exclamó con irritación

—¡Inmortalidad! Habla usted de sueños imposibles.

— Tal vez sea usted una autoridad en sueños imposibles, profesor — contestó Chen—, pero yo me propongo lograr que se empiece a investigar la inmortalidad, y no podrá empezarse si se detiene la Bomba. Entonces volveríamos a la energía cara, escasa, contaminante.

Los dos mil millones de habitantes de la Tierra tendrían que volver a trabajar para vivir y el sueño imposible de la inmortalidad seguiría siendo un sueño imposible.

— Lo seguirá siendo de todos modos. Nadie va a ser inmortal. Nadie va a vivir ni siquiera los años de una existencia normal.

—¡Ah! esto es sólo una teoría suya.

Lamont sopesó las posibilidades y decidió arriesgar el todo por el todo.

— Señor Chen, hace un rato le dije que no estaba dispuesto a exponer mis conocimientos sobre el estado de ánimo de los parahombres. Pues bien, voy a intentarlo. Hemos estado recibiendo mensajes.

— Sí, pero, ¿saben interpretarlos?

— Hemos recibido una palabra en inglés.

Chen frunció ligeramente el ceño. De pronto, metió las manos en los bolsillos, estiró ante sí sus cortas piernas y se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Y qué palabra inglesa han recibido?

—¡Miedo! — Lamont no consideró necesario mencionar la falta ortográfica.

— Miedo — repitió Chen—; ¿y qué cree usted que significa?

—¿No está claro que tienen miedo del fenómeno de la Bomba?

— En absoluto. Si tuvieran miedo, la detendrían. Yo creo que en realidad tienen miedo, pero miedo de que nosotros la detengamos. Ellos han captado su intención, y si nosotros la detenemos, como usted desea, ellos tendrán que hacer lo mismo. Ha sido usted quien ha dicho que no pueden continuar sin nosotros; es una cuestión de reciprocidad. No me extraña que tengan miedo.

Lamont guardó silencio.

— Ya veo — comentó Chen— que usted no había pensado en eso. Muy bien, nos dedicaremos a la inmortalidad. Creo que será una causa mucho más popular.

—¡Oh! causas populares — murmuró Lamont con lentitud—. No sabía lo que usted consideraba importante. ¿Qué edad tiene, señor Chen?

Chen pestañeó rápidamente durante unos segundos y después dio media vuelta. Salió de la habitación a grandes zancadas, con los puños cerrados.

Al cabo de un rato, Lamont dio un repaso a su biografía. Chen tenia sesenta años y su padre había muerto a los sesenta y dos. Pero no importaba.

9

— A juzgar por su aspecto no se diría que ha tenido éxito — observó Bronovski.

Lamont estaba sentado en su laboratorio, mirando las puntas de sus zapatos y pensando con expresión ausente, que parecían muy gastadas. Meneó la cabeza.

— No.

—¿Incluso el gran Chen le ha fallado?

— No quiere hacer nada. También él exige pruebas. Todos necesitan pruebas, pero rehúsan cuantos ofrecimientos se les hacen. Lo que realmente quieren es su maldita Bomba, o su reputación, o su hueco en la historia. Chen quiere la inmortalidad.

—¿Y usted qué quiere, Pete? — preguntó Bronovski con suavidad.

— Que la humanidad esté a salvo — repuso Lamont, mientras contemplaba los ojos interrogantes de su amigo—. ¿No me cree?

— Claro que le creo. Pero, ¿qué quiere realmente?

— Muy bien, muy bien, se lo diré —exclamó Lamont, dando un fuerte golpe sobre la mesa— Quiero tener razón, y va la tengo, porque estoy en lo cierto.

—¿Está seguro?

—¡Sí, estoy seguro! Y no hay nada que me preocupe. porque tengo intención de salir con la mía. Mire, cuando dejé a Chen, estuve a punto de despreciarme a mí mismo.

— Usted?

— Sí, yo. ¿Por qué no? No cesaba de pensar: en cada esquina, Hallam me detiene. Mientras él rehúse ayudarme, todos tendrán una excusa para no creer en mis planteos. Mientras Hallam se yerga como una roca frente a mí, sin duda, fracasaré. ¿Por qué, entonces, no traté de ganármelo; por qué demonios no le adulé, por qué no le engañé para que me respaldara en lugar de aguijonearle para que luchara contra mí?

—¿Cree que hubiera podido hacerlo?

— No, jamás. Pero en mi desesperación pensé… bueno, muchas cosas. Que podría irme a la Luna, tal vez. Naturalmente, cuando empecé a granjearme su antipatía aún no había surgido esta situación de peligro para la Tierra, pero me esforcé en empeorar las cosas cuando hubo surgido. Claro que, como usted insinúa, nada hubiese logrado hacerle renunciar a la Bomba.

— Ahora no parece despreciarse a sí mismo.

— No. Porque mi conversación con Chen me sirvió de algo. Me demostró que estaba perdiendo el tiempo.

— Así parece.

— Pero puedo recuperarlo. No es en la Tierra donde se halla la solución. Le dije á Chen que nuestro sol podía explotar, pero que no así el parasol, aunque esto no salvaría a los parahombres, porque cuando nuestro sol explote y nuestra Bomba se detenga, la suya también se detendrá. No pueden continuar sin nosotros, ¿comprende?

— Sí, claro que lo comprendo.

— Entonces, ¿por qué no invertimos los términos? Nosotros no podemos continuar sin ellos, Por lo tanto, ¿qué importa si detenemos la Bomba o no? Que la detengan los parahombres.

—¡Ah! pero, ¿lo harán?

— Han dicho M-I-O-D-O. Y esto significa que están asustados. Chen dijo que nos temen; temen que detengamos la Bomba, pero esto no lo creo ni por un momento. Están asustados. Me quedé mudo cuando Chen hizo esta sugerencia. El pensó que me había convencido. Estaba muy equivocado. En aquel momento yo pensaba que debíamos hacer que los parahombres la detuvieran. Y vamos a intentarlo, Mike. Lo abandonaré todo, menos a usted. Usted es la esperanza del mundo. Póngase en contacto con ellos, como pueda.

Bronovski se rió y en su risa se rellenaba una alegría casi infantil.

— Pete — dijo—, es usted un genio.

—¡Ah! Ya lo ha notado.

— No, lo digo en serio. Adivina lo que voy a decir antes de que lo diga. He estado enviando mensaje tras mensaje, usando sus símbolos de manera que suponía podría significar la Bomba, usando también nuestra palabra. Y he hecho lo posible para reunir toda la información que he estado recogiendo durante muchos meses para usar sus símbolos de un modo que signifique desaprobación, usando también esta vez la palabra inglesa. No tenía idea si lo captaban o no, y como no recibía ninguna contestación, apenas me quedaban esperanzas.

— No me había dicho que era eso lo que intentaba hacer

— Bueno, esta parte del problema es asunto mío. Usted dedica su precioso tiempo a explicarme la parateoría.

—¿Y qué ha sucedido?

— Ayer mandé exactamente dos palabras en nuestro idioma Escribí: B-O-M-B-A M-A-L-A.

—¿Y bien?

— Por fin, esta mañana he recibido la respuesta, y es muy sencilla v directa, también. Dice— S-I B-O-M-B-A M-A-L-A M-A-L-A M-A-L-A. Mire, aquí está.

La mano de Lamont temblaba al sostener la chapa.

— Es imposible interpretarlo mal, ¿verdad? Es la confirmación, ¿no cree?

— Eso me parece. ¿A quién se lo enseñará?

— A nadie — dijo Lamont con decisión—. No quiero discutir más.

Me dirán que he falsificado el mensaje y que no tiene ningún valor. Que los parahombres detengan la Bomba. De este modo, también se detendrá en nuestro lado, y nada de lo que hagamos unilateralmente podrá ponerla de nuevo en marcha. Entonces, toda la Estación proclamará que yo tenía razón v que la Bomba era peligrosa.

—¿Por qué cree que lo harán?

— Porque éste será el único modo de evitar que la muchedumbre venga a lincharles, para exigir la Bomba, y enfurecerse al no conseguirla…, ¿Usted no lo ve así?

— Quizá. Pero me preocupa una cosa.

—¿Qué es?

— Si los parahombres están tan convencidos de que la Bomba es peligrosa, ¿por qué no la han detenido ya? Hace poco rato que he ido a cerciorarme y la Bomba está funcionando a toda marcha.

Lamont frunció el ceño.

— Tal vez no desean un paro unilateral. Nos consideran sus socios y quieren un acuerdo mutuo para detenerla. ¿No cree que podría ser eso?

— Podría ser. Pero quizá la comunicación es muy imperfecta, quizá aún no comprenden del todo el significado de la palabra M-A-L-A. Por cuanto les he dicho a través de sus símbolos, que posiblemente he deformado de manera escandalosa, pueden pensar que M-A-L-A significa lo que nosotros consideramos B-U-E-N-A.

—¡Oh, no!

— En fin, esperemos que no, aunque las esperanzas no siempre se realizan.

— Mike, continúe mandando mensajes. Use todas las palabras que ellos usan y siga atento a los cambios. Usted es el experto y lo dejo en sus manos. Dentro de poco conocerán las palabras suficientes para decir algo claro e inconfundible, y entonces les explicaremos que estamos de acuerdo en detener la Bomba.

— No tenemos autoridad para hacer esta declaración.

— Cierto, pero ellos no lo sabrán y, al final, seremos los héroes de la humanidad.

—¿Incluso aunque antes nos ejecuten?

— Incluso así… Está en sus manos, Mike, y estoy seguro de que ya falta poco.

10

Pero no fue así. Pasaron dos semanas sin ningún otro mensaje y la tensión empeoró. Bronovski la manifestaba con intensidad. Su momentáneo optimismo se disipó y entró en el laboratorio de Lamont sombríamente silencioso. Se miraron y, por fin, Bronovski dijo:

— Está corriendo el rumor de que usted ha caído en desgracia.

Lamont no se había afeitado aquella mañana. Su laboratorio ofrecía un aspecto triste, con un vago aire de abandono. Se encogió de hombros.

—¿Y qué? No me importa. Lo que sí me importa es que la Physical Reviews ha rechazado mi artículo.

— Usted dijo que ya lo esperaba.

— Sí, pero creía que me darían alguna razón, que me indicarían lo que consideraban fallos, errores, suposiciones infundadas. Algo que yo pudiera refutar.

—¿Y no lo han hecho?

— Ni una palabra. Sus editores consideraron que el artículo no era apto para la publicación. Se niegan a divulgarlo. Esta estupidez universal es realmente decepcionante. Creo que no me afligirla el suicidio colectivo de la humanidad por pura malevolencia de corazón, o por mera inconsciencia. Hay algo odiosamente mezquino en este marchar hacia la destrucción por simple obstinada estupidez. De qué sirve ser hombres si así es como tienen que morir.

— Estupidez — murmuró Bronovski.

—¿Cómo calificarlo, si no? Y quieren que demuestre por qué no debo ser despedido por el gran crimen de tener razón.

— Parece que todo el mundo sabe que fue a consultar a Chen.

—¡Sí! —Lamont se apretó la nariz con los dedos y se restregó cansadamente los ojos—. Por lo visto le incomodé lo bastante como para que fuera con el cuento a Hallam, y ahora me acusan de intentar sabotear el proyecto de la Bomba con tácticas de terror, injustificadas e inadmisibles, y de que mi actitud poco profesional me convierte en indeseable como empleado de la Estación.

— Esto pueden probarlo fácilmente, Pete.

— Supongo que sí. No importa.

—¿Qué va a hacer usted?

— Nada — repuso Lamont con indignación—. Que hagan lo que quieran. Yo confiaré en la burocracia. Cada uno de los pasos de este asunto durará semanas, meses, y entretanto, usted seguirá trabajando. Aún tendremos noticias de los parahombres.

Bronovski parecía afligido.

— Pete, suponga que no volvamos a tener ninguna. Tal vez aún

esté a tiempo de rectificar.

Lamont le miró con rapidez.

—¿De qué está hablando?

— Dígales que estaba equivocado. Arrepiéntase. Golpéese el pecho. Renuncie.

— Jamás. Por Dios, Mike, es cuestión de la supervivencia del mundo y de todos sus habitantes.

— Ya sé, pero, ¿qué le importa a usted? No está casado. No tiene hijos. Sé que su padre ha muerto. Nunca ha mencionado a su madre o a otros parientes. Dudo de que haya un solo ser humano en la Tierra a quien usted esté ligado emocionalmente como individuo. Preocúpese de usted mismo y al diablo con todo.

—¿Y usted?

— Yo haré lo mismo. Estoy divorciado y no tengo hijos. Soy amigo íntimo de una joven, y estas relaciones continuarán mientras sea posible. ¡Viva! ¡Disfrute!

—¿Y mañana?

— Olvidémoslo. La muerte, cuando llegue, será rápida.

— No puedo vivir con esta filosofía… Mike, ¡Mike! ¿Qué significa todo esto? ¿Está intentando decirme que no podremos comunicarnos? ¿Renuncia a tratar con los parahombres?

Bronovski desvió la mirada. Dijo:

— Pete, anoche recibí una contestación y decidí esperar a hoy, para pensarlo. Pero, ¿por qué pensar…? Aquí está.

Los ojos de Lamont eran dos signos de interrogación. Cogió la chapa y la miró. No había puntuación

> BOMBA NO PARAR NO PARAR NOSOTROS NO PARAR BOMBA NOSOTROS NO OIR PELIGRO NO OIR NO OIR VOSOTROS PARAR POR FAVOR PARAR VOSOTROS Y ASI NOSOTROS PARAR POR FAVOR VOSOTROS PARAR PELIGRO PELIGRO PELIGRO PARAR PARAR VOSOTROS PARAR BOMBA.

— Dios mío — murmuró Bronovski—, parecen desesperados.

Lamont continuaba mirando con fijeza. No dijo nada.

Bronovski explicó

— Deduzco que en el otro lado hay alguien como usted: un paraLamont. Y él tampoco puede conseguir que los paraHallam la detengan. Y mientras nosotros les estamos suplicando que nos salven, él nos suplica que les salvemos.

Lamont dijo:

— Pero si enseñamos esto…

— Dirán que está mintiendo, que es un truco que ha inventado para justificar la pesadilla de su mente psicópata.

— Tal vez puedan decirlo de mí, pero no de usted. Tiene que ayudarme. Mike. Usted testificará que ha recibido esto, y cómo.

Bronovski enrojeció.

—¿De qué serviría? Dirán que en algún lugar del parauniverso hay un demente como usted y que los dos dementes se han puesto de acuerdo. Dirán que el mensaje prueba que las autoridades constituidas del parauniverso están convencidas de que no hay peligro.

— Mike, ayúdeme a luchar hasta el fin.

— Es inútil, Pete. Ya lo dijo usted: ¡estupidez! Estos parahombres pueden estar más adelantados que nosotros, incluso ser más inteligentes, si usted insiste, pero es evidente que son tan estúpidos como nosotros, lo cual pone punto final al asunto. Schiller ya lo manifestó, y yo le creo.

—¿Quién?

— Schiller. Un dramaturgo alemán de hace tres siglos. En una obra teatral sobre Juana de Arco, dijo: «Contra la estupidez, los propios dioses luchan en vano. Yo no soy un dios y no voy a luchar más. Abandónelo, Pete, y siga su camino. Tal vez el mundo dure mientras nosotros vivamos y, de lo contrario, no hay nada que podamos hacer. Lo siento, Pete. Ha luchado por una buena causa, pero ha perdido, y yo abandono.

Se fue, y Lamont se quedó solo. Se quedó sentado en la silla, golpeando sin cesar la mesa con los dedos. En algún punto del Sol, los protones se aglomeraban con una avidez algo excesiva y, a cada momento, esta avidez aumentaba, y en un momento dado se rompería el delicado equilibrio…

— Y nadie en la Tierra sabrá que yo tenía razón — exclamó Lamont y pestañeó con fuerza para contener las lágrimas.

2….LOS PROPIOS DIOSES…

1a

Dua no tuvo muchos problemas en dejar a los otros. Siempre esperaba problemas, pero nunca se presentaban. Nunca eran nada serio.

Al fin y al cabo, ¿por qué habían de serlo? Odeen objetaba, con su arrogancia habitual:

— Quédate quieta — decía—. Sabes que molestas a Tritt.

Odeen nunca hablaba de sus propias molestias; los Racionales no se molestaban por cosas banales. Sin embargo, se preocupaba por Tritt casi con tanta persistencia como Tritt se preocupaba por los niños.

Pero, en cambio, Odeen siempre le permitía a ella hacer su voluntad, si insistía lo bastante, e incluso intercedía en su favor con Tritt. A veces llegaba a admitir que estaba orgulloso de su capacidad, de su independencia. «No era un mal lado — izquierdo», pensaba Dua con cierto afecto.

Tritt era más difícil de manejar y la miraba con acritud cuando ella era… bueno, cuando era como deseaba ser. Pero los lados — derechos eran siempre así. Para ella, Tritt era un lado — derecho, pero un Paternal para los niños, y éstos siempre tenían precedencia…, lo cual le convenía, pues siempre podía contar con uno de los niños para que se lo llevasen cuando la situación se ponía incómoda.

Pese a todo, Dua no prestaba mayor atención a Tritt. Exceptuando la fusión, tendía a ignorarle. Odeen era distinto. Al principio había sido emocionante; su sola presencia hacía que sus contornos resplandeciesen y palidecieran. Y el hecho de que fuera un Racional le añadía una cierta emoción. Dua no comprendía su propia reacción al respecto; formaba parte de su rareza. Ya estaba acostumbrada a su rareza… o casi.

Dua suspiró.

Cuando era niña, y todavía pensaba en sí misma como en un individuo, un ser único, y no como en una parte de un tríada, tenía mucha más conciencia de aquella rareza. Los demás la obligaban a notarla con mayor claridad. Una cosa tan trivial como la superficie al atardecer…

Ella amaba la superficie al atardecer. Las otras Emocionales la llamaban fría y triste, y se estremecían y entremezclaban cuando ella se la describía. Ya estaban maduras para emerger al calor del mediodía, y estirarse y alimentarse, pero esto era exactamente lo que convertía el mediodía en aburrido. A Dua no le gustaba encontrarse entre aquella masa temblorosa.

Tenía que comer, por supuesto, pero le gustaba mucho más por la noche, cuando había muy poca comida, pero todo era penumbra, de

un rojo intenso, v ella estaba sola. Como es natural, lo describía como más frío y solitario cuando hablaba con las otras, para contemplar cómo se endurecían sus bordes al imaginar el frío… todo lo duras que podían ponerse las Emocionales jóvenes. Al cabo de un rato, solían murmurar y reírse de ella… y dejarla sola.

El pequeño sol estaba ahora en el horizonte, con la secreta rubicundez que sólo ella contemplaba. Se extendió lateralmente y se condensó dorso-ventralmente, absorbiendo las trazas de débil calor. Lo masticó con la boca cerrada, para saborear el gusto un tanto agrio y sin sustancia de las longitudes de onda. (Nunca había conocido a otra Emocional que admitiera que le gustaba. Pero ella nunca podía explicar que lo asociaba con la libertad; la libertad de los otros, cuando podía estar sola.)

Incluso ahora, la soledad, el frío y el intensísimo rojo le recordaron aquellos días lejanos anteriores al tríade; y aún más, con mucha claridad, a su propio Paternal, que avanzaba pesadamente tras ella, siempre temeroso de que se hiciera daño.

Había sido muy cariñoso con ella, como siempre eran los Paternales; con sus hijos medianos más que con los otros dos, como siempre. Esto le molestaba y soñaba con el día en que él la abandonaría. Los Paternales siempre acababan por hacerlo; y cuánto le echó de menos cuando, finalmente, lo hizo.

Fue a decírselo, con toda la cautela de que fue capaz, pese a la dificultad que tenían los Paternales de expresar sus sentimientos. Aquel día, ella había huido de él; no lo hizo por malicia, ni porque sospechara lo que tenía que decirle sino solamente por felicidad. Había encontrado un lugar especial al mediodía, donde pudo comer a placer en su inesperado aislamiento, y había experimentado una extraña e inquietante sensación que exigía movimiento y actividad. Se deslizó por las rocas, cubriendo sus bordes con los suyos propios. Sabía que era un acto groseramente impropio en alguien que no fuera un niño y, sin embargo, era algo excitante y consolador a la vez.

Su Paternal la alcanzó al fin y se quedó en pie ante ella, guardando silencio durante mucho rato y entrecerrando sus ojos como para detener cualquier rayo de luz reflejado por ella, para verla en sus mínimos detalles y durante todo el tiempo que le fuera posible.

Al principio, ella se limitó a mirarle a su vez, mientras pensaba confusamente que la habla visto rascarse contra las rocas y estaba avergonzado de ella. Pero no captó ninguna vergüenza y, al final, dijo en voz muy baja:

—¿Qué ocurre, Papá?

— Ocurre, Dua, que ha llegado el momento. Lo he sentido acercarse. Con seguridad, tú también.

—¿Qué momento?

Ahora que había llegado, Dua se obstinaba en no reconocerlo. Si se negaba a admitir la evidencia, no habría nada que saber. (Nunca pudo desechar aquella costumbre. Odeen decía que todas las Emocionales eran así, con la voz arrogante que usaba a veces, cuando le embargaba de modo especial, la importancia de ser un Racional.)

Su Paternal había dicho

— Tengo que desaparecer. Ya no estaré a tu lado — permaneció mirándola y ella no acertó a decir nada.

El añadió

— Tú se lo dirás a los otros.

—¿Por qué?

Dua se apartó en actitud de rebeldía, con sus contornos cada vez más vagos, intentando disiparse. Quería disiparse por completo, pero, claro. no podía. Al cabo de un rato sintió dolor y rigidez. y se perfiló de nuevo. Su Paternal ni siquiera la regañó: le dijo que sería vergonzoso que alguien la viera estirada de aquel modo.

Ella entonces respondió

— No les importará —y de inmediato sintió tristeza de haber afligido a su Paternal.

El aún los llamaba «niño-izquierdo» y «niño-derecho», pero el niño-izquierdo ya estaba dedicado a sus estudios y el niño-derecho no hacía más que hablar de formar un tríade. Dua era la única de los tres que aún sentía… Bueno. era la más joven. Las Emocionales siempre lo eran, y su caso era distinto.

Su Paternal sólo dijo:

— De todos modos, tú se lo dirás.

Y quedaron mirándose mutuamente.

Ella no quería decírselo. Ya no tenían ninguna intimidad. Había sido diferente cuando todos eran pequeños. En aquella época casi no existía diferencia entre ellos, entre el hermano-izquierdo. el hermano-derecho v la hermana-mediana. Todos eran peludos, y se entremezclaban y atravesaban entre sí y se ocultaban en las paredes.

A nadie le importaba esto cuando eran pequeños: a ninguno de los mayores. Pero después, los hermanos engordaron, se hicieron graves y se apartaron. Y cuando ella se quejó a su Paternal, éste sólo le explicó

— Eres demasiado mayor para comprimirte. Dua.

Ella intentó no hacer caso, pero el hermano-izquierdo seguía apartándose y diciendo:

— No te acerques, no tengo tiempo para ti.

Y el hermano-derecho empezó a estar siempre rígido, y se hizo sombrío y silencioso. Ella no lo comprendía bien, entonces, y Papá no pudo hacérselo comprender. De vez en cuando decía, como si fuera una lección que hubiese aprendido tiempo atrás:

— Los Izquierdos son Racionales, Dua. Los Derechos son Paternales. Crecen a su manera.

Pero a ella no le gustaba aquella manera. Ya no eran niños y ella seguía siéndolo, así que se unió a las otras Emocionales. Todas tenían las mismas quejas sobre sus hermanos. Todas hablaban de inminentes tríades. Todas se extendían al sol y se alimentaban. Cada día que pasaba se parecían más y decían las mismas cosas.

Y ella terminó por detestarlas y por irse sola siempre que podía, y ellas la dejaron y la llamaron «Em-izquierdo». (Ahora hacía mucho tiempo que no oía aquel mote, pero siempre que lo recordaba volvía a escuchar las voces finas y bruscas que la interpelaban con una especie de estúpida persistencia, porque sabían que le hacían daño.)

Pero su Paternal continuó interesado en ella incluso cuando debió enterarse de que era objeto de la burla general. Intentó, a su torpe manera, protegerla de los demás. A veces la seguía a la superficie,

aunque él la odiaba, para asegurarse de que estaba a salvo.

Una vez la sorprendió hablando con un Ser Duro.

Era difícil para un Paternal hablar con un Ser Duro; a pesar de ser muy joven, ella lo sabia. Los Seres Duros sólo hablaban con los Racionales. Ella

se asustó mucho y se alejó, pero no antes de que oyera decir a su Paternal:

— La cuido muy bien, señor — Duro.

¿Era posible que el Ser Duro hubiese preguntado por ella? Tal vez a propósito de su rareza. Pero su Paternal no se justificó. Incluso ante el Ser Duro había mencionado su cariño por ella. Dua experimentó un secreto orgullo.

Pero ahora él se iba, y de repente, toda la independencia que Dua había esperado tanto perdió su atractivo y se transformó en una punzante soledad. Preguntó:

— Pero, ¿por qué tienes que desaparecer?

— Es preciso, pequeña mediana-querida.

Era preciso. Ella lo sabía. Todo el mundo tenía que desaparecer un día u otro. Llegaría un día en que también ella tendría que suspirar y decir: `Es preciso

— Pero, ¿cómo sabes cuándo has de desaparecer? Si puedes elegir el momento, ¿por qué no eliges otro y te quedas por más tiempo?

El dijo:

— Tu padre-izquierdo lo ha decidido. El tríade debe hacer lo que él dice.

—¿Por qué debéis obedecerle?

Dua casi no veía nunca a su padre-izquierdo o a su madre-mediana. Ya no contaban. Sólo su padre-derecho, su Paternal, su papá, que tenía ahora ante ella, achatado y con su superficie plana. No tenía

las curvas suaves de un Racional, o el temblor irregular de una Emocional, v ella siempre adivinaba lo que iba a decir. Casi siempre.

Estaba segura de que diría:

— No puedo explicarlo a una pequeña Emocional.

Y él lo dijo.

Dua replicó sumamente afligida

— Te echaré de menos. Sé que piensas que no te

hago caso y que no te quiero porque siempre me prohíbes hacer cosas. Pero yo prefiero que te quedes y que sigas prohibiéndome hacer cosas a que te vayas y no me prohíbas nada.

Papá permaneció inmóvil. No tenía otro medio de responder a un arranque como aquél que no fuera acercarse y sacar una mano. Le costó un visible esfuerzo, pero la sacó, temblando, y sus contornos se hicieron ligeramente suaves.

Dua exclamó

—¡Oh, Papá!

Dejó fluir su propia mano alrededor de la de él, que se hizo nebulosa y resplandeciente gracias a la sustancia de Dua; pero ella, con gran cuidado, evitó tocarla, porque esto hubiera turbado mucho a su Paternal.

Entonces, él retiró la mano, de modo que dejó a de ella rodeando el vacío, y dijo:

— Recuerda a los Seres Duros, Dua. Ellos te ayudarán. Yo… yo me voy…

Se marchó y ella no volvió a verle jamás.

Ahora se encontraba allí, en la penumbra del ocaso, recordando y pensando con rebeldía que muy pronto Tritt se pondría petulante a causa de su ausencia y regañaría a Odeen.

Y tal vez entonces. Odeen le recordaría sus deberes.

Pero no le importaba.

1b

Odeen tenía una conciencia moderada de que Dua se encontraba en la superficie. Sin pensar realmente en ello, podía juzgar su dirección e incluso algo de su distancia. Si se hubiera detenido a pensarlo, habría sentido disgusto, porque hacía tiempo que esta conciencia interior le estaba fallando y, sin estar seguro de la causa, le embargaba una sensación de cumplimiento. Era lo que tenía que ser: el signo del creciente desarrollo del cuerpo con la edad.

La conciencia interior de Tritt no disminuía, pero se inclinaba cada vez más hacia los niños. Evidentemente, aquello era la pauta del desarrollo útil, pero el papel de Paternal, por importante que fuese, en cierto modo era sencillo. El Racional era mucho más complejo, y este pensamiento producía a Odeen una vaga satisfacción.

Como es natural, Dua constituía el verdadero problema. No se parecía a ninguna otra Emocional. Esto desorientaba y frustraba a Tritt, reduciéndolo a un silencio aún más acentuado. A veces también desorientaba y frustraba a Odeen, pero éste comprendía la infinita capacidad de Dua para infundir alegría de vivir, y no parecía probable que lo uno fuese independiente de lo otro. La exasperación ocasional que causaba era un precio insignificante para pagar la intensa felicidad.

Y tal vez, el extraño modo de vivir de Dua era asimismo parte de lo que tenia que ser. Los Seres Duros parecían interesados por ella y, en general, sólo hacían caso a los Racionales. Esto enorgullecía a Odeen; era mucho mejor para el tríade que incluso el Emocional fuese digno de atención.

Las cosas eran como tenían que ser. Era la seguridad lo que más necesitaba sentir siempre, hasta el final. Incluso un día sabría cuándo sería el momento de desaparecer, y entonces lo desearía. Los Seres Duros se lo habían asegurado, como lo aseguraban a todos los Racionales, pero también le dijeron que sería su propia conciencia interior la que marcaría el momento de manera inconfundible y no cualquier advertencia que le llegase del exterior.

— Cuando tú te digas a ti mismo — le había dicho Losten con la claridad y el cuidado con que un Ser Duro hablaba siempre a un Ser Blando, como si el Ser Duro se esforzase por hacerse comprender— que sabes por qué debes desaparecer, entonces desaparecerás y tu tríade lo hará contigo.

Y Odeen había contestado

— No puedo decir que quiero desaparecer ahora, señor — Duro. Hay tanto que aprender…

— Claro, izquierdo — querido. Sientes esto porque aún no estás

dispuesto.

Odeen pensó: «¿Cómo podré estar dispuesto alguna vez, si nunca pensaré que no queda nada por aprender?» Pero no lo dijo. Estaba seguro de que llegaría el momento, y entonces lo comprendería.

Se miró a sí mismo, casi olvidándose y sacando un ojo fuera para verse; habla siempre impulsos infantiles incluso en el más adulto de los más grandes Racionales. No tenia necesidad de hacerlo, por supuesto. Podía captarlo todo muy bien con el ojo sólidamente encajado en su sitio y se encontró en estado satisfactorio: contorno firme y bien formado, suave y curvado en ovoides graciosamente articulados.

Su cuerpo no tenia el resplandor extrañamente atractivo de Dua, ni la consoladora gordura de Tritt. Los amaba a los dos, pero no hubiera cambiado su cuerpo por ninguno de los de ellos. Y tampoco, por supuesto, su mente. Nunca lo diría, claro, porque no quería herir sus sentimientos, pero nunca dejaba de alegrarse de no tener la limitada comprensión de Tritt, o (todavía más) la excéntrica de Dua. Suponía que a ellos no les importaba, porque no conocían otra manera de ser.

De nuevo tuvo una vaga conciencia de Dua, pero la sofocó deliberadamente. De momento, no tenía necesidad de ella. No era que la necesitase menos, sino tan sólo que sentía otros deseos más fuertes. Parte de la madurez de un Racional residía en encontrar cada vez más satisfacción en el ejercicio de la mente que sólo podía practicarse a solas y con los Seres Duros.

Cada día se acostumbraba más a los Seres Duros y se sentía más identificado con ellos. Esto era justo y correcto, porque él era un Racional y, en cierto modo, los Seres Duros eran súper-Racionales. (Una vez se lo dijo a Losten, el más amable de los Seres Duros, y el más joven, según creía vagamente Odeen. Losten había irradiado diversión, pero no había dicho nada, lo cual, al fin y al cabo, equivalía a no negarlo.)

Los primeros recuerdos de Odeen estaban llenos de Seres Duros. Su Paternal concentraba cada vez más su atención sobre el último niño, el niño — Emocional. Esto era lo lógico. Tritt haría lo propio cuando llegase el último niño, si es que llegaba. (Esta última observación era de Tritt, que la usaba constantemente como un reproche a Dua.)

Pero era mucho mejor así. Con su Paternal ocupado la mayor parte del tiempo, Odeen pudo empezar más pronto su educación. No tardó en perder sus costumbres infantiles y aprendió muchas cosas aún antes de conocer a Tritt.

Pero el encuentro con Tritt era algo que nunca olvidaría. Desde entonces, ya había pasado media vida, pero era como si hubiese

ocurrido ayer. Como es natural, conocía a los Paternales de su propia generación; jóvenes que, mucho antes de incubar a los niños, lo cual haría de ellos verdaderos Paternales, daban pocas muestras de la serenidad que después adquirirían. De niño había jugado con su propio hermano-derecho sin advertir apenas una diferencia intelectual entre ellos (aunque, al recordar aquellos días, tenia que reconocer que ya existía, incluso entonces).

También sabia, vagamente, el papel de un Paternal en un triade. Ya en su infancia había oído comentarios en voz baja sobre la fusión.

Cuando Tritt apareció, y Odeen le vio por primera vez, todo cambió. Sintió un calor interior y pensó que necesitaba algo completamente ajeno al pensamiento. Incluso ahora podía recordar la turbación que le causó descubrirlo.

Tritt no estaba turbado, como es natural. A los Paternales no les turbaban nunca las actividades del tríade; a los Emocionales, casi nunca. Únicamente los Racionales tenían aquel problema.

— Pensáis demasiado — le dijo un Ser Duro cuando Odeen le confió el problema. Pero esto dejó insatisfecho a Odeen; ¿cómo se podía pensar «demasiado.?

Tritt era joven cuando se conocieron, claro. Era todavía tan infantil como para desconocer su papel, r su reacción ante el encuentro fue embarazosamente clara. Sus bordes se hicieron casi traslúcidos.

Odeen dijo, casi titubeando:

— No te he visto nunca con anterioridad, ¿verdad, amigo-derecho?

Tritt repuso:

— Soy nuevo aquí. Me han traído.

Ambos sabían exactamente lo sucedido. El encuentro había sido organizado porque alguien (algún Paternal, pensó Odeen entonces, pero luego supo que había sido un Ser Duro) pensaba que se compenetrarían, y este pensamiento era correcto.

No existía entre ambos una afinidad intelectual, naturalmente. ¿Cómo podía existir cuando Odeen quería aprender con una intensidad que lo excluía todo, aparte de la formación del tríade, y Tritt carecía incluso del concepto de la instrucción? Lo que Tritt tenia que saber, él ya lo sabía más allá de la erudición o de la ignorancia.

Odeen, excitado por el descubrimiento del mundo y de su sol, de la historia y del mecanismo de la vida, de todos los misterios del universo, a veces (durante los comienzos de su vida en común), se sorprendía hablando de ello a Tritt.

Tritt escuchaba con placidez, sin comprender nada, pero satisfecho de estar escuchando; mientras Odeen, sin transmitir nada, estaba igualmente contento de disertar.

Fue Tritt quien inició el acercamiento, impulsado por sus especiales necesidades. Odeen hablaba de lo que había aprendido aquel día, después de la comida del mediodía. (Su sustancia más espesa absorbía la comida con tanta rapidez, que les bastaba un sencillo paseo por el sol, mientras que las Emocionales tomaban el sol durante horas, enroscándose y adelgazándose como para prolongar la tarea de modo deliberado.)

Odeen, que siempre ignoraba a las Emocionales, se sentía muy feliz de estar hablando. Tritt, que los miraba con fijeza y en silencio, día tras día, mostraba ahora una visible agitación.

De repente, se acercó a Odeen y formó un apéndice con tanta rapidez, que chocó de modo muy desagradable con el área sensitiva de su compañero.

Odeen había hecho cosas así cuando era niño, naturalmente, pero nunca desde su adolescencia.

El apéndice de Tritt se quedó fuera, tanteando.

— Quiero hacerlo.

Odeen se mantuvo tan compacto como pudo.

— Yo no lo quiero.

—¿Por qué no? — preguntó Tritt, con urgencia—. No es nada malo.

Odeen dijo:

— Vamos, Tritt, necesitamos a una Emocional para hacerlo como es debido. No puedes negar la evidencia.

Tritt contestó

— Consigamos a una Emocional.

¡Consigamos a una Emocional! Los primitivos impulsos de Tritt nunca le daban opción a nada que no fuese la acción directa. Odeen no estaba seguro de poder explicar a Tritt las complejidades de la vida.

— No es tan fácil, lado — derecho — empezó con suavidad.

Tritt replicó ásperamente

— Los Seres Duros pueden hacerlo, tu eres amigo de ellos. Pídeselo.

Odeen se horrorizó.

— No puedo pedírselo. El momento — continuó, adoptando inconscientemente su tono de disertación— aún no ha llegado, pues, de lo contrario, yo lo sabría. Hasta entonces…

Tritt no estaba escuchando. Declaró:

— Yo se lo pediré.

— No — dijo Odeen, visiblemente alarmado—. No te metas en esto. Te he dicho que no es el momento. Tengo que preocuparme de mi educación. Es muy fácil ser un Paternal y no tener que saber nada, pero…

Se arrepintió en seguida que lo hubo dicho v, además, era una mentira. En realidad no quería hacer nada que ofendiera a los Seres Duros y perjudicara sus útiles relaciones con ellos. Sin embargo, Tritt no dio señales de haberse molestado, y a Odeen se le ocurrió que el otro no veía ningún mérito ni utilidad en saber algo que él no supiera y, por lo tanto, no consideraba su observación como un insulto.

Pero el problema de la Emocional continuó presentándose. De vez en cuando intentaban la interpenetración. De hecho, el impulso se intensificaba con el transcurso del tiempo. No era nunca verdaderamente satisfactorio, aunque les proporcionaba placer, y cada vez Tritt pedía una Emocional. Odeen se refugiaba más y más en sus estudios, casi copio si le defendieran contra el problema.

Sin embargo, a veces sentía la tentación de hablar de ello a Losten.

Losten era el Ser Duro que mejor conocía, el que se tomaba el mayor interés personal en él. Había una terrible uniformidad en los Seres Duros, porque no cambiaban; nunca cambiaban, su forma era fija. Tenían los ojos siempre en el mismo sitio, y su lugar era el mismo en todos ellos. Su piel no era exactamente dura, pero siempre opaca, nunca vaga, nunca brillante, e incapaz de ser penetrada por otra piel de su mismo tipo.

No eran de mayor tamaño que los Seres Blandos, pero pesaban más. Su sustancia era mucho más densa y debían tener mucho cuidado con los dúctiles tejidos de los Seres Blandos.

Una vez, cuando era muy pequeño y su cuerpo fluía casi tan libremente como el de su hermana, se encontró muy cerca de un Ser Duro. Nunca supo cuál de ellos fue, pero más adelante se enteró de que todos sentían mucha curiosidad por los niños-Racionales. Odeen había alargado la mano para tocar al Ser Duro, sólo por curiosidad. El Ser Duro saltó hacia atrás, y después el Paternal de Odeen le regañó por haber intentado tocar a un Ser Duro.

La reconvención fue tan severa que Odeen no la olvidó nunca. Cuando fue mayor supo que los átomos compactos de los tejidos del Ser Duro sentían dolor al ser penetrados con fuerza por los demás. Odeen se preguntó si el Ser Blando también sentiría dolor. En una ocasión, otro Racional joven le contó que había chocado contra un Ser Duro y que éste se retorció, aunque él no sintió nada, pero Odeen no tenía la certeza de que esto no fuera una bravata melodramática.

Había otras cosas que no podía hacer. Le gustaba restregarse contra las paredes de la caverna; experimentaba una sensación agradable y cálida cuando penetraba la roca. Los niños siempre lo hacían, pero era más difícil para los mayores. Así y todo, lo podía haber con la piel y le gustaba, pero su Paternal le sorprendió y le reconvino. El objetó que su hermana lo hacía siempre, que él la había

visto.

— Esto es distinto — dijo su Paternal—. Ella es una Emocional.

En otra ocasión, cuando Odeen se hallaba absorbiendo una grabación (entonces ya era mayor), form6 distraídamente una pareja de proyecciones e hizo los extremos tan delgados que podía pasar la una á través de la otra. Empezó a hacerlo con regularidad mientras escuchaba. Le producía una agradable sensación de cosquilleo que le facilitaba el escuchar y le inducía a un sueño placentero.

Su Paternal volvió a sorprenderle, y lo que dijo seguía resultando embarazoso para Odeen, incluso ahora al recordarlo.

En aquellos días, nadie le habló con claridad acerca de la fusión. Le traspasaron conocimientos y le educaron en todo menos en lo que concernía al tríade. A Tritt tampoco se lo habían contado nunca, pero él era un Paternal, así que lo sabía sin que se lo dijeran. Naturalmente, cuando por. fin llegó Dua, todo se aclaró, aunque parecía saber menos de todo ello que el propio Odeen.

Pero su llegada no se debió a ninguna iniciativa de Odeen. Fue Tritt quien abordó el tema; Tritt, que de ordinario temía a los Seres Duros y los evitaba en silencio; Tritt, que carecía de la seguridad de Odeen, en todo menos a este respecto; Tritt, que en esta cuestión era audaz por instinto; Tritt, Tritt, Tritt…

Odeen suspiró. Tritt estaba invadiendo sus pensamientos, porque Tritt se le acercaba. Podía sentirle, brusco, exigente, siempre exigente. En estos días, Odeen disponía de muy poco tiempo para sí mismo, precisamente cuando más creía necesitarlo, para ordenar todos sus pensamientos.

— Dime, Tritt — dijo.

1c

Tritt tenia conciencia de su propia solidez. No la consideraba repulsiva. No la consideraba de ningún modo. De haberlo hecho, la hubiese considerado hermosa. Su cuerpo estaba diseñado para un fin específico, y en este sentido era perfecto.

Preguntó:

— Odeen, ¿dónde está Dua?

— Fuera, en alguna parte — murmuró Odeen, casi como sí no le importase.

A Tritt le molestaba que afectase esta indiferencia hacia el tríade. Dua era tan difícil, y. Odeen no se preocupaba.

—¿Por qué la has dejado marchar?

—¿Cómo puedo detenerla, Tritt? ¿Y qué mal hace?

— Lo sabes muy bien. Tenemos dos niños. Necesitamos un tercero. Es tan difícil hacer un pequeño-mediano en estos días… Dua tiene que estar bien alimentada para que podamos hacerlo. Y ahora ha vuelto a ir de paseo al atardecer. ¿Cómo puede alimentarse bien cuando el sol se pone?

— No le gusta comer mucho.

— Y nosotros no tenemos un niño — mediano, Odeen — la voz de Tritt era acariciante—. ¿Cómo puedo amarte satisfactoriamente sin Dua?

— Vamos, vamos — murmuró Odeen, y Tritt se asombró una vez más de la evidente turbación del otro ante la mera comprobación de un hecho.

Tritt dijo:

— Recuerda, fui yo quien consiguió a Dua.

¿Lo recordaba Odeen? ¿Pensaba alguna vez en el tríade y en lo que significaba?. A veces, Tritt se sentía tan frustrado que llegaba a creer que sí. En realidad, no sabía qué hacer, pero sabía que se sentía frustrado. Como cuando pedía una Emocional y Odeen no hacía nada.

Tritt sabía que no era capaz de construir frases largas y complicadas. Pero aunque los Paternales no hablaban, pensaban. Pensaban cosas importantes. Odeen siempre hablaba de átomos y de energía. ¿A quién le importaban los átomos y la energía? Tritt pensaba en el tríade y en los niños.

Odeen le había dicho una vez que los Seres Blandos escaseaban cada día más. ¿Esto no le preocupaba? ¿Tampoco preocupaba a los Seres Duros? ¿Preocupaba sólo a los Paternales?

Sólo dos formas de vida en todo el mundo, los Seres Blandos y los Seres Duros. Y el calor era su alimento.

Odeen le había dicho que el sol se estaba enfriando. Dijo que al

haber menos alimento, el número de habitantes decrecía. Tritt no podía creerlo. El sol no le parecía más tibio que cuando era pequeño. La culpa era de la gente, que ya no se ocupaba de los tríades. Había demasiados Racionales abstraídos y demasiadas Emocionales estúpidas.

Lo que debían hacer los Seres Blandos era concentrarse en las cosas importantes de la vida, como hacía Tritt. El cuidaba del tríade. Llegó el niño-izquierdo y después el niño-derecho. Estaban creciendo y engordando. Pero debían tener un niño-mediano. Este era el más difícil de hacer, y sin un niño-mediano no podía haber un nuevo tríade.

¿Por qué Dua era de aquel modo? Siempre había sido difícil, pero estaba empeorando.

Tritt sentía un vago rencor hacia Odeen. Odeen siempre decía aquellas palabras tan duras. Y Dua escuchaba. Odeen hablaba continuamente a Dua, hasta que casi eran dos Racionales. Esto era malo para el tríade.

Odeen tendría que haberlo comprendido.

Siempre era Tritt quien tenía que preocuparse, quien hacía lo que debía hacerse. Odeen era amigo de los Seres Duros y, sin embargo, no decía nada.

Necesitaban a una Emocional, y Odeen seguía callando. Odeen les hablaba de energía, y no de las necesidades del tríade.

Fue Tritt el que cambió las cosas. Tritt lo recordaba con orgullo. Vio a Odeen hablando con un Ser Duro y se aproximó a ellos. Sin un temblor en la voz, les interrumpió y dijo:

— Necesitamos una Emocional.

El Ser Duro se volvió para mirarle. Tritt no había estado jamás tan cerca de un Ser Duro. Era todo de una pieza. Todo él tenía que volverse cuando una parte se volvía. Poseía unas proyecciones que podían moverse por su cuenta, pero nunca cambiaban de forma. Nunca se ondulaban, y eran irregulares y feas. No les gustaba que les tocasen.

El Ser Duro preguntó:

—¿Es eso cierto, Odeen?

No dirigió la palabra a Tritt. Odeen se acható. Se acható hasta casi tocar el suelo, más de lo que Tritt le había visto nunca. Repuso:

— Mi lado — derecho es demasiado impaciente. Mi lado — derecho es… es… — tartamudeó, sin poder continuar.

Tritt habló por él. Declaró:

— No podemos fundirnos sin una Emocional.

Tritt sabía que Odeen estaba tan turbado que era incapaz de pronunciar palabra, pero no hizo caso. Ya era hora.

— Veamos, querido — izquierdo — dijo el Ser Duro a Odeen—.

¿Opinas tú lo mismo?

Los Seres Duros hablaban como los Seres Blandos, pero más roncamente y con menos matices. Era difícil escucharles. A Tritt, por lo menos, le resultaba difícil, aunque Odeen parecía acostumbrado.

— Sí contestó Odeen, por fin.

El Ser Duro se dirigió finalmente a Tritt:

— Recuérdamelo, joven-derecho. ¿Cuánto tiempo hace que Odeen y tú estáis juntos?

— El suficiente para merecer a una Emocional — replicó Tritt, que mantenía con firmeza su forma angulosa. Y no se dejaba amilanar. La cuestión era importante—. Y mi nombre es Tritt.

El Ser Duro parecía divertido.

— Sí, la elección fue acertada. Tú y Odeen os compenetráis, pero hacéis difícil la elección de una Emocional. Ya casi nos hemos decidido. Es decir, hace tiempo que yo me he decidido, pero he de persuadir a los demás. Sé paciente, Tritt.

— Estoy cansado de ser paciente.

— Lo sé, pero procúralo, por lo menos.

Otra vez parecía divertido.

Cuando se hubo alejado, Odeen se enderezó y luego se comprimió con enfado. Dijo:

—¿Cómo has podido hacer eso, Tritt? ¿Sabes quién es?

— Un Ser Duro.

— Es Losten, mi profesor especial. No quiero que se indisponga conmigo.

—¿Por qué habría de indisponerse? Yo he sido cortés.

— Bueno, dejémoslo. — Odeen estaba recuperando su forma normal; esto significaba que ya no sentía cólera. (Y Tritt se alegró, aunque trató de no demostrarlo). — . Es muy embarazoso que mi mudo lado-derecho se acerque e interpele al Ser Duro.

—¿Por qué no lo has hecho tú, entonces?

— Hay que esperar el momento oportuno.

— Para ti no llega nunca.

Pero entonces se rozaron sus superficies y dejaron de discutir, y poco tiempo después llegó Dua.

Fue Losten quien la trajo. Tritt no lo sabia; no miró al Ser Duro. Miró solamente a Dua. Pero Odeen le dijo después que había sido Losten.

—¿Lo ves? — dijo Tritt—. Yo fui quien le habló. Por eso la trajo.

— No, es que era el momento — repuso Odeen—. La hubiese traído, aunque ninguno de los dos se lo hubiéramos dicho.

Tritt no le creyó. Tenia la completa seguridad de que Dua estaba allí sólo gracias a él.

Seguramente nunca había habido en el mundo nadie como Dua.

Tritt conocía a muchas Emocionales. Todas eran atractivas. Hubiese aceptado a cualquiera de ellas para una fusión completa. Pero en cuanto vio a Dua, comprendió que ninguna de las otras hubiera servido. Solamente Dua. Solamente Dua.

Y Dua sabía con exactitud lo que había que hacer. Con exactitud. Después les contó que nadie se lo había enseñado. Nadie le explicó nunca nada, ni siquiera las otras Emocionales, porque ella evitaba su compañía.

Y no obstante, cuando los tres estuvieron juntos, cada uno de ellos supo lo que debía hacer.

Dua se adelgazaba. Se adelgazaba más de lo que Tritt jamás viera o creyera posible. Se transformaba en una especie de humo coloreado que invadía la habitación y le deslumbraba. Tritt se movía sin saber que se estaba moviendo. Se sumergía en el aire que era Dua.

No había sentido de penetración, ninguno en absoluto. Tritt no sentía resistencia ni fricción. Sólo una sensación flotante y una palpitación rápida. Notaba que también él se adelgazaba, pero sin el tremendo esfuerzo que siempre requería el hacerlo. Mientras Dua le invadía, podía adelgazarse sin esfuerzo hasta convertirse en un humo denso. Adelgazar se transformaba en algo parecido a flotar, en una fluidez enorme y suave.

Veía vagamente a Odeen que se acercaba por el otro lado, a la izquierda de Dua. Y él también se adelgazaba.

Era sencillamente…, placer.

Los sentidos se amortiguaban bajo la intensidad de aquel placer, y en el momento en que pensaba que no podía soportarlo más, los sentidos dejaban de funcionar.

Al cabo de un rato, se separaron y se miraron fijamente. Habían estado fusionándose durante días enteros. Como es natural, fusionarse siempre requería tiempo. Cuanto más intenso era, más tiempo duraba, aunque después les parecía que aquel tiempo había sido un instante y no lo recordaban. Cuando pasaron unos años, muy raramente se prolongaba más que aquella primera vez.

Odeen dijo:

— Ha sido maravilloso.

Tritt se limitó a contemplar a Dua, que lo había hecho posible. Dua se estaba recuperando, retorciéndose, moviéndose trémulamente. Parecía la más afectada de los tres.

— Lo haremos otra vez — dijo con precipitación—, pero más tarde, más tarde. Ahora dejadme ir.

Se fue corriendo. Ellos no la detuvieron. Estaban demasiado agotados para detenerla. Pero lo mismo sucedió las veces siguientes. Siempre se iba después de una fusión. Por maravilloso que hubiera sido, siempre se iba. Parecía que había algo en ella que exigía la

soledad.

Esto preocupaba a Tritt. Dua era diferente en todo a las otras Emocionales. No hubiera debido serlo.

Odeen opinaba de distinta manera. Decía en muchas ocasiones:

—¿Por qué no la dejas en paz, Tritt? No es como las otras, lo cual significa que es mejor. La fusión no sería tan maravillosa si ella fuese como las demás. ¿Quieres los beneficios sin pagar el precio?

Tritt no comprendía esto con claridad. Sólo sabía que Dua debía portarse como era debido. Replicó

— Quiero que haga lo que es correcto.

— Lo sé, Tritt, lo sé. Pero déjala, de todos modos.

El propio Odeen regañaba a menudo a Dua por su extraño comportamiento, pero siempre le molestaba que la regañase Tritt.

— Careces de tacto, Tritt — decía, pero Tritt no sabía con exactitud qué significaba tacto.

Y ahora… Había pasado tanto tiempo desde la primera fusión, y la niña — Emocional aún no llegaba. ¿Cuánto tardaría? Ya había pasado demasiado tiempo. Y Dua se iba, y cada vez duraban más sus ausencias.

Tritt dijo:

— No come lo suficiente.

— Cuando sea el momento… — empezó Odeen.

— Siempre estás hablando de si es o no el momento. Nunca te parecía el momento para tener a Dua, y ahora tampoco encuentras el momento para tener una niña — Emocional. Dua debería…

Pero Odeen lo interrumpió

— Está ahí fuera, Tritt. Si quieres ir a buscarla, como si fueras su Paternal en vez de su lado-derecho, hazlo. Pero yo te repito que la dejes en paz.

Tritt retrocedió. Hubiese querido decir muchas cosas, pero no sabía cómo decirlas.

2a

De un modo vago y distante, Dua tenía conciencia de la agitación de su derecho y de su izquierdo a propósito de ella, y su rebeldía aumentó.

Si uno de los dos, o ambos, venían a buscarla, la cosa terminaría en una fusión, y sólo de pensarlo se enfurecía. Era lo único que Tritt pensaba, aparte de los niños; lo único que quería, aparte del tercero y el último niño; y lo pensaba y lo quería sólo por este niño que aún faltaba. Y cuando Tritt quería una fusión, la conseguía.

Tritt dominaba el tríade cuando se ponía terco. Se empeñaba en una cosa, y no cejaba hasta que Odeen y Dua claudicaban. Pero ahora, Dua no claudicaría, no cedería…

Tampoco este pensamiento le pareció desleal. Nunca esperaba sentir por Odeen o por Tritt el intenso deseo que ellos sentían. Ella podía fundirse sola; ellos no podían fundirse sin su mediación (¿por qué, entonces, no la consideraban más?).

Odeen tenia el placer de la instrucción, de lo que él llamaba desarrollo intelectual. Dua también lo sentía a veces, lo bastante para conocer su significado; y aunque era diferente de la fusión, podía servir como sustituto, hasta el punto de que Odeen era capaz, en ocasiones, de prescindir de la fusión.

Pero no así Tritt. Para él sólo existían la fusión y los niños. Era lo único. Y cuando su pequeña mente se concentraba enteramente en ello, Odeen cedía, y entonces Dua tenía que ceder.

Una vez se había rebelado:

— Pero, ¿qué sucede cuando nos fundimos? A veces tardamos horas, incluso días, en volver a separarnos. ¿Qué sucede durante ese tiempo?

Tritt parecía escandalizado.

— Siempre ha sido así y así debe ser.

— No me gustan las cosas que deben ser. Quiero saber el porqué.

Odeen se mostraba turbado, y en este estado pasaba la mitad de su vida. Dijo:

— Vamos, Dua, debe ser así. Por los… niños — pareció estremecerse al decir la palabra.

— Bueno, no tiembles — le interpeló Dua, bruscamente—. Ya somos mayores y nos hemos fundido infinidad de veces, y todos sabemos que es para tener niños. No hay por qué no decirlo. Pero me gustaría saber el motivo por el cual dura tanto.

— Porque es un proceso complicado — explicó Odeen, sin dejar de estremecerse—. Porque se precisa energía, Dua, para hacer un niño, e incluso cuando tardamos mucho tiempo, no siempre podemos

hacerlo. Y cada vez es peor… No sólo para nosotros — añadió precipitadamente.

—¿Peor? — preguntó Tritt, con ansiedad.

Pero Odeen no quiso explicarse.

Por fin tuvieron un niño, un Racional, un izquierdo, que revoloteaba y se comprimía, deleitando a los tres, e incluso Odeen lo sostenía y le dejaba cambiar de forma en sus manos mientras Tritt se lo permitió. Porque fue Tritt, naturalmente, quien lo incubó durante el largo período de formación, quien se separó de él cuando alcanzó una existencia independiente y quien siempre cuidó de él.

Después de aquello, Tritt pasaba mucho tiempo alejado de ellos, lo cual satisfacía extrañamente a Dua. La obsesión de Tritt le molestaba; en cambio, la de Odeen (extrañamente) le gustaba. Cada vez tenía más conciencia de su… importancia. Los Racionales tenían algo que les capacitaba para contestar preguntas, y Dua siempre deseaba preguntarle cosas. Odeen contestaba con mayor elocuencia cuando Tritt no estaba presente.

—¿Por qué se tarda tanto, Odeen? No me gusta fundirme y no saber qué ocurre durante días enteros.

— No hay ningún peligro. Dua — repuso Odeen, con seriedad—. Vamos, nunca nos ha ocurrido nada, ¿verdad? Ni tampoco a ningún otro triade, ¿no es cierto? Además, tú no tendrías que hacer preguntas.

—¿Porque soy una Emocional? ¿Porque las otras Emocionales no hacen preguntas? No puedo soportar a las otras)emocionales, si te interesa saberlo, y me gusta hacer preguntas.

Se daba perfecta cuenta de que Odeen la miraba como si jamás hubiese visto a nadie tan atractiva y que de haber estado Tritt presente, la fusión hubiera tenido lugar inmediatamente. Dua incluso se adelgazó un poco, no mucho, pero de modo perceptible, por pura coquetería.

Odeen dijo

— Pero tal vez no comprendas las implicaciones, Dua. Hace falta una gran cantidad de energía para iniciar una nueva chispa de vida.

— Has mencionado a menudo la energía. ¿Qué es, exactamente?

— Pues lo que comemos.

— Entonces, ¿por qué no la llamas comida?

— Porque comida y energía no son la misma cosa. Nuestro alimento procede del sol y es una especie de energía, pero hay otras clases de energía que no constituyen alimento. Cuando comemos, tenemos que extendernos y absorber la luz. Eso es más difícil para las Emocionales porque son mucho más transparentes; es decir, que la luz tiende a atravesarlas en lugar de ser absorbida…

Era maravilloso que se lo explicara, pensó Dua; en realidad, ella ya lo sabía, pero no conocía las palabras apropiadas, las palabras

científicas que Odeen había aprendido. Además, de este modo, todo lo que ocurría adquiría más precisión y significado.

Ahora, de tanto en tanto, en la vida adulta, cuando ya no temía las burlas infantiles y disfrutaba del prestigio de pertenecer al tríade de Odeen, intentaba acercarse a las otras Emocionales y soportar sus charlas y el hacinamiento. Después de todo, a veces le apetecía una comida más sustanciosa que la que solía tomar y ello contribuía a una fusión más satisfactoria. Era placentero (a veces casi compartía el placer que los demás encontraban en ello) estirarse y exponerse a los rayos del sol, contraerse y condensarse para absorber el calor con más intensidad y mayor eficacia.

Sin embargo, muy poco era suficiente para Dua, mientras que los demás nunca parecían saciarse. Había en ellos una especie de glotonería que Dua no podía imitar y que, a la larga, le asqueaba.

Esta era la razón por la cual los Racionales y los Paternales permanecían durante tan poco rato en la superficie. Su gordura les permitía comer rápidamente y marcharse. Las Emocionales se retorcían al sol durante horas, porque aunque comían más despacio, necesitaban más energía que los demás…, por lo menos para la fusión.

La Emocional suministraba la energía, le había explicado Odeen (temblando, así que apenas se comprendían sus señales); el Racional, la semilla; y el Paternal, la incubación.

Cuando Dua comprendió esto, un cierto desdén empezó a mezclarse con su desaprobación al contemplar alas otras Emocionales que sorbían con avidez la fuerte luz del sol. Como nunca formulaban ninguna pregunta, Dua estaba segura de que ignoraban por qué lo hacían, y, por lo tanto, no comprendían la parte obscena de sus temblorosas condensaciones y de sus prisas por abandonar la superficie con el fin de obtener una buena fusión, naturalmente, gracias a su rebosante energía.

También comprendía el enfado de Tritt cuando ella bajaba sin la visible opacidad que significaba una comida abundante. Pero, ¿por qué se quejaban? La delgadez constante de Dua garantizaba una fusión más hábil. Quizá no tan densa y aglutinada como la de los otros tríades, pero según su opinión, era la cualidad etérea lo que contaba. Y en resumidas cuentas, los pequeños izquierdo y derecho habían llegado, ¿no?

Naturalmente, se trataba de la niña — Emocional, de la pequeña mediana. Ella requería más energía que los otros dos niños, y Dua nunca tenía la suficiente.

Incluso Odeen empezaba a mencionarlo.

— No tomas tanto sol como debieras, Dua.

— Ya tomo bastante — replicó Dua, con rapidez.

— El tríade de Genia — observó Odeen— acaba de iniciar una

Emocional.

A Dua no le gustaba Genia, nunca le había resultado simpática. Tenía la cabeza hueca, incluso teniendo en cuenta que era una Emocional. Dua contestó, arrogante

— Supongo que lo va proclamando por ahí. No tiene ninguna delicadeza. Supongo que va diciendo: «No tendría que mencionarlo, querida, pero adivina lo que mi lado-izquierdo y mí lado-derecho han planeado y por fin han conseguido…

Imitó con asombrosa exactitud las temblorosas señales de Genia y Odeen se divirtió mucho.

Pero más tarde dijo:

— Genia puede ser una estúpida, pero lo cierto es que ha iniciado una Emocional, y Tritt está preocupado por ello. Nosotros lo estamos intentando hace mucho más tiempo…

Dua se apartó.

— Tomo todo el sol que puedo resistir; lo tomo hasta que estoy demasiado llena para moverme. No sé qué queréis de mí.

Odeen la apaciguó

— No te enfades. Le prometí a Tritt que hablada contigo. El cree que me haces caso.

—¡Oh! La verdad es que Tritt encuentra raro que tú me hables de ciencia. No comprende nada… ¿Te gustada una mediana como las otras?

— No — repuso Odeen, con seriedad—. Tú no eres como las otras y me alegro de ello. Y si estás interesada en la conversación Racional, voy a explicarte algo. El sol nos suministra menos alimento que en los tiempos antiguos. La energía de la luz es menor y hay que exponerse a ella durante más tiempo. Hace siglos que el índice de natalidad está decreciendo y la población mundial es sólo una fracción de lo que era antes.

— Yo no puedo evitarlo — protestó Dua.

— Quizá los Seres Duros puedan hacerlo. También su población está disminuyendo.

—¿Ellos desaparecen como nosotros?

Dua se sintió repentinamente interesada. Siempre había creído que eran inmortales, que no nacían y morían. Por ejemplo, ¿quién había visto a un Niño Duro? No tenían niños. No se fusionaban. No comían.

Odeen dijo, muy pensativo:

— Me imagino que sí. Nunca me hablan de sí mismos. Ni siquiera sé qué comen, aunque algo han de comer. Y también han de nacer. A propósito, hay un nuevo Ser Duro… Yo aún no lo he visto… Bueno, esto no importa. Lo importante es que han descubierto un alimento artificial…

— Lo sé —dijo Dua—. Lo he probado.

—¿Lo has probado? ¡No lo sabía!

— Un grupo de Emocionales hablaba de ello. Dijeron que un Ser Duro estaba pidiendo voluntarios para probarlo y todas tenían miedo, las tontas. Decían que probablemente las convertiría en duras para siempre y que no podrían volver a fusionarse.

— Esto es absurdo — dijo Odeen, con vehemencia.

— Lo sé, por eso me presté como voluntaria. Así las hice callar. Son difíciles de soportar, Odeen.

—¿Cómo era el gusto?

— Horrible — contestó Dua en seguida—. Fuerte y amargo. Claro que no se lo dije a las otras Emocionales.

Odeen comentó

— Yo lo he probado y no lo encuentro tan malo.

— A los Racionales y Paternales no les importa el gusto del alimento.

Pero Odeen añadió

— Aún está en el periodo experimental. Los Seres Duros trabajan mucho para mejorarlo. En especial Estwald (el que te he mencionado antes, el que no he visto nunca). A veces, Losten habla de él como si fuese algo fuera de lo común: un gran científico.

—¿Cómo es que tú no le has visto nunca?

— Soy un Ser Blando. No supondrás que me enseñan y me cuentan todo, ¿verdad? Supongo que le veré algún día. Ha inventado una nueva fuente de energía que aún puede salvarnos a todos.

— Yo no quiero comida artificial — dijo Dua, y se alejó bruscamente de Odeen.

Esto había sucedido poco tiempo atrás, y Odeen no había vuelto a mencionar a este Estwald, pero ella sabía que lo haría, y empezó a pensarlo mientras estaba en la superficie, al atardecer.

Había visto una sola vez aquella comida artificial: una brillante esfera de luz, como un sol minúsculo, en una caverna especial de los Seres Duros. Aún recordaba su gusto amargo.

¿Sabrían mejorarlo, darle un gusto mejor, incluso delicioso? En tal caso, ella tendría que comerlo y saciarse hasta que la sensación de plenitud le comunicase un deseo casi incontrolable de fusionarse.

Temía aquel deseo autogenerador. Era distinto cuando el deseo provenía de la fuerte estimulación combinada del lado — izquierdo y el lado — derecho. La autogeneración significaría que ya estaba madura para realizar la iniciación de una pequeña mediana. Y… ¡y no quería hacerlo!

Pasó mucho tiempo antes de que se confesara a sí misma aquella verdad. ¡No quería iniciar una Emocional! Cuando habían nacido los tres niños, llegaba inevitablemente el momento de desaparecer, y ella

no quería desaparecer. Recordó el día en que su Paternal la dejó para siempre y decidió que ella no le imitaría nunca. Su decisión era salvaje y firme.

Las otras Emocionales no se preocupaban porque eran demasiado tontas para pensarlo, pero ella era diferente. Era la extraña Dua, la Em-izquierda; así la habían llamado y así quería ser. Mientras no tuviera aquel tercer hijo, no desaparecería; continuaría viviendo.

Por consiguiente, no iba a tener el tercer hijo. Nunca. ¡Jamás!

Pero, ¿cómo haría para conseguirlo? ¿Y cómo evitaría que Odeen se diese cuenta? ¿Y qué sucedería cuando Odeen lo comprendiera?

2b

Odeen esperó a que Tritt hiciese algo. Tenía razones para estar seguro de que no subiría a la superficie a buscar a Dua; significaría abandonar a los niños, y hacerlo era muy difícil para Tritt, quien permaneció un rato en silencio, y cuando se marchó, fue en dirección a la alcoba de los niños.

Odeen casi se alegró de que Tritt se fuera. No del todo, por supuesto, ya que Tritt estaba enfadado y afligido, y esto hacía que el contacto entre ellos se debilitara y que se irguiese la barrera del malestar. Esto ponía melancólico a Odeen; era como si el pulso de la vida fuese más lento.

A veces se preguntaba si Tritt era capaz de sentir como él… No, no quería ser injusto. Tritt tenía sus relaciones especiales con los niños.

En cuanto a Dua, ¿quién podía conocer sus sentimientos? ¿Quién podía saber lo que sentía una Emocional? Eran tan diferentes que, en comparación, el izquierdo y el derecho parecían iguales en todo menos en la mente. Pero incluso teniendo en cuenta la excentricidad de las Emocionales, ¿quién podía saber lo que sentía Dua, Dua en especial?

Fue por esto que Odeen casi se alegró de que Tritt le dejara, porque Dua era la cuestión. La demora en iniciar el tercer niño ya se prolongaba demasiado, y Dua era cada vez más difícil de persuadir. El mismo Odeen sentía una inquietud creciente, que no podía identificar del todo y que debería discutir con Losten.

Se dirigió hacia las cavernas de los Duros, con movimientos tan rápidos que parecían fluir de modo continuado, no con la falta de dignidad y la extraña mezcla de titubeo y apresuramiento que caracterizaba el avanzar ondulante de las Emocionales, ni torpe y pesadamente como los Paternales…

(Vio con claridad la imagen de Tritt, persiguiendo a trompicones al niño — Racional, que a su edad era, por supuesto, casi tan resbaladizo como una Emocional, y la imagen de Dua, que bloqueaba el paso al niño y lo devolvía a Tritt, y éste nunca sabía en seguida si debía agitar al pequeño objeto vivo o envolverlo con su sustancia. Desde el principio, Tritt se adelgazaba más efectivamente para los niños que para Odeen, y cuando Odeen bromeaba a este respecto, Tritt contestaba con gravedad, pues naturalmente carecía de humor para estas cosas

«¡Ah! Pero es que los niños lo necesitan más».)

Odeen estaba muy satisfecho de sus propios movimientos, y los consideraba graciosos y solemnes a la vez. Un día se lo mencionó a

Losten, a quien se lo confesaba todo porque era su mentor — Duro, y Losten observó:

— Pero, ¿no crees que una Emocional o un Paternal opinarán lo mismo sobre su modo de avanzar? Si cada uno de vosotros piensa y actúa de modo diferente, ¿no tendrá también gustos diferentes? Un tríade no excluye el individualismo.

Odeen no estaba seguro de comprender el individualismo. ¿Significaba estar solo? Un Ser Duro estaba solo, por supuesto. Entre ellos no existían los tríades. ¿Cómo podían soportarlo?

Odeen todavía era muy joven cuando se formuló esta pregunta. Sus relaciones con los Seres Duros acababan de empezar y, de pronto, se le ocurrió la idea de no haber visto tríades entre ellos. El hecho era ya una leyenda para los Seres Blandos, pero, ¿y si no fuese cierta? Odeen meditó el asunto y decidió que no debía creer nada a ciegas.

Odeen preguntó:

—¿Eres un izquierdo o un derecho, señor?

Más adelante, Odeen temblaba al recordar esta pregunta. Qué increíblemente ingenuo había sido y qué poco consuelo representaba saber que todos los Racionales hacían esta misma pregunta a un Ser Duro, tarde o temprano; en general, temprano.

Losten repuso, con mucha calma

— Ninguno de los dos, pequeño-izquierdo. No hay izquierdos ni derechos entre los Seres Duros.

—¿Ni media… ni Emocionales?

—¿Te refieres a medianas? — Y el Ser Duro cambió la forma de su permanente área sensorial para expresar algo que Odeen llegó a asociar más tarde con placer o diversión—. No, tampoco medianas. Sólo Seres Duros de una clase única.

Odeen tuvo que preguntarlo; lo hizo involuntariamente, casi contra su deseo.

— Pero, ¿cómo pueden soportarlo?

— Somos diferentes, pequeño-izquierdo. Estamos acostumbrados a ello.

¿Podría Odeen acostumbrarse a una cosa así? Hasta ahora, su vida había transcurrido entre el tríade Paternal y sabía que en un futuro no muy lejano formaría su propio tríade. ¿Qué era la vida sin aquello? De vez en cuando reflexionaba mucho sobre este punto, como lo hacía sobre cada nueva experiencia. A veces consiguió vislumbrar un destello de lo que podía significar. Los Seres Duros no tenían a nadie más que a sí mismos: ni hermano — izquierdo, ni hermano — derecho, ni hermana — mediana, ni fusión. ni hijos, ni Paternales. Sólo tenían la mente y la investigación del universo.

Tal vez esto era suficiente para ellos. A medida que se hacia mayor, Odeen comprendía cada vez mejor las satisfacciones que

brindaba la investigación. Eran casi suficientes (casi suficientes), pero entonces se acordaba de Tritt y de Dua y decidía que, ante ellos, todo el universo no era suficiente.

A menos que… Era extraño, pero había momentos aislados en que le parecía que podía existir una situación, unas condiciones, en las cuales… Pero entonces perdía la momentánea lucidez, o, mejor dicho, la intuición de la lucidez, y ya no comprendía nada. Sin embargo, con el tiempo volvía, y últimamente, con la fuerza y la duración suficientes para poder ser captada.

Pero ahora, nada de esto debía preocuparle; su misión era resolver lo de Dua. Siguió avanzando por el camino que le era tan familiar, y que había recorrido por vez primera con su Paternal (como Tritt acompañaría pronto a su propio Racional, su propio niño-izquierdo).

Y, como era de esperar, se perdió de nuevo en sus recuerdos. Aquella vez fue aterrador. Había otros Racionales jóvenes, y todos latían, lanzaban destellos y cambiaban de forma, pese a las señales de todos los Paternales, instándoles a permanecer firmes y suaves y a no dejar en mal lugar al tríade. Un pequeño-izquierdo, compañero de Odeen, llegó a aplanarse como si fuera un bebé y no se enderezaba, a pesar de los esfuerzos de su turbadísimo Paternal. (Después fue un estudiante perfectamente normal. Aunque ningún Odeen, como el propio Odeen se dijo a sí mismo con considerable complacencia.)

En aquel primer día de escuela conocieron a varios Seres Duros. Hablaron con cada uno de ellos, para que la vibración de los jóvenes Racionales pudiera ser grabada de varios modos, y para decidir si les aceptaban en seguida como alumnos o era mejor esperar otro intervalo; y a qué clase de instrucción les destinaban.

Odeen, con un esfuerzo desesperado, se puso muy liso al acercarse el Ser Duro y no se permitió un solo movimiento. Entonces, el Ser Duro dijo (y el primer sonido de los extraños tonos de su voz casi malogró la determinación de Odeen de ser un adulto):

— Este es un Racional que se mantiene muy firme. ¿Cómo te representas a ti mismo, izquierdo?

Era la primera vez que Odeen se oía llamar =izquierdo», en lugar de algún diminutivo y se sintió más firme que nunca mientras murmuraba

— Odeen, señor — Duro — usando la cortés apelación que su Paternal le enseñara cuidadosamente.

Odeen recordaba con vaguedad haber recorrido las cavernas de los Duros, llenas de instrumentos, maquinaria, bibliotecas y sus incomprensibles imágenes y sonidos. Más que las percepciones sensoriales en sí, recordaba su desesperación interior. ¿Qué iban a hacer con él?

Su Paternal le había dicho que aprendería, pero él ignoraba en realidad el significado de «aprender», y cuando lo preguntó a su Paternal, resultó que éste tampoco lo sabía.

Le costó algún tiempo averiguarlo y la experiencia fue placentera, muy placentera, aunque no carecía de inconvenientes.

El Ser Duro que le llamó «izquierdo» por primera vez, fue su profesor. El le enseñó a interpretar las grabaciones de las ondas sonoras, hasta que lo que fuera un código incomprensible se convirtió en palabras, palabras tan claras como las que él formaba con sus propias vibraciones.

Poco después, aquel Ser Duro desapareció y otro ocupó su puesto. Pero Odeen tardó algún tiempo en darse cuenta. En aquellos primeros días era difícil distinguir a los Seres Duros entre sí, diferenciar sus voces. Sin embargo, un día se dio cuenta. Poco a poco adquirió la seguridad y tembló ante aquel cambio. No comprendía su significado.

Hizo acopio de valor y al fin preguntó:

—¿Dónde está mi profesor, señor-Duro?

—¿Gamaldan? Ya no volverá a tu lado, izquierdo Odeen enmudeció durante unos momentos. Después dijo:

— Pero los Seres Duros no desaparecen…

No terminó la frase, pues se quedó ahogada en su garganta.

El nuevo Ser Duro, impasible, no dijo nada, no le dio ninguna explicación.

Según Odeen comprobó más tarde, aquella actitud no cambiaría nunca. No querían hablar de sí mismos. Eran elocuentes sobre cualquier otro tema. pero en lo concerniente a sí mismos…, no decían nada.

Por muchos indicios, Odeen tuvo que llegar a la conclusión de que los Seres Duros desaparecían, de que no eran inmortales (algo que daban por sentado muchos Seres Blandos). Sin embargo, ningún Ser Duro se lo confesó jamás. Odeen y los otros estudiantes-Racionales solían discutirlo, temerosos, vacilantes. Cada uno de ellos aportó una pequeña prueba y todas confirmaban inexorablemente la mortalidad de los Seres Duros, pero ellos seguían dudando, reacios a admitir lo evidente, razón por la cual dejaron la cuestión en suspenso.

A los Seres Duros no parecía importarles que se sospechara su mortalidad. No hacían nada para ocultarla, aunque tampoco la mencionaban. Y si se les hacía una pregunta directa (lo cual era inevitable), nunca contestaban; no negaban ni afirmaban.

Y si desaparecían, también tenían que nacer, pero tampoco hablaban de esto, y Odeen no había visto jamás a un Niño Duro.

Odeen creía que los Seres Duros obtenían su energía de las rocas y no del sol; por lo menos, introducían en sus cuerpos el polvo de una roca negra. Algunos estudiantes también pensaban lo mismo. Otros,

por el contrario, se negaban rotundamente a aceptarlo. Pero no pudieron llegar a ninguna conclusión porque nadie les había visto alimentarse, y los Seres Duros jamás mencionaban este tema.

Al final, Odeen aceptó esta reticencia como si formara parte de ellos mismos. Pensó que tal vez se debía a su individualismo, al hecho de que no formaban tríades. Era como si vivieran dentro de una concha.

Además, Odeen aprendió cosas de tanta importancia que los detalles relativos a la vida privada de los Seres Duros se convirtieron en banalidades. Aprendió, por ejemplo, que el mundo entero estaba marchitándose, encogiéndose…

Fue Losten, su nuevo maestro, quien se lo dijo.

Odeen le había interrogado sobre las cavernas deshabitadas que se extendían hasta los confines del mundo y Losten pareció complacido.

—¿Te asusta preguntar acerca de ellas, Odeen?

(Ahora le llamaban Odeen; no con una referencia general a su calidad de izquierdo. Siempre era motivo de orgullo que un Ser Duro le interpelase con su nombre personal. Ya lo hacían muchos de ellos. Odeen era un prodigio de comprensión, y utilizar su nombre era como reconocer este hecho. Más de una vez, Losten había expresado satisfacción por tenerle como alumno.)

A Odeen le asustaba realmente, y lo confesó tras cierta vacilación. Siempre era más fácil confesar los propios defectos a los Seres Duros que a los compañeros-Racionales; y mucho más fácil que confesarlos a Tritt, era inconcebible confesarlos a Tritt… Eran los días anteriores a Dua.

— Entonces, ¿por qué preguntas?

Odeen titubeó de nuevo. Después dijo con lentitud

— Me asustan las cavernas deshabitadas porque cuando era joven me dijeron que estaban llenas de las cosas más monstruosas. Pero no sé nada directamente; sólo lo que me contaron otros jóvenes, que tampoco sabían nada seguro. Quiero saber la verdad acerca de ellas y he llegado al punto de sentir más curiosidad que miedo.

Losten pareció satisfecho.

—¡Muy bien! La curiosidad es útil, y el miedo. inútil. Tu desarrollo interior es excelente, Odeen, y recuerda que, en las cosas importantes, sólo cuenta este desarrollo interior. La ayuda que te prestamos es marginal. Puesto que quieres saberlo, es fácil decirte que las cavernas deshabitadas están vacías. No contienen más que reliquias insignificantes del pasado.

—¿Quién las dejó allí, señor-Duro?

Odeen siempre se veía impelido a usar el título honorífico cuando se hallaba ante la neta superioridad intelectual del otro.

— Los que ocuparon las cavernas en tiempos pasados. Hace ya miles de ciclos, los Seres Duros se contaban por millares y los Seres Blandos, por millones. Ahora somos muchos menos de los que éramos entonces, Odeen. Ahora no llegamos a trescientos Seres Duros y a diez mil Seres Blandos.

—¿Por qué? —inquirió Odeen, asombrado. (Sólo quedaban trescientos Seres Duros. Esto equivalía a admitir abiertamente que los Seres Duros desaparecían, pero no era el momento de pensar en aquello.)

— Porque la energía va en disminución. El sol se está enfriando. Con cada ciclo se hace más difícil engendrar y vivir.

(¿Aquello no significaba que los Seres Duros también nacían? ¿Y que también se sustentaban del sol y no de las rocas? Odeen registró el nuevo dato y lo archivó para otra ocasión.)

—¿Y esta situación continuará?

— El sol se irá extinguiendo, Odeen, y un día ya no proporcionará alimento.

—¿Significa esto que todos nosotros, los Seres Duros y los Blandos, desapareceremos?

—¿Qué otra cosa puede significar?

— No podemos desaparecer todos. Si necesitamos energía, y el sol se extingue, tenemos que encontrar otras fuentes. Otras estrellas.

— Pero, Odeen, todas las estrellas se están extinguiendo. El universo va hacia su fin.

— Si las estrellas se extinguen, ¿no hay alimento en alguna otra parte? ¿Ninguna otra fuente de energía?

— No, todas las fuentes de energía del universo se están extinguiendo.

Odeen reflexionó sobre ello con rebeldía, y entonces añadió:

— Hay otros universos. No podemos darnos por vencidos porque nuestro universo claudica.

Estaba palpitando mientras hablaba. Se había expansionado con descortesía imperdonable, hinchándose translúcidamente hasta adquirir un tamaño mayor que el del Ser Duro.

Pero Losten sólo expresaba una extrema satisfacción. Dijo:

— Maravilloso, querido — izquierdo. Tengo que decírselo a los demás.

Odeen volvió a su tamaño normal, embargado por una mezcla de turbación y de orgullo al oírse llamar «querido — izquierdo», una frase que nadie le había dirigido, a excepción de Tritt, naturalmente.

Fue poco después de esta conversación cuando el propio Losten les llevó a Dua. Odeen se había preguntado vagamente si existiría alguna relación, pero sus dudas se disiparon pronto. Tritt repetía tan a menudo que la llegada de Dua se debía a sus propias instancias a

Losten, que Odeen dejó de pensar en el asunto. Era demasiado confuso.

Pero ahora volvía a visitar a Losten. Había pasado mucho tiempo desde aquellos primeros días en que aprendió que el universo se encaminaba hacia su perdición y que los Seres Duros habían decidido trabajar con resolución por la propia supervivencia.

El mismo había dedicado su atención a muchas materias, y Losten confesó que en física ya no podía enseñar nada a Odeen que pudiera ser asimilado con provecho por un Ser Blando. Y como había otros jóvenes Racionales a quienes guiar, él y Losten dejaron de verse con la frecuencia habitual.

Odeen encontró a Losten con dos jóvenes Racionales en la Cámara de Radiación. Losten le vio enseguida a través del cristal y salió, después de lo cual, con sumo cuidado, cerró la puerta tras de sí.

— Querido-izquierdo — le saludó, alargando sus miembros en un gesto de amistad (y Odeen, como tantas otras veces en el pasado, experimentó el perverso deseo de tocarle, pero se abstuvo)—, ¿cómo estás?

— No quería interrumpir, señor Losten.

—¿Interrumpir? Esos dos se arreglarán perfectamente solos durante un rato. Hasta es probable que celebren mi ausencia, porque yo les canso con excesiva verborrea.

— Imposible — protestó Odeen—. Tú siempre has fascinado y estoy seguro de que tienes la misma influencia sobre ellos.

— De cualquier modo, es agradable oírtelo decir. Te veo a menudo en la biblioteca y sé por los demás que haces grandes progresos en tus estudios especializados, los cuales me privan de mi mejor estudiante. ¿Cómo está Tritt? ¿Sigue siendo tan tenaz en sus deberes paternales?

— Cada día más. El es la fuerza del tríade.

—¿Y Dua?

—¿Dua? Ha venido… Ya sabes que es muy excéntrica.

Losten asintió.

— Sí, ya lo sé.

Tenía la expresión que Odeen había llegado a asociar con la melancolía.

Odeen aguardó un momento, y entonces decidió abordar el asunto de manera directa. Dijo:

— Señor Losten, la razón de que nos la trajeran a Tritt y a mí, ¿fue precisamente su excentricidad?

Losten repuso

—¿Te sorprendería si fuera así? Tú mismo eres muy diferente, Odeen, y me has dicho en varias ocasiones que Tritt también lo es.

— Sí, lo es — afirmó Odeen, con convicción.

— Entonces, ¿no es lógico que tu tríade incluya a una Emocional diferente?

— Hay muchas maneras de ser diferente — explicó Odeen, pensativo—. A veces, las extrañas actitudes de Dua disgustan a Tritt y me preocupan. ¿Puedo hacerte una consulta?

— Siempre.

— No le gusta mucho… fusionarse.

Losten escuchó con expresión grave y sin ninguna turbación aparente.

Odeen siguió:

— Mejor dicho, le gusta la fusión mientras dura, pero no siempre es fácil convencerla para que acceda a fusionarse.

Losten preguntó:

—¿Qué opina Tritt de la fusión? Me refiero a lo que no sea el placer inmediato del acto. ¿Qué significa para él aparte del placer?

— Los niños, naturalmente — repuso Odeen—. A mí me gustan y a Dua también, pero Tritt es el Paternal. ¿Lo comprendes?

(De improviso, Odeen pensó que tal vez Losten no podía comprender todas las sutilezas del tríade.)

— Trato de comprenderlo — repuso Losten—. Así, pues Tritt obtiene algo, además de la fusión. ¿Y qué hay de ti mismo? ¿Qué sacas de ella, aparte del placer?

Odeen lo pensó.

— Creo que ya lo sabes. Una especie de estimulación mental.

— Sí, lo sé, pero quería estar seguro de que lo sabías tú, de que no lo habías olvidado. Me has dicho a menudo que cuando sales de un período de fusión, y su peculiar falta de la noción del tiempo (te confieso que he pasado intervalos muy largos sin verte), sientes de pronto que comprendes muchas cosas que antes te parecían confusas.

— Sí, como si mi mente permaneciese activa durante ese período — corroboró Odeen—. Como si ese tiempo, de cuya duración y existencia yo permanecía inconsciente, fuese necesario para mí; porque en su transcurso podía pensar más profunda e intensamente, sin la distracción de las partes menos intelectuales de la vida.

— Sí —convino Losten—. Y cada vez, tu inteligencia daba un gran salto. Es algo común entre vosotros, los Racionales, pero he de confesar que nadie progresaba al mismo ritmo que tú. En realidad, creo que ningún Racional de la historia ha experimentado tan grandes incrementos de inteligencia.

—¿De veras? — dijo Odeen, tratando de no parecer demasiado feliz.

— Por otra parte — continuó Losten, algo divertido al notar el repentino cambio de brillo de su interlocutor—, puedo estar equivocado, pero dejemos eso. Lo que quiero subrayar es el hecho de

que tú, al igual que Tritt, sacas algo de la fusión, aparte de la fusión en sí.

— Sí, sin duda alguna.

—¿Y qué saca Dua de la fusión, aparte del placer?

Se produjo un largo silencio.

— Lo ignoro — dijo Odeen.

—¿No se lo has preguntado nunca?

— No, nunca.

— Comprende — dijo Losten— que si ella no obtiene nada más de la fusión que la fusión en sí, mientras que tú y Tritt sacáis algo además del placer, ¿por qué ella tiene que desearla con tanta ansiedad como vosotros?

— Las otras Emocionales no parecen necesitar… — empezó Odeen, para justificarse.

— Las otras Emocionales no son como Dua. Me lo has repetido muchas veces y creo que con satisfacción.

Odeen se sintió avergonzado.

— Yo pensaba que podía tratarse de otra cosa.

—¿De qué?

— Es difícil de explicar. En el tríade nos conocemos el uno al otro, nos captamos mutuamente; en ciertos aspectos, los tres somos parte de un solo individuo. Un individuo escurridizo, que viene y se va. En general, es algo inconsciente. Si pensamos en ello con demasiada concentración, lo perdemos, así que nunca podemos conocerle con detalle. Nosotros… — Odeen se interrumpió, desalentado—. Es difícil explicar a alguien qué es el tríade…

— Sin embargo, yo trato de comprender. Piensas que has captado una porción de la mente interior de Dua; algo que ella ha mantenido en secreto, ¿verdad?

— No estoy seguro. Es una impresión muy vaga, captada de vez en cuando por una porción de mi mente.

—¿De qué se trata?

— A veces creo que Dua no quiere tener una niña-Emocional.

Losten le miró con gravedad.

— Hasta ahora sólo habéis tenido dos niños, un pequeño-izquierdo v un pequeño — derecho.

— Sí, sólo dos. Ya sabes que la Emocional es difícil de iniciar.

— Lo sé.

— Y Dua no se preocupa de absorber la energía necesaria. Ni siquiera lo intenta. Aduce muchas razones, pero yo no puedo creer ninguna de ellas. Me parece que tiene algún motivo para no querer una niña-Emocional. Por mi parte, si en efecto Dua prefiriese no tenerla durante un tiempo, le dejaría hacer su voluntad. Pero Tritt es un Paternal V la necesita; debe tenerla y yo no puedo decepcionar a

Tritt, ni siquiera vara complacer a Dua.

— Si Dua tuviera una causa racional para no querer iniciar a una Emocional, ¿cambiadas de opinión?

— Yo, por supuesto, pero Tritt no. El no comprende estas cosas.

— Pero, ¿te esforzarlas para obligarle a ser paciente?

— Sí, hada todo lo posible.

Losten dijo

—¿Se te ha ocurrido pensar que casi ningún Ser Blando — aquí vaciló, como buscando una palabra, y al final utilizó la frase corriente entre los Seres Blandos— desaparece antes de que nazcan los niños, los tres, el último de los cuales es la niña-Emocional?

— Pues, claro.

Odeen se extrañó de que Losten pudiera suponerle ignorante de un hecho tan elemental.

— Entonces, el nacimiento de una niña-Emocional equivale a que ha llegado el momento de desaparecer.

— En general, no hasta que la Emocional ha crecido lo suficiente.

— Pero el momento de desaparecer se acerca. ¿No es posible que Dua no quiera desaparecer?

—¿Cómo es eso posible, Losten? Cuando llega el momento, es igual que cuando se quiere la fusión es imposible negarse.

(Los Seres Duros no se fusionaban; quizá no podían comprenderlo.)

— Aun así, supongamos que Dua no quiera desaparecer. ¿Qué dirías a esto?

— Pues que no hay más remedio que desaparecer, un día u otro. Si Dua sólo quiere demorar el último niño, yo podría permitírselo, e incluso, tal vez, convencer a Tritt Pero si no quiere tenerlo nunca, es imposible acceder a ello.

—¿Por qué?

Odeen hizo una pausa para pensarlo.

— No puedo decirlo, señor Losten, pero sé que debemos desaparecer. Con cada ciclo que pasa, lo sé y lo siento cada vez más, y a veces incluso creo comprender la razón.

— Eres un filósofo, Odeen — comentó Losten, con sequedad—. Vamos a considerarlo. Cuando el tercer niño haya llegado y esté creciendo, Tritt ya tendrá a todos sus hijos y podrá pensar en desaparecer después de haber cumplido su misión en la vida. Tú mismo, con la satisfacción de haber aprendido muchas cosas, podrás desaparecer con la sensación del deber. cumplido. Pero, ¿y Dua?

— Lo ignoro — dijo Odeen, perplejo—. Las otras Emocionales se pasan la vida juntas y parecen divertirse mucho chismorreando entre sí. Pero a Dua no le gusta hacerlo.

— Porque es diferente. ¿No hay nada que le guste?

— Le gusta oírme hablar de mi trabajo — murmuró Odeen.

Losten dijo:

— Pues no te avergüences de ello, Odeen. Todos los Racionales hablan de su trabajo con su derecho y con su mediana. Todos simuláis no hacerlo, pero todos lo hacéis.

Odeen objetó:

— Pero Dua escucha, señor Losten.

— Estoy seguro de ello. No es como las otras Emocionales. ¿Y has observado alguna vez si te comprende mejor después de una fusión?

— Sí, lo he observado varias veces. Aunque nunca presté mucha atención a este detalle…

— Porque estás seguro de que las Emocionales no pueden comprender estas cosas. Pero, al parecer, existe mucha parte Racional en Dua.

(Odeen levantó la vista hacia Losten con repentina consternación. Una vez, Dua le había hablado de su infancia desgraciada, sólo una vez; de los insultos proferidos por las otras Emocionales, del insultante apodo que le pusieron: Em-izquierda. ¿Se habría enterado Losten de todo aquello? Pero sólo hacía que mirara a Odeen con mucha calma.)

Odeen dijo:.

— Yo también lo he pensado en ocasiones. — Y entonces se desahogó—: Por eso estoy orgulloso de ella.

— Es lógico — dijo Losten—. ¿Por qué no se lo dices a ella? Y si es aficionada a cultivar su faceta Racional, ¿por qué no dejarla? Enséñale lo que sabes más intensivamente. Contesta sus preguntas. ¿Será un descrédito para tu tríade hacer esto?

— No me importaría, pero, ¿por qué habría de serlo? Tritt lo considerará una pérdida de tiempo, pero ya me ocuparé de él.

— Explícale que si Dua obtiene algo más de la vida v alcanza un sentido de plenitud, no tendrá miedo de desaparecer v tal vez esté más dispuesta a tener una niña-Emocional.

Era como si Odeen se hubiese liberado del enorme peso de un desastre inminente. Habló muy de prisa

— Tienes razón. Siento que tienes razón. Tu comprensión es grande, señor Losten. Contigo como jefe de los Seres Duros, ¿cómo puede dejar de tener éxito nuestro proyecto del otro universo?

—¿Jefe yo? — preguntó Losten, divertido—. Olvidas que ahora es Estwald quien nos dirige. El es el auténtico héroe del proyecto. Sin él no se hubiera iniciado.

—¡Ah, claro! — exclamó Odeen, desorientado momentáneamente.

Aún no conocía a Estwald. De hecho, ningún Ser Blando le había visto, aunque algunos pretendían haberle distinguido de lejos. Estwald era un nuevo Ser Duro; por lo menos, nuevo en el sentido de que Odeen no había oído hablar de él en su juventud. ¿Ello no podía

significar que Estwald era un joven Ser Duro, y había sido un niño-Duro cuando Odeen era un niño-Blando?

Pero ahora, esto no importaba. Ahora, Odeen quería volver a su casa. No podía tocar a Losten para demostrarle su gratitud, pero volvió a darle las gracias y se retiró a toda prisa, verdaderamente satisfecho.

Su alegría tenia algo de egoísmo. No se trataba solamente de la distante perspectiva de la niña — Emocional y del placer que experimentaría Tritt. Ni siquiera se trataba de la plenitud de Dua. Lo que más contaba para él en este momento era su inmediata misión. Tendría posibilidad de enseñar. Estaba seguro de que ningún otro Racional podía encontrarse en su halagüeña situación, porque ninguno podía tener en su tríade a una Emocional como Dua.

Sería maravilloso, con tal de que pudiera hacer comprender la necesidad a Tritt. Tendría que hablar con Tritt y convencerle de algún modo de que tuviera paciencia.

2e

Tritt no se había sentido nunca tan impaciente. No pretendía comprender el porqué de la actitud de Dua. Ni siquiera lo intentarla; no le importaba. Nunca había comprendido por qué las Emocionales se comportaban de aquel modo. Y para colmo, Dua ni siquiera se comportaba como una Emocional.

Dua no pensaba en lo importante. Contemplaba el sol. Pero al hacerlo se adelgazaba tanto, que la luz y el alimento sólo hacían que pasara a través de ella. Entonces decía que era muy hermoso. Aquello no era lo importante. Lo importante era comer. ¿Qué había de hermoso en comer? ¿Y qué significaba la palabra hermoso?

Siempre quería introducir cambios en la fusión. Una vez dijo:

— Primero hemos de hablar. Nunca hablamos de ello. Y nunca pensamos en ello.

Odeen siempre respondía

— Hagamos lo que ella quiere, Tritt. Así, la fusión es mejor.

Odeen siempre era paciente. Pensaba que todo salía mejor si esperaban. O a veces quería meditar.

Tritt no estaba seguro de saber a qué se refería Odeen cuando hablaba de «meditar», pero le parecía que significaba que Odeen no quería hacer nada.

Como conseguir a Dua, por ejemplo. Odeen todavía estaría meditando. Tritt, en cambio, se decidió a pedirla sin rodeos. Así era como tenía que ser.

Ahora, Odeen no quería hacer nada respecto a Dua, como si no se acordara de la niña-Emocional, que era lo importante. Pues bien, si Odeen no quería ocuparse de ello, Tritt lo resolvería.

De hecho, ya estaba empezando a intentarlo. Mientras todas estas ideas cruzaban su mente, iba avanzando por el largo corredor, sin darse apenas cuenta de cuánto se alejaba. ¿Sería esto «meditar? Bueno, aunque lo fuese, no se arredraría, ni daría marcha, atrás.

Imperturbable, miró a su alrededor. Este era el camino hacia las cavernas de los Duros. Sabía que dentro de poco tendría que recorrer este camino con su pequeño-izquierdo. Odeen se lo había mostrado una vez.

Ignoraba qué haría cuando llegase allí, pero no sentía ningún temor. Quería una niña-Emocional; estaba en su derecho al exigirla. Nada era más importante que aquello. Los Seres Duros se encargarían de conseguírsela. ¿No le habían traído a Dua cuando se la pidió?

Pero, ¿con quién hablaría? ¿Con cualquier Ser Duro? Decidió vagamente que no podía ser cualquiera de ellos. Preguntaría por uno cuyo nombre sabía, y sólo a él elevaría su petición.

Recordó el nombre, incluso recordó cuándo lo había oído pronunciar por primera vez. Fue cuando el pequeño-izquierdo había crecido lo suficiente para cambiar de forma a voluntad. (¡Qué gran día aquél! «¡Ven, Odeen, de prisa! Annis está ovalado y duro, y lo ha conseguido sin ayuda. ¡Dua, mira!» Annis era el único niño entonces. Tuvieron que esperar tanto para que llegase el segundo. Entraron corriendo y le vieron en un rincón, enroscándose y flotando sobre su lecho como arcilla húmeda. Odeen se fue porque tenía trabajo. Pero Dua dijo: «Ya volverá a hacerlo, Tritt. Le contemplaron horas, pero no lo hizo más.)

Tritt se ofendió porque Odeen no había esperado, pero no le regañó al observar su fatiga. Tenía arrugas muy marcadas en su ovoide y no hacía ningún esfuerzo para alisarlas.

Tritt preguntó con ansiedad

—¿Sucede algo malo, Odeen?

— Ha sido un día muy duro y no creo poder conseguir las ecuaciones diferenciales antes de la próxima fusión.

(Tritt no recordaba las palabras exactas, pero habían sido algo parecido. Odeen siempre usaba palabras duras.)

—¿Quieres la fusión ahora?

—¡Oh, no! Acabo de ver a Dua subiendo a la superficie, y ya sabes cómo se pone si se lo impedimos. No hay prisa, en realidad. Además, hay un nuevo Ser Duro.

—¿Un nuevo Ser Duro? — repitió Tritt, con evidente falta de interés.

A Odeen le interesaban profundamente sus relaciones con los Seres Duros, pero Tritt hubiera deseado que este interés no existiese. Odeen se preocupaba más por lo que él llamaba su educación que cualquier otro Racional de su área. Esto era injusto. Odeen estaba demasiado ausente. Dua se iba demasiado a menudo a la superficie. Nadie, a excepción de Tritt, se interesaba debidamente por el tríade.

— Se llama Estwald — dijo Odeen.

—¿Estwald? — ahora, Tritt sintió una punzada de interés. Tal vez porque estaba captando con ansiedad los sentimientos de Odeen.

— Yo no le he visto, pero todos hablan de él. — Los ojos de Odeen se aplanaron como solían hacerlo cuando se quedaba pensativo —. Es el responsable del nuevo invento.

—¿Qué nuevo invento

— La Bomba de positro… No lo comprenderías. Tritt. Es algo nuevo, que va a revolucionar al mundo entero.

—¿Qué es revolucionar?

— Cambiarlo todo.

Tritt se alarmó inmediatamente.

— No está bien cambiarlo todo.

— Todo va a ser mejor. Cambiar no siempre significa empeorar. La cuestión es que Estwald lo dirige. Es muy inteligente, lo presiento.

— Entonces, ¿por qué te es antipático?

— Yo no he dicho que me sea antipático.

— Pues eso es lo que sientes.

— No, en absoluto, Tritt. Se trata sólo de que… de que… — Odeen se echó a reír—. Estoy celoso. Los Seres Duros son tan inteligentes que un Ser Blando no es nada en comparación con ellos, pero ya me había acostumbrado a esta idea, porque Losten no dejaba de repetirme lo inteligente que era yo… para un Ser Blando, supongo. Pero ahora aparece este Estwald e incluso Losten parece rendido de admiración, y yo comprendo que no soy nada.

Tritt hinchó su parte delantera para entrar en contacto con Odeen, que levantó la mirada y sonrió.

— Pero esto es estúpido por mi parte. ¿A quién le importa la inteligencia de un Ser Duro? Ninguno de ellos tiene a un Tritt.

Entonces, los dos se fueron juntos en busca de Dua. Esta, por pura casualidad, ya volvía de sus peregrinaciones y estaba bajando. Fue una buena fusión, aunque sólo duró aproximadamente un día. En aquella época, Tritt no quería prolongarlas; Annis era muy pequeño e incluso una corta ausencia era peligrosa, aunque siempre se podía conseguir la ayuda de otros Paternales.

Desde aquel día, Odeen mencionaba a Estwald de vez en cuando. Siempre le llamaba «el Nuevo», aun después de haber pasado mucho tiempo. Todavía no le había visto.

— Creo que le estoy evitando — dijo una vez, cuando Dua estaba con ellos—, porque sabe tanto sobre la nueva máquina. No quiero aprender demasiado de prisa; quiero prolongar todo lo posible el placer de instruirme.

—¿La Bomba de Positrones? — preguntó Dua.

«Esta era otra de las rarezas de Dua», pensó Tritt, fastidiado. Era capaz de pronunciar las palabras duras casi tan bien como Odeen. Una Emocional no debía ser así.

Tritt decidió hablar con Estwald porque Odeen había dicho que era listo. Además, como Odeen no le conocía, Estwald no podría decir: «Ya he hablado de ello con Odeen, Tritt, y no debes preocuparte..

Todo el mundo creía que si se hablaba con el Racional, era como si se hablase con el tríade. Nadie hacía caso de los Paternales. Pero esta vez tendrían que prestarte atención.

Llegó a las cavernas de los Duros, donde todo parecía diferente. Nada de lo que contenían era comprensible para Tritt; todo se le antojaba extraño y espantoso. Murmuró para sus adentros: «Necesito a mi pequeña — medianas. Esto le infundió los ánimos necesarios para seguir avanzando.

Por fin vio a un Ser Duro. Estaba solo, hacía algo, se inclinaba sobre algo, se ocupaba en algo. Una vez, Odeen le había dicho que los Seres Duros siempre trabajaban en sus… bueno, lo que fuera. Tritt no lo recordaba ni le importaba recordarlo.

Avanzó con suavidad y se detuvo.

— Señor Duro — dijo.

El Ser Duro le miró y el aire vibró a su alrededor, como sucedía a veces cuando dos Seres Duros hablaban entre sí, según le dijera Odeen. Después, el Ser Duro pareció apercibirse realmente de Tritt y dijo:

— Vaya, pero si eres un derecho. ¿Qué te trae por aquí? ¿Has venido con tu pequeño-izquierdo? ¿Es acaso el comienzo de un semestre?

Tritt no hizo caso de las preguntas. Interrogó a su vez

—¿Dónde puedo encontrar a Estwald, señor?

—¿Encontrar a quién?

— A Estwald.

El Ser Duro guardó silencio durante un buen rato. Entonces preguntó

—¿Para qué necesitas a Estwald, derecho?

Tritt se sentía obstinado.

— Es importante que hable con él. ¿Eres tú, Estwald, señor-Duro?

— No, no lo soy… ¿Cómo te llamas, derecho?

— Tritt, señor — Duro.

— Comprendo. Eres el derecho del tríade de Odeen, ¿verdad?

— Sí.

La voz del Ser Duro pareció suavizarse.

— Me temo que de momento no podrás ver a Estwald. No está aquí. Si hay alguien más que pueda ayudarte…

Tritt no sabía qué decir. Se quedó inmóvil.

El Ser Duro dijo:

— Vete a casa. Habla con Odeen. El te ayudará. ¿De acuerdo? Vete a casa. derecho.

El Ser Duro se apartó. Parecía muy ocupado para seguir hablando con Tritt, v Tritt permaneció allí, indeciso. Entonces se deslizó lentamente hacia otra sección, sin hacer ningún ruido. El Ser Duro no levantó la vista.

Al principio, Tritt no sabía por qué se había movido en aquella dirección determinada Sólo sintió que era su deber hacerlo. Pero en seguida comprendió la razón. Estaba rodeado por un débil calor alimenticio y se encontró absorbiéndolo.

No había sentido hambre, y, sin embargo. ahora estaba comiendo y saboreando acuella comida.

El sol no lucía en ninguna parte. Instintivamente, miró hacia

arriba, sin pensar que se hallaba en una caverna. Y pese a ello, la comida era mejor, mucho mejor que en la superficie. Miró en torno suyo, extrañado. Extrañado, ante todo, de su propia extrañeza.

A veces se había impacientado con Odeen porque éste cavilaba sobre muchas cosas que no tenían importancia. Y ahora, él mismo, Tritt, estaba cavilando. Pero el tema de su cavilación sí que importaba. Lo comprendió de improviso: era importante. Con una intuición casi cegadora comprendió que él no podía sentir extrañeza por nada, a menos que algo en su interior le dijese que era importante.

Actuó con rapidez, maravillado de su propia osadía. Al poco rato, volvió sobre sus pasos. Se deslizó de nuevo por el lado del Ser Duro, el mismo con quien había hablado antes. Le dijo:

— Me voy a casa. Señor-Duro.

El Ser Duro se limitó a murmurar algo incoherente. Seguía ocupado, inclinado sobre aleo. haciendo cosas estúpidas e ignorando lo único importante.

Si los Seres Duros eran tan poderosos v tan inteligentes, pensó Tritt, ¿cómo podían ser tan estúpidos?

3a

Dua se encontró deslizándose hacia las cavernas de los Duros. En parte, era para hacer algo, ahora que el sol se había puesto, y en parte para no volver otra vez a casa, para retrasar un poco el tener que escuchar las admoniciones de Tritt y las sugerencias, matizadas de una mezcla de embarazo y resignación, de Odeen. Y en parle, también, por la atracción que los Seres Duros ejercían sobre ella.

Dua sentía desde hacía mucho tiempo; en realidad, desde que era pequeña, y ya había renunciado a fingir que no era así. No convenía a las Emocionales sentir atracciones y, aunque ello ocurriera a veces a las riñas-Emocionales (Dua tenía la edad y la experiencia suficientes para saberlo), pronto lo superaban o eran severamente amonestadas.

Pero durante su propia niñez, ella perseveró en su obstinada curiosidad por el mundo, el sol, las cavernas…, cualquier cosa, hasta que su Paternal decía

— Eres extraña, querida-Dua. Eres una mediana muy poco corriente. ¿Qué será de ti?

Al principio, ella no tenía la menor idea de por qué era extraño y poco corriente sentir ansias de saber. Muy pronto descubrió que su Paternal no sabía contestar a sus preguntas. Una vez lo intentó con su padre-izquierdo, pero éste no demostró la plácida perplejidad de su Paternal. La interpeló:

—¿Por qué lo preguntas, Dual — y su mirada era duramente inquisitiva.

Ella huyó corriendo, asustada, y no volvió a hacerle ninguna pregunta.

Pero después, un día, otra Emocional de su misma edad le chilló: «¡Em-izquierda!» como réplica a alguna frase de Dua (ya no podía recordarla), que entonces se le ocurrió con toda naturalidad. Dua se avergonzó, sin saber por qué, y fue a preguntar a su hermano-izquierdo, que era mucho mayor que ella, el significado de Em-izquierda. El se alejó muy turbado (claramente turbado), murmurando: «No lo sé», cuando era evidente que lo sabía.

Después de reflexionarlo un poco, acudió a su Paternal y le preguntó

—¿Soy una Em-izquierda, papá?

El le preguntó a su vez:

—¿Quién te ha llamado así, Dua? No debes repetir estas palabras.

Dua comenzó a flotar muy cerca de él y, al cabo de un rato, inquirió

—¿Es algo malo?

— Se te pasará cuando crezcas — repuso él. formando un bulto en

su superficie para que ella se sintiera empujada y vibrase, un juego que siempre le había gustado. Pero ahora no le gustó, porque estaba claro que él no quería darle una respuesta satisfactoria, de modo que se apartó, un poco pensativa. Sus palabras, «se te pasará cuando crezcas», significaban que le aquejaba algo, pero, ¿qué?

Ya entonces contaba con muy pocas amigas entre las otras Emocionales. A ellas les gustaba chismorrear y reír en grupo, pero ella prefería flotar sobre las rocas y gozar con la sensación de su aspereza. Sin embargo, había algunas medianas más amables que otras, que se le antojaban menos provocativas. Por ejemplo, Doral, tan tonta como las demás, en realidad, pero que a veces hablaba de modo divertido. (Doral, al ser mayor, había formado un tríade con el hermano — derecho de Dua v un joven — izquierdo de otro complejo de cavernas, un joven que no inspiraba mucha simpatía a Dua. Doral inició casi en seguida un niño-izquierdo y un niño-derecho en rápida sucesión, v poco tiempo después, una niña — mediana. Entretanto, se había hecho tan densa que el tríade parecía tener dos Paternales, Y Dua se preguntaba si podrían seguir fusionándose… Pero Tritt nunca perdía ocasión de recalcarle las excelencias del tríade que Dora¡ había ayudado a formar.)

Un día en que Dora¡ y ella estaban solas, Dua susurró:

— Doral, ¿tú sabes qué es una Em-izquierda?

Y Doral se estremeció y se comprimió, como para no ser vista, y le explicó:

— Es una Emocional que actúa como un Racional; ya sabes; como un izquierdo. ¿No lo ves? Emocional-izquierda… ¡Em-izquierda!

Al fin, Dua «vio» la frase. Era evidente, una vez explicada. La hubiera comprendido sin ayuda si hubiese sido capaz de imaginar tal estado de cosas. Inquirió

—¿Cómo lo sabes?

— Las chicas mayores me lo explicaron. — La sustancia de Doral se arremolinó y Dua la encontró desagradable—. Es indecente — observó Doral.

—¿Por qué? —preguntó Dua.

— Porque es indecente. Las Emocionales no deben actuar como si fueran Racionales.

Dua nunca había imaginado tal posibilidad, pero ahora la comprendió. Dijo:

—¿Y por qué no?

—¡Vaya pregunta! ¿Quieres saber qué otra cosa es indecente?

Dua no pudo evitar sentirse intrigada.

—¿Qué?

Dora] no dijo nada, pero una porción de su cuerpo se dilató de improviso y rozó a la desprevenida Dua antes de que pudiese formar

una concavidad. Dua expresó desagrado; se apartó y dijo:

— No hagas esto.

—¿Sabes qué otra cosa es indecente? Introducirse en una roca.

— Es imposible hacerlo — declaró Dua. Era una declaración tonta, porque Dua había penetrado a menudo en la superficie exterior de la roca y había gozado con ello. Pero ahora, en el contexto de las burlas de Dora], sintió repugnancia y lo negó, incluso a sí misma.

— Claro que se puede hacer. Se llama acariciar rocas.

— No te creo. Lo estás inventando.

— Te digo que lo hacen. ¿Conoces a Dimit?

— No.

— Seguro que sí. Es la chica del extremo grueso de la Caverna c.

—¿La que flota de un modo raro?

— Sí, debido a su extremo grueso. Es ella.

En este punto, Dua se alejó, muy trastornada. No volvió a hablar a Doral durante mucho tiempo y dejó de considerarla amiga suya, pero su curiosidad había sido excitada.

¿Su curiosidad? ¿Por qué no decir sus tendencias de Em-izquierda?

Un día en que tenía la seguridad de que su Paternal no se encontraba cerca, se fundió con una roca, lentamente y sólo en parte. Era la primera vez que lo intentaba desde que era muy pequeña.

Volvió a probarlo otras veces, con mayor atrevimiento.

En una ocasión fue sorprendida por su Paternal, que emitió una exclamación de disgusto, y desde entonces tuvo más cuidado. Ahora era mayor y sabía con seguridad que, a pesar de las críticas de Doral. la práctica era muy corriente. Casi todas las Emocionales lo hacían de vez en cuando, y algunas lo admitían abiertamente.

Ocurría con menos frecuencia cuando se hacían mayores, y Dua no creía que ninguna Emocional lo practicase después de unirse a un tríade y empezar las auténticas fusiones. Uno de sus secretos (pues nunca se lo dijo a nadie) era que ella había continuado haciéndolo, e incluso lo intentó una o dos veces después de la formación del tríade. (Aquellas veces pensó: «¿Y si Tritt se enterase…?» La posibilidad parecía augurar consecuencias fatales, lo cual estropeo en parte la diversión.)

Confusamente se excusaba (ante sí misma) alegando la persecución de que era objeto. El grito de «Em-izquierda» empezó a seguirla por doquier, como una especie de pública humillación. Durante aquel período de su vida, se vio obligada a llevar una existencia casi de reclusa. Su gusto inicial por la soledad se consolidó en aquella época. Y al encontrarse sola, buscó un consuelo en las rocas.

Por lo menos, así se lo decía a sí misma.

Una vez trató de devolver el golpe. Exclamó: «¡Sois un montón de Em-derechas, un montón de sucias Em-derechas!», dirigiéndose a las insultantes medianas.

Ellas sólo rieron, y Dua se alejó, presa de confusión y frustración. Pero era cierto. Casi todas las Emocionales, cuando se acercaban a la edad de formar un tríade, se interesaban por los niños y les rodeaban como si fueran Paternales, en una imitación que Dua consideraba repulsiva. Ella nunca sintió aquel interés. Los niños eran eso: sólo niños; e incumbían únicamente a los hermanos — derechos.

Los insultos cesaron cuando Dua se hizo mayor. Contribuyó a ello su estructura grácil y su habilidad para flotar con un contorno difuminado que ninguna sabía imitar. Y cuando izquierdos y derechos mostraron interés por ella, de manera progresiva, las otras Emocionales ya no se atrevieron a burlarse.

Y no obstante (no obstante), ahora que nadie osaba dirigirse irrespetuosamente a Dua (porque era bien sabido en todas las cavernas que Odeen pasaba por ser el Racional más prominente de su generación, y Dua era su lado-mediano), ella sabía que en efecto, era una Em-izquierda sin remisión posible.

No lo consideraba indecente (no del todo), pero a veces se sorprendía a sí misma deseando ser un Racional y, entonces, sentía vergüenza. Se preguntaba si otras Emocionales habrían deseado aquello alguna vez, y si la verdadera causa de que ella no quisiera una niña — Emocional residía en el hecho de que no era una auténtica Emocional y no cumplía debidamente sus deberes para con el triade…

A Odeen no le importaba que fuese una Em-izquierda. Nunca la había llamado así. pero le halagaba el interés que mostraba por su trabajo, le gustaban sus preguntas y disfrutaba al ver que comprendía sus explicaciones. Incluso llegaba a defenderla cuando Tritt se ponía celoso (bueno, no exactamente celoso), y le demostraba que su conducta no encajaba con su tenaz y limitada visión del mundo.

Odeen la había llevado varias veces a las cavernas de los Duros, ansioso de mostrar sus conocimientos a Dua y claramente satisfecho de la impresión que causaba a Dua. Porque ella estaba impresionada, no tanto ante la evidencia de la sabiduría y la inteligencia de él como ante el hecho de que a Odeen no le importase compartirla. (Recordaba la dura actitud de su padre — izquierdo la vez que ella le interrogó.) Nunca amaba tanto a Odeen como cuando éste le permitía compartir su vida… y también esto formaba parte de su condición de Em-izquierda.

Tal vez (muchas veces se le ocurría pensarlo), era esta condición la que la acercaba más a Odeen y la alejaba más de Tritt, razón por la cual las reconvenciones de Tritt la repelían. Odeen no insinuó jamás tal cosa, pero quizá Tritt lo presentía vagamente y, aunque incapaz de

comprenderlo, lo intuía lo suficiente para sentirse desgraciado sin saber explicar el motivo.

En su primera visita a una caverna de los Duros, oyó a dos Seres Duros hablar entre sí. Ignoraba que estuviesen hablando, naturalmente. Había una vibración en el aire, muy rápida, muy cambiante, que producía un desagradable ruido en su interior. Tuvo que dilatarse y dejar que la atravesara.

Odeen le dijo:

— Están hablando. — Después, en seguida, anticipándose a su objeción añadió—: En su lengua. Ellos se comprenden.

Dua logró captar el concepto. El hecho de poseer una comprensión rápida se convertía en más satisfactorio porque complacía tanto a Odeen. (Una vez había dicho: «Ninguno de los otros Racionales tiene una Emocional que no sea tonta. Soy muy afortunado». Ella le respondió: «Pero los otros Racionales parecen contentos de que sean tontas. ¿Por qué eres diferente de ellos, Odeen?» Odeen no negó que a los otros Racionales les gustasen tontas. Se limitó a decir: «Nunca lo he pensado y no lo considero importante. Me gustas tú y me alegro de que me gustes.)

Dua preguntó

—¿Comprendes la lengua de los Seres Duros?

— No mucho — repuso Odeen—. No puedo captar los cambios con la rapidez suficiente. A veces presiento lo que dicen, aunque no lo comprenda, en especial después de habernos fusionado. Pero sólo algunas veces. Presentir estas cosas es realmente una cualidad Emocional, aunque si bien una Emocional las presiente, nunca es capaz de interpretarlas correctamente. Pero tú quizá podrías.

Dua vaciló.

— Me daría miedo. Puede que a ellos no les gustase.

— Vamos, pruébalo. Tengo curiosidad. Trata de adivinar lo que están diciendo.

—¿Lo hago? ¿De verdad?

— Adelante. Si te sorprenden y se enfadan, diré que yo te he obligado a hacerlo.

—¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Con considerable aprensión, Dua intentó el contacto mental con los Seres Duros, adoptando la pasividad total que permitía la afluencia de los sentimientos.

Exclamó

—¡Excitación! Están excitados. Alguien nuevo.

Odeen dijo

— Quizá sea Estwald.

Fue la primera vez que Dua oyó aquel nombre. Dijo:

— Es extraño.

—¿Oué es extraño?

— Tengo la sensación de un gran sol. Un sol verdaderamente grande.

Odeen pareció pensativo.

— Pueden estar hablando de esto.

— Pero.:cómo es posible?

En aquel momento, los Seres Duros les sorprendieron. Se les acercaron con amable actitud y les saludaron al modo de los Seres Blandos. Dua estaba muy turbada v se preguntaba sí sabrían que habían estado captándoles. Pero, de ser así, no dieron nada.

(Más tarde. Odeen le explicó que era muy raro sorprender a dos Seres Duros hablando entre sí en su lengua. Siempre callaban en presencia de los Seres Blandos y suspendían su trabajo mientras permanecían con ellos. «Nos tienen mucho afecto — dijo Odeen—. Son muy bondadosos.)

De vez en cuando la llevaba a las cavernas de los Duros; en general, cuando Tritt estaba ocupado con los niños. Odeen prefería no comentar a Tritt que llevaba a Dua a las cavernas, pues ello equivalía a recibir la réplica de que los mimos de Odeen no hacían más que fomentar la desgana de Dua de tomar el sol, de modo que la fusión se hacía mucho menos efectiva… Era difícil hablar con Tritt más de cinco minutos sin que la fusión saliera a relucir.

Incluso, Dua había bajado sola una o dos veces. El temor la dominaba, aunque los Seres Duros que encontraba eran siempre amables, siempre «muy bondadosos», como dijera Odeen. Pero no parecían tomarla en serio. Estaban contentos, pero algo divertidos (lo captaba claramente) cuando ella les formulaba alguna pregunta. Y siempre respondían con frases sencillas, que no le proporcionaban ninguna información. «Es sólo una máquina, Dua — decían—. Odeen te lo explicará.»

Dua ignoraba si había visto a Estwald. Nunca se atrevió a preguntar los nombres de los Seres Duros con quienes hablaba (excepto Losten, a quien Odeen la había presentado y a quien vio muchas veces). En aluna ocasión pensó que quizá era uno de los presentes. Odeen hablaba de él con gran respeto y con cierto resentimiento.

Dedujo que estaría ocupado en algún trabajo de la mayor importancia y en las cavernas que no eran accesibles para los Seres Blandos.

Al asociar todo lo que Odeen le había contado, comprendió poco a poco que el mundo necesitaba alimento con urgencia. Odeen no lo llamaba casi nunca «alimento». Decía «energía», que era la palabra del idioma duro.

El sol palidecía y moría, pero Estwald había descubierto la manera de encontrar energía muy lejos, más allá del sol, más allá de las siete estrellas que brillaban en el oscuro cielo nocturno. (Odeen decía que las siete estrellas eran siete soles muy distantes y que había muchas otras estrellas aún más distantes, cuya luz no podían distinguir. Tritt se lo oyó decir y le preguntó qué utilidad tenía la existencia de unas estrellas que no podían ser vistas, y añadió que no creía una palabra. Odeen repuso: «Vamos, Tritt», en tono paciente. Dua había estado a punto de decir algo muy parecido a lo dicho por Tritt, pero entonces se calló.)

Ahora, todo parecía indicar que habría gran cantidad de energía, y para siempre: mucha comida, por lo menos en cuanto Estwald y los demás Seres Duros lograsen hacer que la nueva energía tuviera buen gusto.

Hacía sólo unos días que Dua había dicho a Odeen:

—¿Recuerdas, hace tiempo, cuando me llevaste a las cavernas de los Seres Duros y yo establecí contacto con ellos y capté la impresión de un gran sol?

Odeen se quedó perplejo durante unos momentos.

— No estoy seguro. Pero, sigue, Dua. ¿Qué hay de ello?

— He estado pensando. ¿Es el gran sol la fuente de la nueva energía?

Odeen contestó, muy satisfecho:

— Excelente, Dua. No del todo correcto, pero demuestra una enorme intuición en una Emocional.

Y ahora, Dua se iba deslizando con lentitud, como al azar, mientras recordaba todo esto. Sin tener plena conciencia del tiempo y del espacio, se encontró en la caverna de los Seres Duros, y yo empezaba a pensar si sería conveniente demorarse tanto, y si no sería mejor volver a casa ahora y afrontar el inevitable enfado de Tritt, cuando, casi como si pensar en Tritt le hubiese traído aquí, captó a Tritt con sus sentidos.

La sensación era tan intensa que sólo durante un confuso instante pensó que quizá le estaría captando desde lejos, en su propia caverna. ¡No! Tritt estaba aquí, en las cavernas de los Seres Duros, como ella.

¿Qué podía estar haciendo aquí? ¿Persiguiéndola? ¿Iba a pelearse con ella aquí? ¿Sería tan tonto como para apelar a los Seres Duros? Dua no creía poder resistirlo…

Y entonces, el terror glacial la abandonó y fue reemplazado por el asombro. Tritt no estaba pensando en ella. No tenía la menor idea de su presencia. Todo lo que Dua captaba en él era la tremenda fuerza de una especie de designio, unida al temor y a la aprensión suscitados por algo que iba a hacer.

Dua podría haber penetrado más y descubierto algo, por lo menos

lo que iba a hacer y por qué, pero nada estaba más lejos de sus intenciones. Ya que Tritt no sabía que ella se hallaba cerca, quería asegurarse de una sola cosa: que continuase ignorándolo.

Entonces, por puro reflejo, hizo algo que un momento antes hubiese jurado no volver a hacer bajo ninguna circunstancia. Tal vez se debió (como pensó después) a sus recientes divagaciones sobre su charla de niña con Doral, o a sus recuerdos de los propios experimentos con acariciar rocas. (Existía una palabra adulta para ello, muy complicada, pero que Dua consideraba infinitamente más embarazosa que la usada por las niñas.)

En cualquier caso, sin saber lo que hacía y sin comprenderlo hasta mucho rato después, se introdujo precipitadamente en el muro más cercano.

¡Dentro de él! ¡Y toda entera!

El horror de su acto fue mitigado por la perfección con que logró su propósito. Tritt pasó por delante, a una distancia mínima, y no advirtió que en un punto podría haberse alargado y tocado a su lado-mediano.

Para entonces, Dua ya era incapaz de preguntarse qué estaría haciendo Tritt en la caverna de los Seres Duros y si habría venido en su busca.

Se olvidó de Tritt por completo.

La invadía el más puro asombro ante su posición. Incluso en la infancia, nunca se había fundido por completo con una roca o conocido a alguien que admitiera haberlo hecho (aunque siempre corría el rumor de que alguien lo hacía). Lo cierto era que ninguna Emocional adulta podía hacerlo. Dua era excepcionalmente fluida para ser una Emocional (Odeen gustaba de repetírselo) y su escasa alimentación lo acentuaba (como Tritt decía a menudo).

Lo que acababa de hacer indicaba el grado de su fluidez con más efectividad que cualquier reconvención de su lado-derecho, y por un momento sintió vergüenza y pena por Tritt.

Y entonces la invadió una vergüenza aún más profunda. ¿Y si la sorprendían? Ella, un ser adulto…

Si un Ser Duro pasaba con lentitud:.. Le sería imposible emerger si alguien estaba a la vista, pero, ¿por cuánto tiempo podría permanecer dentro y qué ocurriría si la descubrían dentro de la roca?

Mientras pensaba esto, captó a los Seres Duros y, entonces, se dio cuenta de que estaban lejos.

Se concentró, trató de calmarse. La roca, llenándola y rodeándola, prestaba una.especie de opacidad a su percepción, pero no la embotaba. Por el contrario, sus sentidos se agudizaban. Todavía captaba los lentos movimientos de Tritt como si estuviera a su lado, y a los Seres Duros, aunque estaban en otro complejo de cavernas. Veía

a los Seres Duros, por separado, cada uno en su lugar, y captaba la vibración de su lengua hasta el menor detalle, e incluso comprendía algo de lo que decían.

Su percepción era mayor que nunca, mayor de lo que jamás hubiera creído posible.

Por este motivo, aunque ahora ya podía abandonar la roca, segura de no ser observada, no lo hizo; en parte debido a su asombro, y, en parte, a la curiosa exaltación que sentía al comprender y al deseo de comprender todavía más.

Su sensibilidad era tal que incluso sabía por qué era sensible. Odeen comentaba muy a menudo que su comprensión aumentaba después de un período de fusión, de modo que le ayudaba a resolver cosas que antes no entendía. Había algo en el estado de fusión que incrementaba increíblemente la sensibilidad: se absorbía más, se utilizaba más. Según Odeen, ello se debía a la mayor densidad atómica durante la fusión.

Aunque Dua no estaba segura del significado de «mayor densidad atómica», se relacionaba con la fusión, ¿y esta situación no era muy similar a la fusión? ¿No estaba Dua fusionada con una roca?

Cuando el tríade se fusionaba, toda la sensibilidad redundaba en beneficio de Odeen. El Racional la absorbía, ganaba comprensión y retenía esta comprensión después de separarse. Pero ahora, Dua era la única conciencia de la fusión. Eran sólo ella y la roca. Había una «mayor densidad atómica» (¿seguramente?), y sólo ella para beneficiarse.

(¿Sería ésta la razón por la cual el hecho de acariciar rocas fuese considerado una perversión? ¿Sería por esto que se lo prohibían a las Emocionales? ¿O le ocurría sólo a Dua porque era tan fluida? ¿O porque era una Em-izquierda?)

Entonces, Dua abandonó toda especulación y se limitó a sentir… fascinada. Se dio cuenta sólo mecánicamente de que Tritt volvía, pasaba ante ella y tomaba otra vez la dirección de donde había venido. También mecánicamente (y con la mínima sensación de sorpresa), vio que Odeen salía a su vez de las cavernas de los Duros. Dua sólo captaba a los Seres Duros, sólo a ellos, intentando utilizar al máximo sus percepciones, intentando aprovecharlas hasta el límite.

Pasó mucho tiempo antes de que se separara y se alejase de la roca. Y cuando lo hizo, no le preocupó demasiado que pudieran observarla. Tenía la suficiente confianza en su sensibilidad para saber que no sería sorprendida.

Y regresó a casa sumida en sus pensamientos.

3b

Odeen llegó a casa y encontró a Tritt esperándole, pero Dua aún no había regresado. Tritt no parecía inquieto. Mejor dicho, parecía inquieto, pero no por Dua. Sus emociones eran lo bastante fuertes para que Odeen pudiese captarlas con claridad, pero no lo intentó. La ausencia de Dua preocupaba a Odeen; hasta el punto de fastidiarle la presencia de Tritt, simplemente porque Tritt no era Dua.

En esto se sorprendió a sí mismo. No podía negar que, de los dos, Tritt era su favorito. Idealmente, todos los miembros del tríade eran uno solo, y cada uno de ellos debía tratar a los otros dos del mismo modo. Sin embargo, Odeen no había conocido nunca un tríade en que la situación fuera tal y menos que ninguno, aquellos que proclamaban a su tríade como ideal a este respecto. Uno de los tres se veía siempre un poco abandonado y, en general, no lo ignoraba.

Pero raramente era la Emocional. Estas se apoyaban unas a otras hasta un extremo desconocido entre los Racionales y Paternales. Según el proverbio, el Racional tenía a su maestro, y el Paternal a sus niños…, pero la Emocional tenía a todas las demás Emocionales.

Las Emocionales comparaban sus notas, y si una se quejaba de abandono, o tenía razones para hacerlo, la enviaban a su casa con una lista de instrucciones para que se mantuviera firme, ¡para que exigiese! Y puesto que la fusión dependía tanto de la Emocional y de su actitud, en general era mimada tanto por el izquierdo como por el derecho.

¡Pero Dua era una Emocional tan poco emocional! No parecía importarle que Odeen y Tritt fuesen tan íntimos, y no tenia amigas entre las Emocionales que le indicasen la conveniencia de preocuparse por ello. La causa no podía ser otra: era una Emocional muy poco emocional.

A Odeen le gustaba que se interesase tanto por su trabajo, le gustaba su atención v su asombrosa facultad de entendimiento. pero se trataba de un amor intelectual. El sentimiento más profundo se lo inspiraba el estable, el estúpido Tritt, que conocía tan bien su papel y que podía ofrecer tan poco aparte de lo exactamente prescrito: la seguridad de la rutina.

Pero ahora, Odeen se sentía petulante. Dijo:

—¿Sabes dónde está Dua. Tritt?

Tritt no dio una respuesta directa. Repuso:

— Estoy ocupado. Te veré más tarde. Estoy haciendo cosas.

—¿Dónde están los niños? ¿También tú has salido? Emanas una sensación de haber estado fuera.

En la voz de Tritt se hizo evidente una nota de irritación

— Los niños están bien educados. Saben lo bastante para ponerse bajo el cuidado de la comunidad. En realidad, Odeen, va no son bebés — pero no negó la aureola de haber «estado fuera», que emanaba ligeramente.

— Lo siento. Es que estoy preocupado por Dua.

— Tendrías que estarlo más a menudo — replicó Tritt—. Siempre me dices que la deje en paz. Ahora búscala tú —y se alejó hacia la parte más profunda de la caverna.

Odeen siguió con la mirada a su lado — derecho, un poco sorprendido. En cualquier otra ocasión le hubiera seguido para tratar de dilucidar la extraña inquietud que se advertía a través de la aparente y normal placidez de su paternal. ¿Qué habría hecho Tritt?

Pero ahora esperaba a Dua, con ansiedad creciente, y dejó que Tritt se fuera.

La ansiedad agudizaba la sensibilidad de Odeen. Existía casi un orgullo perverso entre los Racionales por la relativa pobreza de su percepción. Tal percepción no pertenecía a la mente; era característica de las Emocionales. Odeen era un Racional perfecto, orgulloso de razonar más que de sentir y, sin embargo, ahora utilizaba hasta el máximo la imperfecta red de su percepción emocional; por un instante, deseó ser una Emocional para poder valerse de ella con mayor efectividad y alcance.

Pero por fin le sirvió de algo: detectó la aproximación de Dua desde una distancia considerable (para él) y se apresuró a ir a su encuentro. Y a causa de haberla detectado a tanta distancia, tuvo más conciencia que nunca de la fluidez de Dua. Era como una niebla delicada, nada más.

Tritt tenia razón, pensó Odeen con alarma repentina. Había que obligar a Dua a comer y a fusionarse. Había que aumentar su interés por la vida.

Veía esta necesidad con tanta claridad que cuando ella se lanzó flotando hacia él, para envolverle virtualmente, pese al hecho de, que no estaban en privado y podían ser vistos, exclamó:.Odeen, he de saber, he de saber tantas cosas… n, Odeen lo aceptó como una consumación de su propio pensamiento y ni siquiera lo consideró extraño.

Se apartó con cuidado, procurando adoptar una unión más discreta sin dar la impresión de rechazarla.

— Ven — dijo—, te estaba esperando. Dime qué quieres saber y te explicaré todo lo que sepa.

Se dirigieron rápidamente hacia su casa, mientras Odeen intentaba adaptarse a la característica ondulación del movimiento Emocional.

Dua habló

— Quiero conocer el otro universo. ¿En qué consiste su diferencia y por qué es diferente? Dímelo todo.

No se le ocurrió a Dua que sus preguntas eran demasiado ambiciosas. Odeen, en cambio, lo pensó. Se sintió lleno de una asombrosa cantidad de conocimientos y estuvo a punto de preguntar: ¿Cómo es que sabes lo bastante sobre el otro universo para interesarte tanto por él?

Reprimió la pregunta. Dua venía de las cavernas de los Duros. Tal vez, Losten había estado hablando con ella, al sospechar que, pese a todo, Odeen estaría demasiado orgulloso de su condición para ayudar a su lado-mediano.

No era así, pensó Odeen gravemente. Y no haría ninguna pregunta. Se limitaría a explicar.

Tritt dio vueltas alrededor de ellos cuando volvieron a casa.

— Si vais a poneros a hablar, id a la cámara de Dua. Yo tengo cosas que hacer aquí; he de preocuparme de la limpieza y del ejercicio de los niños. Ahora no hay tiempo para fusionarnos. La fusión queda aplazada.

Ni Odeen ni Dua habían pensado en fusionarse, pero en caso contrario, tampoco les hubiera pasado por la mente desobedecer la orden. La casa del Paternal era su dominio. El Racional tenía las cavernas de los Duros, y la Emocional, sus lugares de reunión en la superficie. El Paternal sólo tenía su hogar.

Por lo tanto Odeen contestó:

— Está bien, Tritt, no te molestaremos.

Y Dua extendió cariñosamente una parte de sí misma y dijo:

— Me alegro de verte, querido — derecho.

Odeen se preguntó si su gesto se debía, en parte, al alivio de comprobar que no habría presión para fusionarse. Tritt tenía tendencia a abusar en aquel sentido, incluso más que los otros Paternales.

Una vez en su cámara, Dua se quedó mirando con fijeza el ángulo de su alimento. De ordinario, ni siquiera lo veía.

Había sido idea de Odeen. Conocía la existencia de otras instalaciones similares y, como se lo explicó a Tritt, si a Dua no le gustaba añadirse al montón de las otras Emocionales, era perfectamente posible conducir la energía solar hasta la caverna para que Dua pudiese alimentarse allí.

Tritt se horrorizó: nadie lo hacía. Todo el mundo se burlaría de ellos. El tríade sería criticado. ¿Por qué Dua no se portaba con normalidad?

— Tienes razón, Tritt — concedió Odeen—, pero ya que no podemos convencerla, ¿por qué no ceder?

¿Tan terrible es? Comerá en privado, ganará en sustancia, nos

hará más felices, será más feliz a su vez, y quién sabe si al final aprenderá a comer con las otras.

Tritt lo permitió, e incluso Dua estuvo de acuerdo (tras alguna discusión), aunque insistía en que fuese una instalación sencilla. Así pues, no había más que las dos varillas que servían de electrodos, alimentadas por la energía solar y separadas lo suficiente para que Dua se colocase en el centro.

Dua lo usaba raramente, pero esta vez lo miró con fijeza y observó:

— Tritt lo ha decorado…, a menos que hayas sido tú, Odeen.

—¿Yo? Claro que no.

En la base de cada electrodo había unos adornos de arcilla de colores.

— Supongo que es su modo de expresar el deseo de que lo utilice — dijo Dua—, y, en realidad, estoy hambrienta. Además, si me alimento, Tritt no pensará en interrumpirnos, ¿verdad?

— No — repuso Odeen gravemente—. Tritt sería capaz de detener el mundo si su rotación te molestase mientras comes.

Dua declaró

— Pues la verdad es que estoy hambrienta…

Odeen sorprendió en ella un matiz de culpabilidad. ¿Respecto a Tritt? ¿Por sentirse hambrienta?

Por qué Dua habría de sentirse culpable por tener hambre? ¿O habría estado haciendo algo que consumía energía, y ahora…?

Desechó este pensamiento con impaciencia. A veces, un Racional era demasiado Racional y perseguía una idea hasta su origen en detrimento de lo que era importante. En este momento, lo importante era hablar con Dua.

Ella se sentó entre los electrodos, y cuando se comprimió para hacerlo, su pequeño tamaño se manifestó con una evidencia lastimosa. El propio Odeen sentía hambre, lo notaba porque los electrodos se le antojaban más brillantes que de ordinario; incluso a distancia podía saborear la comida y el sabor era delicioso. Cuando uno tenía hambre, siempre se saboreaba más la comida, y a mayor distancia… Pero ya comería más tarde.

Dua habló

— No permanezcas silencioso, querido — izquierdo. Cuéntame. Tengo necesidad de saber.

Dua había adoptado (¿inconscientemente?) el carácter ovoide de un Racional, como para demostrar con mayor claridad que quería ser aceptada como tal.

Odeen dijo:

— No puedo explicarlo todo. Me refiero a toda la ciencia, porque no has estudiado las bases. Intentaré simplificar, y tú me escuchas.

Después me dirás lo que no has comprendido y trataré de explicarlo con más amplitud. Primero has de comprender que todo está formado de partículas diminutas llamadas átomos, y que éstos están formados de partículas aún más diminutas llamadas subátomos.

— Sí, sí —asintió Dua—. Por eso podemos fusionarnos.

— Exacto. Porque en realidad somos, en gran par te, espacio vacío. Todas las partículas están muy separadas. y tus partículas, y las mías y las de Tritt pueden fusionarse juntas porque cada Grupo encaja en los espacios vacíos del otro grupo. La razón por la cual la materia no se desintegra es que las partículas consiguen mantenerse juntas a través del espacio que las separa. Existen fuerzas de atracción que las unen, y la más potente es la que llamamos fuerza nuclear Mantiene las principales partículas subatómicas estrechamente unidas en núcleos muy separados unos de otros, que a su vez se mantienen unidos gracias a fuerzas más débiles. ¿Puedes comprenderlo?

— Sólo una pequeña parte — dijo Dua.

— Bueno, no importa, podemos repasarlo más tarde… La materia puede existir en diferentes estados. Puede estar muy dilatada, como en las Emocionales; como en ti, Dua. Puede estarlo menos, como en los Racionales y Paternales. O incluso aún menos, como en las rocas. Puede ser muy comprimida o espesa, como en los Seres Duros. Por esto son duros. Están llenos de partículas.

— Quieres decir que en ellos no hay espacio vacío.

— No, no quiero decir eso — repuso Odeen, mientras meditaba cómo podría exponer el asunto con más claridad—. Siguen teniendo mucho espacio vacío, pero no tanto como nosotros. Las partículas necesitan cierta cantidad de espacio vacío, pero si sólo disponen del estrictamente necesario, entonces no tienen cabida otras partículas. Si otras partículas se introducen por la fuerza, hay dolor. Por este motivo, los Seres Duros no quieren ser tocados por nosotros. Nosotros, los Seres Blandos, tenemos más espacio del necesario entre las partículas, así que hay lugar para muchas más.

Dua no daba la impresión de estar convencida.

Odeen se apresuró a continuar:

— En el otro universo, las reglas son diferentes.

La fuerza nuclear no es tan potente como aquí. Esto significa que las partículas necesitan más espacio.

Por qué?

Odeen meneó la cabeza.

— Porque…, porque… las partículas difunden más

sus ondas. No puedo explicarlo mejor. Con una fuerza nuclear más débil, las partículas necesitan más espacio y dos pedazos de materia no pueden fundirse con tanta facilidad como en nuestro propio universo.

—¿Podemos ver el otro universo?

—¡Oh, no! Es imposible. Podemos deducir su naturaleza por las leyes básicas. Pero los Seres Duros saben hacer muchas cosas. Podemos enviar material a través del espacio y recibirlo de ellos. Así podemos estudiar su material. Y hacer funcionar la Bomba de Positrones. La conoces, ¿verdad?

— Bueno, tú me has dicho que nos proporciona energía. Ignoraba que entraba en juego un universo diferente… ¿Cómo es ese otro universo? ¿Tiene estrellas y mundos como el nuestro?

— Es una excelente pregunta, Dua.

Odeen estaba disfrutando más que de ordinario con su papel de maestro, ahora que tenía la autorización oficial para hablar. (Antes, siempre había tenido la sensación de cometer un acto perverso al tratar de instruir a una Emocional.)

— No podemos ver el otro universo — dijo—, pero podemos calcular cómo es gracias a sus leyes. Verá, lo que hace brillar a las estrellas es la combinación gradual de sencillas combinaciones de partículas con otras más complicadas. Lo llamamos fusión nuclear.

—¿Sucede también en el otro universo?

— Sí, pero como la fuerza nuclear es más débil, la fusión es mucho más lenta. Esto significa que las estrellas deben ser mucho mayores en el otro universo, pues de lo contrario no se produciría la fusión suficiente para hacerlas brillar. Si las estrellas del otro universo no fueran más grandes que nuestro sol. estarían frías y muertas. Y al revés, si las estrellas de nuestro universo fuesen más grandes de lo que son, la cantidad de fusión sería tal que las haría explotar. Esto significa que en nuestro universo debe haber un número de estrellas mil veces mayor en el suyo…

— Nosotros sólo tenemos siete… — empezó Dua. Entonces añadió —: Lo olvidaba.

Odeen sonrió con indulgencia. Era tan fácil olvidar las incontables estrellas que sólo eran visibles a través de instrumentos especiales.

— Es comprensible. ¿No te importa que te agobie con todas estas explicaciones?

— No me agobias — replicó Dua—. Me entusiasma. Incluso mejora el sabor de la comida — y se balanceó entre los dos electrodos con una especie de voluptuoso temblor.

Odeen, que nunca había oído a Dua hablar en términos encomiásticos de la comida, se animó considerablemente. Dijo:

— Como es natural, nuestro universo no dura tanto como el suyo. La fusión se produce con tal rapidez que todas las partículas están combinadas al cabo de un millón de vidas.

— Pero hay muchas otras estrellas.

—¡Ah! pero todas desaparecerán a la vez. En el otro universo, con

menos estrellas y de mayor tamaño, la fusión es tan lenta que las estrellas duran millones de veces más que las nuestras. Es difícil comparar porque es posible que el tiempo transcurra a un ritmo diferente en los dos universos — dijo Odeen, para añadir, un poco a pesar suyo—: Ni yo mismo comprendo bien esta parte. Pertenece a la Teoría de Estwald y aún no he podido profundizar mucho en ella.

—¿Todo esto lo ha calculado Estwald?

— Casi todo.

— Es maravilloso recibir el alimento del otro universo — dijo Dua —. Quiero decir que entonces no importará que nuestro sol llegue a extinguirse. Tendremos todo el alimento que queramos del otro universo.

— En efecto.

— Pero, ¿no hay ninguna consecuencia mala? Tengo la… la sensación de que sucederá algo malo.

— Verás — dijo Odeen—. Para que funcione la Bomba de Positrones transferimos materia de un lado para otro, lo cual implica que los universos se mezclan un poco. Nuestra fuerza nuclear se debilita ligeramente, de modo que hace más lenta la fusión de nuestro sol y lo enfría un poco más de prisa… Pero muy poco. Y, además, ya no nos hace falta.

— No es ésta la sensación de algo perjudicial a que yo me refiero. Si la fuerza nuclear se debilita, entonces los átomos ocupan más espacio, ¿no es cierto? y en tal caso, ¿no afecta esto a nuestra fusión?

— La hace un poco más difícil, pero pasarán muchos millones de vidas antes de que fusionarse sea verdaderamente difícil. Incluso aunque un día fuese imposible la fusión, y los Seres.Blandos se extinguieran, ello ocurriría mucho después de que todos hubiésemos muerto de inanición si no nos valiéramos del otro universo.

— Esto tampoco es la consecuencia mala que presiento… — la voz de Dua empezaba a ser imprecisa. Se estremecía entre los electrodos, y ante la satisfecha mirada de Odeen, empezó a tener un aspecto más voluminoso y compacto. Era como si sus palabras, al mismo tiempo que la comida, la estuviesen alimentando.

Losten tenía razón! La educación la congraciaba con la vida; Odeen captaba una especie de alegría sensual en Dua que hasta entonces no había descubierto en ella.

Dua observó:

— Eres muy bueno al explicarme todo esto, Odeen. Eres un lado-izquierdo excelente.

—¿Quieres que continúe? — preguntó Odeen, más halagado y feliz de lo que podía expresar con palabras—. ¿Hay algo más que desees preguntarme?

— Mucho más, Odeen, pero…, pero no ahora. Ahora no, Odeen.

¡Oh, Odeen! ¿sabes qué deseo hacer?

Odeen lo adivinó de inmediato, pero era demasiado precavido para mencionarlo. Los momentos de urgencia erótica de Dua eran demasiado escasos para tratarlos con negligencia. Esperó ansiosamente que Tritt no estuviera ocupado con los niños hasta el punto de no aprovechar aquel momento:

Pero Tritt ya estaba en la cámara. ¿Habría estado esperando detrás de la puerta? Odeen no se preocupó por ello. No había tiempo para pensar.

Dua salió flotando de entre los electrodos, y los sentidos de Odeen se saciaron de su belleza. Ahora se encontraba entre los dos y, a través de ella, Tritt resplandecía, con sus contornos llameantes de un color increíble.

Jamás había ocurrido nada semejante. Jamás.

Odeen se mantenía desesperadamente apartado: dejaba que su propia sustancia atravesara a Dua y a Tritt de átomo en átomo, resistía la potente penetración de Dua con todas sus fuerzas, sin entregarse al éxtasis para que éste le fuese arrancado a pesar suyo; se asió a su conciencia hasta el último momento y, entonces perdió el conocimiento en un transporte final tan intenso que sintió como una explosión resonando y reverberando infinitamente en su interior.

Nunca, en toda la vida del tríade, se había prolongado tanto el periodo de inconsciencia de la fusión.

3c

Tritt estaba contento. La fusión había sido muy satisfactoria. Todas las ocasiones previas parecían precipitadas e insustanciales en comparación con ésta. Se sentía completamente feliz con lo ocurrido. Y, sin embargo. callaba. Creía más conveniente no hablar.

Odeen y Dua también eran felices; Tritt lo veía. Incluso los niños parecían resplandecientes.

Pero el más feliz de todos era Tritt… naturalmente.

Escuchó a Odeen v a Dua, que hablaban. No comprendía nada, pero eso no tenía importancia. No le importaba tampoco que pareciesen tan unidos. El tenía su propia felicidad v le bastaba con escuchar.

Dua dijo, en una ocasión:

—¿Y en realidad tratan de comunicarse con nosotros?

(Tritt no tenía idea de quiénes eran «ellos.. Dedujo que «comunicar» era una palabra rebuscada que sólo quería decir «hablar». ¡Por qué, entonces, no decían «hablar? A veces se preguntaba si no debería interrumpirles. Pero si hacía preguntas Odeen diría «Vamos. Tritt», y Dua se estremecería de impaciencia.)

—¡Oh, sí! —contestó Odeen—. Los Seres Duros están seguros de ello. Han visto marcas en el material que nos envían y dicen que es perfectamente posible comunicarse por medio de estas inscripciones. De hecho, hace mucho tiempo que los Seres Duros utilizaron este medio cuando fue necesario explicar a los otros seres cómo debían montar su parte de la Bomba de Positrones.

— Quisiera saber cómo son esos otros seres. ¿Qué aspecto supones que tendrán?

— Por las leyes podemos calcular la naturaleza de las estrellas, porque esto es sencillo. Pero, ¿cómo calcular la naturaleza de las criaturas? Nunca la conoceremos.

—¿No podrían comunicarnos su aspecto?

— Si nosotros comprendiéramos sus mensajes, podríamos deducir algo, pero no los comprendemos.

Dua pareció disgustada.

—¿Tampoco los Seres Duros pueden comprenderlos?

— Lo ignoro. No me lo han dicho. Losten me dijo

una vez que no importaba su aspecto, con tal de que la Bomba de Positrones funcionase y fuese ampliada.

— Quizá no quería que le importunases.

Odeen replicó, ofendido

— Yo no le importuno.

—¡Oh! ya sabes a qué me refiero. Podía no querer entrar en

detalles.

Al llegar a este punto, Tritt ya no quiso seguir escuchando. Continuaron discutiendo durante mucho tiempo sobre si los Seres Duros permitirían a Dua ver las inscripciones. Dua decía que tal vez podría captar algo de su significado.

Esto indignó un poco a Tritt. Al fin y al cabo, Dua era sólo un Ser Blando, y ni siquiera un Racional. Empezó a preguntarse si no sería un error por parte de Odeen explicarle tantas cosas. Hacía concebir a Dua ideas extrañas…

Dua comprendió que también Odeen se indignaba. Al principio se rió. Luego dijo que una Emocional no podía entender cuestiones tan complicadas. Al final, se negó a seguir hablando. Dua tuvo que halagarle mucho para hacerle cambiar de opinión.

En otra ocasión fue Dua quien se enfadó; se puso realmente furiosa.

Al principio, la escena era plácida. Los dos niños estaban con ellos y Odeen les permitía jugar con él. Incluso dejaba al pequeño-derecho Torun que tirase de sus bordes, y se comportaba sin ninguna clase de dignidad. No parecía importarle el hecho de aparecer completamente deformado. Era evidente que se divertía. Tritt se mantenía en un rincón, descansando y muy satisfecho con lo que veía.

Dua se burló de la deformación de Odeen. Hizo que su propia sustancia rozase con coquetería los bultos de Odeen. Sabía muy bien. y Tritt también lo sabía, que la superficie de los lados-izquierdos era muy sensible cuando no formaba ovoides.

Dua dijo:

— He estado pensando, Odeen… Si el otro universo introduce lentamente sus leyes en el nuestro a través de la Bomba de Positrones, ¿no hace lo propio nuestro universo con el suyo?

Odeen dio un alarido al contacto de Dua e intentó evitarla sin molestar a los pequeños. Murmuró:

— No puedo contestar si me tocas, mediana impertinente.

Ella se apartó y Odeen dijo:

— Es una idea muy buena, Dua. Eres una criatura sorprendente. Es cierto, por supuesto. La mezcla se produce en ambos lados. Tritt, llévate a los niños, ¿quieres?

Pero se marcharon a toda prisa por sí solos. Ya no eran muy pequeños. Habían crecido mucho. Annis iniciaría muy pronto su educación, y Torun ya empezaba a mostrar la solidez de un Paternal.

Tritt se quedó. pensando que Dua estaba muy hermosa, mientras ellos hablaban de este modo.

Dua interrogó

— Si las otras leyes debilitan a nuestro sol, y lo enfrían. ¿no aceleran nuestras leyes a sus soles y los calientan?

— Exacto, Dua. Un Racional no lo diría mejor.

—¿Hasta qué punto se calientan sus soles?

—¡Oh, no mucho! Sólo un poco más, de mudo casi imperceptible.

— Pues esto me da la sensación de que algo malo ha de ocurrir.

— Bueno, el problema reside en que sus soles son enormes. El hecho de que nuestros pequeños soles se enfríen un poco, carece de importancia. Aunque se extinguieran del todo, no importaría mientras tengamos la Bomba de Positrones. Pero con las estrellas gigantescas, el calentamiento es peligroso. Hay tanto material en una de esas estrellas que el mínimo desequilibrio en la fusión nuclear puede causar una explosión.

—¡Una explosión! Y entonces, ¿qué sucede a los habitantes?

—¿Qué habitantes?

— La gente del otro universo.

Por un momento, Odeen pareció desorientado, después de lo cual dijo:

— No lo sé.

—¿Qué ocurriría si nuestro sol explotase?

— No puede explotar.

(Tritt se preguntaba qué significaba toda aquella excitación. ¿Cómo podía explotar un sol? Dua parecía enfadada, y Odeen, confuso.)

Dua preguntó:

— Pero, ¿y si explotase? ¿Haría mucho calor?

— Supongo que sí.

—¿No nos mataría a todos?

Odeen vaciló y entonces dijo, con evidente desazón:

—¿Qué importa eso, Dua? Nuestro sol no va a explotar, y no hagas más preguntas estúpidas.

— Tú me pediste que hiciera preguntas, Odeen, y creo que sí importa, porque la Bomba de Positrones funciona en ambos lados. Les necesitamos tanto como ellos a nosotros.

Odeen la contempló fijamente.

— Nunca te he dicho eso.

— Lo presiento.

Odeen murmuró

— Tú presientes muchas cosas, Dua…

Pero ahora, Dua ya estaba gritando. Parecía fuera de sí. Tritt nunca la había visto en aquel estado. Gritaba

— No eludas la cuestión, Odeen. Y no te salgas por la tangente diciendo que no entiendo y que soy una simple Emocional. Dijiste que era casi un Racional, y lo soy lo suficiente para comprender que la Bomba de Positrones no funcionará sin los otros seres. Si la gente del otro universo es aniquilada, la Bomba se detendrá y nuestro sol se

enfriará hasta que todos muramos. ¿No crees que esto es importante?

Odeen también empezó a gritar.

— Esto demuestra que lo sabes. Necesitamos su ayuda porque el suministro de energía es de baja concentración y tenemos que intercambiar materia. Si el sol del otro universo explota, habrá una enorme abundancia de energía; una abundancia que durará millones de vidas. Habrá tanta energía que podremos conducirla directamente sin ningún intercambio de materia; de modo que no les necesitamos, y no importa lo que suceda.

Ahora casi se tocaban. Tritt estaba horrorizado. Tenía que decir algo, separarles, hablarles. No se le ocurría ninguna palabra. Y entonces sucedió algo que hizo superflua su intervención.

Había un Ser Duro a la entrada de la caverna. No, eran tres. Intentaban hacerse oír, pero sin conseguirlo.

Tritt chilló

Odeen… Dua…

Entonces se quedó inmóvil, temblando. Tenía una vaga noción del motivo de la visita de los Seres Duros. Decidió marcharse.

Pero uno de los Seres Duros extendió un miembro permanente y opaco, y dijo:

— No te vayas.

Su voz sonaba áspera, hostil. Tritt sintió más miedo que nunca.

4a

Dua estaba tan encolerizada que apenas captó a los Seres Duros. Parecía ahogarse bajo los componentes de su cólera, que la invadían rebosantes, cada uno por separado. Experimentaba una sensación de injusticia porque Odeen había tratado de mentirle. Una sensación de injusticia porque todo un mundo y sus habitantes tenían que morir. Una sensación de injusticia porque le resultaba tan fácil aprender y nunca se lo habían permitido.

Desde aquella primera vez que penetró en la roca, había ido otras dos veces a las cavernas de los Duros Dos veces más, inadvertida, se había internado en la roca, y cada vez captó y supo, y cada vez que Odeen le explicaba cosas, ella sabía de antemano lo qué iba a decir.

¿Por qué, entonces, no podían enseñarle a ella como enseñaron a Odeen? ¿Por qué sólo a los Racionales? ¿Acaso ella tenía la capacidad de aprender sólo porque era una Em-izquierda, una mediana pervertida? Pues, pervertida o no, tenían que enseñarle. Era un error dejarla en la ignorancia.

Finalmente, las palabras del Ser Duro llegaron hasta ella. Estaba Losten, pero no era él quien hablaba. Este era un Ser Duro desconocido, que iba a frente. No le conocía, pero es que en realidad conocía a muy pocos.

El Ser Duro dijo:

—¿Cuál de vosotros ha estado recientemente en las cavernas inferiores?

Dua se sentía temeraria, Habían descubierto que acariciaba rocas y no le importaba. Que lo dijeran a todo el mundo. De lo contrario, lo baria ella. Replicó

— Yo. Muchas veces.

—¿Sola? — preguntó con calma el Ser Duro.

— Sola. Muchas veces — repitió Dua.

Sólo habían sido tres veces, pero no importaba. Odeen murmuró

— Yo, por supuesto, también he estado alguna vez en las cavernas inferiores.

El Ser Duro pareció no oírle. Se volvió hacia Tritt y preguntó bruscamente

—¿Y tú, derecho?

Tritt se retorció.

— Sí, señor-Duro.

—¿Solo?

— Sí, señor-Duro.

—¿Cuántas veces?

— Una sola vez.

Dua estaba nerviosa. El pobre Tritt se asustaba inútilmente. Era ella quien lo había hecho y estaba dispuesta a pagar las consecuencias.

— Dejadle en paz — dijo—. Yo soy la que buscáis

El Ser Duro se volvió hacia ella con lentitud.

—¿Para qué? —preguntó.

— Para… lo que sea.

Al ser interrogada directamente, no pudo describir lo que habla hecho. No podía en presencia de Odeen.

— Bueno, ya te llegará el turno. Primero, el derecho… Tu nombre es Tritt, ¿verdad? ¿Por qué fuiste solo a las cavernas inferiores?

— Para hablar con el Ser Duro Estwald, señor. Duro.

En este punto, Dua volvió a interrumpir, ansiosamente:

—¿Eres tú, Estwald?

El Ser Duro negó con brevedad:

— No.

Odeen parecía turbado, como si le molestase que Dua no reconociese al Ser Duro. A Dua no le importaba.

El Ser Duro preguntó a Tritt

—¿Qué te llevaste de las cavernas inferiores?

Tritt guardó silencio.

El Ser Duro dijo, sin emoción:

— Sabemos que te llevaste algo. Queremos saber si tú sabes de qué se trata. Puede ser muy peligroso.

Tritt seguía callado y Losten intervino, hablando con más suavidad

— Te ruego que hables, Tritt. Sabemos que fuiste tú y no queremos tener que ser severos.

Tritt musitó

— Me llevé una bola de comida.

—¡Ah! — exclamó el Ser Duro que había hablado antes—. ¿Y qué has hecho con ella?

Tritt estalló

— Era para Dua. No quería comer. Era para Dua.

Dua saltó y se enderezó, llena de asombro.

El Ser Duro la miró inmediatamente.

—¿Tú lo ignorabas?

—¡Sí!

—¿Y tú? —preguntó a Odeen.

Odeen, tan inmóvil que parecía congelado, dijo: —Sí, señor — Duro.

Por un momento, el aire se llenó de desagradables vibraciones mientras los Seres Duros hablaban entre sí, sin hacer caso del tríade.

Dua no podía decir si se debía a sus sesiones de fusión con la roca, pero era mucho más sensible; el motivo no importaba, sólo sabía

que estaba captando sonidos (no palabras) y que los comprendía…

Hacía un rato que habían descubierto la pérdida. Buscaron metódicamente. A pesar suyo, tuvieron que dirigirse a los Seres Blandos como presuntos culpables. Investigaron y, al final, fueron a interrogar al tríade de Odeen, aún más a pesar suyo. (¿Por qué? Dua no captaba la razón.) No creían que Odeen hubiese cometido la tontería de llevárselo, ni que Dua hubiese tenido tal ocurrencia. En Tritt, ni siquiera se les ocurrió pensar.

Entonces, el Ser Duro que todavía no había hablado a los Seres Blandos, recordó haber visto a Tritt en las cavernas de los Duros (Claro, pensó Dua. Fue el día en que ella penetró por primera vez en la roca. Había visto a Tritt. Pero después se le olvidó.)

Parecía absolutamente improbable, pero al fin, tras agotar todas las posibilidades y al considerar que el intervalo de tiempo transcurrido era en extremo peligroso, se decidieron a venir. Les hubiera gustado consultar a Estwald, pero cuando surgió la sospecha de que fuese Tritt, Estwald estaba ausente.

Dua captó todo esto en un momento, y ahora se volvió hacia Tritt, sintiendo una mezcla de admiración y repulsa.

Losten comunicaba ansiosamente por vibraciones que no se había causado ningún daño, que Dua tenía buen aspecto y que en el fondo había sido un experimento útil. El Ser Duro, con quien hablase Tritt estaba asintiendo, pero el otro aún expresaba preocupación.

Dua no se fijaba tan sólo en ellos. También contemplaba a Tritt.

El primer Ser Duro preguntó:

—¿Dónde está ahora la bola de comida, Tritt?

Tritt se la mostró.

Estaba diestramente oculta y las conexiones eran chapuceras, pero servían.

El Ser Duro preguntó

—¿Lo has hecho tú solo, Tritt?

— Sí, señor — Duro.

—¿Cómo has sabido hacerlo?

— Me fijé cómo lo hacían en las cavernas vuestras. Lo hice exactamente como lo vi hacer.

—¿No sabias que podrías haber causado daño a tu mediana?

— No, no podía, no lo haría… — Tritt enmudeció durante un momento, después de lo cual agregó—: No era para hacerle daño, era para alimentarla. Lo coloqué en su rincón y decoré el comedero. Quería que ella lo probase, y así lo hizo. ¡Comió! Por vez primera en mucho tiempo, comió bien. Nos fusionamos. — Hizo una pausa y en seguida exclamó—: Por fin tuvo la energía suficiente para iniciar a una niña-Emocional. Tomó la semilla de Odeen y me la pasó a mi. Ahora se está desarrollando en mi interior. Dentro de mí está

creciendo una riña — Emocional.

Dua no podía hablar. Retrocedió de un salto y después se precipitó hacia la puerta con tal frenesí que los Seres Duros no tuvieron tiempo de apartarse. Chocó con el miembro del que estaba delante. dándole un fuerte golpe, y desapareció con un ruido estridente.

El miembro del Ser Duro cayó exánime, y su expresión parecía retorcida por el dolor. Odeen trató de pasar por su lado para conseguir a Dua, pero el Ser Duro dijo, con evidente dificultad:

— Déjala marchar. Ya se ha hecho bastante daño. Nosotros la vigilaremos.

4b

A Odeen le parecía estar viviendo una pesadilla. Dua se había ido. Los Seres Duros se habían ido. Solamente Tritt permanecía allí, silencioso.

«¿Cómo pudo suceder?», pensaba Odeen en su tortura. ¿Cómo pudo Tritt encontrar por sí solo el camino que conducía a las cavernas de los Duros? ¿Cómo pudo llevarse una batería de repuesto, cargada con la Bomba de Positrones y destinada a despedir una radiación mucho más concentrada que la luz del sol y atreverse a…?

Odeen no hubiese tenido el valor de arriesgarse a hacerlo. ¿Cómo pudo tenerlo Tritt, el indeciso e ignorante Tritt? ¿O es que también él era diferente? Odeen, el Racional inteligente; Dua, la Emocional excéntrica y Tritt, ¿el Paternal valiente?

Preguntó

¿Como pudiste hacerlo, Tritt?

Tritt, apasionado, replicó:

—¿Qué he hecho? La he alimentado. Le he dado más alimento del que había recibido en toda su vida. Ahora, por fin, hemos iniciado a una niña — Emocional. ¿No habíamos esperado bastante? De haber hecho caso a Dua, aún estaríamos esperando.

— Pero, ¿no comprendes, Tritt? Podrías haberle hecho mucho daño. No era luz solar corriente. Era una fuente experimental de radiación que podía ser demasiado concentrada para usarla sin peligro.

— No comprendo lo que dices, Odeen. ¿Cómo podía dañarla? Yo había probado la comida que hablan antes los Seres Duros. Era mala. Tú también la probaste. Tenía un sabor horrible y, sin embargo, no nos hizo daño. Sabía tan mal, que Dua no quería tomarla. Entonces llegué yo con la bola de comida. Sabía bien. La probé y era deliciosa. ¿Cómo puede hacer daño algo tan delicioso? Y Dua comió, y le gustó mucho. Y ya hemos iniciado a la niña-Emocional. ¿Qué mal hay, pues, en lo que he hecho?

Odeen vio que era inútil explicar. Dijo:

— Dua estará muy enfadada.

— Ya se le pasará.

— Lo dudo. Tritt, ella no es una Emocional corriente. Por eso es tan difícil vivir con ella, y tan maravilloso a la vez. Es posible que ahora no quiera volver a fusionarse con nosotros.

El contorno de Tritt era obstinadamente plano. Repuso:

— Bueno, ¿y qué?

—¿Y tú lo preguntas? ¿Es que piensas renunciar a fusionarte?

— No, pero si se niega, habrá que conformarse. Yo va tengo mi

tercer niño, y no me importa. Sé que en la antigüedad, los Seres Blandos eran distintos: solía haber dos grupos de nacimientos en un tríade. Pero eso no me concierne. Con uno tengo bastante.

— Pero, Tritt, los niños no son el único objetivo de la fusión.

—¿Ah, no? Recuerdo que una vez dijiste que aprendías más de prisa después de la fusión. Pues aprende más despacio. No me importa. Yo ya tengo mi tercer hijo.

Odeen dio media vuelta, temblando, y salió nervioso de la cámara. ¿De qué servía regañar a Tritt? Tritt no podía comprenderlo. No estaba seguro de comprenderlo ni siquiera él mismo.

En cuanto el tercer niño naciera y creciera un poco, se iría acercando el momento de desaparecer. Tendría que ser él, Odeen, quien diera la señal, quien fijase el momento, y tendría que hacerlo sin miedo. De lo contrario, significaría él deshonor para ellos o algo aún más grave, y sin embargo, no tenía valor para enfrentarse a ello sin fusionarse, incluso ahora que los tres niños estaban formados.

La fusión, en cierto modo, eliminaría el miedo… Tal vez porque fusionarse era un poco como desaparecer. Habla un periodo en que se perdía el conocimiento y, pese a ello, no se sentía dolor. Era como no existir y, sin embargo, era apetecible. Al fusionarse, tendría la fuerza para desaparecer sin miedo y sin…

¡Oh!;Por el sol y todas las estrellas! No era «desaparecer». ¿Por qué usar aquella palabra con tanta solemnidad? Conocía la otra palabra que sólo a veces usaban los niños cuando querían provocar a sus mayores. Era morir. Tenía que prepararse para morir sin miedo, y que Dua y Tritt muriesen con él.

Y no sabía cómo hacerlo… No sin la fusión…

4c

Tritt permaneció solo en la habitación, muy asustado, pero tercamente resuelto a continuar animoso. Tenía su tercer niño. Podía sentirlo en su interior.

Esto era lo importante.

Esto era lo único importante.

¿Por qué, entonces, muy dentro de sí, tenía la vaga pero obstinada sensación de que no era lo único importante?

5a

Dua estaba tan avergonzada que apenas podía soportarlo. Le costó mucho tiempo reprimir aquella vergüenza; reprimirla lo suficiente para poder pensar. Había huido, huido, saliendo y alejándose a ciegas del horror de su caverna; sin preocuparle siquiera el hecho de que no sabia adónde iba, ni dónde estaba.

Era de noche, y a esa hora ningún Ser Blando decente se aventuraba a la superficie, ni la más frívola Emocional. Y todavía tardaría mucho en amanecer. Dua se alegraba. El sol era comida, y de momento aborrecía la comida y el ardid de que había sido víctima.

Además, hacía frío, pero Dua apenas lo notaba.

Por qué había de importarle el frío, pensó, cuando acababa de ser cebada para que cumpliera con su obligación; cebada mental y físicamente? Después de aquello, el frío y el hambre eran casi amigos suyos.

Comprendía a Tritt. El pobre, ¡era tan transparente! Sus acciones eran puro instinto y merecía un aplauso por haberlo seguido con tanta valentía. Había vuelto sin incidentes de las cavernas de los Duros, llevando su bola de comida (y ella, ella misma le había captado y hubiese sabido qué llevaba consigo si Tritt no hubiera estado tan paralizado por el terror de lo que hacía que ni siquiera se atrevía a pensarlo, y si ella no hubiese tenido, a su vez, tanto miedo de ser sorprendida en aquel acto, que le. producía una sensación tan intensa que era incapaz de sentir lo que ocurría en torno suyo, en el momento que más lo necesitaba).

Tritt había vuelto sin ser descubierto y había preparado la lastimosa trampa, pues decoró su comedero para atraerla a él. Y Dua había llegado, trémula de sensibilidad tras su fusión con la roca, llena de vergüenza y de piedad hacia Tritt. Pese a la vergüenza y a la piedad, había comido, de modo que ayudaba a iniciar una nueva vida.

Desde entonces apenas había comido, según su costumbre, y ninguna vez en el comedero quizá porque nada la impulsaba a hacerlo. Tritt no hizo nada para tentarla. Parecía satisfecho (con razón) y, por lo tanto, no se produjo ningún incidente que reactivara su vergüenza. Tritt dejó la bola de comida en su lugar. No se atrevía a devolverla; había conseguido sus propósitos, lo mejor y lo más fácil era dejarla allí y olvidarla.

Hasta que fue descubierto.

Pero el inteligente Odeen debió adivinar el plan de Tritt, debió observar las conexiones nuevas de los electrodos, debió comprender la idea de Tritt. Sin duda, no dijo nada a este último; ello hubiese turbado y asustado a su pobre lado — derecho, y Odeen siempre

trataba a Tritt con amoroso cuidado.

Naturalmente, no era preciso que Odeen dijese nada. Lo único que tenía que hacer era secundar el torpe plan de Tritt y lograr que se realizase.

Dua ya no se hacía ilusiones. Hubiese detectado el sabor de la bola de comida, observando su fuerza extraordinaria, hubiera notado que la iba invadiendo sin comunicarle una sensación de plenitud; de no ser por Odeen, que la había distraído con su conversación.

Había sido una conspiración entre ellos dos, ya fuese Tritt consciente de ello o no. ¿Cómo pudo creer Dua en la repentina asiduidad de Odeen en su papel de maestro? ¿Cómo dejó de percibir en ello un motivo ulterior? Los cuidados que le prodigaban sólo iban destinados a la consumación del nuevo tríade, lo cual indicaba con claridad la poca estimación que le profesaban.

Bueno…

Se detuvo lo suficiente para sentir la propia fatiga, y se arrastró hasta un intersticio entre las rocas para protegerse del viento frío. Dos de las siete estrellas lucían en su campo de visión y las contempló con expresión ausente, ocupando sus sentidos exteriores en trivialidades, con el fin de concentrarse mejor en sus pensamientos.

Estaba decepcionada.

«Me han traicionado — murmuró para sus adentros—. ¡Me han traicionado!.

¿Es que eran incapaces de ver más allá de sí mismos?

El hecho de que Tritt prefiriese verlo todo destruido con tal de procurarse el tercer niño podía darse por sentado. Era un producto del instinto. Pero, ¿y Odeen?

Odeen razonaba; ¿significaba esto que para ejercitar su razón tenía que sacrificarlo todo? ¿Acaso todos los productos de la mente eran su propia justificación… a cualquier precio? ¿Justificaba el hecho de que Estwald hubiese inventado la Bomba de Positrones, la destrucción del mundo entero, de los Seres Duros y Blandos, y de los habitantes del otro universo? ¿Y si los otros seres detenían la Bomba, y el mundo se quedaba sin ella y con un sol peligrosamente frío?

No, aquellos otros seres no la detendrían; porque habían sido persuadidos para ponerla en funcionamiento, y no la detendrían hasta que los destruyera, y entonces, ya no los necesitaría nadie, ni los Racionales Duros ni los Blandos, del mismo modo que ella, Dua, tendría que desaparecer (ser destruida), porque ahora ya nadie la necesitaba.

Habían sido traicionados, tanto ella como los otros seres.

Casi sin darse cuenta, iba hundiéndose más y más en la roca. Permaneció enterrada, fuera de la vista de las estrellas, fuera del alcance del viento, perdida su conciencia del mundo. Era una mente

pura.

Era a Estwald a quien odiaba. El era la personificación de todo lo egoísta y despiadado. Había inventado la Bomba de Positrones y destruiría el mundo entero, y quizá a decenas de miles de seres, sin ninguna piedad. Era un ser aislado, que nunca se mostraba, y tan poderoso que incluso los otros Seres Duros parecían tenerle miedo.

Pues bien, ella lucharía contra él. Ella le detendría.

Los seres del otro universo habían ayudado a montar la Bomba de Positrones por medio de comunicaciones de alguna especie. Odeen las había mencionado. ¿Dónde estarían guardados sus mensajes? ¿Cómo serían? ¿Cómo podrían ser utilizados para enviar otros mensajes?

Era extraordinaria la claridad con que podía pensar. Extraordinaria. Experimentaba un goce salvaje en la posibilidad de utilizar la razón para derrotar a los Racionales crueles.

No podrían ponerle trabas porque ella podía ir adonde ningún ser Duro, ningún Racional o Paternal podía introducirse, adonde ninguna otra Emocional quería aventurarse.

Era, posible que en un momento dado la descubriesen, pero eso ahora no le importaba. Estaba decidida a luchar para conseguir su propósito, a cualquier precio, aunque ello significase que debería atravesar las rocas, vivir en las rocas, rodear las cavernas de los Duros, robar su sustento, cuando lo necesitase, de las baterías que tenían almacenadas, o unirse a las otras Emocionales y alimentarse de la luz del sol cuando pudiera.

Pero al final les daría a todos una lección. y después, que hiciesen con ella lo que quisieran. Entonces estaría incluso dispuesta a desaparecer…, pero sólo entonces…

5b

Odeen estaba presente cuando nació el nuevo niño, una Emocional perfecta en todas sus partes, pero no logró sentir ningún entusiasmo. Incluso Tritt, que la cuidaba a la perfección, como un buen Paternal, parecía sosegado en sus transportes.

Había pasado mucho tiempo, y era como si Dua hubiese desaparecido. No podía ser, por supuesto, porque un Ser Blando no podía desaparecer si no era conjuntamente con todos los miembros del tríade; pero no estaba con ellos. Era como si hubiese desaparecido, sin desaparecer.

Odeen la había visto una vez, una sola vez, no mucho después de su precipitada huida ante la noticia de que había iniciado el tercer niño. Odeen pasaba junto a un grupo de Emocionales, que tomaban el sol, obsesionado por la idea de que tal vez podría encontrarla en la superficie. Todas empezaron a agitarse ante la extraordinaria vecindad de un Racional con un grupo de Emocionales, y se comprimieron para provocarle, movidas todas ellas por el estúpido impulso de proclamar que eran Emocionales. El sólo sintió desprecio, y ningún temblor de atracción correspondida alteró la suavidad de sus curvas. Pensó en Dua y en lo diferente que era de todas ellas. Dua nunca se comprimía, como no fuera para atender a sus propias necesidades internas. Nunca intentaba atraer a nadie, y era esto lo que la hacía más atractiva. Si se hubiera decidido a juntarse con aquel montón de cabezas huecas, él hubiese podido reconocerla con facilidad (estaba seguro) por el solo hecho de que sería la única en no comprimirse, sino más bien al contrario: se abultaría, precisamente porque las otras se comprimían.

Y mientras pensaba esto, Odeen recorrió con la vista a todas las Emocionales y observó que, en efecto, una de ellas no estaba comprimida. Se detuvo y en seguida se precipitó hacia ella, olvidando alas Emocionales y sin oír sus salvajes chillidos mientras flotaban a toda prisa para abrirse paso y se evitaban desesperadamente entre sí para no rozarse…, por lo menos, no en público y ante la vista de un Racional.

Sí, era Dua. Dua no intentó irse. Permaneció quieta y no dijo nada.

— Dua — murmuró él, con humildad—, ¿no quieres volver a casa?

— No tengo casa, Odeen — repuso ella, sin rencor, sin odio, y por ello precisamente con más patetismo.

—¿Cómo puedes culpar a Tritt por lo que hizo, Dua? Sabes que el pobre no puede razonar.

— Pero tú sí, Odeen. Y ocupaste mi mente mientras él procuraba

alimentar mi cuerpo, ¿no es cierto? Tu razón te dictó que era mucho más probable que yo me dejase atrapar por ti que por él.

—¡Dua, no!

—¿No, qué? ¿No hiciste un gran alarde de querer enseñarme y educarme?

— Sí, pero no era un alarde, sino algo real. Y no lo hice a causa de la trampa de Tritt. Yo ignoraba lo que Tritt había hecho.

— No puedo creerlo.

Se alejó sin prisa. El la siguió. Ahora estaban solos y el sol les calentaba con sus rayos rojizos. Ella se volvió a mirarle.

— Déjame hacerte una pregunta, Odeen. ¿Por qué querías enseñarme?

Odeen contestó:

— Porque lo necesitaba. Porque me gusta enseñar y porque es lo único que me gusta, a excepción de aprender.

— Y de fusionarte, claro. Es igual — añadió, como para librarse de él—. No me digas que estás hablando de la razón y no del instinto. Si es cierto que te gusta enseñar, y si yo puedo llegar a creerte, entonces es posible que comprendas algo que voy a decirte. He aprendido muchas cosas desde que te dejé, Odeen. No me preguntes cómo; las he aprendido. Ya no queda en mí nada de Emocional, excepto la parte fisiológica. En mí interior, que es lo que cuenta, soy enteramente Racional, aunque espero tener más piedad por los demás de la que tienen los otros Racionales. Y una de las cosas que he aprendido es lo que nosotros somos en realidad, Odeen; tú, yo, Tritt y todos los otros tríades de este planeta; lo que somos y lo que siempre hemos sido.

—¿Qué somos? — preguntó Odeen.

Estaba dispuesto a escuchar durante tanto tiempo como fuera necesario y sin replicar, con tal de. que Dua volviese con él cuando hubiera dicho lo que tenía que decir. Sufriría cualquier castigo, haría cualquier cosa que ella le pidiera. Pero tenía que hacerla volver… y algo vago y sombrío en su interior le dictaba que ella tenía que volver por su propia voluntad.

—¿Qué somos? En realidad, nada Odeen — dijo Dua, con ligereza, casi riendo—. ¿Verdad que es extraño? Los Seres Duros son la única especie viva sobre la superficie de este mundo. ¿No te lo han enseñado? Sólo existe una especie, porque tú y yo, los Seres Blandos, no estamos realmente vivos. Somos máquinas, Odeen. Tenemos que serlo, porque sólo los Seres Duros están vivos. ¿No te lo han enseñado, Odeen? — repitió otra vez.

— Pero, Dua, esto es absurdo — dijo Odeen, estupefacto.

La voz de Dua se hizo más dura.

—¡Máquinas, Odeen! ¡Construidas por los Seres Duros!

¡Destruidas por los Seres Duros! Ellos sí que están vivos. Sólo ellos. No lo mencionan, no necesitan mencionarlo; todos lo saben. Pero yo he aprendido a pensar, Odeen, y he atado todos los cabos sueltos. Viven durante muchísimo tiempo, pero llega un momento en que mueren. Ya no son capaces de engendrar; el sol no emite la suficiente energía para permitírselo. Y como mueren con muy poca frecuencia, pero ninguno nace, sus miembros son cada vez menos numerosos. Y no hay jóvenes que suministren sangre nueva y nuevas ideas, de modo que los Seres Duros se aburren terriblemente en su longevidad. Pues bien, ¿qué supones tú que hacen, Odeen?

—¿Qué? —Había en esto una especie de fascinación; una fascinación repulsiva.

— Fabrican niños mecánicos, a quienes pueden enseñar. Tú mismo lo has dicho, Odeen. Enseñar es lo que más te gusta, aparte de aprender… y fusionarte, claro. Los Racionales están hechos a la. imagen mental de los Seres Duros, y los Seres Duros no se fusionan, y aprender es un enorme problema para ellos, porque ya saben tanto. ¿Qué otra cosa les queda, si no es la diversión de enseñar? Los Racionales son creados para el único fin de ser enseñados. Las Emocionales y los Paternales fueron creados porque eran necesarios para perpetuar la maquinaria que fabrica nuevos Racionales. Y se necesitan constantemente nuevos Racionales, porque los viejos ya no sirven, ya saben todo cuanto pueden aprender. Y cuando los Racionales viejos han absorbido todas sus enseñanzas, son destruidos, y para que no tengan complejos, se les inculca por anticipado que el proceso de destrucción se llama «desaparecer». Y, como es natural, los Paternales y las Emocionales desaparecen con ellos. En cuanto han ayudado a formar un nuevo tríade, resultan inservibles.

— Todo esto es un error, Dua — logró balbucir Odeen.

Carecía de argumentos para rebatir su versión de pesadilla, pero sabía con una seguridad absoluta que Dua estaba equivocada. (¿O acaso la pequeña punzada de una duda sugería que esta seguridad le había sido inculcada desde el principio? Pero no, decididamente no, porque entonces, ¿no habrían inculcado también a Dua la seguridad de que esto era un error? ¿O es que ella era una Emocional imperfecta, sin las reacciones adecuadas y sin…? ¡Oh! ¿Qué significaba todo aquello? ¡Estaba tan loco como ella!

Dua dijo:

— Pareces triste, Odeen.:Estás seguro de que me equivoco? Naturalmente, ahora tienen la Bomba de Positrones y toda la energía que necesitan o pueden necesitar. Pronto volverán a dar a luz. Tal vez va lo estén haciendo. Y entonces ya no necesitarán máquinas Blandas y todos seremos destruidos; perdona, todos desapareceremos.

— No, Dua — persistió Odeen, tenazmente, hablando tanto para

sí como para ella—. Ignoro de dónde has sacado estas ideas, pero los Seres Duros no son así. No nos destruyen.

— No te engañes a ti mismo, Odeen. Son así. Están dispuestos a destruir el mundo de otros seres en provecho propio; todo un universo, si es necesario. ¿Por qué habrían de tener escrúpulos en destruir a unos cuantos Seres Blandos, si les conviene? Pero han cometido un error. La maquinaria se les ha estropeado y una mente Racional se ha introducido en un cuerpo Emocional. Soy una Emizquierda, ¿no lo recuerdas? Me lo dijeron cuando era niña y tenían razón. Sé razonar como un Racional y sentir como una Emocional. Y con esta mezcla, lucharé contra los Seres Duros.

Odeen estaba desesperado. Dua debía estar toca, pero no se atrevía a decírselo. Tenía que atraerla de algún modo y llevarla a su casa. Dijo, con valiente sinceridad

— Dua, cuando desaparecemos no nos destruimos.

—¿No? ¿Qué ocurre, entonces?

— No… no lo sé. Creo que entramos en otro mundo, un mundo mejor y más feliz, y nos hacemos… Bueno, mucho mejores de lo que somos.

Dua se echó a reír.

¿De dónde lo has sacada? ¿Te lo han dicho los Seres Duros?

— No, Dua. Mi mente me sugiere que debe ser así. He pensado mucho en ello desde que te fuiste.

Dua dijo:

— Entonces, piensa menos y estarás más cuerdo. ¡Pobre Odeen! Adiós.

Y se fue, flotando casi etérea. La rodeaba un aire como de cansancio.

Odeen la llamó

— Espera, Dua. Estoy seguro de que querrás ver a tu niña-mediana.

Ella no contestó.

El gritó

—¿Cuándo vendrás a casa?

Ella no contestó.

Y Odeen ya no la siguió, pero se quedó mirándola con infinita tristeza mientras su forma se desvanecía.

No mencionó a Tritt que había visto a Dua. ¿Para qué? Y tampoco volvió a verla. Empezó a merodear por los lugares de insolación favoritos de las Emocionales de aquel área y persistió incluso cuando algún que otro Paternal salía a mirarle con estúpida suspicacia (Tritt era un gigante mental comparado con la mayoría de los Paternales).

Su ausencia le pesaba cada día más. Y diariamente se acrecentaba en él una aprensión temerosa a propósito de su ausencia, aunque no

sabía por qué.

Una tarde volvió a la caverna y encontró en ella a Losten, que le esperaba. Losten, grave y cortés, contemplaba la nueva niña que Tritt le enseñaba, procurando que aquel puñado de niebla no tocase al Ser Duro.

Losten dijo:

— Es realmente una belleza, Tritt. ¿Su nombre es Derala?

— Derola — corrigió Tritt—. No sé cuándo volverá Odeen. Sale muy a menudo.

— Aquí estoy, Losten — dijo Odeen con rapidez—. Tritt, llévate a la niña, por favor.

Tritt obedeció y Losten se volvió hacia Odeen con evidente alivio, mientras decía:

— Debes sentirte muy feliz por haber completado el tríade.

Odeen trató de responder con una frase cortés, pero sólo logró guardar un desalentado silencio. Últimamente disfrutaba de una especie de camaradería, de una vaga sensación de igualdad con los Seres Duros, que le permitía hablar con ellos a un mismo nivel. Pero la locura de Dua había tenido una influencia perniciosa. Odeen sabía que estaba equivocada y, sin embargo, se dirigió a Losten con la rigidez de los primeros tiempos, cuando se consideraba muy inferior a ellos, acaso como… ¿una máquina?

Losten preguntó:

—¿Has visto a Dua?

Esta era una pregunta real, no una frase de cortesía. Habló con sinceridad

— Sólo una vez, s… — (Estuvo a punto de decir: «señor-Duro», como si fuera otra vez un niño, o un Paternal)—. Sólo una vez, Losten. No quiere volver a casa.

— Debe volver — dijo Losten, con suavidad.

— No sé cómo conseguirlo.

Losten le contempló con expresión sombría.

—¿Sabes qué está haciendo?

Odeen no se atrevía a mirarle. ¿Habría descubierto Losten las locas teorías de Dua? ¿Qué harían con ella?

Hizo un gesto negativo, sin hablar.

Losten dijo

— Es una Emocional muy extraña, Odeen. Lo sabes, ¿verdad?

— Sí —suspiró Odeen.

— Tú también lo eres, a tu modo, y también Tritt. Dudo que cualquier Paternal del mundo hubiese tenido el valor o la iniciativa de robar una batería, o la perversa habilidad de hacerla funcionar como hizo él. Los tres formáis el tríade menos corriente del que tenemos noticia.

— Gracias.

— Pero el tríade tiene también sus aspectos incómodos; cosas con las que no contábamos. Queríamos que enseñases a Dua como el medio más eficaz para inducirla a cumplir voluntariamente su misión. No contamos con el quijotesco acto de Tritt precisamente en aquel momento. Ni, a decir verdad, contamos con la salvaje reacción de Dua ante el hecho de que el mundo del otro universo debe ser destruido.

— Yo debí haber contestado a sus preguntas con mayor cautela — observó Odeen, tristemente.

— No hubiera servido de nada. Ella lo estaba descubriendo por su cuenta. Tampoco contábamos con esto. Odeen, lo siento, pero tengo que decírtelo: Dua se ha convertido en un peligro letal; está tratando de detener la Bomba de Positrones.

— Pero, ¿cómo puede hacerlo? No puede llegar a ella, y aunque pudiera, carece de los conocimientos indispensables para llevarlo a efecto.

—¡Oh, claro que puede llegar a ella! — Losten vaciló y entonces añadió—: Permanece fundida con las rocas, y allí está fuera de nuestro alcance.

A Odeen le costó un buen rato comprender el claro significado de aquellas palabras. Dijo:

— Ninguna Emocional adulta lo haría… Dua no…

— Se atreve. Lo está haciendo. No pierdas tiempo discutiéndolo. Puede penetrar en cualquier parte de las cavernas. Nada permanece oculto para ella. Ha estudiado las comunicaciones que hemos recibido del otro universo. No lo sabemos de modo directo, pero no hay otro modo de explicar lo que está sucediendo.

—¡Oh, oh, oh! — Odeen se balanceó hacia delante y hacia atrás, con su superficie opaca por la vergüenza y el dolor—. ¿Sabe todo esto Estwald?

Losten dijo, en tono sombrío:

— Todavía no; pero algún día lo sabrá.

— Pero, ¿qué hará ella con esas comunicaciones?

— Está utilizándolas para desarrollar un método que le permita enviar mensajes en la otra dirección.

— Pero no puede saber cómo traducirlos o transmitirlos.

— Está aprendiendo ambas cosas. Sabe más acerca de esos mensajes que el propio Estwald. Es un fenómeno aterrador, una Emocional que sabe razonar y que está fuera de control.

Odeen se estremeció. ¿Fuera dé control? ¡Qué expresión tan propia para las máquinas!

Dijo:

— No puede ser tan serio.

— Lo es. Ya ha establecido comunicación y me temo que está

aconsejando a los otros seres que detengan su mitad de la Bomba de Positrones. Si lo hacen antes de que su sol explote, nosotros no tendremos salvación.

— Entonces…

— Hay que detenerla, Odeen.

— Pero…, ¿cómo? ¿Vais a volar?

La voz le falló. Sabía vagamente que los Seres Duros eran capaces de volar las rocas para construir cavernas, lo cual no hacían desde que la población había empezado a disminuir. ¿Podrían localizar a Dua en las rocas y volarlas junto con ella?

— No — repuso Losten, pesadamente—. No podemos hacer daño a Dua.

— Estwald podría…

— Estwald tampoco puede hacerle daño.

— Entonces, ¿qué se puede hacer?

— Sólo nos quedas tú, Odeen. Sólo tú. Nosotros no podemos hacer nada; dependemos de ti.

—¿De mí? Pero, ¿qué puedo hacer yo?

— Piénsalo — le acosó Losten—. Piénsalo.

—¿Pensar qué?

— No puedo decirte nada más — murmuró Losten, evidentemente atormentado—. ¡Piensa! Queda muy poco tiempo.

Dio media vuelta y se fue, con rapidez inusitada para un Ser Duro, como si temiera quedarse y hablar más de lo que le estaba permitido.

Y Odeen no pudo hacer otra cosa que seguirle con la mirada, afligido, confuso… y desorientado.

5c

Tritt tenia mucho que hacer. Los niños requerían muchos cuidados, pero incluso dos izquierdos y dos derechos juntos no daban tanto trabajo como una sola pequeña — mediana…, en especial si era tan perfecta como Derola. Había que ejercitarla y consolarla, protegerla de todos los roces, mimarla hasta que se condensaba y se dormía.

Pasó mucho tiempo antes de que volviera a ver a Odeen, y en realidad, no le importaba Derola le mantenía ocupado constantemente. Pero por fin se cruzó con Odeen en un ángulo de su propia alcoba. y la reflexión le hacía iridiscente.

De pronto. Tritt lo recordó todo Preguntó:

—¿Estaba Losten enfadado con Dua?

Odeen se recobró con un sobresalto.

—¿Losten? Sí, estaba enfadado. Dua está causando graves daños.

— Tendría que volver a casa, ¿verdad?

Odeen miraba a Tritt de hito en hito.

— Tritt — dijo—, tenemos que convencer a Dua de que vuelva a casa. Primero hay que encontrarla. Tú puedes lograrlo Con tu nuevo hijo, tu sensibilidad Paternal es muy elevada. Puedes utilizarla para encontrar a Dua.

— No — repuso Tritt, ofendido—. La uso para Derola. Sería incorrecto usarla para Dua. Además, si quiere permanecer lejos mientras una niña-mediana la necesita (ella también fue una niña-mediana), quizá sea mejor que aprendamos a prescindir de ella.

— Pero, Tritt, ¿no quieres volver a fusionarte?

— Bueno, el tríade ya está completo.

— Hay otras razones para fusionarse.

Tritt replicó

—¿Adónde hemos de ir a buscarla? La pequeña Derola me necesita. Es muy pequeña. No quiero dejarla sola.

— Los Seres Duros se encargarán de que alguien cuide de ella. Tú y yo iremos a las cavernas de los Duros a buscar a Dua.

Tritt reflexionó sobre ello. No le importaba Dua. Ni siquiera le importaba Odeen, en cierto modo. Sólo existía Derola. Dijo

— Algún día. Algún día, cuando Derola sea mayor. Hasta entonces, no.

— Tritt, hay que encontrar a Dua — encareció Odeen—. De lo contrario…, de lo contrario nos quitarán a los niños.

—¿Quién?

— Los Seres Duros.

Tritt enmudeció; no sabia qué decir. Nunca había oído una cosa

semejante. No podía concebirla.

Odeen dijo

— Tritt, tenemos que desaparecer. Ahora ya sé por qué. Lo he estado pensando desde que Losten… Bueno, esto no importa. Dua y tú también tenéis que desaparecer. Ahora que yo conozco la razón, tú con. prenderás la necesidad, y espero que Dua también la comprenderá. Y es preciso que desaparezcamos pronto, porque Dua está destruyendo el mundo.

Tritt había ido retrocediendo.

— No me mires así, Odeen… Me estás obligando, me estás obligando…

— No te obligo a nada, Tritt — contradijo Odeen, tristemente—. Yo lo he comprendido, y lo mismo has de hacer tú… Pero antes tenemos que encontrar a Dua.

— No, no.

Tritt sufría mucho, se resistía. Había algo terrible en Odeen y el fin de la existencia se acercaba inexorablemente. Tritt desaparecería y también su niña-mediana. Había Paternales que conservaban por mucho tiempo a su niña — mediana, mientras que Tritt la perdería casi en seguida.

No era justo. ¡Oh, no! No era justo.

Tritt jadeó:

— Es culpa de Dua. Deja que ella desaparezca primero.

Odeen dijo, con una calma espantosa

— Tenemos que desaparecer los tres a la vez.

Y Tritt comprendió que así había de ser, que así había de ser.

6a

Dua tenía frío, y se sentía delgada y débil. Sus tentativas de descansar al aire libre y de absorber la luz del sol terminaron cuando Odeen la encontró aquella vez. Su alimentación en las baterías de los Seres Duros era insuficiente. No se atrevía a permanecer demasiado rato fuera de su rocoso refugio, y por ello comía grandes bocados, pero nunca lo bastante.

Sentía hambre continuamente, con tanta mayor razón cuanto que permanecer en la roca parecía fatigarla. Era como si estuviesen castigándola por todos sus vagabundeos al atardecer, cuando comía tan poco.

De no ser por el trabajo que estaba haciendo, no hubiera podido soportar el cansancio y el hambre. A veces esperaba que los Seres Duros la destruyeran…, pero no antes de que hubiese terminado.

Los Seres Duros no podían hacer nada mientras permaneciese en la roca. A veces los detectaba al aire libre, frente a la roca. Estaban asustados. Era como si temieran por ella, pero no podía ser. ¿Cómo iban a temer por ella, temer que desapareciera por falta de alimento o por extenuación? Con seguridad tenían miedo de ella, de la máquina que no funcionaba como ellos la habían programado: sentían terror ante tal prodigio y se veían impotentes para anularlo.

Les evitaba con mucha cautela. Siempre sabía dónde estaban, así que no podían sorprenderla ni detenerla. No podían vigilar todos los lugares a la vez. Dua creía que incluso poseía la facultad de embotar la escasa percepción que tenían.

Salía de la roca y estudiaba los duplicados de los mensajes recibidos del otro universo. Ellos ignoraban que era esto lo que buscaba. Y si los ocultaban, volvería a encontrarlos en cualquier nuevo escondite. Si los destruían, no importaba. Dua los retenía en su memoria.

Al principio no los comprendió, pero gracias a su estancia en las rocas, sus sentidos se fueron agudizando, y ahora era como si comprendiese sin comprender. Sin saber el significado de los símbolos, éstos inspiraban sentimientos en su interior.

Eligió unas marcas y las colocó donde podían ser mandadas al otro universo. Las marcas eran M-I-O-D-O. No tenía idea de su significado, pero su forma le inspiraba un sentimiento de miedo e hizo lo posible para acentuar en las marcas esta sensación. Tal vez los otros seres, al estudiar las marcas, también sentirían miedo.

Cuando llegaron las respuestas, Dua captó excitación en ellas. No siempre recibía las respuestas que enviaban. A veces, los Seres Duros las encontraban primero. Seguramente debían saber lo que ella estaba

haciendo. Sin embargo, no sabían leer los mensajes, ni siquiera captar las emociones que encerraban.

Por consiguiente, no se arredraba. No podrían detenerla hasta que terminara…, por muchas cosas que los Seres Duros descubriesen.

Esperó un mensaje que encerrase el sentimiento que ella necesitaba. Llegó: B-O-M-B-A M-A-L—…

Contenía el miedo y el odio que ella sentía. Lo contestó de forma ampliada: más miedo, más odio. Ahora, los otros seres comprenderían. Ahora detendrían la Bomba. Los Seres Duros tendrían que buscar otro medio, otra fuente de energía; no debían obtenerla a costa de la vida de muchos millares de seres de otro universo.

Estaba descansando demasiado, cayendo en una especie de estupor dentro de la roca. Necesitaba desesperadamente comer, y esperó el momento de poder separarse. Pero aunque deseara intensamente alimentarse de la batería, aún más desesperado era su deseo de que aquella batería no funcionara. Quería sorber el último alimento que emitiera, y saber que nunca más funcionaría y que ella había cumplido su tarea.

Por fin emergió e imprudentemente permaneció mucho tiempo junto a una de las baterías, absorbiendo su contenido. Quería vaciarla. asegurarse de que no fluía más energía, pero la fuente era interminable interminable…

Se movió y se alejó de la batería con repugnancia. Las Bombas de Positrones seguían funcionando. ¿Sus mensajes no habrían convencido a los seres del otro universo de que debían detener la Bomba? ¿No los habrían recibido? ¿No habrían comprendido su significado?

Tenía que volver a intentarlo, y lograr expresarse con claridad absoluta. Incluiría todas las combinaciones de señales que parecían contener el sentimiento de peligro, todas las combinaciones que pudiesen indicar su ruego de que detuvieran la Bomba.

Desesperadamente empezó a fundir los símbolos en el metal, gastando sin reservas la energía que acababa de absorber de la batería, gastándola hasta que se agotó v se sintió más cansada que nunca: BOMBA NO PARAR NO PARAR NOSOTROS NO PARAR BOMBA NOSOTROS NO OIR PELIGRO NO OIR NO OIR VOSOTROS PARAR POR FAVOR PARAR VOSOTROS Y ASI NOSOTROS PARAR POR FAVOR VOSOTROS PARAR PELIGRO PELIGRO PELIGRO PARAR PARAR VOSOTROS PARAR BOMBA.

No podía hacer nada más. Ya no sentía otra cosa que un dolor agudísimo. Colocó el mensaje donde pudiera ser transmitido y no esperó a que los Seres Duros lo mandasen sin darse cuenta. Como en una dolorosa semi-inconsciencia, manipuló los mandos como lo había visto hacer, con los últimos restos de su energía.

El mensaje desapareció, y también la caverna, en un vertiginoso

resplandor violáceo. Estaba… desapareciendo… de extenuación.

Odeen… Tri…

6b

Odeen llegó. Había flotado con más rapidez que en toda su vida. Primero siguió la agudizada percepción Paternal de Tritt, pero ahora se hallaba lo bastante cerca para que sus propios sentidos le guiasen hasta ella. Captaba la conciencia fluctuante y moribunda de Dua, y se lanzó adelante mientras Tritt le seguía torpemente, jadeando y gritando: «Más de prisa más de prisa…».

Odeen la encontró en estado de colapso, apenas viva, más pequeña de lo que viera jamás a una Emocional adulta..

— Tritt, trae la batería aquí —dijo—. No…, no, no intentes llevarla. Está demasiado delgada para cogerla. Date prisa. Si se introduce en el suelo…

Los Seres Duros empezaron a aparecer. Llegaban tarde, naturalmente, debido a su incapacidad de captar a distancia otras formas de vida. Si sólo hubiese dependido de ellos, hubiera sido demasiado tarde para salvarla. No hubiese desaparecido; hubiera sido efectivamente destruida y… y… y más de lo que Dua sabía habría sido destruido con ella.

Ahora, mientras Dua recobraba vida gracias Al suministro de energía, los Seres Duros se agrupaban en silencio a su alrededor.

Odeen se levantó; un nuevo Odeen, que sabía con exactitud o que estaba sucediendo. Imperiosamente, con un ademán colérico, les ordenó que se alejasen… y ellos obedecieron. En silencio. Sin objeción.

Dua se movió.

Tritt dijo:

—¿Está bien, Odeen?

— Calla, Tritt — ordenó Odeen—. ¿Dua?

—¿Odeen? — Se movió y habló en un suspiro—. Pensaba que había desaparecido.

— Todavía no, Dua. Todavía no. Primero has de comer y descansar.

—¿Tritt está también aquí?

— Estoy aquí, Dua — repuso Tritt.

— No tratéis de hacerme vivir — dijo Dua—. Todo ha terminado. He hecho lo que quería hacer. La Bomba de Positrones se detendrá pronto…, estoy segura. Los Seres Duros continuarán necesitando a los Seres Blandos y cuidarán de vosotros dos, o al menos de los niños.

Odeen no dijo nada y tampoco dejó que Tritt hablase. Esperaba que la radiación invadiese lentamente a Dua, muy lentamente. A veces la detenía para que descansara un poco y después volvía a hacerla funcionar.

Dua empezó a susurrar:

— Ya es suficiente, ya es suficiente — su sustancia se movía con más fuerza.

Pero él siguió alimentándola.

Por fin, habló

— Dua, estabas equivocada. No somos máquinas. Sé lo que somos con exactitud. De haberlo sabido antes, hubiera venido a buscarte, pero no lo supe hasta que Losten me suplicó que pensara. Yo pensé, muy profundamente, e incluso así, esto es casi prematuro.

Dua gimió y Odeen guardó un breve silencio. Luego prosiguió

— Escucha. Dua. Es cierto: sólo hay una especie de vida. Los Seres Duros son, en efecto, los únicos seres vivos del mundo. Tú lo comprendiste y hasta aquí tenías razón. Pero esto no significa que los Seres Blandos no estén vivos; significa simplemente que somos parte de la misma especie única. *Los Seres Blandos son las formas inmaduras de los Seres Duros*. Primero somos niños Blandos, después adultos Blandos, y al final. Seres Duros. ¿Lo comprendes?

Tritt dijo, lleno de confusión:

—¿Qué? ¿Qué?

Odeen le habló

— Ahora no, Tritt. Ahora no. Tú también lo comprenderás, pero esto es para Dua.

No perdía de vista a Dua, que estaba ganando opalescencia.

Continuó:

— Escucha, Dua. Siempre que nos fusionamos, siempre que el tríade se fusiona, nos transformamos en un Ser Duro. En el Ser Duro hay tres seres, lo cual hace que sea Duro. Durante el período de inconsciencia en la fusión, somos un Ser Duro. Pero es una cosa temporal, y después no podemos recordar aquel período. Nunca podemos continuar siendo un Ser Duro por mucho tiempo; tenemos que volver. Pero nunca dejamos de desarrollarnos, y este desarrollo tiene sus etapas bien marcadas. Cada niño que nace marca una etapa. Con el nacimiento del tercero, la Emocional, se presenta la posibilidad de la etapa final, cuando la mente del Racional, por si misma, sin las otras dos, puede recordar estos fragmentos de existencia como Ser Duro. Entonces, y sólo entonces, puede conducir a una fusión perfecta que formará para siempre al Ser Duro, para que el tríade pueda vivir una existencia nueva y unificada de estudio e intelecto. Ya te dije que desaparecer era como nacer de nuevo. Entonces me imaginaba algo que no comprendía, pero ahora lo sé.

Dua le miraba, intentando sonreír. Preguntó:

—¿Cómo puedes fingir que crees esto, Odeen? Si fuera cierto, ¿no te lo habrían dicho los Seres Duros, a ti y a todos nosotros, hace mucho tiempo?

— No pueden hacerlo, Dua. Hubo un tiempo, una época muy remota en que la fusión era una mera agrupación de los átomos de los cuerpos. Pero la evolución fue desarrollando las mentes. Escúchame, Dua: la fusión es también una fusión de las mentes, lo cual es mucho más difícil, mucho más delicado. Para lograrlo de modo perfecto y permanente, el Racional debe alcanzar un punto álgido en su desarrollo. Este punto álgido es alcanzado cuando descubre, por sí mismo, toda la verdad: cuando su mente es por fin lo bastante sutil como para recordar lo sucedido durante todas las uniones temporales de la fusión. Si el Racional lo supiera, este desarrollo se vería abortado y no podría determinarse el momento de la fusión perfecta. El Ser Duro se formaría de manera defectuosa. Cuando Losten me suplicó que pensara, estaba corriendo un grave riesgo. Incluso esto puede haber sido… espero que no…

Porque en nuestro caso es especialmente cierto, Dua. Durante muchas generaciones, los Seres Duros han estado combinando tríades con extremo cuidado, a fin de formar Seres Duros particularmente avanzados, y nuestro triade es el mejor que han logrado obtener. En especial tú, Dua. En especial tú. Losten fue, en el pasado, el triade cuya niña-mediana fuiste tú. Una parte de él era tu Paternal. Te conocía. Y te trajo para nosotros, para Tritt y para mí.

Dua se sentó. Su voz era casi normal.

—¡Odeen! ¿Estás inventando todo esto para consolarme?

Tritt intervino:

— No, Dua. yo también lo presiento. Yo también lo presiento. No sé con exactitud qué es, pero lo presiento.

— Dice la verdad, Dua — ratificó Odeen—. Tú también lo presentirás. ¿No estás empezando a recordar que eras un Ser Duro durante nuestras fusiones? ¿No quieres fusionarte ahora? ¿Por última vez? ¿Por última vez?

La levantó. Había algo febril en ella y, aunque se resistió un poco, empezó a adelgazarse.

— Si lo que dices es cierto, Odeen — jadeó—, si vamos a transformarnos en un Ser Duro, creo que me has dado a entender que seremos uno importante. ¿Acierto?

— El más importante. El mejor que ha sido formado. Lo digo en serio.. Tritt, acércate. No es un adiós. Tritt Estaremos juntos, como siempre hemos querido. Dua también. Tú también, Dua.

Dua dijo

— Entonces podremos hacer comprender a Estwald que la Bomba no puede continuar. Les obligaremos…

La fusión estaba empezando. Uno a uno, los Seres Duros fueron entrando en el momento crucial.

Odeen les vio de manera imperfecta, porque estaba empezando a

fundirse dentro de Dua.

No fue como las otras veces; no hubo éxtasis agudo, sólo un movimiento suave, fresco, infinitamente plácido. Se sintió a sí mismo transformarse, de manera parcial en Dua, y el mundo entero parecía estar a merced de sus sentidos agudizados. La Bomba de Positrones aún funcionaba… El-ella la detectaban; ¿por qué aún estaban funcionando?

También era Tritt, y una terrible sensación de amargura invadió su mente. ¡Oh, mis niños!

Y exclamó, un último grito en la conciencia de Odeen, pero que en realidad procedía de Dua

— No, no podemos detener a Estwald. Nosotros somos Estwald. Nosotros…

El grito que era de Dua y a la vez no era de Dua, se extinguió, y Dua dejó de existir para siempre; nunca más habría una Dua. Ni un Odeen. Ni un Tritt.

7abc

Estwald se irguió y dijo con tristeza, por medio de ondas vibrantes, a los Seres Duros que esperaban:

— Ahora estaré permanentemente con vosotros y tenemos mucho que hacer…

3…¿LUCHAN EN VANO?

1

Selene Lindstrom sonrió alegremente y echó a andar con el paso ligero y saltarín que al principio sorprendía a los turistas, pero que pronto les conquistaba por su gracia peculiar.

— Es la hora del almuerzo — anunció con animación—. Todo cultivado aquí, señoras y caballeros… Es posible que no estén habituados al sabor, pero es muy nutritivo… Por aquí, señor; no creo que les importe sentarse con las señoras… Un momento. Hay asientos para todos… Lo lamento, podemos ofrecerles varias clases de bebidas, pero no hay otra carne que no sea ternera… No, no, sabor y sustancia artificiales, pero es realmente buena.

Entonces se sentó también ella, con un ligero suspiro y un cambio aún más ligero en su afable expresión.

Uno del grupo se sentó frente a ella.

—¿Le importa? — preguntó.

Ella le observó, con una mirada rápida y penetrante. Tenía la facultad de juzgar en un segundo, por supuesto, y no le pareció un hombre grosero. Repuso:

— En absoluto. Pero, ¿no viene usted con alguien del grupo?

El negó con la cabeza.

— No, estoy solo. Y aunque éste no fuera el caso, las terrícolas no son santo de mi devoción.

Ella volvió a mirarle. Debía tener unos cincuenta años y su aspecto fatigado era desmentido por sus ojos, brillantes e inquisidores. Tenía las facciones inconfundibles de los terrestres, nubladas por la gravedad. Dijo:

— Terrícola es una expresión lunar, y no muy halagadora.

— Soy de la Tierra — declaró él—; así que puedo usarla sin ofensa, creo yo. A menos que usted se oponga.

Selene se encogió de hombros como diciendo: «Y a mí qué».

Tenía el corte de ojos vagamente oriental de tantas chicas de la Luna. pero sus cabellos eran del color de la miel, y su nariz, prominente Era muy atractiva, sin ser en modo alguno una belleza clásica.

El terrestre se puso a contemplar la placa con su nombre que ella ostentaba sobre la blusa, exactamente sobre el pecho izquierdo, alto y no demasiado voluminoso. Selene decidió que en realidad miraba la placa y no su pecho, aunque la blusa era casi transparente cuando la luz le daba desde cierto ángulo y no llevaba ninguna prenda bajo la blusa.

El preguntó:

—;Hay muchas Selenes aquí?

—¡Oh, sí! Creo que cientos. También hay Cynthias, Dianas y Artemisas. Selene es un poco fastidioso. A la mitad de las Selenes que conozco las llaman o bien Silly([1]), o bien Lena.

—¿Cuál de los dos nombres le adjudicaron a usted?

— Ninguno de los dos. Yo soy Selene, con las tres sílabas — repuso, acentuando mucho la primera sílaba—: si es que alguien me llama por mi nombre de pila.

Había en el rostro del terrestre una pequeña sonrisa que parecía fija, como si no estuviese acostumbrado a sonreír. Dijo:

—¿Y si alguien le pregunta si vende algo, Selene?([2]).

—¡Nunca lo preguntan por segunda vez! — exclamó ella con firmeza.

— Pero, ¿sí la primera?

— Los estúpidos nunca faltan.

Una camarera llegó a su mesa y coloró ante ellos los platos de la comida con movimientos suaves y rápidos.

El terrestre estaba visiblemente impresionado. Dijo a la camarera:

— Ha dado la impresión de que venían flotando.

La camarera sonrió y pasó a otra mesa. Selene dijo

— No intente usted imitarla. Ella está acostumbrada a la gravedad y sabe cómo moverse.

— Si la imito, se me caerá todo, ¿verdad? ¿Es eso?

— Y muy aparatosamente — corroboró ella.

— Muy bien, no lo intentaré.

— Es bastante probable que alguien lo haga pronto; el plato bajará hacia el suelo, tratarán de agarrarlo y no podrán, y encima se caerán del sillón. Yo les avisaría, pero nunca sirve de nada y aumenta su turbación. Todos los otros turistas se reirán, pero no nosotros, que lo hemos visto demasiado a menudo para encontrarlo divertido y que sólo lo consideramos un trabajo de limpieza adicional.

El terrestre levantó con cuidado el tenedor.

— Ya veo. Incluso los movimientos más sencillos parecen raros.

— En realidad, uno se acostumbra a ello con bastante rapidez. Por lo menos, a cosas fáciles como comer. Caminar es más difícil. Nunca he visto a un terrestre correr con eficiencia por aquí. Con verdadera eficiencia.

Comieron en silencio durante un rato. Luego él dijo:

—¿Qué significa la L? — miraba de nuevo la placa con su nombre: Selene Lindstrom L.

— Sólo Luna — dijo ella con indiferencia—, para distinguirme de los inmigrantes. Yo he nacido aquí.

—¿De verdad?

— No hay por qué sorprenderse. Hace medio siglo que aquí existe una clase trabajadora. ¿No sabía que nacían niños? Hay gente que ha

nacido aquí y que ya son abuelos.

Qué edad tiene usted?

— Treinta y dos — repuso ella.

El pareció asombrado. Murmuró:

— Claro.

Selene enarcó las cejas.

—¿Quiere decir que lo comprende? A la mayoría de los terrestres hay que explicárselo.

El terrestre observó

— Sé lo suficiente como para no ignorar que la mayoría de los signos visibles del envejecimiento son el resultado de la victoria inexorable de la gravedad sobre el tejido, como las mejillas y los pechos fláccidos. Siendo la gravedad de la Luna seis veces menor que la de la Tierra, no es difícil comprender que la gente se conserve joven.

— Sólo en apariencia — dijo Selene—. No crea que aquí somos inmortales. La duración de la vida equivale a la de la Tierra, pero la vejez es más agradable.

— Una ventaja a tener en cuenta… Aunque supongo que hay inconvenientes — dio un sorbo a su café—. Tienen que beberse esto… — buscó una palabra, pero no encontró la apropiada y se calló.

— Podríamos importar comida y bebidas de la Tierra — comentó ella, divertida—, pero sólo bastaría para alimentar a un pequeño número de personas, y por poco tiempo. Sería malgastar el espacio cuando podemos usarlo para cargamentos más vitales. Además, ya estamos habituados a estas crud… ¿O iba usted a usar una palabra aún más fuerte?

— No para el café —dijo él—; iba a reservarla para la comida… Dígame, señorita Lindstrom: no he visto que en el itinerario de la excursión se mencione el protón sincrotón.

—¿El protón sincrotón? — Estaba terminando el café y ya empezaba a mirar en torno suyo, como calculando el momento de hacerles levantar de nuevo—. Se trata de una propiedad terrestre y no se enseña a los turistas.

— Quiere decir que es área prohibida para la gente de la Lima.

—¡Oh, no! Nada de eso. La mayoría del personal está constituido por habitantes de la Luna. Pero es el gobierno terrestre quien establece las reglas. Prohibido a los turistas.

— Me gustaría mucho verlo.

— Estoy segura de ello… Me ha traído usted suerte: ni un solo trozo de comida, ni un solo hombre o mujer ha ido a parar al suelo.

Se levantó y dijo:

— Señoras y caballeros, saldremos dentro de diez minutos. Por favor, dejen los platos donde están. Hay salas de descanso para

quienes deseen utilizarlas y, después, visitaremos las fábricas de alimentos donde se elaboran los manjares que ustedes acaban de saborear.

2

La vivienda de Selene era pequeña, por supuesto, y compacta; pero también caprichosa. Las ventanas eran panorámicas; escenas de estrellas que cambiaban con lentitud y al azar, sin tener ninguna relación con cualquier constelación real. Cada una de las tres ventanas podía ampliarse telescópicamente cuando Selene así lo deseaba.

Barron Neville detestaba aquellas vistas. Solía desconectarlas con gesto salvaje y decir:

—¿Cómo puedes soportarlo? Eres la única persona que conozco con el mal gusto de tener eso. Para colmo, todas estas nebulosas y constelaciones ni siquiera existen.

Selene se encogía de hombros con indiferencia y replicaba

—¿Qué es la existencia? ¿Cómo sabes que las otras no existen? Además, me da una sensación de libertad y de movimiento. ¿No puedo tenerlo en mi propia vivienda, si se me antoja?

Entonces, Neville murmuraba algo y trataba de situar los mandos donde estaban antes, y Selene exclamaba

—¡Déjalo!

Los muebles tenían curvas suaves y las paredes estaban decoradas con dibujos abstractos, en tonos apagados y discretos. No había ninguna representación de algo que pudiera considerarse vivo.

— Las cosas vivas están en la Tierra — solía decir Selene—, no en la Luna.

Al entrar ahora encontró allí, como tantas veces, a Neville; Barron Neville, descansando sobre un grácil diván y sólo con una sandalia puesta. La otra yacía en el suelo, donde había caído; se rascaba pensativamente el abdomen, por encima del ombligo, marcando una línea de huellas coloradas.

— Prepara un poco de café, ¿quieres Barron? — dijo ella, y se despojó de la ropa con un largo y gracioso gesto, acompañado por un suspiro de alivio, mientras dejaba caer las prendas al suelo para después empujarlas con un pie a un rincón—. Qué gusto da desnudarse — comentó—. La peor parte de mi trabajo es tener que vestir como una terrícola.

Neville estaba en el ángulo de la cocina. No hizo ningún caso; ya se lo había oído decir otras veces. Preguntó:

—¿Qué le pasa a tu suministro de agua? Sale muy poca.

—¿De veras? — dijo ella—. Supongo que habré gastado demasiada. Ten paciencia.

—¿Has tenido algún problema hoy?

Selene se encogió de hombros.

— No. Todo muy corriente. Como de costumbre han fingido que

no les desagradaba la comida, y no me sorprendería que estuvieran esperando a que les ordenase que se desnudaran. Una posibilidad repugnante.

—¿Te ha dado por la mojigatería? — inquirió él, acercándose con dos tazas de café.

— No creo que estuviera de más en esta ocasión. Son arrugados, gordos, barrigudos y están llenos de gérmenes. No me importan las reglas de la cuarentena: rebosan de gérmenes… ¿Y tú, tienes algo de nuevo?

Barron negó con la cabeza. Era macizo para ser de la Luna, y su manía de entornar los ojos se había convertido en una costumbre. Aparte de aquello, sus facciones eran regulares y notablemente correctas, según la opinión de Selene.

— Nada excepcional — repuso—. Aún estamos esperando al sucesor del Comisionado. Veremos cómo resulta este Gottstein.

—¿Puede crear dificultades?

— No más de las que ya existen. Después de todo, ¿qué pueden hacer? No pueden infiltrarse. Un terrícola nunca será confundido con un selenita. — Pero parecía intranquilo.

Selene sorbió el café y le miró con atención.

— Algunos selenitas podrían ser terrícolas por dentro.

— Sí, y me gustaría saber cuáles. A veces no sé en quién confiar… Bueno, el caso es que estoy perdiendo mucho tiempo con mi proyecto del sincrotón y no voy a ninguna parte. No tengo suerte con las autoridades.

— Es probable que no tengan confianza en ti, y no se lo reprocho. No tendrías que ir de un lado para otro con aire de conspirador.

— No lo hago. Me encantaría poder salir de la sala del sincrotón y no volver jamás, pero entonces sí que sospecharían… Supongo, Selene, que si has gastado demasiada agua, no podremos tomar otra taza.

— No, no podemos. A propósito, tú me has ayudado a desperdiciar el agua. Te has duchado dos veces durante la última semana.

— Haré que te aumenten el suministro. No sabía que era insuficiente.

— Por lo visto… el nivel del agua baja muy de prisa.

Selene terminó el café y miró su taza con fijeza. Dijo

— Todos lo encuentran malo. Me refiero a los turistas. Y nunca puedo comprender la razón. A mí me parece bueno. ¿. Has probado el café de la Tierra alguna vez, Barron?

— No — repuso él lacónicamente.

— Yo, sí. Una vez. Un turista trajo unos botes de contrabando. Me ofreció algunos a cambio de lo que tú ya sabes. Al parecer, lo creyó un

intercambio honesto.

—¿Y lo probaste?

— Sentía curiosidad. Era amargo y metálico. Lo encontré horrible. Entonces le dije que la mezcla de razas iba en contra de las usanzas selenitas, y también él se volvió amargo y metálico.

— No me lo habías dicho. ¿No intentó nada, supongo?

— No creo que te concierna, pero no, no intentó nada. De haberlo hecho, con la gravedad en contra, yo hubiera podido mandarle de aquí al corredor número uno. — Hizo una pausa y en seguida continuó—: ¡Ah! Hoy he conquistado a otro terrestre. Ha insistido en sentarse junto a mí.

—¿Y qué te ha ofrecido a cambio de lo que tú tan delicadamente calificas de «lo que tú ya sabes»?

— Se limitó a hablar.

—¿Mirando tus pechos con fijeza?

— Los tengo para que los miren, pero en realidad no lo hizo. Miraba la placa con mi nombre… Además, ¿qué te importan sus pretensiones? Son libres, y yo no tengo que convertirlas en realidad. ¿Qué te imaginas? ¿Que me propongo ir a la cama con un terrestre? ¿Pese a todas las acrobacias en que incurriría una persona no habituada al campo gravitatorio? No puedo afirmar que no se haya hecho, pero yo no lo he probado y no creo que salga bien. ¿Entendido? ¿Puedo volver al terrícola? Tiene casi cincuenta años. Es evidente que no fue guapo ni a los veinte. Pero su aspecto es interesante, lo reconozco.

— Bueno. no me lo describas. ¿Qué pasa con él?

—¡Preguntó acerca del protón sincrotón!

Neville se puso en pie, con un poco de balanceo, como era de esperar después de un movimiento brusco con escasa gravedad.

—¿Qué te preguntó del sincrotón?

— Nada. ¿Por qué estás tan excitado? Me pediste que te explicara cualquier anormalidad entre los turistas, v esto me ha parecido algo anómalo. Nadie me ha preguntado jamás sobre el sincrotón.

— Muy bien. — Neville hizo una pausa y luego preguntó en tono normal—: ¿Por qué estaba interesado en el sincrotón?

— No tengo la menor idea — repuso Selene—. Se limitó a preguntar si podía verlo. Es posible que sea un turista interesado en la ciencia. Pero tengo la impresión de que es un truco para que yo me interese por él.

— Lo cual debe haber conseguido. ¿Cómo se llama?

— No lo sé. No se lo he preguntado.

—¿Por qué no?

— Porque no me interesa. ¿Qué te creías? Además, su pregunta demuestra que es un turista. Si fuera un científico no tendría que

preguntar nada: estaría allí.

— Mi querida Selene — dijo Neville—, te lo diré con claridad. Bajo las circunstancias actuales, cualquiera que desee ver el protón sincrotón es un hombre especial que merece nuestro interés. Además, ¿por qué decírtelo a ti? — caminó con rapidez hasta el fondo de la habitación y volvió, como si quisiera gastar un exceso de energía. Entonces añadió—: Tú eres una experta en estas cuestiones. ¿Le encuentras interesante?

—¿Sexualmente?

— Ya sabes a qué me refiero. No bromees, Selene.

Selene dijo, con evidente desgana:

— Es interesante, incluso perturbador. Pero no sé por qué. No ha dicho ni hecho nada en absoluto.

— Conque interesante y perturbador, ¿eh? En tal caso, tendrás que volver a verle.

—¿Para qué?

—¿Qué se yo? Ya lo averiguarás. Entérate de su nombre y de todo lo que puedas. Tienes algo de inteligencia: utilízala en algo práctico, para variar.

— Está bien — concluyó ella—; órdenes del alto mando. Obedeceré.

3

Por el tamaño, nadie hubiera podido distinguir la vivienda del Comisionado de entre las de los selenitas. En la Luna se carecía de espacio, incluso para los funcionarios terrestres; no podía desperdiciarse, ni siquiera como un símbolo de la madre patria. Tampoco, a decir verdad, había modo de cambiar el hecho abrumador de que la Luna carecía de la gravedad suficiente, incluso para el terrestre más eximio que jamás existiera.

— El hombre sigue siendo un animal de costumbres — suspiró Luis Montes—. Hace dos años que estoy en la Luna y a veces me siento tentado de quedarme, pero… me voy haciendo viejo. He pasado de los cuarenta, y si tengo que volver a la Tierra alguna vez, es mejor que sea ahora. Cuanto más tarde en hacerlo, más difícil será adaptarme a la gravedad normal.

Konrad Gottstein tenía sólo treinta y cuatro años, y parecía más joven. Su rostro era ancho, redondo y de facciones grandes, un rostro poco común entre los selenitas, el rostro que evocaban como caricatura de un terrícola. No era de complexión fuerte (se procuraba no enviar hombres corpulentos a la Luna) y su cabeza parecía demasiado grande para su cuerpo.

Dijo, hablando el idioma planetario con un acento muy distinto al de Montes

— Parece usted apesadumbrado.

— Lo estoy, lo estoy — asintió Montes. Mientras el rostro de Gottstein parecía intrínsecamente afable, las líneas largas y finas del de Montes tenían un aspecto de tragedia casi cómica—. Lo estoy en ambos sentidos. Siento abandonar la Luna, porque es un mundo atractivo, repleto de emociones. Y me avergüenza sentirlo; ser reacio a cargar con las responsabilidades de la Tierra, gravedad incluida.

— Sí, me imagino que será difícil volver a sentir las otras cinco sextas partes — convino Gottstein—. Hace sólo unos días que estoy en la Luna y ya empieza a gustarme una sexta parte. de gravedad.

— Cambiará de opinión cuando le acometa el estreñimiento y tenga que vivir de aceite mineral — suspiró Montes—, pero esto pasará… Y no crea que puede imitar a la gacela sólo porque se siente ligero. Es todo un arte.

— Así me lo han dado a entender.

— Pero sólo cree entenderlo, Gottstein. No ha visto el paso del canguro, ¿verdad?

— En la. televisión.

— Eso no le da una idea; hay que probarlo. Es el único modo de avanzar a gran velocidad sobre la superficie plana lunar. Los pies se

levantan juntos hacia atrás como si fuese a dar un gran salto en la Tierra. En el aire se mueven hacia delante; antes de que vuelvan a tocar el suelo ya se levantan de nuevo hacia atrás, y así sucesivamente. El movimiento parece lento comparado con los de la Tierra, con tan poca gravedad para empujarle a uno, pero cada salto representa unos siete metros y el esfuerzo muscular requerido para mantenerse en el aire (si hubiese aire) es mínimo. Se experimenta la sensación de volar…

—¿Usted lo ha intentado? ¿Lo sabe hacer?

— Ningún terrestre es capaz de hacerlo bien. Yo he llegado a dar cinco saltos seguidos, lo suficiente para experimentar la sensación, y querer continuar, pero entonces se produce el inevitable error de cálculo, una pérdida de sincronización, y uno va dando tumbos y deslizándose por más de medio kilómetro. Los selenitas son corteses y nunca se burlan. Por supuesto, para ellos es fácil. Empiezan cuando son niños y lo hacen como si tal cosa.

— Es su mundo — observó Gottstein, riendo—. Imagínese cómo se las compondrían en la Tierra.

— No podrían vivir en la Tierra. Supongo que en este aspecto les llevamos ventaja, pues podemos vivir en la Luna y en la. Tierra. Ellos, en cambio, sólo en la Luna. Solemos olvidar este hecho porque confundimos a los selenitas con los inmis.

—¿Quiénes son?

— Es como llaman aquí a los inmigrantes de la Tierra; los que viven en la Luna más o menos permanentemente, pero que nacieron y se educaron en la Tierra. Los inmigrantes, como es natural, pueden volver a la Tierra, pero los selenitas de nacimiento carecen de los huesos y de los músculos adecuados para soportar la gravedad de la Tierra. A este respecto sucedieron algunas tragedias en los comienzos de la historia lunar.

—¿Ah, sí?

— Sí, a la gente que volvió con sus hijos nacidos en la Luna. Nosotros lo olvidamos. Hemos tenido nuestra propia Crisis, y la muerte de unos cuantos niños no parece importante comparada con las matanzas de finales del siglo xx y con lo que sucedió a continuación. Pero aquí en la Luna se recuerda a cada uno de los selenitas muertos a causa de la gravedad de la Tierra… Creo que les. ayuda a sentirse en un mundo diferente.

Gottstein observó:

— Yo creía haber sido informado de todo en la Tierra, pero veo que aún me queda mucho por aprender.

— Es imposible saber todo lo concerniente a la Luna cuando se llega de la Tierra, de modo que le he dejado un informe completo, como hizo conmigo mi predecesor. La Luna le fascinará, pero también,

en algunos aspectos, le resultará deprimente. Dudo de que haya comido raciones lunares en la Tierra, y si sólo se fía de la descripción, no está preparado para la realidad… Pero tendrá que luchar hasta que le gusten. No es buena política importar artículos terrestres. Tenemos que comer y beber los productos locales.

— Usted lo ha estado haciendo durante dos años. Supongo que podré sobrevivir.

— No lo he hecho continuamente; disfrutamos de vacaciones periódicas en la Tierra. Son obligatorias, tanto si se desean como si no. Se lo habrán dicho, supongo.

— Sí —confirmó Gottstein.

— Además de los ejercicios que hará, tendrá que someterse ala gravedad normal de vez en cuando, sólo para que sus huesos y sus músculos no la olviden. Y cuando esté en la Tierra, podrá comer. Además, llega algo de contrabando muy de tarde

Gottstein dijo

— Examinaron muy bien mi equipaje, naturalmente, pero resultó que llevaba una lata de carne en el bolsillo de mi abrigo. Yo la había olvidado y ellos no la vieron.

Montes sonrió con lentitud y dijo, titubeando:

— Sospecho que está a punto de proponerme que la comamos a medias.

— No — replicó Gottstein, arrugando su nariz achatada—. Iba a decirle, con toda la trágica nobleza de que soy capaz: «¡Tómala, Montes, te la regalo! La necesitas más que yo».

Se le trabó un poco la lengua al decirlo, pues raramente se usaba la segunda persona del singular en la lengua Planetaria. Montes amplió su sonrisa, pero en seguida recobró la seriedad. Meneó la cabeza.

— No. Dentro de una semana tendré toda la comida terrestre que me apetezca, y usted no. Comerá poco durante los próximos años y malgastaría mucho tiempo arrepintiéndose de su presente generosidad. Quédesela… insisto en ello. Si la aceptara, llegaría usted a odiarme.

Con la mayor seriedad, puso una mano en el hombro de Gottstein y le miró a los ojos.

— Además añadió—, hay algo de lo cual quiero hablarle, y lo he estado demorando porque no sé cómo abordar el tema y esta lata de carne me sirve de excusa para acorralarle.

Gottstein guardó de inmediato la lata de carne terrestre. Le resultaba imposible adoptar la expresión seria de su interlocutor, pero su voz era grave y firme.

—¿Hay algo que no pudo incluir en sus informes, montes?

— Hay algo que intenté incluir, Gottstein, pero entre mi dificultad

en formularlo y la resistencia de la Tierra a captar mi intención terminamos por no comunicarnos. Es posible que usted logre algo más. Así lo espero. Una de las razones por las cuales no he pedido ser reelegido en mi puesto es que ya no puedo cargar con la responsabilidad de fracasar en mi intento.

— Al parecer, se trata de un asunto grave.

— Más de lo que usted cree. Y sin embargo, no sé cómo planteárselo. Hay sólo unas diez mil personas en la colonia lunar. Los nativos no llegan ni a la mitad de esta cifra. Están afectados por una insuficiencia de recursos, una insuficiencia de espacio, en un mundo hostil, y sin embargo, sin embargo…

—¿Qué…? —le animó Gottstein.

— Hay algo latente aquí…, no sé exactamente qué…, que puede ser peligroso.

—¿Cómo puede ser peligroso? ¿Qué pueden hacer? ¿Declarar la guerra a la Tierra? — el rostro de Gottsein pareció a punto de esbozar una sonrisa.

— No, no, se trata de algo más sutil. — Montes se pasó la mano por la cara y se restregó los ojos—. Voy a ser franco con usted. La Tierra ha perdido el valor.

—¿Qué significa eso?

— Bueno, ¿cómo podríamos calificarlo? Casi al mismo tiempo en que se establecía la colonia lunar, la Tierra atravesaba la Gran Crisis. No creo necesario hablarle de ella.

— No, en efecto — asintió Gottstein con desazón.

— La población es ahora de dos billones, mientras que entonces llegaba a seis billones.

— Una gran ventaja para la Tierra, ¿no cree?

—¡Oh! sin duda, aunque preferiría que el descenso se hubiera efectuado por otros medios… Pero la secuela ha sido una permanente desconfianza en la tecnología, una vasta inercia, una ausencia del deseo de progresar por miedo a las posibles consecuencias. Han sido abandonados grandes y quizá peligrosos esfuerzos porque era más fuerte el temor al peligro que el deseo de grandeza.

— Supongo que se está refiriendo al programa de mutación genética.

— Es el caso más espectacular, por supuesto, pero no el único — dijo Montes con amargura.

— Francamente, no consigo lamentar el abandono de la mutación genética. Era una serie de fracasos.

— Perdimos la oportunidad de llegar al intuicionismo.

— Nunca ha sido demostrado que el intuicionismo sea deseable, y hay muchas cosas que indican lo contrario… Además, ¿qué me dice de la propia colonia lunar? No demuestra, por cierto, un estancamiento

de la Tierra.

— Se equivoca — replicó Montes, acalorado—. La colonia lunar es un vestigio, la última reliquia del período anterior a la Crisis; algo que fue realizado como un último y triste esfuerzo de la humanidad antes del gran retroceso.

— Esto es demasiado dramático, Montes.

— Yo no lo creo así. La Tierra ha retrocedido. La humanidad ha retrocedido en todas partes menos en la Luna. La colonia lunar es la frontera del hombre, no sólo física sino también psicológica. Este es un mundo sin una trama de vida que romper, sin un ambiente complejo cuyo delicado equilibrio pueda ser quebrantado.. Todo lo que en la Luna es útil para el hombre está hecho por el hombre. La Luna es un mundo construido por él desde la misma base. No existe un pasado.

— Bien, ¿y qué?

— En la Tierra, nos desarma una nostalgia por un pasado bucólico que nunca existió realmente y que de haber existido, nunca podría volver a existir. En algunos aspectos, gran parte de la ecología fue destruida durante la Crisis, y nos conformamos con los restos y sentimos miedo, mucho miedo… En la Luna, no hay pasado con el cual soñar. No hay otra dirección que no sea hacia delante.

Montes parecía animarse a medida que hablaba.

— Gottstein, yo lo he contemplando durante dos años; usted hará lo propio, por lo menos, durante ese tiempo. Hay un fuego aquí en la Luna, un fuego incesante. Se extiende en todas direcciones. Se extiende físicamente. Todos los meses se taladran nuevos corredores, se inauguran nuevas viviendas, se prepara alojamiento para una nueva población. La extensión también afecta los recursos. Se encuentran nuevos materiales de construcción, nuevos manantiales de agua, nuevas vetas de minerales especiales. Se amplían las estaciones de energía solar, las fábricas de electrónica… Supongo que sabe que los diez mil habitantes de la Luna son, en la actualidad, la principal fuente de suministro de aparatos minielectrónicos y de sustancias bioquímicas de la Tierra.

— Sé que constituyen una fuente importante.

— La Tierra lo desvirtúa por conveniencia. La Luna es la fuente principal. Al ritmo actual puede convertirse dentro de poco en la única fuente… También está creciendo intelectualmente, Gottstein; me imagino que no hay en la Tierra ni un solo futuro científico que no sueñe (con mayor o menor vaguedad) con venir algún día a la Luna. Al renunciar la Tierra a desarrollar la tecnología, la Luna se convierte en su campo de acción.

—¿Se refiere usted al protón sincrotón?

— Es un ejemplo. ¿Cuándo sé construyó en la Tierra el último

sincrotón? Pero se trata sólo de lo más grande y espectacular, pero no del único ni siquiera del más importante invento. Si quiere conocer el adelanto científico más importante de la Luna…

—¿Algo tan secreto que aún no se me ha dicho?

— No, algo tan evidente que nadie parece observarlo. Se trata de los diez mil cerebros que hay aquí. Los mejores diez mil cerebros que existen. El único núcleo de diez mil cerebros, orientados todos ellos, por principio y por inclinación, hacia la ciencia.

Gottstein se movió, inquieto, y trató de cambiar la posición de su silla. Estaba clavada al suelo y no podía ser movida, y al intentarlo, Gottstein estuvo a punto de caerse. Montes alargó un brazo para sostenerle.

Gottstein enrojeció.

— Lo siento.

— Ya se acostumbrará a la gravedad.

Gottstein preguntó:

— Pero, ¿no estará presentándomelo peor de lo que es? La Tierra no es un planeta de ignorantes. Construimos la Bomba de Electrones; fue una realización puramente terrestre. Los selenitas no intervinieron para nada.

Montes movió la cabeza y murmuró unas palabras en su español nativo. No sonaron muy plácidas. Preguntó a su vez:

—¿Conoce usted a Frederick Hallam?

Gottstein sonrió.

— Pues, sí, en efecto. El Padre de la Bomba de Electrones. Creo que lleva la frase tatuada en el pecho.

— El mero hecho de que usted sonría y haga esta observación ya ilustra mi punto de vista. Interróguese a sí mismo: ¿Puede un hombre como Hallam haber inventado la Bomba de Electrones? Para las masas, el cuento puede servir, pero la realidad es (y usted ha de saberlo si se detiene a reflexionar) que nadie ha inventado la Bomba de Electrones. Los paraseres, los seres del parauniverso, quienquiera que sean la inventaron. Hallam fue su instrumento accidental. Todo en la Tierra es su instrumento accidental.

— Fuimos lo bastante inteligentes para aprovecharnos de su iniciativa.

— Sí, como las vacas son lo bastante inteligentes para comerse el heno que les ponemos delante. La Bomba no significa que el hombre vaya hacia delante. Todo lo contrario.

— Si la Bomba es un paso hacia atrás, entonces voto por los retrógrados. No me gustaría prescindir de ella.

—¿Y a quién sí? Pero la cuestión es que encaja de modo perfecto con el actual estado de ánimo de la Tierra. Energía infinita, virtualmente gratis, a excepción de su mantenimiento, y sin

contaminación. Pero en la Luna no hay Bombas de Electrones.

— Supongo que no son necesarias — dijo Gottstein—. Las baterías solares satisfacen las exigencias de los selenitas. Energía infinita, virtualmente gratis, a excepción de su mantenimiento, y sin contaminación… ¿No es ésta la letanía?

— Sí, pero las baterías solares son obra de los hombres. Esta es la cuestión a que me refiero. Se proyectó una Bomba de Electrones para la Luna, se intentó su instalación.

— Y no funcionó. Los paraseres no aceptaron el tungsteno. No sucedió nada.

— Yo ignoraba esto. ¿Por qué no?

Montes enderezó los hombros y enarcó expresivamente las cejas.

—¿Cómo saberlo? Podríamos suponer, por ejemplo, que los paraseres habitan un mundo que carece de satélite; que no conciben mundos separados, muy cercanos el uno al otro, ambos habitados; que cuando encontraron uno, ya no buscaron otro. ¿Quién sabe? La cuestión es que los paraseres no picaron el anzuelo, y nosotros, sin ellos, no podíamos hacer nada.

— Nosotros — repitió Gottstein, pensativo—. ¿Se refiere usted a los terrestres?

— Sí.

—¿Y los selenitas?

— No se inmiscuyeron.

—¿Estaban interesados?

— Lo ignoro. Este punto es precisamente el que me inquieta y me atemoriza. Los selenitas (los nativos, en partículas) no se sienten terrestres. Desconozco sus planes o sus intenciones. No logro averiguarlos.

Gottstein parecía intrigado.

— Pero, ¿qué pueden hacer? ¿Tiene usted motivos para suponer que intentan perjudicarnos, o que pueden perjudicarnos si se lo proponen?

— No sé contestar a esta pregunta. Es gente inteligente y atractiva. Me da la impresión de que son incapaces de sentir verdadero odio, furor o miedo. Pero quizá sea sólo una apreciación mía. Lo que más me preocupa es que no lo sé.

— Tengo entendido que el equipo científico de la Luna está dirigido por la Tierra.

— Es cierto. El protón sincrotón, el radiotelescopio del lado transterrestre el telescopio óptico de trescientas pulgadas… Es decir, todo el equipo importante, que ya lleva cincuenta años de funcionamiento.

—¿Y qué se ha hecho desde entonces?

— Por parte de los terrestres, muy poco.

—¿Y qué hay de los selenitas?

— No estoy seguro. Sus científicos trabajan en las grandes instalaciones, pero una vez quise comprobar las tarjetas de asistencia. Existen huecos.

—¿Huecos?

— Pasan un tiempo considerable fuera de las grandes instalaciones. Como si tuvieran laboratorios propios.

— Bueno, si fabrican aparatos minielectrónicos y productos bioquímicos ¿no es eso de esperar?

— Sí, pero… no lo sé, Gottstein. Mi ignorancia me da miedo.

Se produjo una pausa relativamente prolongada. Gottstein preguntó al fin:

— Montes, ¿me está diciendo todo esto para que sea precavido y para que intente descubrir qué están haciendo los selenitas?

— Supongo que sí —murmuró Montes con desaliento.

— Sin embargo, usted ni siquiera sabe con certeza si están haciendo algo.

— Lo presiento.

— Es extraño — dijo Gottsein—. Lo lógico sería que ahora yo intentase rebatir este inquietante misticismo suyo, pero, es extraño…

—¿De qué habla?

— La misma nave que me ha traído a la Luna ha traído a alguien más. Quiero decir, ha venido mucha gente, pero una cara en particular me ha recordado a alguien. No he hablado con él (no he tenido ocasión), y no le he dado importancia. Pero ahora, nuestra conversación me sugiere, me recuerda de repente…

—¿Qué?

— Un día formé parte de un comité que debatía cuestiones referentes a la Bomba de Electrones.

Cuestiones de seguridad — sonrió brevemente—. Según usted, la Tierra ha perdido el valor. Nos preocupa mucho la seguridad, y, maldita sea, con valor o sin él, creo que hacemos bien. Los detalles se me escapan, pero, en relación con aquella reunión, veo la misma cara que he visto en la nave. Estoy convencido de ello.

—¿Opina usted que puede tener alguna importancia?

— No estoy seguro. Pero asocio aquella cara con algo inquietante. A medida que lo vaya pensando, es posible que recuerde algo. En cualquier caso, será mejor que consiga una lista de los pasajeros y vea si algún nombre me sugiere algo concreto. Lo siento, Montes, pero creo que me ha puesto usted en guardia.

— No lo sienta — dijo Montes—. Yo lo celebro. Respecto a este hombre: puede ser sólo un turista insignificante que se vaya dentro de dos semanas, pero me alegra que se ocupe usted de este asunto…

Gottstein no pareció haberle oído.

— Es un físico, sin duda alguna un científico — murmuró—. Estoy seguro de ello y le asocio con un determinado peligro…

4

—¡Hola! — saludó Selene alegremente.

El terrestre se volvió y la reconoció casi en seguida.

—¡Selene! ¿Acierto? ¿Es usted Selene?

—¡Acierta! Y lo ha pronunciado bien. ¿Se divierte?

El terrestre asintió con seriedad.

— Mucho. Me estoy dando cuenta de que el nuestro es un siglo único. Hace poco tiempo que estaba en la Tierra, hastiado de mi mundo, hastiado de mí mismo. Entonces pensé: «Si esto me hubiese sucedido hace cien años, el único modo de abandonar este mundo hubiera sido muriéndome, pero ahora…, ahora puedo ir ala Luna» — sonrió, pero sin auténtica alegría.

—¿Es más feliz ahora que está en la Luna? — inquirió Selene.

— Un poco más. — Miró en torno suyo—. ¿No tiene un enjambre de turistas a quienes cuidar?

— Hoy no — repuso ella con animación—. Es mi día libre. Incluso es posible que me tome dos o tres. Este trabajo es muy aburrido.

— Entonces, vaya fastidio, tropezar con un turista en su día libre.

— No he tropezado con usted, he venido en su busca. Y me ha costado mucho. No debería vagar por ahí solo.

El terrestre la miró con interés.

—¿Por qué ha de buscarme? ¿Le gustan los terrestres?

— No — contestó ella con espontánea franqueza—, estoy harta de ellos. Los detesto por principio, y estar constantemente en su compañía a causa de mi trabajo no hace más que empeorar las cosas.

— Y no obstante, viene en mi busca, y por nada del mundo (de la Luna, mejor dicho) voy a creer que me considera joven y guapo.

— Aunque lo fuera, no servirla de nada. Los terrestres no me interesan; y esto todos, menos Barron, lo saben muy bien.

— Entonces, ¿por qué me ha buscado?

— Porque hay otras clases de interés y porque Barron está interesado.

—¿Y quién es Barron? ¿Su amiguito?

Selene se echó a reír.

— Barron Neville. Es mucho más que un adolescente y mucho más que un amigo. Hacemos el amor cuando nos apetece.

— A eso me refería. ¿Tiene usted hijos?

— Un niño de diez años, que pasa la mayor parte del tiempo en el área reservada a los chicos. Para ahorrarle la siguiente pregunta, le diré que no es de Barron. Puede que tenga un hijo de Barron si todavía seguimos juntos cuando me asignen otro niño, si me lo asignan…, de

lo cual estoy casi segura.

— Es usted muy franca.

—¿Con las cosas que no consideró secretas? Naturalmente… Ahora, ¿qué le gustaría hacer?

Habían estado caminando por un corredor de rocas de un blanco inmaculado, cuya superficie esmaltada estaba salpicada de oscuras muestras de «joyas lunares, muy abundantes por doquier en la superficie de la Luna. Selene parecía tocar apenas el suelo con sus sandalias; él llevaba botas de suela gruesa que contribuían con su peso a que caminar no le resultase una tortura.

El corredor era de una sola dirección. De vez en cuando pasaba por su lado algún pequeño coche eléctrico, absolutamente silencioso.

El terrestre preguntó

—¿Qué le gustaría hacer ahora? Es una invitación muy atractiva. ¿Desea ponerme algunas condiciones de conjunción para que no la ofenda con mis preguntas inocentes?

—¿Es usted físico?

El terrestre vaciló.

—¿Por qué me lo pregunta?

— Para saber qué diría. Sé que lo es.

—¿Cómo?

— Nadie dice «condiciones de conjunción» si no es físico. Especialmente, si lo primero que quiere ver de la Luna es el protón sincrotón.

—¿Es por eso que ha venido a buscarme? ¿Porque supone que soy físico?

— Tal es el motivo de que Barron me enviase a buscarle. Porque él es físico. Yo he venido porque opino que usted es un terrestre muy poco vulgar.

—¿En qué sentido?

— En ninguno excesivamente halagador…, si lo que quiere son cumplidos. Es sólo porque me da la impresión de que no simpatiza con los terrestres.

—¿Cómo ha podido adivinarlo?

— Observé el modo en que miraba a los demás miembros del grupo. Aparte de que yo siempre adivino estas cosas. Los terrícolas que no simpatizan con los terrícolas son los que vienen a la Luna para quedarse. Lo cual me obliga a repetir la pregunta: ¿qué le gustaría hacer? Y le pondré las condiciones de conjunción, que se refiere a los lugares que visitaremos.

El terrestre fijó su mirada en ella.

— Es muy extraño Selene. Es su día libre. Tiene un trabajo tan monótono que se alegra de poder dejarlo y desea prolongar su libertad dos o tres días más. Y pese a ello, se ofrece para seguir haciendo el

mismo trabajo…, sólo por un poquito de interés.

— El interés es de Barron. Ahora está ocupado, y yo puedo sustituirle hasta que termine… Además, es diferente. ¿No lo comprende? En mi trabajo he de arrastrar a dos docenas de terrícolas… ¿Le molesta que rase esta palabra?

— Yo n ¡sino la uso.

— Porque usted es de la Tierra. Hay terrestres que la consideran ofensiva y les molesta que la use un selenita.

—¿Un lunático?

Selene se ruborizó.

— Sí. A eso me refería.

— Pues no dejemos que las palabras nos ofendan. Siga, me estaba hablando de su trabajo.

— En mi trabajo he de evitar que se maten los terrícolas que están a mi cuidado, y he de llevarlos de un lado para otro, y hacer discursos, y procurar que coman y beban y se lo pasen bien. Contemplan sus vistas preferidas, se divierten, y yo tengo que ser Terriblemente cortés y maternal.

— Espantoso — comentó el terrestre.

— Pero usted y yo podemos hacer lo que nos plazca, o por lo menos así lo espero, y usted está dispuesto a correr sus riesgos y yo tengo que elegir mis frases.

— Ya le he dicho que me puede llamar terrícola con impunidad.

— Muy bien. Y yo trabajaré en mi día libre. ¿Qué le gustaría hacer?

— Es fácil de contestar: ver el protón sincrotón.

— Eso no. Tal vez Barron pueda arreglarlo desde haber hablado con usted.

— Bueno, si no puedo ver el sincrotón, no sé qué otra cosa hay para ver. Sé que el radiotelescopio está en la otra cara y no creo que me ofrezca ninguna novedad… Sugiéramelo usted. ¿Qué es lo que lo que ve un turista vulgar?

— Muchas cosas. Están las salas de algas…, no las instalaciones antisépticas, que ya habrá visto usted,¡no las granjas. Sin embargo, el olor es algo fuerte en ellas y no creo que un terrícola (un terrestre) lo encuentre muy apetitoso. Ya tienen bastante trabajo con ingerir la comida.

—¿Le sorprende? ¿Ha probado alguna vez comida terrestre?

— No. Pero es probable que no me gustase. Todo e s cuestión de costumbre.

— En efecto — suspiró el terrestre—. Si usted comiera un auténtico bistec, lo encontraría grasiento y fibroso.

— Podríamos ir a las afueras, donde se perforan los nuevos corredores en las rocas, pero usted necesitaría un traje protector

especial… También están las fábricas.

— Elija usted, Selene.

— Lo haré, pero antes dígame algo, y que sea la verdad.

— No puedo prometerle nada sin saber de qué se trata.

— He dicho que los terrícolas que no simpatizan con los terrícolas suelen quedarse en la Luna. ¿Tiene usted el propósito de quedarse aquí?

El terrestre miró la punta de sus gruesas botas. Dijo:

— Selene, me ha costado mucho conseguir un visado para la Luna. Me dijeron que era demasiado viejo para venir y que si me quedaba durante algún tiempo, podía resultarme imposible volver a la Tierra. A lo cual yo respondí que mi plan era quedarme definitivamente en la Luna.

—¿No está mintiendo?

— Entonces no lo sabía seguro, pero ahora creo que me quedaré.

— Yo hubiera dicho que en estas circunstancias aún estarían menos dispuestos a dejarle marchar.

—¿Por qué?

— En general, a las autoridades terrestres no les gusta mandar a los físicos a la Luna con carácter permanente.

El terrestre apretó los labios.

— No tuve ningún problema a este respecto.

— Pues bien, si va a ser uno de los nuestros, creo que debería visitar el gimnasio. Los terrícolas casi siempre desean visitarlo, pero por regla general les disuadimos de ello, aunque no esté expresamente prohibido. Pero con los inmigrantes es distinto.

—¿Por qué?

— Bueno, por un lado, porque hacemos gimnasia desnudos, o casi desnudos. ¿Por qué no? — parecía agresiva, como cansada de tener que defenderse siempre—. La temperatura está controlada y el aire es limpio. Pero en presencia de los terrestres, la desnudez nos cohíbe. Algunos se escandalizan, otros se excitan, o ambas cosas a la vez. No vamos a vestirnos en el gimnasio sólo por su causa, ni tampoco queremos soportar sus miradas, así que no les dejamos entrar.

—¿Y en el caso de los inmigrantes?

— Ellos tienen que habituarse. Al final también optan por desnudarse. Y necesitan el gimnasio más que los selenitas nativos.

— Seré franco con usted, Selene. Frente a la desnudez femenina, yo también me excitaré. No soy lo suficientemente viejo para no inmutarme.

— Bueno, pues excítese — dijo ella con indiferencia—, pero para sus adentros. ¿De acuerdo?

—¿Tendremos que desnudarnos también nosotros? — la miró con divertido interés.

—¿Como espectadores? No. Podríamos hacerlo, pero no es necesario. Así, tan de pronto, usted se sentiría incómodo y no seria un espectáculo precisamente atractivo para nosotros…

—¡Caramba con su franqueza!

—¿Cree usted que lo seria? Diga la verdad. En cuanto a mí, no deseo contribuir a que aumente su capacitación. Por lo tanto, será mejor que sigamos vestidos.

—¿No habrá ninguna objeción? Me refiero a mi presencia como terrícola de aspecto poco atractivo.

— No, si yo estoy con usted.

— De acuerdo, entonces, Selene. ¿Está lejos?

— Ya estamos. Detrás de esa puerta.

—¡Ah! así resulta que desde el principio, usted.:.. ría la intención de traerme aquí.

— Pensé que seria interesante.

—¿Por qué?

Selene sonrió de repente.

— Una ocurrencia.

El terrestre meneó la cabeza.

— Estoy empezando a creer que usted nunca tiene ocurrencias. Déjeme adivinar. Si voy a quedarme en la Luna, necesitaré hacer ejercicio dé vez en cuando para mantener los músculos, los huesos y tal vez todos mis órganos en buenas condiciones.

— Exacto. Todos lo necesitamos, pero de modo especial, los inmigrantes de la Tierra. Llegará un día en que la gimnasia será un deber cotidiano para usted.

Cruzaron el umbral y el terrestre se quedó mirando de hito en hito.

— Este es el primer lugar que me recuerda a la Tierra.

—¿En qué sentido?

— Porque es grande. No imaginé que tuvieran habitaciones tan grandes en la Luna. Mesas, mobiliario de oficina, secretarias…

— Secretarias con los pechos desnudos — agregó Selene gravemente.

— Admito que este detalle no es nada terrestre.

— También tenemos un tubo de asas y un ascensor para los terrícolas. Hay muchas plantas… Espere aquí.

Se acercó a una mujer que estaba sentada ante una de las mesas más próximas, y le habló en voz baja y rápida mientras el terrestre lo contemplaba todo con sonriente curiosidad. Selene volvió.

— No hay problemas. Y por casualidad, vamos a ver una mélée, y bastante buena: conozco los equipos.

— Este lugar es realmente impresionante.

— Si se refiere al tamaño, aún tendría que ser mayor. Tenemos

tres gimnasios. Este es el más grande.

— Me satisface ver que en las espartanas condiciones de la Luna, puedan permitirse el lujo de desperdiciar tanto espacio en frivolidades.

—¡Frivolidades! — Selene parecía ofendida—. ¿Qué le hace pensar que son frivolidades?

— Una mélée. ¿Qué clase de juego es?

— Podría llamarse un juego. En la Tierra lo practican como deporte: diez hombres juegan y diez mil los contemplan. No así en la Luna: lo que es frívolo para ustedes para nosotros es necesario… Por aquí; tomaremos el ascensor, lo cual tal vez signifique una corta espera.

— No he querido hacerla enfadar.

— No estoy enfadada, pero ha de ser razonable. Ustedes, los terrestres, han vivido adaptados a la gravedad de la Tierra durante los trescientos millones de años transcurridos desde que la vida pasó a tierra firme. Pueden prescindir del ejercicio. Nosotros no hemos tenido tiempo de adaptarnos a la gravedad de la Luna.

— Por su aspecto, yo diría lo contrario.

— Cuando se nace y se crece bajo la gravedad lunar, los huesos y los músculos son, como es natural, más finos y menos macizos que los de un terrícola, pero esto es superficial. No poseemos ni una sola función corporal, por sutil que sea: digestión, secreciones hormonales, que no esté mal ajustada a la gravedad y que no requiera un determinado régimen de ejercicio. Si hacemos que este ejercicio sea en forma de diversión y de juegos, no por ello podemos llamarlo frivolidades… Aquí está el ascensor.

El terrestre retrocedió con momentánea alarma, pero Selene dijo, con impaciencia residual, como si no sintiera la necesidad de explicarlo:

— Supongo que me dirá que parece una cesta de mimbre. Todos los terrestres que lo usan lo dicen. Con la gravedad lunar, no es necesario que sea más sólido.

El ascensor bajó lentamente. Eran los dos únicos ocupantes. El terrestre observó

— Sospecho que no se utiliza mucho.

Selene volvió a sonreír:

— Acierta. El tubo de asas es mucho más popular y mucho más divertido.

—¿Qué es?

— Exactamente lo que el nombre implica… Ya hemos llegado. Sólo hemos bajado dos plantas… Es sólo un tubo vertical, con asas para agarrarse, que tira hacia abajo. No aconsejamos su uso a los terrícolas

—¿Demasiado peligroso?

— No por sí solo. Se puede ir bajando por él como si fuera una escalera. Sin embargo, siempre hay adolescentes que bajan a velocidad considerable, y los terrícolas no saben cómo apartarse. Los choques son siempre desagradables. Pero con el tiempo aprenderá a usarlo… De hecho, lo que ahora va a ver es pina especie de tubo grande diseñado para arriesgarse.

Le condujo hasta una baranda circular en torno a la cual hablaba un grupo de personas. Todos iban más o menos desnudos. Abundaban las sandalias, así como una bolsa suspendida de un hombro. Algunos llevaban taparrabos. Uno de ellos estaba comiendo una pasta verdosa directamente de la lata. El terrestre arrugó un poco la nariz al pasar junto a él. Comentó

— El problema dental debe ser grave en la Luna.

— Sí —convino Selene—. Si algún día nos lo permiten, lograremos una mandíbula desdentada.

—¿Ningún diente?

— Tal vez algunos. Quizá conservemos los incisivos y los caninos por razones de estética y para algún uso práctico. Además, son fáciles de limpiar. Pero, ¿para qué queremos inútiles muelas? Son sólo una reliquia del pasado terrícola.

—¿Están haciendo progresos en esa dirección?

— No — repuso ella con aspereza—. La mutación genética es ilegal. La Tierra insiste en ello.

Se apoyó en la baranda.

— A esto lo llaman el terreno de juego de la Luna.

El terrestre miró hacia abajo. Era una gran abertura cilíndrica de paredes lisas y rosadas, con barras de metal dispuestas de un modo que se antojaba casual. A intervalos surgía una barra del cilindro v algunas alcanzaban la pared opuesta. Tendría unos ciento cincuenta metros de profundidad por quince de anchura.

Nadie parecía dedicar una atención especial al terreno de juego ni al terrestre. Algunos le habían mirado con indiferencia al verle pasar, advirtiendo que iba vestido y observando la disparidad de sus rasgos, pero en seguida desviaron la mirada. Unos cuantos saludaron con la mano a Selene antes de volverse, pero todos se volvieron. La actitud de indiferencia, por casual que fuese, no podía resultar más evidente.

El terrestre contempló la abertura cilíndrica. Al fondo se veían unas figuras esbeltas, achatadas al ser vistas desde arriba. Algunas lucían una franja de tela roja, otras azul. «Dos equipos», pensó. Era obvio que las franjas cumplían una función protectora, pues todos llevaban guantes y sandalias, y bandas protectoras en los codos y en las rodillas. Algunos también las llevaban en las caderas o alrededor del. pecho.

—¡Oh! — murmuró—. Hay hombres y mujeres.

Selene dijo:

— En efecto. Los sexos compiten en igualdad de condiciones, pero se trata de evitar el movimiento incontrolado de partes que podrían obstaculizar la caída dirigida. En esto hay una diferencia sexual que también implica la vulnerabilidad al dolor. No es modestia.

— Creo que he leído algo sobre este juego — observó el terrestre.

— Es posible — dijo Selene con tono indiferente—, aunque no se publica gran cosa. No es que nosotros nos opongamos; es el gobierno de la Tierra, que prefiere dar el mínimo de publicidad a la Luna.

—¿Por qué, Selene?

— Usted es un terrestre, y lo ha de saber… Nosotros tenemos la teoría de que la Luna resulta incómoda para la Tierra, o al menos para su gobierno.

Ahora, por ambos lados del cilindro, dos personas ascendían rápidamente y, a lo lejos, sonaba un ligero redoble de tambores. Al principio, parecían que subían por una escalera, peldaño tras peldaño, pero su rapidez iba en aumento, y cuando llegaron a medio camino, sólo tocaban las barras al pasar, haciendo un ostentoso ruido de palmadas.

— En la Tierra no se podría hacer con tanta agilidad — dijo el terrestre con admiración—. Mejor dicho, sería imposible — rectificó.

— No es sólo la escasez de gravedad — observó Selene—. Inténtelo, si quiere comprobarlo. Requiere infinitas horas de práctica.

Los jugadores alcanzaron la baranda y saltaron, de modo que quedaron boca abajo. Realizaron una voltereta simultánea y empezaron a bajar.

— Pueden moverse con rapidez cuando quieren — comentó el terrestre.

— Sí… —ratificó Selene bajo los aplausos—. Creo que cuando los terrestres (me refiero a los verdaderos terrestres, a los que nunca han visitado la Luna) piensan en un paseo por la Luna, sólo ven la superficie y los trajes espaciales. Así se avanza con lentitud, naturalmente. La masa, junto con el traje espacial, es enorme, lo cual significa mucha inercia y poca gravedad para vencerla.

— Exacto — convino el terrestre—. He visto las clásicas películas de los primeros astronautas, que todos los niños ven en la escuela, y los movimientos parecen realizarse bajo el agua. La imagen se nos queda grabada, incluso después de enterarnos mejor.

— Le sorprendería ver la rapidez con que nos movemos actualmente por la superficie, pese a los trajes espaciales — dijo Selene—. Y aquí, bajo tierra, sin trajes, nos movemos con la misma rapidez que en la superficie terrestre. La falta de gravedad queda compensada por el uso apropiado de los músculos.

— Pero también saben moverse despacio. — El terrestre estaba contemplando a los acróbatas. Habían subido velozmente y ahora bajaban con lentitud deliberada. Flotaban, tocando las asas para demorar la caída, mientras que antes lo habían hecho para acelerar el ascenso. Llegaron al suelo y otros dos les reemplazaron, y después dos más, y todavía otros dos; alternándose las parejas de ambos equipos en la dura competición de habilidad.

Cada pareja subía al unísono. Cada pareja ascendía y caía de un modo cada vez más complicado. Una de ellas se soltó simultáneamente para cruzar el tubo con una baja parábola, el lado convexo hacia arriba, y al alcanzar el. asa que el otro había abandonado, después de pasar muy juntos por el aire, sin llegar a rozarse. Esto mereció una gran ovación.

El terrestre dijo:

— Creo que me falta experiencia para apreciar cuáles son los movimientos más hábiles. ¿Son todos selenitas nativos?

— Tienen que serlo — repuso Selene—. El gimnasio está abierto a todos los ciudadanos de la Luna, y algunos inmigrantes lo hacen bastante bien. Sin embargo, para esta clase de virtuosismo es necesario haber nacido aquí. Sólo entonces se posee la adecuada adaptación física, mayor que la de los terrestres nativos, además de la preparación que reciben en la infancia. La mayoría de estos acróbatas no han cumplido dieciocho años.

— Me imagino que será peligroso, incluso con la gravedad lunar.

— No es raro que se rompan algún hueso. No creo que haya ocurrido nunca un accidente fatal, pero sí hubo un caso de columna vertebral rota y la consiguiente parálisis. Fue un accidente terrible; yo me contaba entre los espectadores… ¡Oh! espere; ahora empiezan los saltos libres.

—¿Cómo?

— Hasta ahora han sido ejercicios establecidos. Los ascensos seguían una pauta determinada.

El sonido del tambor bajó de tono cuando un gimnasta subió y de pronto se lanzó al vado. Se agarró con una sola mano a una barra transversal, describió un círculo con el cuerpo y la soltó.

El terrestre lo contempló con atención. Comentó:

— Asombroso. Sube por estas barras exactamente como un gibón.

—¿Un qué? —preguntó Selene.

— Un gibón. Una especie de mono; de hecho, el único simio que aún existe en estado salvaje. Ellos… — advirtió la expresión de Selene y añadió—: No lo he dicho como un insulto, Selene; son animales muy ágiles.

Selene murmuró, con el ceño fruncido:

— He visto fotografías de monos.

— Es probable que no haya visto gibones en acción… Yo diría que si los terrícolas llamasen «gibones» a los selenitas en sentido insultante, tendría más o menos el significado que ustedes le dan a «terrícola». Pero yo no lo he dicho en este sentido.

Se apoyó con ambos codos en la baranda y contempló los ejercicios. Era como ver bailar en el aire. Preguntó:

—¿Cómo tratan en la Luna a los inmigrantes de la Tierra, Selene? Me refiero a los inmigrantes que piensan quedarse toda la vida. Puesto que carecen de las habilidades auténticamente selenitas…

— Esto no importa. Los inmis son ciudadanos. No hay discriminación, ninguna discriminación legal.

—¿Qué significa eso de ninguna discriminación legal?

— Usted mismo acaba de decirlo. Hay cosas que no pueden hacer. Existen diferencias. Sus problemas médicos son diferentes y, en general, su historial clínico es peor. Si vienen a la edad madura, parecen… viejos.

El terrestre desvió la vista con embarazo.

—¿Se celebrar matrimonios mixtos? Quiero decir, entre inmigrantes y selenitas.

— Claro. Es decir, pueden tener hijos.

— A eso me refería.

— Pues, sí. No hay razón para pensar que un inmigrante no pueda tener genes interesantes. Sin ir más lejos, mi padre era un inmigrante, aunque yo sea selenita de la segunda generación por el lado materno.

— Supongo que su padre debió venir cuando era muy… ¡Oh, Dios mío! — Se quedó aferrado a la baranda y después suspiró profundamente—. Pensé que iba a fallar aquella barra.

— Imposible — dijo Selene—: es Marco Fore. Le entusiasma hacer esto, no cogerse hasta el último momento. En realidad, hacerlo no es correcto ni propio de un verdadero campeón. — Sin embargo… Mi padre tenía veintidós años cuando llegó.

— Me imagino que esto es lo mejor, venir muy joven, cuando uno se adapta con facilidad y no se dejan complicaciones emocionales en la Tierra. Desde el punto de vista de un galán terrícola, creo que debe ser muy atractivo tener relaciones sexuales con una…

—¡Relaciones sexuales! — la burla de Selene parecía ocultar un auténtico terror—. No supondrá que mi padre tuvo tratos sexuales con mi madre, ¿verdad? Si mi madre le oyera a usted decir esto, le sacaría de dudas y sin pelos en la lengua.

— Pero…

—¡Inseminación artificial, hombre! ¿Sexo con un terrestre?

El terrestre adoptó una expresión solemne.

— Creí haberle oído decir que no existía la discriminación.

— Esto no es discriminación. Es una realidad física. Un terrestre

no se desenvuelve bien en esta gravedad. Por mucha práctica que tuviese, la fuerza de la pasión se la haría olvidar. Yo no me arriesgaría a intentarlo. El idiota podría romperse un braco o una pierna… o lo que es peor, los míos. La mezcla de genes es una cosa, el sexo es otra.

— Lo siento… ¿No está fuera de la ley la inseminación artificial?

Ella contemplaba los ejercicios gimnásticos con extrema atención.

— Ahí va otra vez Marco Fore. Cuando no trata de ser inútilmente espectacular, es magnífico; y su hermana casi le iguala. Verles trabajar a los dos juntos es como ver un poema en movimiento. Mírelos ahora. Se encontrarán y darán vueltas a la misma barra como si fueran un solo cuerpo. A veces, él es demasiado aficionado a los alardes, pero su control muscular es perfecto… Sí, la inseminación artificial está fuera de la ley terrestre, pero se permite cuando existen razones de tipo médico, y, aquí, éste es casi siempre el caso.

Ahora, todos los acróbatas habían subido y formaban un gran círculo alrededor de la baranda; todos los rojos en un lado y los azules en el otro. Los espectadores mantenían los brazos en alto, aplaudiendo jubilosamente, amontonados en torno a la baranda.

— Tendrían que tener gradas con asientos para todos — sugirió el terrestre.

— Ni hablar. Esto no es un espectáculo sino un ejercicio gimnástico. No se permite la entrada a más espectadores de los que caben con comodidad alrededor de la baranda. Lo importante es participar, no mirar.

—¿Quiere decir que usted es capaz de hacer eso, Selene?

— A mi modo, claro. Todos los selenitas lo hacemos. Yo no lo hago tan bien como ellos; no pertenezco a ningún equipo. Ahora va a empezar la mélée. Esta es la parte realmente peligrosa. Los diez estarán en el aire y cada equipo intentará hacer caer al equipo contrario.

—¿Caer de verdad?

— Tan de verdad como sea posible.

—¿Se producen accidentes de vez en cuando?

— Alguna que otra vez. En teoría, este ejercicio no está bien visto. Se considera frívolo, y nuestra población no es lo bastante numerosa para arriesgarnos a que alguien quede lisiado tontamente. Pese a ello, la mélée es popular y no podemos conseguir los votos suficientes para prohibirla.

—¿Por qué votaría usted, Selene?

Selene se ruborizó.

—¡Oh, qué importa eso! ¡Mire!

El ritmo de percusión se aceleró de repente y todos los gimnastas que estaban dentro del enorme pozo salieron disparados hacia el centro como una flecha. Se produjo una gran confusión en el vacío,

pero cuando todos se separaron, cada uno de ellos acertó a agarrarse a una barra. Hubo la tensión de la espera, hasta que uno se lanzó; en seguida le imitó otro y el aire volvió a llenarse de cuerpos voladores. Repitieron lo mismo muchas veces.

Selene explicó:

— La puntuación es intrincada. Hay un punto por cada lanzamiento, un punto por cada roce, dos puntos por cada vez que se hace fallar al contrario, diez puntos si éste se cae y varias penalizaciones por las distintas faltas.

—¿Quién se encarga de la puntuación?

— Hay jueces que pronuncian las decisiones preliminares y un circuito cerrado de televisión para los casos de apelación. A menudo ni siquiera la imagen puede decidir.

Se oyó un repentino grito de excitación cuando una chica del equipo azul golpeó con fuerza a un muchacho del equipo rojo. Este se apartó, pero perdió el impulso correcto, y al agarrarse a una barra, tropezó con la rodilla contra la pared.

—¿Dónde estaría mirando? — se preguntó Selene, indignada—. No la ha visto acercarse.

La acción se hizo más intensa y el terrestre empezó a cansarse de seguir las evoluciones de los cuerpos voladores. De vez en cuando, un acróbata tocaba una barra, pero no conseguía asirse a ella. Entonces, todos los espectadores se asomaban por encima de la baranda, como dispuestos a saltar también ellos al espacio. En una ocasión, Marco Fore fue golpeado en la muñeca y alguien exclamó: «¡Falta!»

Fore no logró asirse y cayó. A los ojos del terrestre, la caída, bajo la gravedad de la Luna, fue lenta, y el esbelto cuerpo de Fore se retorció y describió círculos, en el intento de alcanzar una barra tras otra, sin conseguirlo. Los demás esperaron, como si todo el ejercicio se suspendiera durante una caída.

Ahora, Fore se movía con más rapidez, aunque por dos veces se había detenido en su caída, llegando a tocar una barra pero sin poder asirse a ella.

Ya estaba casi en el suelo cuando en una voltereta repentina tocó una barra con la pierna derecha, y quedó suspendido y balanceándose cabeza abajo, a unos cuatro metros del suelo. Abrió los brazos y dejó de balancearse, y bajo un aplauso general, se dio impulso hacia arriba y agarró con agilidad una barra más alta.

El terrestre preguntó:

—¿Ha sido víctima de un golpe deliberado?

— Si Jean Wong agarró la muñeca de Marco, en vez de rozarla, ha sido juego sucio. Pero el juez estima que fue casualidad y no creo que Marco piense apelar. Ha caído mucho más abajo de lo necesario. Le gustan estos golpes efectistas, pero algún día fallará en sus cálculos

y se hará daño… ¡Oh, oh!

El terrestre miró hacia ella inquisitivamente, pero Selene no le estaba mirando a él. Dijo:

— Ha venido alguien de la oficina del Comisionado y debe estar buscándole a usted.

—¿Por qué?

— No vendría aquí para buscar a nadie más. Usted es el forastero.

— Pero no hay razón — empezó el terrestre.

No obstante, el mensajero, que tenía la complexión de un terrestre, o de un inmigrante de la Tierra, y a quien parecía molestar el hecho de ser el cetro de las miradas de una docena de personas esbeltas y desnudas, vueltas hacia él con una mezcla de indiferencia y desdén, fue directamente a su encuentro.

— Señor — empezó—, el Comisionado Gottstein desea que usted venga conmigo…

5

La vivienda de Barron Neville era algo menos elegante que la de Selene. Sus libros yacían por todas partes, el casquillo de su computadora era visible en un ángulo y en su gran escritorio reinaba el desorden. Las ventanas estaban oscuras.

Selene entró, cruzó los brazos y dijo:

— Si vives en un cubo de basura, Barron, ¿cómo esperas tener orden en tus ideas?

— Ya me las arreglaré —contestó Barron, huraño.

—¿Cómo es que no has traído contigo al terrestre?

— El Comisionado se nos ha adelantado. El nuevo. — ¿Gottstein?

— El mismo. ¿Por qué no has terminado antes? — Porque me ha costado algún tiempo informar! — ,¡e. Yo no quiero trabajar a ciegas.

— Muy bien; entonces, tendremos que esperar.

Neville se mordió una uña e inspecciono el resultado con expresión severa.

— No sé si esta situación nos conviene o no. ¿Qué opinión tienes de él?

— Me gusta — repuso Selene, concluyentemente—. Es muy simpático, teniendo en cuenta su condición de terrestre. Me ha dejado guiarle. Estaba interesado. No ha emitido juicios ni se ha mostrado superior. Y eso que yo no le he ahorrado algún insulto.

—¿Ha vuelto a preguntar por el sincrotón? — No, tal vez porque no era necesario. — ¿Por qué no?

— Le he dicho que tú querías verle y que eres físico. Así que me imagino que cuando te vea te preguntará lo que desee saber.

—¿No le habrá parecido extraño estar hablando con una guía turística que, por casualidad, conoce a un físico?

—¿Por qué extraño? Le he dicho que eres mi amante. La atracción sexual no tiene reglas fijas, y entra dentro de lo posible que un físico descienda a tener relaciones con una insignificante guía turística.

— Cierra la boca, Selene.

—¡Oh! Escucha, Barron, me parece que si estuviera tramando algo raro, que si me abordó porque su plan era conseguir algo de ti a través mío, hubiese demostrado una pizca de ansiedad. Cuanto más complicado y absurdo es un plan, más fácil es de adivinar, y el que lo urde, más nervioso. Yo he actuado con absoluta naturalidad. He hablado de todo menos del sincrotón. Le he llevado al gimnasio.

—¿Y qué más?

— Ha mostrado interés. Estaba interesado y tranquilo. Si tiene algo en la cabeza, no es nada intrincado.

—¿Estás segura? Y pese a ello, el Comisionado me ha tomado la

delantera. ¿Lo consideras buena señal?

—¿Por qué he de considerara mala? Una invitación pública a una reunión, hecha ante dos docenas de selenitas, no me parece nada complicado.

Neville se apoyó en el respaldo de su asiento y cruzó las manos en la nuca.

— Selene, te ruego que no insistas en emitir juicios cuando no te los pido. Es irritante. En primer lugar, ese hombre no es físico. ¿Te ha dicho que lo era?

Selene se detuvo a reflexionar.

— Se lo he dicho yo y no lo ha negado, pero no recuerdo que él lo haya afirmado. Sin embargo…, sin embargo, estoy segura de que lo es.

— Ha mentido por omisión, Selene. Es posible que él se crea un físico, pero el hecho es que no ha estudiado ni trabaja como tal. Es. un científico, lo reconozco, pero no desempeña un cargo científico de ninguna clase. No consiguió que se lo dieran. No hay un solo laboratorio en la Tierra que quiera su ayuda. Resulta que figura en la lista negra de Fred Hallam, y en el primer puesto, además, desde hace mucho tiempo.

—¿Estás seguro?

— Puedes creerme, lo he comprobado. Hace un momento me has criticado por tardar tanto… Me parece todo demasiado inocente para que lo sea.

—¿Por qué demasiado inocente? No comprendo adónde quieres ir a parar.

—¿No te da la impresión de que deberíamos confiar en él? Después de todo, está resentido contra la Tierra.

— En efecto. Si tus datos son ciertos, podemos sacar esta conclusión.

— Sí, mis datos son ciertos; por lo menos, es la información que obtienes, si la buscas. Pero quizá es que quieren que saquemos esta conclusión.

— Barron, esto es improcedente. ¿Cómo puedes estar siempre urdiendo estas teorías conspiratorias?

Ben no me ha parecido

—¿Ben? — repitió Barron, en tono sarcástico.

—¡Sí, Ben! — exclamó Selene, con firmeza—. Ben no me a parecido un hombre resentido o que tuviera la intención de hacerme creer que abriga algún rencor.

— No, pero ha logrado resultarte simpático. Acabas de firmarlo, ¿verdad? Y con cierto énfasis. Quizá es exactamente lo que se proponía.

— No soy tan fácil de engañar, y tú lo sabes.

— En fin tendré que esperar hasta que le vea yo.

— Vete al diablo, Barron. He conocido a miles de terrestres de todas clases. Es mi trabajo. Y no tienes ningún motivo para hablar con sarcasmo de mi criterio. Sabes que puedes confiar plenamente en él.

— Muy bien, ya veremos. No te enfades. Por ahora, tendremos que esperar… Y mientras tanto — se puso en pie con agilidad—, adivina qué estoy pensando.

— No tengo que adivinarlo. — Selene se levantó con idéntica agilidad y se apartó de él con un movimiento lateral, casi invisible, de los pies—. Pero sigue pensándolo. A mí no me interesa.

—¿Estás irritada porque he dudado de tu criterio?

— Estoy irritada porque… ¡Oh, qué diablos! ¿Por qué no pones un poco de orden en tu habitación?

Y se marchó.

6

— Me gustaría ofrecerle afín lujo terrestre — dijo Gottstein—, pero, por principio, no se me ha permitido traer ninguno. A las buenas gentes de la Luna les molestan las barreras artificiales impuestas por un tratamiento especial a los hombres de la Tierra. Es mejor no ofender su sensibilidad y adaptarse en lo posible a las costumbres selenitas, aunque me temo que nunca podré andar como ellos. Esta maldita gravedad suya es infernal.

El terrestre contestó

— Lo mismo me ocurre a mí. Le felicito por su nombramiento.

— Aún no es oficial, señor.

— Pues le felicito por adelantado. Pero no puedo comprender el motivo de que quiera usted verme.

— Hicimos el viaje juntos. Llegamos no hace mucho en la misma nave.

El terrestre esperó, cortésmente. Gottstein prosiguió:

— Además, yo le conozco a usted de antes. Nos vimos, de una manera fugaz, hace algunos años.

El terrestre dijo en voz baja:

— Siento no recordarlo…

— No me sorprende. No tiene por qué recordarme. Yo estuve durante algún tiempo a las órdenes del senador Burt, que era jefe (de hecho, aún lo es) del Comité de Tecnología y el Medio Ambiente. En aquella época parecía muy empeñado en saldar una cuenta pendiente con Hallam, Frederick Hallam.

De improviso, el terrestre se enderezó en su silla.

—¿Conoce usted a Hallam?

— Es la segunda persona que me lo pregunta desde mi llegada a la Luna. Si, le conozco, aunque no íntimamente. Soy amigo de otros que le conocen. Por extraño que parezca, su opinión solía coincidir con la mía. Pese a ser una persona idolatrada en apariencia por todo el planeta, Hallam inspiraba pocas simpatías en las personas que le conocían.

—¿Pocas? Yo diría que ninguna — dijo el terrestre.

Gottsein hizo caso omiso de la interrupción.

— En aquella época, mi trabajo (o, por lo menos, la tarea que me encomendó el senador) consistía en investigar la Bomba de Electrones y cuidar de que su mantenimiento no fuese acompañado de un despilfarro indebido y de un provecho personal. Se trataba de una cuestión ineludible para un comité que era esencialmente de vigilancia, pero dicho sea entre nosotros, el senador tenia la esperanza de dar con algo que desprestigiase a Hallam. Deseaba restringir la

autoridad que aquel hombre estaba adquiriendo en el campo científico. Pero en esto fracasó.

— Obviamente. Hallara es ahora más poderoso que nunca.

— No había ningún fallo importante y nada en absoluto que pudiera perjudicar a Hallara. Es un hombre de una honradez a toda prueba.

— En ese sentido, no lo pongo en duda. El poder tiene su propio mercado de valores, que no se miden siempre con billetes.

— Pero lo que más me interesó por aquel entonces, aunque era algo cuya pista no pude seguir, fue encontrar a alguien que no atacase el poder de Hallara, sino la Bomba de Electrones. Yo estuve presente en la entrevista, pero no la dirigí. Usted era aquel hombre, ¿verdad?

El terrestre dijo con cautela:

— Recuerdo el incidente al que se refiere, pero sigo sin acordarme de usted.

— Me pregunté entonces cómo era posible que alguien se opusiera a la Bomba de Electrones sobre una base científica. Usted me impresionó lo suficiente para que, a bordo de la nave, le reconociera de un modo vago; y después, lo he recordado todo. No he consultado la lista de pasajeros, pero déjeme confiar en mi memoria. ¿No es usted Benjamín Andrew Denison?

El terrestre suspiró.

— Benjamín Allan Denison. Sí, soy aquel hombre Pero, ¿por qué remover ahora este asunto? La verdad es, Comisionado, que no me gustaría desenterrar el pasado. Me encuentro aquí, en la Luna, y deseo empezar de nuevo, y desde el principio, si es necesario. Maldita sea, incluso he llegado a considerar un cambio de nombre.

— No le hubiera servido de nada. Fue su rostro lo que recordé. No tengo nada que objetar contra su nueva vida, doctor Denison, ni pienso inmiscuirme en ella. Pero me gustaría hacerle algunas preguntas por motivos que no le conciernen directamente. No recuerdo con exactitud por qué se oponía a la Bomba de Electrones. ¿Puede decírmelo?

Denison bajó la cabeza. El silencio se prolongó y el Comisionado no hizo nada para interrumpirlo. Incluso reprimió un pequeño carraspeo.

Denison dijo:

— En realidad, no era nada. Sólo algo que intuí un temor acerca de la alteración en la intensidad del potente campo nuclear. ¡Nada!

—¿Nada? — Ahora sí que Gottstein se permitió el carraspeo—. Le ruego que no se moleste si trato de comprender esta cuestión. Ya le he dicho que entonces usted despertó mi interés. Era incapaz de comprender de qué se trataba y dudo de que ahora pudiese encontrar la información en los archivos. Todo está clasificado; el senador no

hizo muy buen papel y no quiso ninguna publicidad. Sin embargo, recuerdo algunos detalles. Hubo un tiempo en que usted fue colega de Hallam; no era físico.

— No. Era radioquímico, y él también.

— Interrúmpame si me equivoco: el historial de usted era muy bueno, ¿verdad?

— Había criterios objetivos a mi favor. Yo no era ninguna lumbrera, pero trabajaba con eficiencia.

— Es asombroso cómo lo voy recordando. Hallam, en cambio, no era eficiente.

— No mucho.

— Y sin embargo, después las cosas se pusieron en contra de usted. De hecho, cuando le entrevistamos (creo que usted se ofreció para vernos), trabajaba para un fabricante de juguetes.

Y de artículos de cosmética — corrigió Denison, con voz apagada —. Cosmética para hombres. Lo cual no me ayudó a conseguir que me hicieran caso.

— No, claro. Lo siento. Era usted un vendedor.

— Jefe de ventas. Y seguía trabajando con eficiencia. Llegué a vicepresidente antes de renunciar todo y venir a la Luna.

—¿Hallam tuvo algo que ver en ello? Quiero decir, en su decisión de abandonar la ciencia.

— Comisionado, se lo ruego — dijo Denison—. Todo esto ya no tiene importancia. Yo estaba allí cuando Hallam descubrió la conversión del tungsteno y así empezó la serie de acontecimientos que desembocaron en la Bomba de Electrones. No puedo decir lo que hubiera sucedido exactamente de no haber estado yo allí, Hallam y yo podríamos haber muerto envenenados por la radiación un mes después, o a causa de una explosión nuclear seis semanas más tarde. No lo sé. Pero el hecho es que yo estaba allí, y por esto Hallam ha llegado a ser lo que es, y también por esto, yo he llegado a ser lo que soy. Al diablo con los detalles. ¿Le basta con esto? Porque no añadiré nada más.

— Creo que me basta. ¿Sentía usted, pues, un rencor personal hacia Hallam?

— Yo diría que no le tenía mucho afecto en aquellos días. Y sigo sin tenérselo.

—¿Podría ser, entonces, que su objeción a la Bomba de Electrones fuese inspirada por su deseo de destruir a Hallam?

— Me opongo a este interrogatorio — dijo Denison.

—¡Por favor! Nada de lo que le pregunto va a ser utilizado contra usted. Es sólo para informarme, porque me preocupa la Bomba de Electrones y unas cuantas cosas más.

— Bien, supongo que no debemos descartar una especie de

complicación emocional. Gracias al hecho de que detestaba a Hallam, yo estaba dispuesto a creer que su popularidad y su grandeza tenían una base falsa. Pensé en la Bomba de Electrones con la esperanza de encontrar un fallo.

—¿Y por consiguiente, lo encontró?

— No — subrayó Denison con fuerza, descargando un puñetazo sobre el brazo de la silla, después de lo cual se levantó por el ímpetu de su reacción No por consiguiente». Encontré un fallo, pero era auténtico, o así lo consideré yo. Le aseguro que no me limité a inventar un fallo para poner la zancadilla a Hallam.

— No hablamos de inventar, doctor — suavizó Gottstein—. Jamás se me ocurriría sugerirlo. No obstante, todos sabemos que al tratar de determinar algo que se halla en la frontera de lo desconocido es necesario hacer suposiciones. Las suposiciones pueden hacerse sobre una vaga área de incertidumbre, y empujarlas en una u otra dirección con perfecta honradez, pero de acuerdo con… con las emociones del momento. Tal vez usted hizo sus suposiciones sobre el borde antiHallam de lo posible.

— Esta discusión es inútil, señor. En aquel entonces creí tener un argumento válido. Sin embargo, no soy físico. Soy (era) radioquímico.

— Hallan era también era radioquímico, pero ahora es el físico más famoso del mundo.

— Sigue siendo radioquímico, y con un retraso de un cuarto de siglo.

— Contrariamente a usted, que ha trabajado con firmeza hasta convertirse en físico.

Denison le miró fijamente.

— Ha investigado a fondo respecto a mí.

— Ya se lo he dicha: usted me impresionó. Es asombroso cómo voy recordando. Cambiaré un poco de tema. ¿Conoce a un físico llamado Peter Lamont?

— Algo, adujo Denison, lacónico.

—¿Diría usted de él que también es eficiente?

— No le conozco lo bastante para decirlo, y detesto abusar de esta palabra.

—¡Diría usted que sabe de qué está hablando?

— Salvo información en sentido contrario, yo diría que sí.

Con cuidado, el Comisionado se apoyó en el respaldo de su asiento. Parecía frágil, y en la Tierra no hubiese soportado su peso. Interrogó:

—¿Le importaría decirme cómo conoció a Lamont? ¿O fue sólo de oídas? ¿Se conocieron personalmente?

Denison repuso

— Hablamos algunas veces. Tenía el, plan de escribir una historia

de la Bomba de Electrones; como empezó; un relato completo de su legendario desarrollo. Me halagó que Lamont viniese a verme y parecía haber descubierto algo sobre mí. Maldita sea, Comisionado, me halagó que supiera que yo vivía. Pero no pude decirle gran cosa. ¿De qué hubiera servido? No me hubiese granjeado más que burlas y estaba harto de ellas, harto de cavilar, harto de compadecerme a mí mismo.

—¿Sabe algo de lo que Lamont ha estado haciendo durante estos últimos años?

—¿A qué se refiere exactamente, Comisionado? — preguntó Denison, con cautela.

— Hace un año, tal vez un poco más, Lamont fue a hablar con Burt. Yo ya no trabajo para el senador, pero nos vemos de vez en cuando. Me comentó la entrevista; estaba preocupado. Pensaba que Lamont podía tener algún argumento válido contra la Bomba de Electrones, pero no veía un sistema práctico de enfocar el asunto. Yo también estaba preocupado.

— Preocupación general — dijo Denison, con sarcasmo.

— Pero ahora yo me pregunto: si Lamont habló con usted y…

— Basta! Basta. Comisionado, no siga. Creo que comprendo adónde quiere ir a parar y no quiero que siga por este camino. Si espera que yo le diga que Lamont me robó la idea, que una vez más estoy siendo maltratado, se equivoca. Permítame decirle y recalcarle de nuevo que yo no tenia una teoría válida. Era sólo intuición. Me preocupaba; la presenté y no me creyeron, me la quitaron de la cabeza. Puesto que no tenia medios de demostrar su valor, renuncié a ella. No la mencioné en mi conversación con Lamont; no pasamos de los primeros días de la Bomba. Lo que él descubrió después, por mucho que se pareciese a mi teoría, fue una idea independiente. Creo que es mucho más sólida y está basada en un riguroso análisis matemático. No pretendo tener ninguna prioridad: ninguna.

— Por lo visto, usted conoce la teoría de Lamont.

— Hace unos meses corrió de boca en boca. Lamont no puede publicar nada y nadie le toma en serio, pero todos discutieron su idea. Incluso llegó a mis oídos.

— Comprendo, doctor. Pero yo sí que le tomo en serio. Tenga en cuenta que para mí era el segundo aviso. El informe del primer aviso (el de usted) no llegó a manos del senador. No se refería a irregularidades financieras, que entonces constituían su preocupación. El jefe del equipo investigador (que no era yo) lo consideró (con perdón) una estupidez. Yo, no. Cuando la cuestión volvió a surgir, me puse nervioso. Tenía la intención de ir a ver a Lamont, pero varios físicos a quienes consulté…

—¿Incluyendo a Hallam?

— No, no hablé con Hallam. Aquellos a quienes consulté me dijeron que el trabajo de Lamont carecía de todo fundamento. Incluso entonces seguí opinando que debía ir a verle, pero en seguida me pidieron que ocupase este puesto, y aquí estoy, y aquí está usted. Comprenderá, pues, por qué tenía que verle. Según su opinión, ¿hay algún mérito en las teorías suyas y en las del doctor Lamont?

—¿Se refiere a si el uso continuado de_ la Bomba de Electrones va a hacer explotar el sol o tal vez la franja entera de la Galaxia?

— Sí, eso es exactamente a lo que me refiero.

—¿Cómo puedo decírselo? No tengo más que mi intuición, que se reduce a esto: a una intuición. En cuanto a la teoría de Lamont, no la he estudiado con detalle; no ha sido publicada. Si la leyera, es posible que no comprendiese la parte matemática. Además, ¿qué importa? Lamont no convencerá a nadie. Hallam le ha destruido del mismo modo que antes me destruyó a mí, y el público en general, incluso aunque Lamont consiguiera pasar por encima de Hallam, consideraría que creerle va en contra de sus intereses inmediatos. No quieren renunciar a la Bomba, y es mucho más fácil negarse a aceptar la teoría de Lamont que intentar hacer algo al respecto.

— Pero usted sigue preocupado por ello, ¿verdad?

— Naturalmente, en el sentido de que creo que podemos causar nuestra propia destrucción y, por supuesto, no me gustaría que ocurriera.

— De manera que ahora ha venido a la Luna a hacer algo que Hallam, su antiguo enemigo, le impediría hacer en la Tierra.

Denison dijo, lentamente:

— A usted también le gusta intuir las cosas.

—¿Lo cree así? —replicó Gottstein, con indiferencia—. Quizá yo también soy inteligente. ¿Es correcta mi intuición?

— Puede serlo. No he renunciado a la esperanza de volver a dedicarme a la ciencia. Si puedo hacer algo que evite la destrucción de la humanidad, ya sea demostrando que no existe el peligro, ya sea demostrando que existe y que ha de ser conjurado, me sentiría satisfecho.

— Comprendo. Doctor Denison, cambiando de tema, mi predecesor, el Comisionado Montes, me ha dicho que el desarrollo de la ciencia tiene lugar aquí, en la Luna. Al parecer opina que una cantidad desproporcionada de cerebros e iniciativa humana se encuentra aquí.

— Puede ser cierto — dijo Denison—. No lo sé.

— Puede ser cierto — repitió Gottstein, pensativo—. Si lo es, ¿no se le ocurre que esto puede ser un inconveniente para su propósito? Haga lo que hada, los hombres pueden decir y pensar que ha sido realizado a través de la estructura científica lunar. Usted,

personalmente, podría ganar muy poca celebridad, por valiosos que fueran los resultados que presentase. Lo cual, por supuesto, sería una injusticia.

— Estoy cansado de esta carrera por la celebridad, Comisionado Gottstein. Yo quiero algún interés en la vida, más interés del que puedo encontrar como vicepresidente de los Depilatorios Ultrasónicos. Lo encontraré si vuelvo a dedicarme a la ciencia. Si consigo algo valioso a mis propios ojos, estaré satisfecho.

— Digamos, pues, que Yo lo consideraría insuficiente. Sus méritos han de ser reconocidos, y seria muy posible para mí, como Comisionado, presentar los hechos a la comunidad terrestre de modo que usted recibiera lo que le pertenece. Estoy seguro de que es usted lo bastante humano para querer lo que le pertenece.

— Muy bondadoso por su parte.; Y a cambio?

— Muy cínico por la suya. Pero tiene razón. A cambio, necesito su ayuda. El Comisionado saliente, señor Montes, no conoce con exactitud las vertientes de la investigación científica que se está realizando en la Luna. La comunicación entre los pueblos de la Tierra y la Luna no es perfecta, y el esfuerzo coordinado de ambos mundos resultaría muy beneficioso para todos. Es comprensible que exista la desconfianza, supongo, pero si usted puede hacer algo que elimine esta desconfianza, será tan valioso para nosotros como lo serían sus descubrimientos científicos.

— Seguramente, Comisionado, no se imaginará usted que soy el hombre ideal para convencer a los selenitas de la bondad y la justicia de la ciencia terrestre.

— No debe usted confundir a un científico vengativo con la totalidad de los habitantes de la Tierra, doctor Denison. Planteémoslo de la siguiente manera: yo le agradecería que me tuviese al corriente de sus descubrimientos científicos para que pueda ayudarle a obtener su justa parte del mérito; y con el fin de comprender sus descubrimientos en todo su valor (recuerde que no soy un científico profesional), sería conveniente que usted me los explicase en el contexto del actual estado de la ciencia en la Luna. ¿De acuerdo?

Denison contestó:

— Me pide algo muy difícil. Los resultados preliminares, revelados prematuramente, ya sea por descuido o por un exceso de entusiasmo, pueden perjudicar en grado sumo una reputación. Detestaría hablar de algo a alguien antes de estar seguro del terreno que piso. Mi anterior experiencia con el comité del que usted formaba parte, me aconseja ser precavido.

— Lo comprendo perfectamente — declaró Gottstein, con tono sincero—. Dejo a su discreción el momento apropiado para informarme… Pero ya le he retenido demasiado y me temo que usted

necesite dormir.

Era una despedida. Denison se fue y Gottstein le siguió con la mirada pensativa.

7

Denison abrió la puerta con la mano. Había un contacto que la hubiese abierto automáticamente, pero como acababa de despertarse, no pudo encontrarlo.

El hombre de cabellos negros, cuyo ceño parecía fruncido sin estarlo, preguntó

— Lo siento. ¿Llego demasiado temprano?

Denison repitió la última palabra para tener tiempo de comprender la situación.

—¿Temprano? No, yo… creo que me despierto tarde.

— Le llamé. Concertamos una cita.

Y entonces Denison se acordó.

— Sí. Usted es el doctor Neville.

— El mismo. ¿Puedo entrar?

Cruzó el umbral al tiempo que lo preguntaba. La habitación de Denison era pequeña y la cama ocupaba la mayor parte de su extensión. El ventilador funcionaba en silencio.

Neville dijo, con superflua cortesía:

— Espero que haya dormido bien.

Denison echó una mirada a su pijama y se pasó una mano por los cabellos en desorden.

— No — repuso, bruscamente—. He pasado una noche abominable. ¿Puedo pedirle que me disculpe mientras me pongo algo más presentable?

— Por supuesto. ¿Le gustaría que entretanto prepare el desayuno? Tal vez usted no esté familiarizado con los instrumentos.

— Sería un gran favor — dijo Denison.

Apareció veinte minutos después, bañado y afeitado. con pantalones y una camiseta. Observó:

— Espero no haber estropeado la ducha. El agua ha dejado de salir y no ha vuelto a funcionar.

— El agua está racionada. Recibe una cierta cantidad. Esto es la Luna, doctor. Me he tomado la libertad de preparar huevos revueltos y sopa caliente para los dos.

— Huevos revueltos…

— Nosotros lo llamamos así. Los terrestres no le darían este nombre, me imagino.

—¡Oh! — exclamó Denison.

Y se sentó con muy poco entusiasmo ante una mezcla amarilla y pastosa que debían ser los huevos revueltos. Intentó no hacer ninguna mueca cuando tomó el primer bocado, y después lo tragó con valentía y volvió a colmar el tenedor.

— Se acostumbrará con el tiempo — dijo Neville—. Es altamente nutritivo. Le advierto que el gran contenido en proteínas y la escasa gravedad disminuirán su necesidad de comer.

— Tanto mejor — comentó Denison, carraspeando.

Neville dijo

— Selene me ha dicho que proyecta quedarse en la Luna.

— Tal era mi intención — repuso Denison, después de lo cual se restregó los ojos—. Pero he pasado una noche terrible, y esto pone a prueba mi resolución.

—¿Cuántas veces se ha caído de la cama?

— Dos. Veo que es algo corriente.

— Para los terrestres, es una situación invariable. Despierto. puede aprender a caminar siempre que recuerde la gravedad de la Luna. Dormido, se mueve como lo haría en la Tierra. Menos mal que caerse no es doloroso cuando la gravedad es poco densa.

— La segunda vez he dormido un rato en el suelo antes de despertarme No recordaba haberme caído. ¿Qué diablos puedo hacer?

— No descuidar sus exámenes periódicos del corazón v de la tensión arterial, vara asegurarse de que el cambio de gravedad no le está perjudicando demasiado.

— Ya me lo han advertido — dijo Denison, un poco de mal talante—. De hecho, ya me han dado horas fijas para el mes próximo. Y píldoras.

— Bueno, dentro de una semana ya lo habrá superado — observó Neville, como descartando algo trivial—. Y necesitará ropa adecuada. Estos pantalones no le sirven y esta prenda fina no tiene ninguna utilidad.

— Supongo que habrá algún lugar donde pueda comprar ropa.

— Naturalmente. Si logra que le acompañe cuando no tenga trabajo, Selene le ayudará con gusto, estoy seguro. Me ha dicho que es usted una buena persona, doctor.

— Celebro que piense así.

Denison, después de tragar una cucharada de sopa, la miró como preguntándose qué podía hacer con el resto. Con gesto sombrío, continuó la tarea de engullirla.

— Cree que usted es físico, pero estoy convencido de que se equivoca.

— Estudié para ser radioquímico.

— Tampoco ha trabajado como tal durante mucho tiempo, doctor. Es posible que estemos separados de la Tierra, pero no estamos tan lejos. Usted es una de las víctimas de Hallam.

—¿Tantas hay que habla de ellas en grupo?

—¿Por qué no? La Luna entera es una de las víctimas de Hallan.

—¿La Luna?

— En cierto modo.

— No le comprendo.

— En la Luna no tenemos Estaciones de la Bomba de Electrones. No se ha establecido ninguna porque no ha habido cooperación con el parauniverso. No han aceptado las muestras de tungsteno.

— Seguramente, doctor Neville, usted no pretenderá insinuar que esto es obra de Hallam.

— De una manera negativa, sí. ¿Por qué ha de ser sólo el parauniverso el que pueda iniciar una Estación de la Bomba? ¿Por qué no nosotros?

— Según tengo entendido nos faltan los conocimientos necesarios para tomar la iniciativa.

— Y continuaremos sin esos conocimientos mientras esté prohibida la investigación en este sentido.

—¿Está prohibida? — preguntó Denison, algo sorprendido.

— En efecto. Si al trabajo necesario para adquirir esos conocimientos no se le conceden las prioridades indispensables, en el protón sincrotón o en cualquiera de las grandes instalaciones (todas controladas por la Tierra y todas bajo la influencia de Hallam), la investigación puede considerarse efectivamente prohibida.

Denison se restregó los ojos.

— Creo que tendré que volver a dormir dentro de poco rato. Lo siento, no he querido darle la impresión de que me está aburriendo. Pero, dígame: ¿tan importante es la Bomba de Electrones para la Luna? Las baterías solares son eficaces y suficientes.

— Nos hacen depender del sol, doctor. Nos atan a la superficie.

— Siendo así… Pero, según su opinión, ¿por qué Hallam se opone a este proyecto, doctor Neville?

— Usted lo sabe mejor que yo, si le conoce en persona. Prefiere que el público en general no se entere de que la creación de la Bomba de Electrones es exclusivamente obra de los parahombres y de que nosotros sólo somos sus criados. Y en caso de que en la Luna nosotros avancemos hasta el punto de saber con exactitud lo que estamos haciendo, el nacimiento de la verdadera tecnología de la Bomba de Electrones se deberá a nosotros, no a él.

Denison interrogó:

—¿Por qué me cuenta todo esto?

— Para no perder tiempo. Solemos dar la bienvenida a los físicos que llegan de la Tierra. Nos sentimos muy aislados en la Luna, víctimas de una política terrestre hostil a nosotros, y un físico puede sernos útil, aunque sólo sea para darnos la sensación de un menor aislamiento. Un físico — inmigrante es aún más útil, y nos gusta explicarle la situación y animarle a que trabaje con nosotros. Siento que, después de todo, usted no sea físico.

— Pero Yo no he dicho que lo sea objetó Denison, con impaciencia.

— Y sin embargo, quiere ver el sincrotón. ¿Por qué?

—¿Le preocupa realmente? Mi querido amigo, permítame que se lo explique. Mi carrera científica fue abortada en sus comienzos. He decidido buscar alguna forma de rehabilitación, algún nuevo significado para mi vida, tan lejos de Hallam como fuera posible…, lo cual me ha traído a la Luna. Estudié para radioquímico, pero este hecho no me ha paralizado hasta el punto de no profundizar en otros campos de la ciencia. La parafísica es la ciencia de la actualidad y yo he hecho lo posible para adentrarme en ella, con la convicción de que me ofrecerá la mejor esperanza de rehabilitación.

— Comprendo — asintió Neville, con evidente escepticismo.

— A propósito, ya que ha mencionado la Bomba de Electrones… ¿Ha oído usted algo acerca de las teorías de Peter Lamont?

Neville miró con fijeza a su interlocutor.

— No, creo que no he oído hablar de ese hombre.

— Claro, no es famoso. Y probablemente no lo será nunca; en gran parte por la misma razón que no lo se yo. Se cruzó con Hallam… Su nombre circuló no hace mucho y he estado pensando en él. Ha sido un `nodo de ocuparme durante el insomnio de esta noche. — Y bostezó.

Neville preguntó, impaciente

—¿Y qué, doctor? ¿Qué hay de ese hombre? ¿Cómo se llama?

— Peter Lamont. Tiene unas ideas muy interesantes sobre la parateoría. Sostiene que con el uso continuado de la Bomba, la fuerte interacción nuclear se intensificará gradualmente en el espacio del sistema solar, que el sol se irá calentando más y que en un punto crucial sufrirá un cambio de fase que producirá un:, explosión.

—¡Tonterías! ¿Se imagina usted el cambio, a una escala cósmica, que puede producir cualquier utilización ce la Bomba a escala humana? Aun teniendo en cuenta que su educación en física no es completa, no ha de resultarle difícil comprender que la Bomba no puede causar un cambio apreciable en las condiciones generales del universo durante toda la existencia del sistema solar.

—¿Lo cree usted así?

— Naturalmente. ¿Usted no?

— No estoy seguro. Lamont está esgrimiendo un arma personal. Le conozco poco, pero me dio la impresión de ser un hombre muy reconcentrado y emocional. Considerando lo que le ha hecho Hallara, es probable que le impulse una irresistible cólera.

Neville frunció el ceño. Inquirió

—¿Está seguro de que odia a Hallara?

— Soy un experto en la materia.

—¿No se le ocurre pensar que la circulación de esta clase de duda (que la Bomba es peligrosa) podría ser utilizada como otro argumento para que la Luna no instale Estaciones propias?

—¿A costa de crear una alarma y desazón universales? Por supuesto que no. Esto sería como romper nueces con explosiones nucleares. No, estoy con — vencido de que Lamont es sincero. De hecho, de;panera un poco vaga, yo también tuve una vez ideas similares.

— Porque a usted también le impulsa el odio hacia Hallara.

— Yo no soy Lamont. Me imagino que no reacciono del mismo modo que él. Tenía la esperanza de poder investigar el asunto en la Luna, lejos de la afluencia de Hallan y de la impresionabilidad de Lamont.

—¿Aquí en la Luna?

— Aquí en la Luna. Pensé que tal vez se me permitiría utilizar el sincrotón.

—¿Esta es la razón por la cual está interesado en él?

Denison asintió.

Neville dijo:

—¿De verdad cree que podrá usar el sincrotón?

Está enterado de la enorme acumulación de peticiones como la suya?

— Pensaba poder lograr la cooperación de algunos científicos lunares.

Neville meneó la cabeza, riendo.

— Tenemos casi las mismas posibilidades que usted… No obstante, le diré lo que podemos hacer. Hemos montado laboratorios propios. Le haremos sitio; quizá incluso podamos conseguirle algunos pequeños instrumentos. No sé si nuestra ayuda le será útil, pero por lo menos podría estar haciendo algo.

—¿Cree que dispondría de algún medio para hacer observaciones útiles acerca de la parateoría?

— Supongo que eso dependería, en parte, de su habilidad. ¿Espera probar las teorías de ese hombre, de Lamont?

— O rebatirlas, tal vez.

— Las rebatirá. No tengo dudas al respecto.

Denison añadió

—¿Queda claro, verdad, que no tengo el título de físico? ¿Por qué me ofrece un puesto de trabajo con tanta facilidad?

— Porque viene de la Tierra. Ya le he dicho que valoramos esta circunstancia, y quizá el hecho de que sea un físico autodidacta resultará de un valor adicional. Selene responde de usted, un factor al que acaso yo conceda más importancia de la debida. Además, todos somos víctimas en manos de Hallam. Si desea rehabilitarse, le

ayudaremos.

— Perdone si le parezco cínico. ¿Qué espera sacar de esto? y

— Su ayuda. Hay cierta incomprensión entre los científicos de la Tierra y los de la Luna. Usted es un terrestre que ha venido a la Luna voluntaria mente y podría servir de puente entre nosotros para beneficio de todos. Ya ha entrado en contacto con el nuevo Comisionado, y es posible que, al tiempo que usted se rehabilita, nos rehabilite a nosotros.

—¿Se refiere a que si lo que hago debilita la influencia de Hallam, estaré beneficiando a la ciencia lunar?

— Todo lo que haga nos será útil… Y ahora, tal vez sea mejor que le deje dormir un poco más. Venga a verme dentro de dos días y me encargaré de colocarle en un laboratorio. Y también — añadió, mirando en torno suyo— de buscarle una vivienda más cómoda.

Se estrecharon las manos y Neville se marchó.

8

Gottstein dijo:

— Supongo que, por difícil que pueda haber sido su posición, hoy la abandona usted con algo de nostalgia.

Montes se encogió de hombros de manera elocuente.

— Con mucha nostalgia, cuando pienso en la vuelta a nuestra gravedad. La dificultad para respirar, los pies doloridos, el sudor. Estaré constantemente bañado en sudor.

— Algún día me tocará a mi.

— Siga mi consejo: no se quede aquí más de dos meses seguidos. No importa lo que le digan los médicos ni los ejercicios isométricos que le impongan; vuelva a la Tierra cada sesenta días y permanezca allí durante una semana como mínimo. Es preciso no perder el contacto.

— Lo tendré en cuenta… ¡Oh! He visto a mi amigo.

—¿De qué amigo se trata?

— Del hombre que vino en la misma nave que yo. Creía recordarle y al final lo logré. Se llama Denison y es radioquímico. Todo lo que recordaba de él concuerda con la verdad.

—¿Ah, sí?

— Recordaba cierta irracionalidad suya y traté de sonsacársela. Se resistió de modo muy astuto. Sus palabras sonaban racionales, tan racionales que me sentí suspicaz. Ciertos chiflados saben aparentar una especie de racionalidad muy atractiva; un simple mecanismo defensivo.

—¡Oh, Dios mío! — exclamó Montes, claramente desinteresado—. No estoy seguro de comprenderle. Si no le importa voy a sentarme un momento. Entre la preocupación de hacer el equipaje, y el temor a la gravedad de la Tierra, estoy sin aliento… ¿Qué especie de irracionalidad?

— Una vez intentó decirnos que había peligro en el uso de la Bomba de Electrones. Creía que haría explotar el universo.

—¿De veras? ¿Y es cierto?

— Espero que no. En aquella ocasión le hicieron callar con bastante brusquedad. Cuando los científicos trabajan con un problema que escapa a su comprensión, se ponen muy nerviosos. Una vez conocí a un psiquiatra que lo calificaba de fenómeno del «¿Quién sabe?». Si nada de lo que uno hace logra proporcionarle los hechos que busca, se termina por decir: «¿Quién sabe lo que sucederá?», y deja que la imaginación se lo sugiera.

— Sí, pero si los físicos van por ahí diciendo estas cosas, aunque sean unos cuantos…

— No las dicen. Al menos oficialmente. Existe algo llamado responsabilidad científica, y los periódicos no se atreven a publicar tonterías… o lo que ellos consideran tonterías. Pero ahora, el tema ha vuelto a surgir. Un físico llamado Lamont habló con el senador Burt, con ese autóctono mesías del medio ambiente, Chen, y con unos cuantos más. También insiste en la posibilidad de una explosión cósmica. Nadie le cree, pero la historia se está propagando solapadamente y cada nueva versión es más persuasiva.

— Y este hombre que ha venido a la Luna le cree.

Gottstein sonrió.

— Sospecho que sí. Diablos, en plena noche, cuando me cuesta coger el sueño (a propósito, me caigo continuamente de la cama), también yo le creo. Es probable que se proponga experimentar con la teoría aquí.

—¿Y bien?

— Pues le dejaremos. Le insinué que podía contar con nuestra ayuda.

Montes meneó la cabeza.

— Esto es arriesgado. No me gusta dar la sanción ofíciala las ideas de un chiflado.

— Verá, es posible que no esté tan chiflado, pero no es ésa la cuestión. La cuestión es que si logramos retenerle en la Luna, podremos averiguar, a través de él, lo que está ocurriendo aquí. Está ansioso por rehabilitarse y yo insinué que lo conseguiría con nuestra ayuda, a condición de que coopere… No dejaré de tenerle al corriente, de una manera discreta, como entre amigos.

— Gracias y adiós — dijo Montes.

9

Neville se enojó.

— No, no me gusta.

—¿Por qué no? ¿Porque es un terrícola? — Selene se quitó un poco de pelusa del pecho izquierdo y la contempló críticamente—. Esto no es de mi blusa. Te repito que la circulación de aire es abominable.

— Este Denison es un don Nadie. No es parafísico. Dice que es un autodidacta en este ramo de la ciencia, y lo prueba al venir aquí con ideas preconcebidas y dementes.

—¿Por ejemplo?

— Cree que la Bomba de Electrones hará explotar el universo.

—¿Ha dicho esto?

— Sé que lo piensa… ¡Oh! Ya conozco los argumentos. Los he oído bastante a menudo. Pero no va a ocurrir, y eso es todo.

— Tal vez — dijo Selene, enarcando las cejas— se trata sólo de que tú no quieres que ocurra.

— No empieces — replicó Neville.

Hubo una breve pausa. Luego, Selene dijo:

— Bien, ¿qué vas a hacer con él?

— Le daré un empleo. Quizá sea inútil como científico, pero es posible que sirva para algo. Su presencia ya es conocida; el Comisionado ha hablado con él.

— Estoy enterada.

— Me ha contado la romántica historia de que han dado al traste con su carrera y está intentando rehabilitarse.

—¿De verdad?

— De verdad. Estoy seguro de que te entusiasmará. Si se lo preguntas, te lo contará todo. Y esto es útil. Si tenemos a un terrestre romántico trabajando en la Luna en un proyecto descabellado, será algo perfecto para preocupar al Comisionado. Lo usaremos para despistarle, como pantalla. Y quién sabe, incluso podría ser que a través de él logremos tener una idea más exacta de lo que se trama en la Tierra. Conviene que sigas siendo amable con él, Selene.

— Claro que no. Y no subiremos hasta la cumbre. Será tu primera escalada. Intenta acoplar tu paso al mío. Avanzaré despacio.

Los pasos de Selene eran largos, lentos y oscilantes, y él intentó sincronizar los suyos. El terreno era polvoriento, y cada paso de Denison levantaba un polvillo fino que caía en el espacio sin aire. La imitaba paso a paso, pero con gran esfuerzo.

— Muy bien =aprobó Selene, apretando su brazo contra el de él para aguantarle—. Lo haces muy bien para ser un terrícola; no,

tendría que decir un inmi…

— Gracias.

— Supongo que es casi lo mismo. Inmi en lugar de inmigrante es tan insultante como terrícola en lugar de terrestre. Diré simplemente que lo haces muy bien para ser un hombre de tu edad.

—¡No! Esto es mucho peor. — Denison jadeaba un poco y se notaba la frente perlada de sudor.

Selene explicó

— Cada vez que vayas a poner el pie en el suelo, da un pequeño empujón con el otro pie. Esto alargará tu paso y lo hará más fácil. No, no…, mírame.

Denison se detuvo con alivio y se fijó en Selene, esbelta y grácil, a pesar de su grotesco traje espacial, que daba saltos bajos y rítmicos. Volvió al lado de él y se arrodilló a sus pies.

— Ahora da un paso lento, Ben, y yo te golpearé el pie cuando quiera que lo levantes.

Lo intentaron varias veces y Denison dijo:

— Esto es peor que correr en la Tierra. Será mejor que descanse.

— Como quieras. Es que tus músculos no están acostumbrados a la coordinación adecuada. Eres tu quien lo hace difícil, no la gravedad. Bueno, siéntate y recupera el aliento. Ya no subiremos mucho más.

Denison preguntó:

—¿Estropearía la carga si me tiendo boca arriba?

— No, claro que no, pero no es una buena idea en la superficie. La temperatura es de 51 grados absolutos, o si lo prefieres, de 65 bajo cero, y cuanto más pequeña sea el área de contacto, mejor. Siéntate.

10

Selene se rió y el sonido retumbó metálicamente en la bocina de Denison. La figura de ella desaparecía dentro del traje espacial. Le dijo:

— Vamos, Ben, no hay razón para tener miedo. Ya eres un veterano, hace un mes que llegaste.

— Veintiocho días — masculló Denison.

Se sentía ahogado dentro de su traje.

— Un mes — insistió Selene—. Había pasado media Tierra cuando llegaste, y ahora ha vuelto a pasar media Tierra. — Señaló la brillante curva de la Tierra en el cielo meridional.

— Bueno, pero espera. Aquí fuera no soy tan valiente como abajo. ¿Qué pasa si me caigo?

—¿Qué quieres que pase? La gravedad es escasa para ti, la pendiente es suave, tu traje es fuerte y resistente. Si te caes, limítate a resbalar y a rodar. Es casi más divertido que andar.

Denison miró en torno suyo con suspicacia. La Luna aparecía muy hermosa a la fría luz de la Tierra. Era negra v blanca; un blanco tenue y delicado en comparación con el viaje de inspección a las baterías solares que se extendían de un lado a otro del horizonte a lo largo del Mare Imbrium. Y el negro también era algo más suave, por la falta del fuerte contraste del verdadero día. Las estrellas brillaban con intensidad y la Tierra (la Tierra) parecía infinitamente atractiva con sus remolinos de blanco sobre azul, y alguna que otra estría parda.

— De acuerdo — dijo—, pero, ¿te importa si me apoyo en ti?

— De acuerdo. — Denison se sentó cuidadosamente, con un gruñido. Optó por colocarse de cara al Norte, de espaldas a la Tierra —. ¡Mira esas estrellas!

Selene estaba sentada frente a él. Podía verle la cara vagamente, a través de la visera, cuando la luz de la Tierra la iluminaba desde cierto ángulo.

—¿No veis las estrellas desde la Tierra

— No así. Incluso cuando no hay nubes, el aire que rodea la Tierra absorbe algo de luz. Las diferencias de temperatura en la atmósfera las hace titilar, y las luces de las ciudades, aunque estén distantes, las extinguen.

— Suena triste.

—¿Te gusta estar aquí, Selene? ¿En la superficie?

— No es que me entusiasme, pero tampoco me disgusta, de vez en cuando. Claro que forma parte de mi trabajo traer aquí a los turistas.

— Y ahora tienes que hacerlo por mí.

—¿Es que no puedo convencerte de que no es en absoluto lo

mismo, Ben? Para los turistas hay una ruta prefijada. Es muy monótona, muy poco interesante. No creerás que vamos a traerles a esta pendiente, ¿verdad? Esto es para los selenitas… y para los inmis. En realidad, para éstos en especial.

— No puede ser un sitio muy popular. Estamos completamente solos.

— Verás, hay días en que es distinto. Tendrías que ver este lugar los días de las carreras. Pero quizá no te gustaría.

— No estoy seguro de que me guste ahora. Resbalar debe ser un deporte casi exclusivo de los inmis.

— Sí. A los selenitas no suele gustarles la superficie.

—¿Y qué me dices del doctor Neville?

—¿Te refieres a si le gusta la superficie?

— Sí.

— Francamente, no creo que haya estado nunca aquí. Es un auténtico hombre de ciudad. ¿Por qué lo preguntas?

— Porque cuando pedí permiso para ir con la inspección de rutina de las baterías solares, accedió en seguida, pero él no quiso acompañarme. Creo que expresé mi deseo de que viniera para tener a alguien que contestara mis preguntas, si se me ocurría alguna, y su negativa fue categórica.

— Espero que hayas encontrado a alguien que contestara tus preguntas.

—¡Oh, sí! Ahora que lo pienso, era un inmi como yo. Quizá esto explica la actitud del doctor Neville respecto a la Bomba de Electrones.

—¿Qué quieres decir?

— Verás… — Denison se apoyó sobre los codos y levantó alternativamente las piernas, mirando muy divertido cómo subían y caían con lentitud—. ¡Eh, esto no está mal! Verás, Selene…, lo que quiero decir es que Neville está tan ansioso por instalar una Estación de la Bomba en la Luna que parece olvidar la efectividad de las baterías solares. En la Tierra no podríamos usarlas, porque el sol no es nunca tan infalible, tan prolongado, tan brillante, tan radiante en todas las longitudes de onda. No hay un solo cuerpo planetario en el sistema solar, de cualquier tamaño, que sea más apropiado que la Luna para el uso de las baterías. Incluso Mercurio es demasiado caliente. Pero es cierto que su uso os ata a la superficie, y si la superficie no os gusta…

Selene se levantó de improviso y declaró:

— Bueno, Ben, ya has descansado bastarte. ¡Arriba! ¡Arriba!

El obedeció torpemente y dijo:

— En cambio, una Estación de la Bomba significaría que ningún selenita tendría que salir a la superficie, a menos que lo deseara.

— Vamos a subir un poco más, Ben. Iremos hasta aquella cresta. ¿la ves, donde la luz de la Tierra traza una línea horizontal?

Ascendieron aquel trozo final en silencio. Denison se fijó en una cuesta más suave que dejaban a un lado; una ancha franja que, a fuerza de ser transitada, apenas si tenía polvo.

— Aquello es demasiado resbaladizo para un principiante — dijo Selene, como respuesta a sus pensamientos—. No te sientas tan atrevido o pronto vas a pedirme que te enseñe el salto del canguro.

Practicó aquel salto mientras hablaba y dio media vuelta en el aire para alunizar de cara a él.

— Ya hemos llegado. Siéntate y ajustaré…

Denison se sentó y contempló la pendiente con expresión dubitativa.

—¿De verdad podéis deslizaros por aquí?

— Claro que sí. La gravedad es menor en la Luna que en la Tierra, de modo que rozas el suelo con mucha menos fuerza, lo cual implica menos fricción. Todo es más resbaladizo en la Luna que en la Tierra; éste es el motivo de que los pavimentos de nuestros corredores y viviendas te parezcan mal acabados. ¿Te gustaría oír mi pequeña conferencia sobre el tema? ¿La que doy a los turistas?

— No, Selene.

— Además, naturalmente, vamos a usar deslizadores.

Llevaba en la mano un pequeño cartucho al que iban enganchados unas chapas y un par de tubos delgados.

—¿Qué es esto? — preguntó Ben.

— Una pequeña provisión de gas líquido. Emitirá un chorro de vapor debajo de tus botas. La fina capa de gas entre las botas y el suelo reducirá la fricción prácticamente a cero. Te moverás como en el aire.

Denison objetó con aprensión:

— Lo desapruebe. Es un despilfarro usar el gas para estas cosas en la Luna.

— Vamos, Ben. ¿Qué clase de gas te imaginas que usamos para deslizarnos? ¿Bióxido de carbono? ¿Oxígeno? Este gas no vale nada. Es argón, que el suelo de la Luna produce a toneladas, formado por billones de años de descomposición del potasio-40. Esto también forma parte de mi conferencia, Ben… El argón sólo tiene escasas aplicaciones en la Luna. Podríamos usado para deslizarnos durante un millón de años sin agotarlo… Muy bien. Ya tienes colocados los deslizadores. Ahora espera a que me ponga los míos.

—¿Cómo funcionan?

— Es enteramente automático. En cuanto empieces a deslizarte, se disparará el contacto y saldrá el vapor. Tu provisión sólo dura unos minutos, pero ya es bastante.

Selene se levantó y le ayudó a él a hacer lo propio.

— Ponte de cara a la pendiente. Vamos, Ben, es una pendiente suave. Mírala, parece plana.

— No, a mí no me lo parece — se defendió Denison—. Tiene el aspecto de un acantilado.

— Tonterías. Ahora escúchame y recuerda bien o que te diga. Mantén los pies separados unos quince centímetros, y uno de ellos un poco más adelantado que el otro. Puedes adelantar cualquiera de los dos. Dobla las rodillas. No te apoyes en el viento porque no hay viento. No intentes mirar arriba ni atrás, pero si quieres puedes mirar hacia los lados. `¿ lo principal: cuando llegues a la llanura, no quieras detenerte demasiado pronto, porque irás a más velocidad de la que crees. Limítate a esperar que se acabe el gas del deslizador y entonces la fricción te irá frenando lentamente.

— No puedo acordarme de todo esto.

— Ya verás que sí. Y yo estaré a tu lado para ayudarte. Pero aunque te caigas y yo no pueda alcanzarte, no hagas nada Relájate v sigue rodando o deslizándote. No hay rocas ni nada contra lo que puedas chocar.

Denison tragó saliva y miró hacia delante. La pendiente resplandecía a la luz de la Tierra. Las diminutas rugosidades absorbían más luz, dejando pequeños topos de oscuridad que moteaban la superficie. El semicírculo de la Tierra aparecía frente a ellos, en el cielo negro.

—¿Listo? — preguntó Selene, con su mano enguantada entre los hombros de él.

— Listo — murmuró Denison.

— Pues vamos allá —dijo ella.

Le empujó y Denison empezó a moverse, muy despacio al principio. Se volvió hacia ella, tambaleándose, y Selene dijo:

— No te preocupes. Estoy a tu lado.

Denison notaba el suelo bajo sus pies… y de pronto dejó de notarlo. El deslizador se había puesto en marcha.

Por un momento tuvo la impresión de estar quieta. No había presión de aire contra su cuerpo, ninguna sensación de tener algo bajo sus pies. Pero cuando miró de nueve a Selene, observó que las luces y las sombras de un lado se movían hacia atrás a una velocidad creciente.

— No desvíes la mirada de la Tierra — dijo en su oído la voz de Selene— hasta que ganes más velocidad. Cuanto más de prisa vayas, más estabilidad tendrás. Mantén las rodillas dobladas. Lo estás haciendo muy bien, Ben.

— Para ser un inmi… — jadeó Denison.

—¿Qué sensación tienes?

— Como si volara — contestó. El dibujo de luces y de manchas a ambos lados se difuminaba hacia atrás. Miró brevemente hacia un lado, después hacia el otro, en un intento de cambiar la sensación de retroceso del paisaje por la de su propio vuelo hacia delante. Entonces, en cuanto lo consiguió, tuvo que volver a mirar con fijeza la Tierra para recobrar el sentido del equilibrio—. Supongo que no es una buena comparación para ti. En la Luna no tenéis experiencia de lo que es volar.

— Pero ahora lo sé. Volar debe ser como deslizarse… y esto sí que lo conozco.

Selene se mantenía junto a él con facilidad.

Ahora, Denison ya iba a la velocidad suficiente para experimentar la sensación de movimiento, incluso cuando miraba hacia delante. El paisaje de la Luna se abría ante él y retrocedía vertiginosamente por ambos lados. Preguntó:

—¿A qué velocidad se puede llegar con un deslizador?

— Un buen corredor — repuso Selene— puede alcanzar más de ciento sesenta kilómetros por hora, en pendientes más acentuadas que ésta, se entiende. Es probable que tú llegues a cincuenta y seis kilómetros.

— Tengo la impresión de que corro más que eso.

— Pues es falsa. Ya estamos casi en terreno plano, Ben, y no te has caído. Ahora continúa así; el deslizador se parará y sentirás la fricción. No hagas nada para ayudarla a detenerte, déjate llevar.

Apenas Selene terminó de hablar, Denison empezó a sentir la presión bajo sus botas. De inmediato experimentó una arrolladora sensación de velocidad y apretó con fuerza los puños para evitar levantar los brazos, en un gesto casi reflejo contra la colisión que no podía tener lugar. Sabía que si levantaba los brazos, se caería hacia atrás.

Entornó los ojos y contuvo el aliento hasta que le pareció que sus pulmones iban a explotar. Selene dijo

— Perfecto, Ben, perfecto. Nunca había visto a un inmi deslizarse por primera vez sin una caída, o sea., que, aunque ahora te cayeras, no sería ningún deshonor.

— No tengo intención de caerme — susurró Denison.

Inspiró profundamente y abrió bien los ojos. La Tierra estaba serena como siempre e impasible. Ahora ya iba más despacio…, más despacio…

—¿Me he parado ya, Selene? — preguntó—. No estoy seguro.

— Sí, estás parado. Ahora no te muevas. Tienes que descansar antes de volver a la ciudad. Maldita sea, lo había dejado por aquí cuando hemos pasado antes.

Denison la miró con incredulidad. Había subido con él v bajado

con él. Sin embargo. él se sentía medio muerto de cansancio y tensión, mientras que ella daba en el aire enormes saltos de canguro. Parecía estar a unos cien metros cuando exclamó: <¡Aquí está!», y su voz sonó tan cercana como cuando estaba a su lado.

Volvió al cabo de un momento, con un voluminoso trozo de elástico doblado bajo el brazo.

—¿Recuerdas que al venir me preguntaste qué era y yo te dije que lo usaríamos a la vuelta? — preguntó alegremente.

Lo desdobló v lo extendió sobre la polvorienta superficie de la Luna.

— Se llama Colchón Lunar — explicó—. pero nosotros lo llamamos Colchón a secas. El adjetivo es superfluo rara los que vivimos en este mundo

Insertó un cartucho y apretó un interruptor.

El colchón empezó a llenarse. Denison esperaba oír una especie de silbido, pero, naturalmente, no había aire para transmitir ningún sonido.

— Antes de que vuelvas a tildarnos de despilfarradores — advirtió Selene—, esto también es argón.

Se transformó en un colchón con seis patas bajas.

— Te aguantará —dijo ella—. Tiene poco contacto con el suelo, y el vacío que lo rodea conserva el calor.

— No me digas que está caliente — dijo Denison, asombrado.

— El argón se calienta mientras es inyectado, pero sólo relativamente. Llega hasta los 135 grados absolutos, casi lo bastante caliente para fundir el hielo y lo suficiente para evitar que tu traje aislante pierda calor más de prisa de lo que tu cuerpo tarda en fabricarlo. Vamos, échate.

Denison obedeció y experimentó una sensación de inmensa comodidad.

—¡Magnífico! — exclamó con un largo suspiro.

— Mamá Selene piensa en todo — dijo ella.

Ahora se acercó por detrás de él, deslizándose, con los pies juntos por los talones, como si llevase patines, y entonces los levantó y se dejó caer graciosamente sobre la cadera y el codo, junto a él.

Denison silbó.

—¿Cómo has logrado hacer esto?

—¡Mucha práctica! Y guárdate de probarlo; te romperías el codo. Pero te advierto que si tengo demasiado frío, te obligaré a hacerme sitio en el colchón.

— No hay peligro — observó él— mientras ambos
llevemos estos trajes.

—¡Ah, ya ha hablado mi valiente libertino! ¿Cómo te sientes?

— Creo que muy bien. ¡Vaya experiencia!

—¡Ya lo creo! Has batido el récord de no caerse. ¿Te importa que se lo cuente a los amigos de la ciudad?

— No, siempre me gustan las alabanzas… No pretenderás que vuelva a hacerlo, ¿verdad?

—¿Ahora? Claro que no. Yo tampoco lo haría. Descansaremos un rato, nos aseguraremos de que tu corazón late con normalidad, y entonces regresaremos. Si me acercas los pies, te quitaré los deslizadores. La próxima vez te enseñaré a manejarlos.

— No estoy seguro de que haya una próxima vez.

— Por supuesto que la habrá. ¿No te has diver5do?

— Un poco. Cuando no sentía terror.

— Sentirás menos terror la próxima vez, y aún menos la siguiente, y acabarás por divertirte mucho… Voy a hacer de ti un corredor.

— Ni pensarlo. Soy demasiado viejo,

— En la Luna, no. Sólo pareces viejo.

Denison, tendido sobre el colchón, sentía que iba evadiéndole la paz suprema de la Luna. Ahora estaca de cara a la Tierra. Su firme presencia en el cielo le había dado, más que ninguna otra cosa, la sensación de estabilidad durante su reciente deslizamiento y experimentaba gratitud hacia ella.

Preguntó:

—¿Vienes aquí a menudo, Selene? Me refiero a si vienes sola, o con una o dos personas, y cuando no se celebran carreras.

— Puede decirse que nunca: A menos que haya mucha gente, lo encuentro demasiado solitario. El hecho de estar ahora aquí me sorprende.

— Hum — masculló Denison.

—¿No estás extrañado?

—¿Por qué habría de estarlo? Pienso que cada individuo hace las cosas o bien porque quiere o porque es su deber y, en ambos casos, es asunto suyo, no mío.

— Gracias, Ben; lo digo en serio, me gusta oírte hablar así. Una de tus cualidades es que, pese ser un inmi, nos aceptas tal como somos. Los selenitas somos gentes subterráneas, cavernícolas. ¿Y qué hay de malo en ello?

— Nada.

— Ojalá no tuviera que oír hablar a los terrícolas. Pero soy una guía de turismo v tengo que escucharles. Todo lo que dicen lo he millón un millón de veces, pero lo que oigo más a menudo… — Y empezó a imitar el acento entrecortado del típico terrícola al hablar el lenguaje planetario—: «Dios mío, ¿cómo pueden ustedes vivir siempre en cavernas? ¿No sienten una terrible claustrofobia? ¿No desean jamás ver el cielo azul, los árboles el océano, notar el viento y oler las

flores…?» ¡Oh, Ben! Podría citarte infinidad de frases parecidas. En seguida, añaden

«Aunque supongo que no han visto nunca el cielo azul, el mar y los árboles; de modo que no pueden sentir nostalgia por ellos.» Y por qué no recibimos la televisión terrestre, y si no disponemos libremente de la literatura terrestre, tanto en forma óptica como visual… e incluso a veces olfatoria.

Denison sonreía. Inquirió:

—¿Cuál es la, contestación oficial a observaciones como éstas?

— Muy breve. Sólo decimos: «Estamos muy acostumbrados a ello, señora». O «señor», si es un hombre. Pero en general es una mujer. Los hombres están demasiado interesados en estudiar nuestras blusas y supongo que en preguntarse cuándo nos las quitamos. ¿Sabes qué me gustaría replicar a esas idiotas?

— Dímelo, por favor. Mientras no tengas que quitarte la blusa que llevas debajo del traje, aligérate por lo menos de esto.

—¡Un gracioso juego de palabras, muy gracioso! Me gustaría decirles: «Escuche, señora, ¿por qué hemos de interesarnos por su condenado mundo? No nos gusta estar colgados de la superficie de ningún planeta, esperando caernos o que el viento nos lleve. No queremos que el aire nos envenene y nos moje el agua sucia. No queremos sus malditos gérmenes, su maloliente hierba, su insulso cielo azul y sus necias nubes blancas. Podemos ver la Tierra en nuestro propio cielo cuando se nos antoja, lo cual no ocurre casi nunca. La Luna es nuestro hogar y es exactamente como nosotros la hemos hecho. Es nuestra propiedad y fabricamos nuestra propia ecología, y no tenemos necesidad de que nos compadezcan por ser como somos. Vuelva a su mundo y deje que su gravedad le haga colgar los pechos hasta las rodillas.» Esto es lo que les diría.

Denison comentó —Está bien. Cuando estés a punto de decirlo a alguna terrícola, vienes a decírmelo a mi y te sentirás mejor.

—¿Sabes una cosa? De vez en cuando, algún inmi sugiere que construyamos un parque terrestre en la luna; un pequeño lugar donde puedan plantarse algunas plantas terrestres, y donde incluso haya algunos animales. Un toque hogareño, tal es la expresión

— Me imagino que estarás en contra.

— Claro que estoy en contra. ¿Un toque de qué hogar? La Luna es nuestro hogar. El inmi que necesite un toque hogareño haría mejor en volver a su casa. Hay ocasiones en las que los inmis pueden ser ores que los terrícolas.

— Lo tendré en cuenta — dijo Denison.

— Tú no, por ahora — le aseguró Selene.

Hubo un momento de silencio y Denison se preguntó si Selene iba a sugerirle que volvieran a las cavernas. Por un lado, él no tardaría

mucho en sentir.a tremenda necesidad de visitar una sala de reposo. Por el otro, jamás había estado tan relajado. No sabía hasta cuándo duraría el oxígeno que llevaba a espalda.

Entonces, Selene interrogó:

— Ben, ¿te molestada que te hiciese una pregunta? — En absoluto. Si es mi vida privada lo que te interesa, no tengo secretos. Mido un metro setenta v eco, peso trece kilos en la Luna, tuve una esposa ice mucho tiempo, de la cual me divorcié, una hija pica, ya casada, fui a la universidad de…

— No, Ben, hablo en serio. ¿Puedo preguntarte por tu trabajo?

— Claro que puedes, Selene. Aunque no sé qué aspecto te interesa.

— Verás… Ya sabes que Barron y yo… — Sí, ya lo sé — interrumpió Denison, con brusquedad.

— Los dos hablamos. A veces él me cuenta cosas. Me ha dicho que tú crees que la Bomba de Electrones hará explotar el universo.

— Nuestra parte del universo. Podría convertir una parte de la galaxia en un quasar.

—¿De verdad? ¿Lo crees realmente?

Denison repuso

— Cuando llegué a la Luna, no estaba seguro. Ahora esto personalmente convencido de que ocurrirá.

—¿Cuándo crees que ocurrirá?

— No puedo decirlo con precisión. Quizá dentro de pocos años. Quizá dentro de unas décadas.

Se produjo un breve silencio. Selene lo interrumpió:

— Barron no lo cree — dijo en voz baja.

— Ya lo sé. No estoy tratando de convencerle. Es inútil luchar contra la negativa a creer en un ataque frontal. Este es el error de Lamont.

—¿Quién es Lamont?

— Lo siento, Selene. Estoy hablando conmigo mismo.

— No, Ben. Te ruego que me lo expliques. Estoy interesada. Por favor.

Denison se volvió de lado, para mirarla de frente.

— Muy bien — dijo—. No me importa explicártelo. Lamont, un físico de la Tierra, intentó a su manera advertir al mundo de los peligros de la Bomba. Fracasó. Los terrestres quieren la Bomba, quieren la energía gratis; la quieren lo bastante como para negarse a creer que no deben tenerla.

— Pero, ¿por qué la quieren, si significa la muerte?

— Todo lo que han de hacer es negarse a creer que significa la muerte. La manera más fácil de resolver un problema es negar su existencia. Tu amigo, el doctor Neville, hace lo mismo. Le desagrada

la superficie, así que se obliga a sí mismo a creer que las baterías solares no sirven, pese a que cualquier observador imparcial las consideraría la perfecta fuente de energía para la Luna. Quiere la Bomba para poder seguir bajo tierra, razón por la cual se niega a creer que puede ser peligrosa.

Selene objetó:

— No me imagino a Barron negándose a creer algo basado en una evidencia válida. ¿Tienes de verdad esa evidencia?

— Creo que sí. Resulta francamente asombroso, Selene. La cuestión depende enteramente de ciertos factores sutiles de las interacciones quark-quark. ¿Sabes qué significa eso?

— No es preciso que me lo expliques. He hablado tanto con Barron acerca de tantas cosas, que tal vez sea capaz de seguirte.

— Pues bien, al principio pensé que para lograr mis fines necesitaría el protón sincrotón lunar. Tiene cuarenta kilómetros de extensión, magnetos superconductores y dispone de energías de 20.000 BeV y más([3]). Pero resulta que tu gente tiene algo que llamáis un pionizador, que cabe en una habitación de dimensiones normales y que hace el mismo trabajo que el sincrotón. Hay que felicitar a la Luna por un progreso realmente notable.

— Gracias — dijo Selene, satisfecha—. De parte de la Luna.

— Los resultados que me ha dado el pionizador muestran el ritmo creciente de la intensidad de la fuerte interacción nuclear, y el incremento es el mismo que ha obtenido Lamont y no El que proclama la teoría ortodoxa.

—¿Y lo has enseñado a Barron?

— No, no lo he hecho. Y si lo hago, me temo que Neville lo rechazará. Dirá que los resultados son marginales. Dirá que he cometido un error; que no he tenido en cuenta todos los factores; que he usado controles inapropiados… Lo que en realidad querrá decir es que necesita la Bomba de Electrones y que no piensa renunciar a ella.

— Quieres decir que no hay salida.

— Por supuesto que la hay, pero ha de ser indirecta. No la de Lamont.

—¿Cuál es la suya?

— La solución de Lamont es forzar el abandono de la Bomba, pero retroceder es una imposibilidad. No es posible introducir de nuevo el polluelo en el huevo, el vino en la uva y el niño en el útero. Si quieres que un niño suelte tu reloj, no lo conseguirás explicándole que debe hacerlo; le has de ofrecer algo que le guste más.

—¿Y qué es ello?

—¡Ah! Ahí está mi duda. Tengo una idea, una idea sencilla (quizá demasiado sencilla para ser eficaz), basada en el hecho completamente obvio de que el número dos es ridículo y no puede

existir.

El silencio duró algo más de un minuto; entonces, Selene, con una voz tan absorta como la de él, dijo:

— Déjame adivinar lo que piensas.

— No estoy seguro de pensar nada — observó Denison.

— Déjame adivinarlo, de todos modos. Podría tener sentido suponer que nuestro propio universo es el único que puede existir o que existe, porque es el único en el cual vivimos y que conocemos directamente. Sin embargo, una vez surgida la evidencia de que también existe un segundo universo, el que llamamos parauniverso, entonces resulta absolutamente ridículo suponer que hay dos, y sólo dos universos. Si puede existir un segundo universo, puede existir asimismo un número infinito de ellos. En casos como éste, entre el uno y el infinito no hay números razonables. No sólo dos, sino cualquier número, es absurdo y no puede existir.

Denison murmuró

— Tal es exactamente mi ra… — y volvió a reinar el silencio.

Denison se incorporó hasta sentarse y miró a la muchacha enfundada en el traje espacial. Dijo:

— Creo que será mejor que volvamos a la ciudad.

Ella alegó

— Era sólo una conjetura.

El repuso:

— No. Fuera lo que fuese, no era sólo una conjetura.

11

Barron Neville la miraba de hito en hito, sin hablar durante un buen rato. Ella le devolvía tranquilamente la mirada. El panorama de sus ventanas sabía cambiado de nuevo. Ahora, una de ellas mostraba la Tierra, que se veía casi llena.

Por fin, él exclamó

—¿Por qué?

Ella repuso

— En realidad, fue un accidente. Caí en la cuenta el entusiasmo me obligó a hablar. Tendría que habértelo dicho hace días, pero temía que tu reacción cese exactamente ésta.

— Así que ya lo sabe. ¡Eres una estúpida!

Selene frunció el ceño.

—¿Qué es lo que sabe? Sólo algo que hubiese adivinado tarde o temprano: que no soy realmente ana guía de turismo, que soy tu intuicionista. Una intuicionista que no sabe matemáticas. ¿Qué importa que lo sepa? ¿Qué importa que yo tenga intuición? Cuántas veces me has dicho que mi intuición carece de valor mientras no esté respaldada por el rigor matemático y la observación experimental? Cuántas veces me has dicho que la intuición más agudizada puede equivocarse? Pues bien, ¿qué valor quieres que atribuya él al mero intuicionismo?

Neville palideció, pero Selene no pudo darse cuenta si se debía a la cólera o a la aprensión. Replicó:

— Tú eres diferente. ¿No has acertado siempre con su intuición? ¿Siempre que estabas segura de ella?

—¡Ah! Pero él no sabe esto.

— Lo adivinará. Irá a ver a Gottstein.

—¿Qué puede decirle a Gottstein? Sigue sin tener idea de lo que nos proponemos.

—¿Tú crees?

— Sí. —Selene se había levantado y apartado de él. Ahora le encaró y dijo a gritos—: ¡Sí! Es una mezquindad por tu parte insinuar que yo os traicionaría, a ti y a los demás. Si no aceptas mi integridad, acepta entonces mi sentido común. No ganaría nada con decírselo. ¿De qué les serviría y de qué nos servirá a nosotros, si todos vamos a ser destruidos?

—¡Por favor, Selene! — Neville hizo un ademán de disgusto—. No empieces con eso.

— Sí. Y tú me escucharás. Me ha hablado y me ha descrito su trabajo. Tú me ocultas como si fuera un arma secreta. Me dices que soy más valiosa que cualquier instrumento o cualquier científico del

montón. Juegas a conspirador e insistes en que todos continúen creyendo que soy una guía de turismo, mientras yo pongo mi gran talento a la perpetua disposición de los selenitas. A la tuya. ¿Y qué logras con ello?

— Te tenemos con nosotros, ¿no? ¿Cuánto tiempo supones que hubieses conservado la libertad si ellos…?

— Siempre dices lo mismo. Pero, ¿quién ha sido encarcelado? ¿A quién le han prohibido trabajar? ¿Dónde está la evidencia de la gran conspiración que ves a tu alrededor? Los terrestres no os permiten, a ti y a tu equipo, el acceso a sus grandes instrumentos, más porque tú les obligas a ello que por malicia. Y esto nos ha beneficiado, en lugar de perjudicarnos, porque nos ha obligado a inventar otros instrumentos que son aún más sutiles.

— Basados en tu intuición teórica, Selene.

Selene sonrió.

— Lo sé. Ben los ha alabado con mucho calor.

— Tú y tu Ben. ¿Qué diablos te atrae en ese miserable terrícola?

— Es un inmigrante. Y lo que yo quiero es información. ¿Tú me das alguna? Tienes tanto miedo de que me pillen, que no te atreves ni siquiera a que me vean hablando con algún físico; sólo puedo hablar contigo, y tú eres mi… Sólo por esta razón, probablemente.

— Vamos, Selene — intentó dar a su voz un tono conciliador, pero se advertía en ella demasiada impaciencia.

— No, en realidad no me importa demasiado. Me has dicho que tengo esta tarea y he intentado concentrarme en ella, y a veces creo que ya la he solucionado, pese a las matemáticas. Vislumbro exactamente lo que debe hacerse, y entonces se me escapa. Pero de qué va a servirnos si la Bomba nos destruirá a todos. ¿No te dije que me inquietaba el intercambio de intensidades?

Neville dijo:

— Te lo preguntaré otra vez. ¿Estás dispuesta a asegurarme que la Bomba nos destruirá? No me respondas con el condicional en ninguna forma; sólo si es una afirmación categórica.

Selene meneó la cabeza con fuerza.

— No puedo, es demasiado marginal. No puedo asegurarte que así será. Pero, ¿no es suficiente una simple posibilidad en un caso como éste?

—¡Oh, Selene!

— No pongas los ojos en blanco. ¡No te burles! nunca lo has comprobado. Te he dicho cómo podía comprobarse.

— Nunca te preocupó tanto el asunto hasta que empezaste a hacer caso a ese terrícola.

— Es un inmigrante. ¿No vas a comprobarlo?

—¡No! Ya te dije que tus sugerencias no eran prácticas. No eres

un experimentalista, y lo que tu mente considera factible no lo es necesariamente en el mundo real de los instrumentos, las casualidades y la incertidumbre.

— El llamado mundo real de tu *laboratorio*. — Su rostro estaba ruborizado y expresaba ira, y mantenía los puños a la altura de la barbilla—. Pierdes tanto tiempo tratando de lograr un vacío adecuado… Allí arriba hay un vacío en la superficie que te estoy señalando, con temperaturas que a veces alcanzan la mitad del camino hacia el cero absoluto. ¿por qué no haces experimentos en la superficie?

— Sería inútil.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera lo has intentado. Ben Denison sí que lo ha hecho. Se tomó la molestia de inventar un sistema que se pueda utilizar en la superficie y lo puso en práctica cuando fue a inspeccionar las baterías solares. Quería que le acompañases y tú te negaste. ¿Lo recuerdas? Era algo muy sencillo, algo que incluso yo te podría describir, ahora que él me lo ha descrito a mí. Lo hizo funcionar a temperaturas del día, y después a temperaturas nocturnas, y esto bastó para guiarle hacia una nueva línea de investigación con el pionizador.

— Haces que suene muy sencillo.

— Es muy sencillo. Cuando descubrió que soy una intuicionista, me habló como tú nunca lo has hecho, Me explicó sus razones para pensar que la intensificación de la fuerte interacción nuclear está realmente acumulándose de modo catastrófico en la vecindad de la Tierra. No pasarán muchos años antes de que el sol explote y envíe las ondas de intensificación.

— No, no, no, no — gritó Neville—. He visto sus resultados y no me han impresionado.

—¿Los has visto?

— Pues, claro. ¿Supones que le dejo trabajar en nuestros laboratorios sin enterarme de lo que hace? He visto sus resultados y no valen nada. Trabaja con minúsculas desviaciones que están dentro del error experimental. Si él quiere creer que estas desviaciones tienen importancia, y si tú también quieres creerlo, adelante. Pero el hecho de que lo creáis no les dará esa importancia, si no la tienen.

—¿Qué quieres creer tú, Barron?

— Yo quiero la verdad.

— Pero, ¿no has decidido de antemano, según tu propio evangelio lo que debe ser la verdad? Tú quieres la Estación de la Bomba en la Luna, ¿no es eso? para no tener nada que ver con la superficie; y todo cuanto pueda obstaculizarlo es falso… por definición.

— No discutiré contigo. Quiero la Estación de la Bomba y aún más: quiero lo otro. Ambas cosas se complementan. ¿Estás segura de

que no has…?

— No he hablado.

—¿Ni hablarás?

Serene volvió a enfrentarse con él, girando los pies con tanta rapidez que por un instante pareció flotar en el aire.

— No le diré nada — erijo—, pero he de obtener más información. Tú puedes carecer de ella, pero él puede tenerla o conseguirla con los experimentos que tú no quieres hacer. He de hablar con él y enterarme de lo que va a descubrir. Si te interpones entre él y yo, nunca tendrás lo que quieres. Y no temas que él lo consiga antes que yo: está demasiado acostumbrado a pensar como un terrestre. El no dará el último paso; lo daré yo.

— Muy bien. Y no olvides la diferencia entre la Tierra y la Luna. Este es tu mundo; no tienes otro. Este hombre, Denison, este Ben, este inmigrante, que ha venido de la Tierra a la Luna, puede volver cuando quiera de la Luna a la Tierra. Tú nunca podrás ir a la Tierra, nunca. Eres para siempre una selenita.

— Una doncella selenita — murmuró Selene, burlonamente.

— Una doncella, no — dijo Neville—. Aunque tal vez tengas que esperar bastante tiempo para que yo pueda volver a confirmarlo.

Ella no pareció inmutarse al oírle.

Neville añadió:

— Y en cuanto a este gran peligro de explosión si es tan grande el riesgo implícito en el cambio de las constantes básicas de un universo, ¿por qué los parahombres, que están mucho más avanzados que nosotros en tecnología, no han detenido la Bomba?

Y se marchó.

Ella se quedó mirando la puerta cerrada con las mandíbulas en tensión. Entonces replicó:

— Porque sus condiciones y las nuestras son diferentes, grandísimo necio.

Pero estaba hablando consigo misma; él ya se había ido.

Apretó el interruptor que bajaba la cama, se tendió sobre ella y se abandonó a su creciente desazón. ¿En qué medida se había acercado al verdadero objetivo por el que Barron y los demás luchaban desde hacia años?

Seguía en el mismo sitio.

¡Energía! ¡Todos buscaban la energía! ¡La palabra mágica! ¡La cornucopia! ¡La única llave de la abundancia universal! Y sin embargo, la energía no lo era todo.

Si uno encontraba la energía, también podía encontrar lo otro. Si uno encontraba la llave de la energía, la llave de lo otro sería evidente. Ella sabía que la llave de lo otro sería evidente si podía vislumbrar el punto sutil que resultaría evidente en el momento de ser

vislumbrado. (Dios santo, estaba tan imbuida de la crónica suspicacia de Barron que incluso en sus pensamientos lo llamaba «lo otro»)

Ningún terrestre vislumbraría aquel punto sutil porque ningún terrestre tenía motivos para buscarlo.

Ben Denison lo encontraría para ella sin encontrarlo para sí mismo.

Excepto que… Si el universo iba a ser destruido, nada servía para nada.

12

Denison trataba de vencer su timidez. Una y otra vez hizo el mismo gesto inconsciente, como para subirse los pantalones que no llevaba. Su única vestimenta consistía en unas sandalias y en el más breve de los taparrabos, que le quedaba intolerablemente apretado. Claro que, además, llevaba una manta.

Selene, que iba ataviada del mismo modo, se rió.

— Vamos, Ben, no hay nada feo en tu cuerpo desnudo, a excepción de una ligera flaccidez. Está perfectamente adaptado a la moda de aquí. De hecho, puedes quitarte el taparrabos, si te molesta.

—¡No! — murmuró Denison.

Se envolvió con la manta para cubrirse el abdomen y ella se la quitó.

Le dijo:

— Venga, dame eso. ¿Qué clase de selenita vas a ser si conservas tu puritanismo terrestre? Sabes muy bien que la pudibundez es sólo una forma de la sensualidad. Las dos palabras tendrían que ser sinónimos en el diccionario.

— Tengo que acostumbrarme, Selene.

— Podrías empezar por mirarme de vez en cuando en lugar de hacer resbalar tu mirada por mi cuerpo como si lo tuviera untado de aceite. He observado que diriges miradas muy eficientes a las otras mujeres.

— Si te miro a ti…

— Parecerás demasiado interesado y te avergonzarás. Pero si me miras con atención, te acostumbrarás y dejarás de darle importancia. Verás, voy a quedarme quieta y tú me miras fijamente.

Denison gimió:

— Selene, estamos rodeados de gente y tú me haces hacer el ridículo más espantoso. Te ruego que sigas caminando y dejes que me acostumbre poco a poco.

— Está bien, pero espero que adviertas que la gente que pasa no nos mira.

— No te miran a ti, pero a mí sí. Es probable que nunca hayan visto a una persona tan vieja y mal formada.

— Probablemente no — convino Selene, sonriendo—, pero tendrán que acostumbrarse.

Denison siguió caminando lleno de desaliento, consciente de cada pelo gris de su pecho y de cada gramo de grasa de su barriga. Hasta que el corredor se estrechó y la gente empezó a escasear, no se sintió un poco aliviado.

Ahora miró en torno suyo con curiosidad, algo menos pendiente

que antes de los pechos cónicos de Selene y de sus bien torneados muslos. El corredor parecía interminable.

—¿Cuánto hemos andado? — preguntó.

—¿Te cansas? — Selene tenía la voz contrita—. Podríamos haber tomado un coche. He olvidado que vienes de la Tierra.

— Espero que sigas haciéndolo. ¿No es el ideal para un inmigrante? No estoy nada cansado, es decir, casi nada. Lo que tengo es un poco de frío.

— Es imaginación tuya, Ben — discrepó Selene, con firmeza—. Crees que tienes que tener frío porque vas desnudo. Quítate la idea de la cabeza.

— Fácil de decir — suspiró él—. Espero estar andando bien.

— Muy bien. Pronto te enseñaré los saltos de canguro.

— Y a participar en las carreras de deslizamiento. Recuerda que soy de una edad ligeramente avanzada. Pero, dime: ¿cuánto hemos andado?

— Unos tres kilómetros y medio, más o menos.

—¡Dios mío! ¿Cuántos kilómetros de corredores tenéis?

— Siento no saberlo. Los corredores residenciales constituyen una pequeña parte del total. Están los corredores de las minas, los geológicos, los industriales, los micológicos… Estoy segura de que debe haber varios miles de kilómetros.

—¿Tenéis mapas?

— Por supuesto. No podemos ir a ciegas.

— Y tú, ¿llevas alguno?

— No, no necesito un mapa para este sector; lo conozco muy bien, desde que era una niña. Son corredores antiguos. La mayoría de los nuevos (y creo que construimos cuatro o cinco kilómetros al año, como término medio) están en el Norte. Por aquéllos no podría adentrarme sin un mapa, y quizá ni siquiera con él.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

— Te he prometido algo fuera de lo corriente (no, no yo, o sea que no lo digas), y voy a cumplirlo. Es la mina más peculiar de la Luna y está completamente fuera del recorrido normal de los turistas.

—¡No vas a decirme que tenéis brillantes en la Luna!

— Mejor que eso.

Las paredes del corredor aquí no estaban pulidas; eran de roca gris, iluminadas, con suavidad pero de manera efectiva, por tramos de electroluminiscencia. La temperatura era agradable y fija, con un sistema de ventilación tan eficaz como silencioso; no se notaba ninguna corriente de aire. Aquí era difícil adivinar que a unos sesenta metros más arriba se hallaba una superficie sujeta alternativamente a un calor de ebullición y a un frío de congelamiento, durante El recorrido quincenal del sol de un horizonte al otro y alrededor de la

otra cara.

—¿Es todo esto totalmente estanco? — preguntó Denison, que de improviso se acordó con inquietud de que no estaba muy por debajo del fondo de un océano ilimitado.

—¡Oh, sí! Estas paredes son impermeables y además, todas. están aseguradas. Si la presión del aire disminuye tan sólo un diez por ciento en cualquier sección de los corredores, se organiza el mayor estruendo de sirenas que hayas oído jamás, y una cantidad increíble de flechas y de señales luminosas que indican las salidas de emergencia.

—¿Ocurre con frecuencia?

— No. No creo que nadie haya muerto por falta de aire durante los últimos cinco años — entonces, con repentina agresividad agregó —: Vosotros tenéis catástrofes naturales en la Tierra. Un gran terremoto o una inundación puede causar miles de víctimas.

— No lo discuto, Selene — levantó las manos—. Me rindo.

— Muy bien — dijo ella—. No era mi intención excitarme… ¿Oyes eso?

Se detuvo, en actitud de escucha.

Denison escuchó a su vez y movió la cabeza. De pronto miró a su alrededor.

— Reina un gran silencio. ¿Dónde está la gente? ¿Estás segura de que no nos hemos perdido?

— Esto no es una cueva natural.con pasadizos desconocidos. Las tenéis en la Tierra, ¿verdad? He visto fotografías.

— Sí, la mayoría son cuevas de piedra caliza, formadas por el agua. Pero éste no puede ser el caso de la Luna, ¿verdad?

— Y por lo tanto, no podemos habernos perdido — repuso Selene, sonriendo—. Si estamos solos, achácalo a la superstición.

—¿A qué? —Denison pareció asustado y en su rostro apareció una mueca de incredulidad.

— No hagas eso — dijo ella—; te salen arrugas. Así, ahora tienes la piel lisa otra vez. ¿Sabes una cosa? Tienes mucho mejor aspecto que cuando llegaste. Gracias a la escasa gravedad y al ejercicio.

— Y a tratar de no decepcionar a las jovencitas desnudas que disfrutan de una gran cantidad de tiempo libre y de una extraña falta de cosas mejores que hacer que trabajar en sus días de asueto.

— Ahora vuelves a tratarme como si fuera una guía de turismo, aparte que no voy desnuda.

— En cuanto a eso, incluso la desnudez es menos temible que el intuicionismo… Pero, ¿a qué te referías con lo de la superstición?

— Supongo que no es realmente superstición, pero la mayoría de la gente de la ciudad evita este sector de los corredores.

— Pero, ¿por qué?

— Por lo que ahora voy a enseñarte — empezaron caminar de nuevo—. ¿Lo oyes ahora?

Volvió a detenerse y Denison escuchó con atención. Luego, dijo:

—¿Te refieres a ese golpeteo? Tap, tap… ¿Es eso?

Ella se le adelantó a pasos lentos y rítmicos, con el característico movimiento de los selenitas al acelerar el paso de modo imperceptible. El la siguió,catando de imitarla.

— Aquí…, aquí…

La mirada de Denison siguió el índice de Selene, fue señalaba con excitación.

—¡Dios mío! — exclamó—. ¿De dónde viene?

Era un reguero, evidentemente de agua. Caía gota A gota y resonaba sobre una pequeña artesa de cerámica, para desaparecer después en el interior de la roca.

— De las rocas. Porque en la Luna tenemos agua. La mayor parte la sacamos del yeso; la suficiente rara nuestras necesidades, puesto que la conservaos muy bien.

— Lo sé, lo sé. Aún no he podido conseguir una ducha completa. No entiendo cómo hacéis para estar limpios.

— Ya te lo he explicado. Primero te mojas. Entonces cierras el grifo y te rocías con un poco de detergente. Entonces te friegas… ¡Oh, Ben! no voy a repetírtelo una vez más. Aparte de que en la Luna no puedes ensuciarte mucho… Pero no estábamos hablando de esto. En uno o dos lugares tenemos realmente depósitos de agua, por lo general en forma de cielo, cerca de la superficie, en la ladera sombreada de una montaña. Si lo localizamos, vemos que gotea. Este ha estado goteando desde que fue excavado el corredor, hace ocho años.

— Pero, ¿por qué la superstición?

— Pues verás: resulta obvio que el agua es el gran recurso material del que depende la Luna. La usamos para beber, lavarnos, cultivar nuestra comida, obtener el oxigeno, hacer que todo funcione. Es natural que el agua inspire mucho respeto. Cuando este depósito fue descubierto, se abandonaron los planes para prolongar los túneles en esta dirección, aplazándolos hasta que se extinguiera. Incluso dejaron sir, terminar las paredes del corredor.

— Es cierto que suena como una superstición.

— Quizá una especie de respeto. No se esperaba que durase más de unos pocos meses; es lo normal. Pero cuando éste cumplió el primer aniversario, empezó a antojársenos eterno. Así es como se llama «El Eterno». Incluso lo verás marcado así en los mapas. Naturalmente, la gente ha ¡legado a darle importancia; la sensación de que su agotamiento significará una especie de mal presagio.

Denison se rió.

Selene continuó, seducida por el tema.

— Nadie lo cree de verdad, pero sí a medias. Es evidente que no es eterno y que algún día se extinguirá. De hecho, el goteo ya es sólo un tercio de lo que era cuando fue descubierto, de modo que se está secando lentamente. Me imagino que la gente piensa que si se detiene cuando ellos están aquí, participarán de la mala suerte. Por lo menos, es la única explicación racional de su resistencia a venir aquí.

— Supongo que tú no sostienes esta creencia.

— Que lo crea o no carece de importancia. Además, estoy segura de que no se extinguirá tan de improviso como para que alguien se sienta culpable de ello. Irá goteando cada vez menos y nadie podrá saber el momento exacto en que se secó. Por lo tanto, ¿por qué preocuparse?

— Estoy de acuerdo contigo.

— Sin embargo — añadió ella, cambiando de tema con suavidad —, tengo otras preocupaciones y me gustada discutirlas contigo mientras estamos solos — extendió la manta y se sentó en ella, con las piernas cruzadas.

—¿Y por eso me has traído aquí? —él se echó en el suelo, para apoyarse sobre la cadera y el codo, frente a ella.

—¿Ves? Ahora ya me miras con naturalidad. Te estás acostumbrando a mí… Y en realidad, es seguro que en la Tierra hubo épocas en que nadie se extrañaba de la desnudez.

—Épocas y lugares — convino Denison—, pero no después de la Crisis. En mi tiempo…

— Bueno, en la Luna, hacer lo que ves hacer a los selenitas es una buena regla de conducta.

—¿Por fin me vas a decir por qué me has traído hasta aquí? ¿O tengo que declararte sospechosa de planear mi seducción?

— Podría seducirte muy cómodamente en mi casa, gracias. Esto es diferente. La superficie hubiera sido mejor, pero los preparativos para subir ala superficie hubiesen llamado demasiado la atención. Venir aquí ha sido más discreto, y éste es el único lugar de la ciudad donde podemos tener la garantía casi plena de no ser interrumpidos — Selene titubeó.

—¿Y bien?. — la animó Denison.

— Barron está enfadado. Mejor dicho, muy enfadado.

— No me sorprende. Te advertí que se enfadada cuando se enterase de que sé que eres una intuicionista. ¿Por qué creíste tan necesario decírselo?

— Porque es difícil ocultar las cosas por mucho tiempo a mi… compañero. Aunque es probable que él ya no me considere como tal.

— Lo siento.

—¡Oh! de todos modos, ya nos estábamos enfilando. Ha durado demasiado. Me preocupa más (mucho más) que se niegue

violentamente a aceptar tu interpretación de los experimentos que hiciste con el pionizador después de las observaciones en la superficie.

— Ya te lo profeticé.

— Dijo que ha visto tus resultados.

— Les echó una mirada y gruñó.

— Es muy decepcionante. ¿Es que nadie cree más de lo que quiere creer?

— No, mientras les sea posible—

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Te refieres a si soy humano? Pues claro. No creo ser realmente viejo. Me considero muy atractivo. Creo, que buscas mi compañía porque me encuentras adorable, incluso aunque insistas en llevar la conversación hacia la física.

—¡No! ¡Estoy hablando en serio!

— Pues bien, sospecho que Neville te dijo que mis datos no eran importantes más allá del margen del error, lo cual los hace dudosos, y esto es cierto… Y pese a ello, yo prefiero creer que tienen el significado que les atribuí desde el principio.

—¿Sólo porque quieres creerlo así?

— No sólo por eso. Míralo de esta manera: supón que no hay peligro en la Bomba, pero que yo insisto en pensar que sí lo hay. En este caso, será evidente que soy un imbécil y mi reputación de científico sufrirá un descalabro. Pero el hecho es que ya soy imbécil a los ojos de las personas que cuentan y carezco de reputación científica.

—¿Por qué esto último, Ben? Lo has insinuado varias veces, ¿No me puedes contar toda la historia?

— Te sorprenderá lo poco que hay que contar. A la edad de veinticinco años, yo era todavía tan niño que tuve que divertirme insultando a un imbécil por la sencilla y única razón de que era un imbécil. Mi insulto le catapultó hasta unas cumbres que nunca hubiera escalado de otro modo…

—¿Estás hablando de Hallam?

— Sí, claro. Y cuando él subió, yo me caí. Y al final, he ido a parar a… la Luna.

—¿Es eso tan malo?

— No, creo que es bastante bueno. Digamos, por lo tanto, que me hizo un favor, un favor a largo plazo… Y ahora volvamos a lo que te decía. Acabo de explicarte que aunque me equivoque al creer que la Bomba es peligrosa, no puedo perder nada. Por el contrario, si me equivoco al creer que la Bomba es inofensiva, estaré ayudando a destruir el mundo. Naturalmente, ya he vivido gran parte de mi vida y supongo que puedo llegar a convencerme a mí mismo de que no tengo grandes motivos para amar a la humanidad. Sin embargo, sólo me han

perjudicado unas cuantas personas, y si me vengara de modo tal que perjudicase a todo el mundo, cometería una injusticia imperdonable.

«Además, si quieres una razón menos noble, Selene, consideremos a mi hija. Poco antes de que yo saliera hacia la Luna, ella había pedido permiso para tener un hijo. Es probable que se lo concedan, y dentro de poco tiempo, yo seré (si no te importa que lo diga) un abuelo. Creo que me gustaría saber que mi nieto podrá disfrutar de una larga vida. Por consiguiente, prefiero creer que la Bomba es peligrosa y actuar según mi creencia.

Selene preguntó, con mucha intensidad en la voz:

— Esta es la cuestión. ¿Es o no es peligrosa la Bomba? Me refiero a la verdad, y no a lo que todo el mundo quiere creer.

— Y debería preguntártelo a ti. Tú eres la intuicionista. ¿Qué dice tu intuición?

— Pues esto es lo que me preocupa, Ben. No puedo llegar a una certeza en ningún sentido. Tiendo a creer que la Bomba es peligrosa, pero tal vez sea porque quiero creerlo.

— Muy bien. Supongamos que quieres creerlo. ¿Por qué?

Selene sonrió sin alegría y se encogió de hombros.

— Sería divertido que Barron se equivocase. Cuando cree estar seguro, lo está de un modo insultante.

— Comprendo. Quieres ver su cara cuando le obligues a tragar su error. Sé muy bien lo intenso que puede ser este deseo. Por ejemplo, si la Bomba fuera peligrosa y yo pudiera probarlo, seguramente sería proclamado el salvador de la humanidad y, no obstante, juro que me interesaría más la expresión del rostro de Hallam. No estoy orgulloso de este sentimiento, así que sospecho que lo que haré será insistir en que Lamont comparta mi gloria, de la cual es muy merecedor, por otra parte, y limitar mi satisfacción a mirar la cara de Lamont cuando él mire la cara de Hallam. De este modo, la mezquindad será un grado menor… Pero estoy empezando a decir tonterías. ¡Selene!

—¿Sí, Ben?

—¿Cuándo descubriste que eras una intuicionista?

— No lo sé con exactitud.

— Me imagino que estudiarías física en la universidad.

— Sí, claro, y también matemáticas, aunque nunca me gustaron. Ahora que lo pienso, tampoco era muy brillante en física. Solfa adivinar las respuestas cuando estaba desesperada; adivinar lo que debía hacer para dar las respuestas correctas. Me salía bien muy a menudo y entonces me pedían que explicara por qué había respondido así, pero aquello ya no lo hacía tan bien. Sospechaban que recurría a alguna trampa, pero nunca pudieron probarlo.

—¿No sospecharon que se trataba de intuicionismo?

— No lo creo. Y yo tampoco. Hasta que… bueno, uno de mis

primeros amantes era físico. De hecho, fue el padre de mi hijo, suponiendo que la muestra de esperma fuese realmente suya. Tenía un problema de física y me lo contó cuando estábamos en la cama, supongo que para hablar de algo. Y yo le dije: «¿Sabes cómo lo haría?» y se lo expliqué. El lo probó para divertirse, según confesó, y salió bien. De hecho, fue el primer paso del pionizador, que tú dices que es mucho mejor que el protón sincrotón.

—¿Quieres decir que fue idea tuya? — Denison puso un dedo bajo el chorro de agua y se detuvo cuando iba a llevárselo a los labios—. ¿Es potable este agua?

— Es perfectamente estéril — repuso Selene—, y va a parar al depósito general para ser tratada. Está saturada de sulfatos, carbonatos y otros elementos. No te gustará el sabor.

Denison se secó el dedo con el taparrabos.

—¿Tu inventaste el pionizador?

— No lo inventé; tuve el concepto original. Se precisaron muchas fases de desarrollo, y Barron realizó la mayoría.

Denison meneó la cabeza.

— Selene, eres un fenómeno asombroso. Tendrías que estar bajo observación de los biólogos moleculares.

—¿De veras? No es mi idea de cómo divertirse.

— Hace medio siglo, la tendencia hacia la mutación artificial genética alcanzó su punto álgido…

— Ya lo sé. Fracasó y fue abandonada. Ahora, este tipo de estudio es ilegal, en la medida que puede ser ilegal un trabajo de investigación. Conozco a gente que ha seguido trabajando en ello.

— Estoy seguro. ¿Sobre intuicionismo?

— No, no lo creo.

—¡Ah! pues yo me refería a eso. En el momento cumbre de la mutación artificial, se produjo una tentación de estimular el intuicionismo. Casi todos los grandes científicos paseen capacidad intuitiva, naturalmente, y se creía que ésta era la única y auténtica llave de la facultad creadora. Se especulaba con que una capacidad superior para la intuición era el producto de una determinada combinación de genes y hubo muchas conjeturas respecto a esa determinada combinación—

— Sospecho que debe haber muchos tipos posibles que resultarían satisfactorios.

— Y yo sospecho que si esto te lo dicta tu intuición, estás en lo cierto. Pero también hubo quien insistió en que un solo tipo de genes, o un pequeño grupo de ellos era de particular importancia para la combinación, hasta el punto de poder hablar de un Gen Intuitivo… Entonces, la investigación se detuvo.

— Como te he dicho.

— Pero antes de detenerse — prosiguió Denison—, hubo tentativas de alterar los genes para intensificar el intuicionismo, y se afirmó que se había conseguido cierto éxito. Estoy seguro de que los genes alterados se mezclaron con el resto, y si por casualidad tú has heredado… ¿Estuvo implicado en el programa alguno de tus parientes?

— No, que yo sepa — replicó Selene—, pero no puedo excluir la posibilidad. Quizá uno de ellos… Si no te importa, no pienso investigar el asunto. No quiero saberlo.

— Tal vez es mejor. Todo aquel estudio se granjeó la más terrible hostilidad entre la masa del público, y cualquiera que pudiese ser considerado el producto de la mutación artificial no sería precisamente bien acogido… Por ejemplo, decían que el intuicionismo era inseparable de ciertas características indeseables.

— Pues, muchas gracias.

— Lo decían. Poseer intuición equivale a inspirar envidia v enemistad. Incluso un intuicionista tan amable y bondadoso como Michael Faraday despertó la envidia y el odio de Humphry Davy. ¿Quién puede afirmar que no es precisa cierta imperfección de carácter para despertar envidia? Y en tu caso…

Selene preguntó:

— Supongo que no despierto tu envidia y tu odio,

¿no?

— No lo creo. Pero, ¿qué hay de Neville?

Selene guardó silencio.

Denison dijo:

— Me imagino que cuando conociste a Neville ya eras muy conocida como intuicionista.

— Muy conocida, no. Sé que algunos físicos lo sospechaban. Sin embargo, aquí, al igual que en la Tierra, no les gusta renunciar al éxito, y supongo que se convencieron a sí mismos de que cuanto yo les había dicho eran meras conjeturas sin importancia. Pero Barron lo sabía, por supuesto.

— Comprendo — murmuró Denison.

Selene hizo una mueca.

— No sé por qué tengo la sensación de que quieres decir: «¡Ah! ése es el motivo de que te haga caso.

— No, claro que no, Selene. Eres lo bastante atractiva para ser deseada por ti misma.

— Eso creo yo, pero todo influye, y es natural que Barron estuviese interesado por mi intuicionismo. ¿Por qué no había de estarlo? Pero insistió en que conservase mi empleo como guía de turismo. Dijo que yo era un importante recurso natural de la Luna y que no quería que la Tierra me monopolizase como monopoliza el

sincrotón.

— Una idea extraña. Pero quizá se debió a que cuanto más reducido fuera el número de personas que conocieran tu intuicionismo, menos fácil sería que sospechasen tu contribución en algo que quería atribuirse sólo él.

—¡Ahora tú hablas como Barron!

—¿De veras? X es posible que sienta resentimiento hacia ti cuando tu intuicionismo trabaja especialmente bien.

Selene se encogió de hombros.

— Barron es un hombre suspicaz. Todos tenemos nuestros defectos.

— Entonces, ¿es prudente que estés sola conmigo?

Selene replicó con brusquedad

— No te enfades porque le defiendo. En realidad no sospecha la posibilidad de relaciones sexuales entre nosotros. Tú eres de la Tierra. De hecho, no tengo inconveniente en decirte que desea nuestra amistad. Cree que puedo aprender cosas de ti.

—¿Y has aprendido algo? — preguntó Denison fríamente.

— Sí… Pero aunque ésta puede ser su razón principal para desear nuestra amistad, no es la mía.

—¿Cuál es la tuya?

— Como sabes muy bien — dijo Selene—, v como quieres oírme decir, me gusta tu compañía. De otro modo, podría conseguir lo que quiero en muchísimo menos tiempo.

— Está bien, Selene. ¿Amigos?

—¡Amigos! Absolutamente.

— Entonces, dime qué has aprendido de mí. ¿Puedo saberlo?.

— Tardaría mucho tiempo en explicártelo. Sabes que el motivo por el cual no podemos instalar en ninguna parte una Estación de la Bomba es que nos resulta imposible localizar el parauniverso, aunque ellos pueden localizarnos a nosotros. Ello podría deberse a que son mucho más inteligentes o a que están mucho más avanzados tecnológicamente…

— Dos cosas que pueden no ser la misma — murmuró Denison.

— Lo sé, por. eso he puesto la «o». Pero también puede ser que nosotros no seamos tan estúpidos ni estemos tan atrasados. Podría ser algo tan sencillo como el hecho de que ellos ofrezcan un blanco más difícil. Si la fuerte interacción nuclear es más intensa en el parauniverso, es probable que tengan soles mucho más pequeños y, también, planetas más pequeños. Su mundo individual sería más difícil de localizar que el nuestro.

No bien — continuó—, supón que lo que detectan es el campo electromagnético. El campo electromagnético de un planeta es mucho mayor que el planeta en sí y mucho más fácil de localizar. Y esto

significaría que, aunque puedan detectar la Tierra, no pueden detectar la Luna, que tiene un escaso campo electromagnético. Tal vez por eso hemos fracasado en la instalación de una Estación de la Bomba en la Luna. Y si sus pequeños planetas carecen de un campo electromagnético importante, nosotros no podemos localizarlos.

Denison dijo

— Es una idea atractiva.

— Ahora considera el intercambio interuniversal de propiedades que sirve para debilitar su fuerte interacción nuclear, enfriando sus soles, mientras que refuerza, calienta y hace explotar los nuestros. ¿Qué puede implicar esto? Supón que pueden absorber energía sin nuestra ayuda, pero sólo en cantidades ruinosamente bajas. En circunstancias nórmales, esto sería impracticable. Necesitarían nuestra ayuda para dirigir la energía concentrada hacia su dirección, suministrándoles el tungsteno-186 y aceptando nosotros a cambio el plutonio-186. Pero supón que nuestra franja galáctica explota y se convierte en un quasar. Esto produciría una concentración de energía en la vecindad del sistema solar enormemente mayor que la actual, la cual podría persistir por más de un millón de años.

«Una vez formado el quasar, incluso una energía ruinosamente baja resulta suficiente. Por lo tanto, a ellos no les importaría que nosotros nos destruyéramos. De hecho, podría decirse que su situación sería más segura si explotásemos. Hasta entonces, es posible que detengamos la Bomba por cualquiera de entre una gran variedad de razones y, entonces, ellos no podrían volver a ponerla en marcha. Después dela explosión, serían independientes; nadie podría intervenir… Y por esto, la gente que dice: «Si la Bomba es tan peligrosa, ¿por qué no la detienen esos superdotados parahombres?», no saben de lo que están hablando.

—¿Te ha dado Neville este argumento?

— Sí.

— Pero el parasol continuaría enfriándose, ¿verdad?

—¿Qué importa eso? — replicó Selene con impaciencia—. Con la Bomba, no dependería para nada de su sol.

Denison inspiró profundamente.

— No es posible que tú lo sepas, Selene, pero en la Tierra corrió el rumor de que Lamont haba recibido un mensaje de los parahombres al efecto de que la Bomba era peligrosa pero que ellos no podían detenerla. Como es natural, nadie lo tomó en serio, pero supón que sea cierto. Supón que Lamont recibió este mensaje. ¿No puede significar que algunos de los parahombres eran lo bastante humanitarios como para no desear destruir un mundo que contenía inteligencias comparables a las suyas, pero que fueron vencidos por la oposición de la mayoría, siempre mucho más práctica?

Selene asintió:

— Supongo que entra dentro de lo posible… Yo sabía todo esto, o, mejor dicho, lo intuía, antes de que tú llegases. Pero entonces, tú dijiste que nada tenia sentido entre el uno y el infinito, ¿lo recuerdas?

— Por supuesto.

— Muy bien. Las diferencias entre el parauniverso y el nuestro están tan condicionadas por la fuerte interacción nuclear que hasta ahora no se han llevado estudios ulteriores. Pero hay más que una interacción: hay cuatro. Además de la nuclear intensa, está la electromagnética, la nuclear débil, la gravitacional, con oscilaciones de intensidad entre 130:1:1010:1042. Pero si hay cuatro, por qué no un número infinito, y todos los otros demasiado débiles para ser detectados o para influir de algún modo en nuestro universo.

Denison dijo:

— Si la interacción es demasiado débil para ser detectada, o para ejercer cualquier clase de influencia, entonces no existe, según cualquier definición matemática.

— En este universo — concretó Selene—. ¿Quién sabe lo que puede o no existir en los parauniversos? Con un número infinito de posibles interacciones, cada una de las cuales puede variar infinitamente en intensidad, comparada con cualquiera de ellas que se tome como patrón, el número de posibles universos diferentes que pueden existir es infinito.

— Posiblemente la infinidad de lo continuo; alfa-uno en lugar de alfa-cero.

Selene frunció el ceño.

—¿Qué significa esto?

— Nada importante; sigue.

Selene continuó

— Entonces, en vez de trabajar con el único universo que se nos ha puesto delante, y que puede no adaptarse en absoluto a nuestras necesidades, ¿por qué no intentamos localizar, entre las infinitas posibilidades, el universo que más nos convenga y que más facilidades nos ofrezca? ¿Por qué no proyectar un universo y buscarlo? Al fin y al cabo, cualquier cosa que proyectemos ha de existir.

Denison sonrió.

— Selene, yo había pensado exactamente lo mismo. Y puesto que ninguna ley afirma que estoy equivocado por completo, es muy poco probable que alguien tan inteligente como yo pueda estarlo cuando alguien tan inteligente como tú llega a una conclusión idéntica de manera independiente… ¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —preguntó Selene.

— Me está empezando a gustar tu maldita comida selenita. O estoy empezando a habituarme a ella. Volvamos a casa, comamos y

demos comienzo a nuestros planes… ¿Y quieres saber otra cosa?

—¿Qué?

— Ya que vamos a trabajar juntos, ¿qué opinarías de un beso, entre un investigador y una intuicionista?

— Supongo que ambos hemos besado y hemos sido besados muchas veces. ¿Por qué no hacerlo como hombre y mujer?

— Creo que esto no me será difícil. Pero, ¿cómo hacerlo sin parecer torpe? ¿Qué reglas rigen en la Luna respecto al beso?

— Obedece a tu instinto — dijo Selene en tono casual.

Cuidadosamente, Denison se puso las manos en la espalda y se inclinó hacia Selene. Después, al cabo de un rato, la rodeó con sus brazos.

13

— Y entonces le devolví el beso — concluyó Selene, pensativamente.

—¡Oh! ¿de veras? — comentó Barron Neville con acritud—. A esto le llamo sacrificarse en aras del deber.

—¿Tú crees? No fue tan desagradable. De hecho — y sonrió—, él se portó de modo conmovedor. Temía ser torpe y empezó por ponerse las manos a la espalda, supongo que para no aplastarme.

— Ahórrame los detalles.

—¿Por qué? ¿Qué diablos te importa? — explotó ella de improviso—. Tú abogas por el platonismo, ¿no?

—¿Te interesa lo contrario? ¿Ahora mismo?

— No es preciso que lo consideres una obligación.

— Pues tú harías bien en recordar la tuya. ¿Cuándo esperas facilitarnos la información que necesitamos?

— Tan pronto como pueda — repuso ella con voz átona.

—¿Sin que él se entere?

— A él sólo le interesa la energía.

— Y salvar al mundo — se mofó Neville—. Y ser un héroe. Y demostrarlo públicamente. Y besarte.

— El está dispuesto a reconocer todo esto. ¿Qué reconocerías tú?

— La impaciencia — replicó Neville, de mal talante—. Una gran impaciencia.

14

— Me alegro — dijo Denison— de que haya terminado el día — extendió el brazo derecho y lo miró, enfundado en sus capas protectoras—. El sol lunar es algo a lo que no puedo ni quiero acostumbrarme. Incluso este traje me parece natural en comparación con él.

—¿Qué tienes en contra del sol? — inquirió Selene.

—¡No me digas que a ti te gusta, Selene!

— No, claro que no. Lo detesto. Pero es que nunca lo veo. En cambio, tú eres un… Tú estás habituado al sol.

— No al sol tal como es en la Luna. Aquí brilla en un cielo negro. Neutraliza a las estrellas, en vez de ocultarlas. Es tórrido, duro y peligroso. Es un enemigo, y mientras está en el cielo, no puedo evitar la sensación de que fracasarán todas nuestras tentativas de reducir la intensidad del campo.

— Esto es superstición, Ben — dijo Selene con un vago matiz de exasperación—. El sol no tiene nada que ver con ello. Aparte de que estábamos en la sombra del cráter y era como de noche, con estrellas y todo.

— No era igual — discrepó Denison—. Siempre que mirábamos hacia el norte, Selene, veíamos brillar la franja de luz solar. Me repugnaba mirar hacia el norte y, pese a ello, los ojos se me iban en aquella dirección. Y cada vez que miraba, sentía chocar contra mi visera los rayos ultravioleta.

— Esto es imaginación. En primer lugar, los rayos ultravioleta son insignificantes en la luz reflejada; en segundo lugar, el traje te protege contra la radiación.

— Pero no contra el calor; no lo suficiente.

— Bueno, ahora es de noche.

— Si — admitió Denison con satisfacción—, y me alegro — miró en torno suyo con asombro creciente. La Tierra aparecía en el cielo, naturalmente, en su lugar acostumbrado; sólo era visible la mitad y apuntaba hacia el sudoeste. La constelación de Orión estaba sobre ella, como un caballo que emergía de la brillante curva de la Tierra. El horizonte resplandecía a la débil luz terrestre—. Es hermoso — murmuró. Y en seguida agregó—: Selene, ¿indica algo el pionizador?

Selene, que estaba contemplando el firmamento sin hacer ningún comentario, se acercó a los complicados instrumentos que durante los tres últimos días y noches habían estado allí, a la sombra del cráter.

— Todavía no — dijo—, lo cual es alentador. La intensidad del campo se mantiene ligeramente por encima de cincuenta.

— No es lo bastante baja — murmuró Denison.

Selene contestó

— Podemos bajarla más. Estoy segura de que todos los parámetros son correctos.

—¿El campo magnético también?

— No estoy tan segura del campo magnético.

— Si lo reforzamos, todo perderá estabilidad.

— No tendría que ser así; sé que no ocurriría.

— Selene, confío más en tu intuición que en cualquier otra cosa, a excepción de los hechos. Y el hecho es que pierde estabilidad. Lo hemos probado.

— Lo sé. Ben. Pero no con esta geometría. Se ha estado manteniendo a cincuenta y dos por un tiempo increíblemente largo. Estoy segura de que si empezamos a mantenerlo así durante horas, en lugar de sólo minutos, podremos reforzar diez veces el campo magnético por un período de minutos en vez de segundos… Probémoslo.

— Todavía no — dijo Denison.

Selene vaciló y después se apartó de los instrumentos. Preguntó:

— Aún no echas de menos la Tierra, ¿verdad, Ben? — No. Es bastante extraño, pero no la echo de menos. Hubiese jurado que era inevitable sentir nostalgia por el cielo azul, la tierra verde, el agua corriente…, todos los consabidos adjetivos y nombres cuya combinación es peculiar de la Tierra. Pero no ocurre así. Ni siquiera sueño con ellos.

Selene observó

— Es algo que sucede de vez en cuando. Por lo menos, hay inmis que dicen que no experimentan ninguna nostalgia. Constituyen la minoría, claro, y nadie ha descubierto aún el común denominador de esta minoría. Se les atribuye una grave deficiencia emocional, una falta de capacidad para sentir lo que sea; incluso un grave exceso emocional, un temor a admitir su nostalgia, que podría equivaler a una fatal depresión nerviosa.

— Mi caso es muy sencillo. Durante dos o más décadas, la vida en la Tierra no era nada divertida, mientras que aquí trabajo, por fin, en lo único que me interesa. Y tengo tu ayuda… Y aún más, Selene

tengo tu compañía.

— Es magnífico por tu parte — declaró Selene gravemente— nombrar como lo haces la compañía y la ayuda. No das la impresión de necesitar mucha ayuda. ¿Simulas buscarla para conseguir mi compañía?

Denison rió con suavidad.

— No estoy seguro de qué clase de respuesta te halagaría más.

— Prueba con la verdad.

— La verdad es fácil de determinar, teniendo en cuenta lo mucho

que valoro a ambas — miró en dirección al pionizador—. La intensidad del campo sigue manteniéndose, Selene.

La visera de Selene resplandeció a la luz de la Tierra.

— Barron dice que la falta de nostalgia es natural y que indica una mente sana. Dice que aunque el cuerpo humano esté adaptado a la superficie de.a Tierra y necesite reajustarse a la Luna, el cerebro humano no está en el mismo caso. Cualitativamente, el cerebro humano es tan diferente de todos los demás cerebros que puede ser considerado un fenómeno nuevo. No ha tenido tiempo de fijarse realmente a la superficie de la Tierra, y puede, sin ningún reajuste, adaptarse a otros ambientes. Dice que el internamiento en las cavernas de la Luna puede ser su estado ideal, porque equivale a una versión más amplia de su internamiento en la caverna del cráneo.

—¿Y tú lo crees? — preguntó Denison, divertido.

— Cuando Barron habla consigue dar mucha plausibilidad a sus palabras.

— Creo que puede ser del mismo modo plausible decir que la comodidad existente en las cavernas de la Luna es el resultado de la realización fantástica del regreso al claustro materno. De hecho — añadió reflexivamente—, al considerar la temperatura y la presión controladas; la naturaleza y la digestibilidad de la comida, se podría alegar que la colonia lunar (con tu permiso, Selene), la ciudad lunar es una reconstrucción deliberada del ambiente fetal.

Selene replicó:

— No — creo que Barron coincidiera contigo.

— Estoy seguro de que no — dijo Denison. Miró hacia la Tierra y el borde de nubes que la circundaba. Guardó silencio, absorto en su contemplación, y no se movió cuando Selene se acercó una vez más al pionizador.

Contemplaba la Tierra en su nido de estrellas y los confines recortados, en los cuales le parecía ver, de vez en cuando, una nube de humo donde un pequeño meteorito podía estar cayendo.

Había señalado a Selene, con algo de preocupación, un fenómeno similar durante la noche anterior. Ella le contestó:

— Es cierto que la Tierra se mueve ligeramente en el cielo a causa de la oscilación de la Luna, y de vez en cuando, un rayo de luz terrestre ilumina un pequeño promontorio y cae en el terreno que lo circunda. Da la impresión de una diminuta nube de polvo. Es algo corriente. No hacemos ningún caso.

Denison había objetado:

— Pero a veces podría ser un meteorito. ¿No ha caído nunca ninguno?

— Claro que si. Es probable que te caiga alguno encima cada vez que subes. Tu traje te protege.

— No me refiero a partículas de polvo. Me refiero a meteoritos de tamaño perceptible, que podrían levantar una nube de polvo. Meteoritos que podrían matarnos.

— Pues, sí, a veces caen algunos, pero son pocos, y la Luna es grande. Nunca han alcanzado a nadie.

Y mientras Denison contemplaba el cielo y pensaba en aquella conversación, vio algo que, en su momentánea preocupación, se le antojó un meteorito. Sin embargo, un rayo de luz que atraviesa el cielo sólo podía ser un meteorito en la Tierra, con su atmósfera, pero no en la Luna.

La luz que veía en el cielo era obra humana, y Denison aún no había analizado sus impresiones cuando la vio transformarse, con toda claridad, en Un cohete que fue a aterrizar rápidamente cerca de él.

Emergió una figura solitaria, mientras un piloto permanecía en el interior, apenas visible como una mancha negra entre los focos.

Denison esperó. La etiqueta del traje espacial requería que el recién llegado junto a cualquier grupo se anunciase el primero.

— Soy el Comisionado Gottstein — dijo la nueva voz—,como es probable que haya deducido por mi balanceo.

— Yo soy Ben Denison — contestó Denison.

— Sí, ya me lo imaginaba.

—¿Ha venido en mi busca?

— Por supuesto.

—¿En una avioneta espacial? Podría…

— Sí —dijo Gottstein—, podría haber utilizado la salida P-4, que está a menos de cien metros de aquí. Pero no sólo le estaba buscando a usted.

— Bueno, no voy a preguntarle el sentido de sus palabras.

— No tengo por qué ser reticente. Creo que le parecerá lógico que me interese por los experimentos que está llevando a cabo en la superficie de la zona.

— No es un secreto y cualquiera puede interesarse por ellos.

— No obstante, nadie parece conocer los detalles de los experimentos. Aparte, claro, de que su trabajo concierne en algún modo a la Bomba de Electrones.

— Una suposición muy razonable.

—¿Usted cree? A mí me parecía que los experimentos de tal naturaleza, para tener algún valor, requerían una instalación enorme. Como no tenía la certeza, he consultado a personas que lo saben. Y veo claramente que no está trabajando con una instalación así. Se me ha ocurrido, por lo tanto, que tal vez no sea usted el verdadero foco de mi interés. Mientras mi intención se centraba en usted, otros podían estar realizando tareas más importantes.

—¿Por qué tendrían que. usarme para distraerle?

— Lo ignoro. Si lo supiera, estaría menos preocupado.

— De modo que me ha estado observando.

Gottstein rió entre dientes.

— Eso, sí. Desde que llegó. Pero mientras ha estado trabajando en la superficie, hemos observado esta región por muchos kilómetros a la redonda. Por extraño que parezca, doctor Denison, usted y su compañera son los únicos que están en la superficie lunar para algo que no sea un trabajo rutinario.

—¿Por qué ha de parecer extraño?

— Porque significa que usted cree realmente estar haciendo algo con su instrumento de baratillo, sea lo que sea. No puedo llenar ala conclusión de que es usted incompetente, de modo que considero interesante preguntarle qué está haciendo.

— Estoy haciendo experimentos en parafísica, Comisionado, precisamente como dice el rumor. A lo cual puedo añadir que, hasta ahora, mis experimentos sólo han tenido un éxito parcial.

— Me imagino que su compañera es Selene Lindstrom L., una guía de turismo.

— Sí.

— Ha elegido una ayudante poco usual.

— Es inteligente, trabajadora, está interesada y es extremadamente atractiva.

—¿Y no le importa trabajar con un terrestre?

— No le importa trabajar con un inmigrante que será ciudadano de la Luna en cuanto lo solicite.

Ahora, Selene se acercaba. Su voz sonó en sus oídos.

— Buenos días, Comisionado. Hubiese querido no oírles y no sorprender una conversación privada, pero en un traje espacial es inevitable oír lo que se habla en todo el horizonte.

Gottstein se volvió.

— Hola, señorita Lindstrom. No estaba hablando en secreto. ¿Está interesada en la parafísica?

—¡Oh, sí!

—¿No está desanimada por los fracasos del experimento?

— No son enteramente fracasos — replicó ella—; hemos tenido más éxito del que supone en estos momentos el doctor Denison.

—¿Cómo? — Denison dio una brusca media vuelta, casi perdiendo el equilibrio y levantando una nube de polvo.

Ahora, los tres miraban el pionizador, por encima del cual, a un metro y medio de altura, brillaba una luz como una gran estrella.

Selene dijo

— He aumentado la intensidad del campo magnético, y el campo nuclear ha permanecido estable y… entonces…

—¡Una filtración! — exclamó Denison—. Maldita sea, no la he

visto.

Selene explicó

— Lo siento, Ben. Primero estabas absorto en tus pensamientos, después ha llegado el Comisionado, y no he podido resistir la tentación de probarlo sola.

Gottstein preguntó

— Pero, ¿qué es exactamente lo que estoy viendo allí?

Denison habló

— Energía emitida de manera espontánea por la materia que se filtra desde otro universo en el nuestro.

Y mientras decía esto, la luz titiló y se extinguió, y a muchos metros de distancia apareció simultáneamente una estrella más débil.

Denison se lanzó hacia el pionizador, pero Selene, con su gracilidad lunar, saltó por la superficie con mayor eficiencia y llegó primero. Neutralizó la estructura de campo y la estrella lejana se apagó.

— Como ves, el punto de filtración no es estable — dijo.

— No lo es en pequeña escala — repuso Denison—, pero si consideramos que la desviación de un año luz es teóricamente tan posible como una desviación de cien metros, sólo cien metros significan una estabilidad milagrosa.

— No la suficiente — dijo Selene con firmeza.

Gottstein interrumpió

— Déjenme adivinar de qué están hablando. Dicen que la materia puede filtrarse hasta aquí, o allí, o cualquier lugar de nuestro universo… al azar.

— No completamente al azar, Comisionado — corrigió Denison—. La probabilidad de filtración disminuye con la distancia a que se encuentre el pionizador, y yo diría que a ritmo bastante acelerado. La fijación depende de una variedad de factores y creo que hemos acercado una aproximación notable. No obstante, es muy probable una desviación de unos cuantos centenares de metros; de hecho, acabamos de presenciarla.

— Y podría haberse desviado hacia el interior de la ciudad o incluso dentro de nuestros propios cascos.

Denison replicó con impaciencia

— No, no. La filtración, al menos con las técnicas que usamos, depende, de modo considerable, de la densidad de la materia va existente en este universo. Es virtualmente nulo el riesgo de que el punto de filtración se desvíe de un lugar de vacío esencial a otro en el cual exista una atmósfera, aunque fuese sien veces menos densa que la de la ciudad o el interior de nuestros cascos. Sería absurdo intentar la filtración en cualquier lugar que no fuese el vacío, y ésta es la razón de que tuviéramos que intentarlo en la superficie.

— Entonces, ¿esto no es como la Bomba de Electrones?

— En absoluto — repuso Denison—. En la Bomba de Electrones hay una transferencia de materia en dos direcciones, y aquí, una filtración en una sola dirección. Y tampoco son los mismos los universos implicados.

Gottstein preguntó

¿Quiere cenar conmigo esta noche, doctor Denison?.

Denison vaciló:

—¿Yo solamente?

Gottstein trató de inclinarse ante Selene, pero sólo consiguió una grotesca parodia de un saludo, dentro de su traje espacial.

— Me complacerá disfrutar de la compañía de la señorita Lindstrom en otra ocasión, pero en ésta tengo que hablar con usted a solas, doctor Denison.

—¡Oh, no te preocupes! — dijo Selene bruscamente, mientras Denison seguía vacilando—. Mañana tengo mucho trabajo y tú necesitarás tiempo para pensar en la inestabilidad del punto de filtración.

Denison preguntó, titubeando

— Bueno, entonces… Selene, ¿me avisarás cuando tengas otro día libre?

— Siempre lo hago, ¿no? Y de todos modos, estaremos en contacto antes de mi próximo día libre… ¿Por qué no se van los dos? Yo me ocuparé de los instrumentos.

15

Barron Neville cambiaba los pies de posición, ejercicio impuesto en la Luna por el reducido espacio de las viviendas y por la gravedad. En una habitación más grande y bajo una gravedad más densa, hubiese caminado a grandes zancadas. Aquí se balanceaba de un lado para otro, con un movimiento rítmico.

— Entonces estás segura de que funciona, ¿verdad, Selene? ¿Completamente segura?

— Sí —replicó Selene—, te lo he dicho cinco veces; las he contado.

Neville no parecía escucharla. Dijo en voz baja y rápida:

—¿No importa que Gottstein estuviera presente? ¿No trató de detener el experimento?

— No, claro que no.

—¿No hubo ninguna indicación de que intentaría ejercer su autoridad…?

— Vamos, Barron, ¿qué autoridad puede ejercer? ¿Hacer que la Tierra mande un destacamento de policía? Además…, ¡oh! sabes muy bien que no pueden detenernos.

Neville permaneció inmóvil un momento.

—¿No lo saben? ¿Todavía no lo saben?

— Claro que no. Ben estaba mirando las estrellas Y, entonces, llegó Gottstein. Yo aproveché para buscar la filtración, la encontré y ya tenía la otra. La instalación de Ben…

— No la llames su instalación. Fue idea tuya, ¿no?

Selene movió la cabeza.

— Yo hice algunas sugerencias vagas. Los detalles son de Ben.

— Pero ahora sabes reproducirla. Por el bien de la Luna, ¡no me digas que dependemos del terrícola para hacerlo!

— Creo que puedo reproducirla para que nuestra gente haga el resto.

— Muy bien. Pues, empecemos.

— Aún no. ¡Maldita sea, Barron! Todavía no.

—¿Por qué no?

— También necesitamos la energía.

— Pero si ya la tenemos.

— No del todo. El punto de filtración es inestable, bastante inestable..

— Pero esto puede arreglarse. Tú lo has dicho.

— He dicho que lo suponía.

— Con esto me basta.

— De todos modos, será mejor que Ben calcule los detalles y lo

estabilice.

Se produjo un silencio entre ellos. El rostro delgado de Neville expresó algo parecido a la hostilidad.

— No me consideras capaz de hacerlo, ¿verdad? ¿Es eso?

Selene preguntó

—¿Quieres subir conmigo a la superficie y trabajar en ello?

Hubo otro silencio. Neville repuso, muy nervioso

— No me gusta tu sarcasmo. Y no quiero esperar mucho.

— No puedo mandar sobre las leves de la naturaleza. Pero creo que no tendrás que esperar mucho… Ahora, si no te importa, necesito dormir. Mañana tengo a mis turistas.

Por un momento, Neville pareció estar a punto de señalar su propia alcoba, como para ofrecerle hospitalidad, pero el gesto, si tenía esta intención, no llegó a producirse y Selene no dio muestras de comprenderlo o siquiera de esperarlo. Se despidió con una vaga inclinación de cabeza y se marchó.

16

— Para serle franco — dijo Gottstein, sonriendo, mientras comían lo que pasaba por ser el postre, una pasta pegajosa y dulce—, supuse que nos veríamos con más frecuencia.

Denison repuso

— Es usted muy amable al interesarse tanto por mi trabajo. Si la inestabilidad de la filtración puede ser corregida, creo que mi logro (y el de la señorita Lindstrom) será muy importante.

— Habla con cautela, como un científico… No le insultaré ofreciéndole el equivalente selenita de un licor; es la única imitación de los productos terrestres que no estoy dispuesto a tolerar. ¿Puede decirme, en lenguaje profano, por qué su logro es importante?

— Lo intentaré —contestó Denison—. Empecemos con el parauniverso. Tiene una interacción nuclear más intensa que la del nuestro, razón por la cual las masas relativamente pequeñas de protones pueden soportar allí la reacción de fusión capaz de sostener una estrella. Las masas equivalentes a nuestras estrellas explotarían con violencia en el parauniverso, que tiene muchas más estrellas que el nuestro, pero más pequeñas.

«Supongamos, ahora, que tuviéramos una fuerte

interacción nuclear mucho menos intensa que la que prevalece en nuestro universo. En tal caso, enormes masas de protones tendrían tan poca tendencia a fundirse que sería precisa una gran masa de hidrógeno para sostener una estrella. Un tal anti — parauniverso (en otras palabras, uno que fuera opuesto al parauniverso) consistiría en estrellas considerablemente más escasas en número, pero mucho más grandes que las de nuestro universo. De hecho, si la interacción nuclear fuerte se debilitase lo suficiente, podría existir un universo consistente tan sólo en una estrella única, que reuniría toda la masa de aquel universo. Sería una estrella muy densa, pero relativamente no reactiva, que emitiría más o menos la misma radiación que nuestro sol.

Gottstein preguntó:

—¿Me equivoco, o no es ésta la situación que prevalecía en nuestro propio universo antes de la gran explosión: un vasto cuerpo que contenía toda la masa universal?

— Si — repuso Denison— de hecho, el anti — parauniverso que le estoy describiendo consiste en lo que algunos llaman huevo cósmico o cosmeg. Un universo-cosmeg es lo que necesitamos si queremos buscar una filtración de dirección única. El parauniverso que ahora estamos usando, con sus estrellas diminutas, es virtualmente espacio vacío. Se puede sondear y sondear y no encontrar nada.

— Sin embargo, las parahombres nos han encontrado.

— Sí, posiblemente siguiendo los campos magnéticos. Hay cierta razón para pensar que en el parauniverso no hay campos magnéticos planetarios de importancia, lo cual nos priva de la ventaja que ellos poseen. En cambio, si sondeamos en el universo-cosmeg, no podemos fallar. El cosmeg es, en sí mismo, el universo entero, y dondequiera que sondeemos encontraremos materia.

— Pero, ¿cómo sondear para encontrarla?

Denison vaciló.

— Esta es la parte que se me hace difícil explicar. Los piones son las partículas mediadoras de la interacción nuclear fuerte. La intensidad de la interacción depende de la masa de los piones, y esta masa, bajo ciertas condiciones especializadas, puede ser alterada. Los físicos lunares han desarrollado un instrumento que llaman el pionizador, que puede lograr exactamente esto. Cuando la masa de los piones disminuye, o aumenta, según el caso, es, en efecto, parte de otro universo; se convierte en una salida, un punto de cruce Si disminuye lo suficiente, puede transformarse en parte de un universo-cosmeg, Y esto es lo que queremos.

Gottstein inquirió

—¿Y se puede absorber materia del…, del universo-cosmeg?

— Esta parte es fácil. Una vez formada la salida, el influjo es espontáneo. La materia entra con sus propias leyes y es estable cuando llega. Gradualmente, las leyes de nuestro propio universo se introducen, la interacción fuerte se intensifica, y la materia se funde y empieza a emitir una enorme cantidad de energía.

— Pero si es superdensa, ¿por qué no se expande en una nube de humo?

— Esto también emitiría energía, pero todo depende del campo electromagnético, y en este caso particular, la interacción fuerte tiene la precedencia, porque controlamos el campo electromagnético. Sería necesario mucho tiempo para explicarlo.

— Así pues, ¿el globo de luz que he visto en la superficie era materia-cosmeg en fusión?

— Si, Comisionado.

—¿Y esa energía puede ser dominada para fines útiles?

— Por supuesto. Y en cualquier cantidad. Lo que usted ha presenciado era la llegada a nuestro universo de masas microscópicas de cosmeg. No hay nada, en teoría, que pueda impedirnos absorberlas a toneladas.

— Así que esto puede reemplazar a la Bomba de Electrones.

Denison movió la cabeza.

— No. La utilización de energía cosmeg también altera las propiedades de los universos en cuestión. La interacción fuerte se

intensifica en el universo-cosmeg y se debilita en el nuestro a medida que se introducen las leyes de la naturaleza. Esto significa que el cosmeg sufre una fusión cada vez más rápida y se calienta lentamente. En un momento dado…

— En un momento dado — interrumpió Gottstein, cruzando los brazos sobre el pecho y entornando los ojos—, explota con un gran estrépito.

— Tal es mi suposición.

—¿Cree usted que eso fue lo que sucedió a nuestro propio universo hace diez billones de años?

— Quizá. Los cosmógrafos se han preguntado por qué el huevo cósmico original explotó en un punto determinado del tiempo y no en otro. Una solución era imaginar un universo oscilante en el cual se formó el huevo cósmico y explotó inmediatamente. El universo oscilante ha sido eliminado como posibilidad, y la conclusión es que el huevo cósmico tenía que existir desde hacía un largo período de tiempo y, entonces, sufrió una crisis de inestabilidad que se produjo por alguna razón desconocida.

— Pero que puede haber sido el resultado del traslado de su energía a través de los universos.

— Es posible, pero no necesariamente por obra de alguna inteligencia. Tal vez había filtraciones espontáneas ocasionales.

— Y cuando se produzca la gran explosión — dijo Gottstein—, ¿podremos seguir extrayendo energía del universo-cosmeg?

— No estoy seguro, pero esto no es de ningún modo una preocupación inmediata. Es muy probable que la filtración de nuestro campo de interacción fuerte en el universo-cosmeg continúe durante millones de años antes de traspasar el punto crítico. Y debe haber otros universos-cosmeg; un número infinito, tal vez.

—¿Y qué me dice del cambio en nuestro propio universo?

— La interacción fuerte se debilita. Lentamente, muy lentamente, nuestro sol se enfría.

—¿Podemos usar la energía cosmeg para compensarlo?

— Esto no seria necesario, Comisionado — aseguró Denison con gravedad—. Mientras la interacción fuerte se debilita en nuestro universo como resultado de la bomba-cosmeg, se refuerza a través de la acción de la Bomba de Electrones corriente. Si entonces ajustamos la producción de energía de ambas, aunque las leyes de la naturaleza cambien en el universo-cosmeg y en el parauniverso, en el nuestro no cambian. Somos un camino, pero no la terminal de ninguna de las dos direcciones.

«Pero no hemos de preocuparnos tampoco en favor de las terminales. Los parahombres, por su parte, pueden haberse adaptado al enfriamiento de su sol, que ya debe ser bastante frío de por sí. En

cuanto al universo — cosmeg, no hay razón para sospechar que la vida exista en él. Por el contrario, al inducir las condiciones requeridas para la gran explosión, es posible que iniciemos una nueva clase de universo que eventualmente sea hospitalario para la vida.

Gottstein guardó silencio durante un rato. Su rostro redondo, en reposo, parecía carente de emoción. Movió la cabeza como asintiendo a sus propios pensamientos.

Por fin habló:

— Me parece, Denison, que esto es lo que hará entrar en razón al mundo. Cualquier dificultad en persuadir a las autoridades científicas de que la Bomba de Electrones está realmente destruyendo al mundo ahora se desvanecerá.

Denison asintió

— Ya no existe la resistencia emocional a aceptarlo. Será posible presentar el problema y la solución al mismo tiempo.

—¿Cuándo estará usted dispuesto a preparar un ensayo a este efecto, si le garantizo su publicación inmediata?

—¿Puede garantizármela?

— En un folleto publicado por el Gobierno, si no hay otro modo.

— Preferiría tratar de neutralizar la inestabilidad de filtración antes de hacer el informe.

— Por supuesto.

— Y creo que sería indicado — añadió Denison nombrar al doctor Peter Lamont como coautor. El puede dar rigurosidad a las demostraciones matemáticas; algo que yo no sé hacer. Además, ha sido su trabajo el que me ha señalado el camino a seguir. Y otra cosa, Comisionado…

— Diga.

— Me gustaría sugerir que se incluyera a los físicos lunares. Uno de ellos, el doctor Barron Neville, podría ser el tercer autor.

— Pero, ¿por qué? ¿No estaremos buscándonos complicaciones innecesarias?

— Su pionizador lo ha hecho posible.

— Podemos hacer una apropiada mención de ello… Pero, ¿el doctor Barron ha trabajado con usted en el proyecto?

— Directamente, no.

— Entonces, ¿por qué nombrarle?

Denison bajó la mirada y pasó la mano, pensativo, por el doblez de su pantalón. Repuso

— Sería un detalle diplomático. Tendríamos que instalar la bomba-cosmeg en la Luna.

—¿Por qué no en la Tierra?

— En primer lugar, necesitamos el vacío. Es una transferencia de

dirección única, y no de dos direcciones como la Bomba de Electrones, y las condiciones necesarias para que sea práctica son diferentes en cada caso. La superficie de la Luna nos ofrece el vacío en grandes cantidades, mientras que prepararlo en la Tierra implicaría un enorme esfuerzo.

— Pero podría hacerse, ¿verdad?

— En segundo lugar — continuó Denison—, si disponemos de dos vastas fuentes de energía procedentes de direcciones opuesta, con nuestro universo en el centro, se produciría algo parecido a un cortocircuito si las dos salidas estuviesen demasiado juntas. Una distancia de medio millón de kilómetros de vacío, con la Bomba de Electrones operando sólo en la Tierra y la bomba — cosmeg operando sólo en la Luna, sería ideal; de hecho, necesaria. Si vamos a operar en la Luna, no es sólo diplomático, sino decente, tener en cuenta la susceptibilidad de los físicos lunares. Es nuestro deber darles participación.

Gottstein sonrió.

—¿Es un consejo de la señorita Lindstrom?

— Estoy seguro de que me lo daría, pero la sugerencia es lo bastante razonable para habérseme ocurrido de manera independiente.

Gottstein se levantó, se estiró y luego dio dos o tres saltos lentos impuestos por la gravedad lunar. Cada vez flexionaba las rodillas. Volvió a sentarse y dijo:

—¿Ha probado esto alguna vez, doctor Denison?

Denison negó con la cabeza.

— Se supone que favorece la circulación en las extremidades inferiores. Yo lo hago siempre que noto que se me van a dormir las piernas. Iré a hacer una breve visita a la Tierra dentro de poco y estoy tratando de no acostumbrarme demasiado a la gravedad lunar. ¿Hablamos de la señorita Lindstrom, doctor Denison?

Denison preguntó, con un tono muy distinto:

—¿Por qué de ella?

— Es una gula de turismo.

— Sí, ya lo ha dicho antes.

— Y también he dicho que es una ayudante muy poco usual para un físico.

— En realidad, yo sólo soy un físico aficionado y supongo que ella es mi ayudante por afición.

Gottstein dejó de sonreír.

— No bromee, doctor. Me he tomado la molestia de averiguar cuanto he podido sobre ella. Su historial es muy revelador, o lo hubiera sido si a alguien se le hubiese ocurrido estudiarlo antes de este acontecimiento. Creo que es una intuicionista.

Denison replicó

— Muchos de nosotros lo somos. No me cabe la menor duda de que, a su modo, usted es un intuicionista. Y sé que yo lo soy, también a mi modo.

— Hay una diferencia, doctor. Usted es un científico eficiente, y yo soy, o al menos así lo espero, un administrador eficiente… Sin embargo, aunque la señorita Lindstrom es intuicionista hasta el punto de serle útil a usted en su física teórica avanzada, de hecho es sólo una guía de turismo.

Denison titubeó.

— No posee ningún título académico, Comisionado. Su intuicionismo llega a un nivel excepcionalmente alto, pero carece de un control consciente.

—¿Es acaso el resultado del antiguo programa de mutación artificial?

— Lo ignoro. Pero no me sorprendería que así fuese.

—¿Confía en ella?

—¿En qué sentido? Me ha ayudado.

—¿Sabe usted que es la esposa del doctor Barron Neville?

— Existe tina relación emocional; creo que no legal.

— Aquí, en la Luna, no hay ninguna relación de las que nosotros llamaríamos legales. ¿Se trata del mismo Neville a quien usted quiere invitar como tercer autor del ensayo que va a escribir?

— Sí.

—¿Es sólo una coincidencia?

— No. Neville se interesó por mi llegada y creo que pidió a Selene que me ayudase en mi trabajo.

—¿Se lo ha dicho ella?

— Me dijo que él sentía interés por mí. Supongo que era algo natural.

—¿No se le ha ocurrido, doctor Denison, que ella puede estar trabajando en su propio interés y en el del doctor Neville?

—¿De qué modo su interés puede diferir del nuestro? Me ha ayudado sin reservas.

Gottstein cambió de posición y movió los hombros como si estuviera ejercitando sus músculos. Dijo:

— Dada su intimidad con esa mujer, el doctor Neville debe saber que es una intuicionista. ¿No estará utilizándola? ¿Por qué sigue siendo una guía de turismo, si no es para ocultar sus facultades, con un propósito determinado?

— Tengo entendido que el doctor Neville razona a menudo de este mismo modo. Yo encuentro difícil sospechar conspiraciones innecesarias.

—¿Cómo sabe que son innecesarias…? Cuando mi cohete espacial

sobrevolaba la superficie de la Luna, poco antes de que la bola de radiación se formase sobre sus instrumentos, yo le miraba a usted. No se encontraba junto al pionizador.

Denison reflexionó.

— No, es cierto. Estaba mirando las estrellas: una tendencia mía cuando subo a la superficie.

—¿Qué hacia la señorita Lindstrom?

— No me fijé en ello. Dijo que había reforzado el campo magnético, y la filtración se produjo al fin.

—¿Suele manipular los instrumentos sin estar usted delante?

— No. Pero puedo comprender su impulso.

—¿Y sería natural que se produjese alguna especie de lanzamiento?

— No le comprendo.

— No estoy seguro de comprenderlo yo mismo. Vi un ligero resplandor en la luz de la Tierra, como si un objeto volase por el aire. No sé qué era.

— Tampoco yo — dijo Denison.

—¿No se le ocurre nada que pudiese tener relación con el experimento que…?

— Nada.

— Entonces, ¿qué estaba haciendo la señorita Lindstrom?

— No tengo idea.

Por un momento, un silencio profundo reinó entre ellos. Después, el Comisionado resumió

— Quedamos entonces en que usted tratará de corregir la inestabilidad de la filtración y pensará en la preparación de un informe. Yo pondré en marcha el asunto en el otro extremo y durante mi próxima visita a la Tierra me cuidaré de que el informe se publique y alertaré al Gobierno.

Era una clara despedida. Denison se levantó y él Comisionado añadió en tono casual:

— Y piense en el doctor Neville y en la señorita Lindstrom.

17

Era una estrella de radiación más pesada, más grande, más brillante. Denison sentía su calor en la visera y retrocedió. Había un claro componente de rayos X en la radiación, y aunque su casco le protegía, no había motivo para exponerse demasiado.

— Supongo que no podemos ponerlo en duda — murmuró—. El punto de filtración es estable.

— Estoy segura de ello — corroboró Selene.

— Entonces, desconectémoslo y volvamos a la ciudad.

Se movieron lentamente y Denison sintió un extraño desaliento. Ya no había ninguna incertidumbre, ninguna excitación. De ahora en adelante, no existía la posibilidad del fracaso. El Gobierno estaba interesado; el asunto se le escaparía cada vez más de las manos. Dijo:

— Creo que ya puedo escribir el informe.

— Creo que sí —repuso Selene con cautela.

—¿Has vuelto a hablar con Barron?

— Sí.

—¿Alguna diferencia en su actitud?

— Ninguna. No quiere participar. Ben…

—¿Qué?

— Me parece inútil hablar con él. No cooperará en ningún proyecto con el gobierno de la Tierra.

—¿Pero tú le has explicado la situación?

— Completamente.

— Y se niega

— Ha solicitado ver a Gottstein, y el Comisionado le ha concedido una entrevista para cuando vuelva de la Tierra. Tendremos que esperar hasta entonces. Tal vez Gottstein influya algo en él, aunque lo dudo.

Denison se encogió de hombros, un gesto inútil bajo el traje especial.

— No le comprendo.

— Yo sí —dijo Selene en voz baja.

Denison no repuso directamente. Empujó el pionizador y los aparatos auxiliares hasta su albergue dentro de las rocas y preguntó:

—¿Dispuesta?

— Dispuesta.

Se metieron en silencio por el orificio de la Salida P-4 y Denison bajó la escalera. Selene pasó por su lado, agarrándose con agilidad a las asas. Denison había aprendido a hacerlo, pero se sentía abatido y bajó peldaño tras peldaño, como rebelándose a aceptar la aclimatización.

Se quitaron los trajes en la sala — vestidor y los guardaron en sus armarios. Denison preguntó:

—¿Quieres almorzar conmigo, Selene?

Selene replicó, inquieta

— Pareces enfadado. ¿Ocurre algo?

— La reacción, supongo. ¿Almorzamos?

— Sí, claro.

Comieron en casa de Selene. Ella insistió, diciendo

— Quiero hablarte, y no puedo hablar con calma en la cafetería.

Y cuando Denison estaba masticando algo que se parecía remotamente a ternera con gusto de cacahuetes, dijo:

— Ben, no has dicho una palabra, y hace una semana que te portas así.

— No es verdad — repuso Denison, frunciendo el ceño.

— Sí, es verdad — le miró a los ojos, preocupada—. No estoy segura de hasta dónde alcanza mi intuición fuera de la física, pero deduzco que hay algo que no quieres decirme.

Denison se encogió de hombros.

— En la Tierra están dando mucha importancia a este asunto. Gottstein está procurando dejar bien atados todos los cabos antes de regresar aquí. Han encumbrado al doctor Lamont v quieren que yo vuelva cuando tenga escrito el informe.

—¿Que vuelvas a la Tierra?

— Sí. Según parece, soy, un héroe.

— Te lo mereces.

— Rehabilitación total — dijo Denison, pensativo—; esto es lo que me ofrecen. Es evidente que puedo obtener un cargo en cualquier universidad o institución del Gobierno.

—¿No es lo que querías?

— Es lo que imagino que quiere Lamont, y que ahora seguramente conseguirá. Pero no es lo que quiero yo.

Selene preguntó

— Pues, ¿qué quieres?

— Quedarme en la Luna.

—¿Por qué?

— Porque es donde vive la humanidad que está en desarrollo y quiero formar parte de este desarrollo. Quiero trabajar en la instalación de las bombas-cosmeg, y sólo estarán en la Luna. Quiero trabajar en la parateoría con la clase de instrumentos que tú puedes idear y manejar, Selene… Quiero estar contigo, Selene. Pero, ¿quieres tú estar conmigo?

— Estoy tan interesada en la parateoría como tú.

Denison preguntó:

— Pero, ¿no va a despedirte Neville, ahora que ya está todo

hecho?

—¿Barron despedirme? — inquirió ella, encolerizada—. ¿Estás tratando de insultarme, Ben?

— En absoluto.

— Entonces te he comprendido mal. ¿Estás sugiriendo que trabajo contigo porque Barron me lo ha ordenado?

—¿No te lo ordenó?

— Sí. Pero no es éste el motivo de que lo haga. Lo hago porque quiero. El puede pensar que tiene autoridad para darme órdenes, pero la realidad es que sólo puede hacerlo cuando sus órdenes coinciden con mi voluntad, como en tu caso. Detesto que crea lo contrario y también detesto que tú lo creas.

— Los dos sois amantes.

— Lo hemos sido, sí, pero, ¿qué tiene que ver esto con el asunto? Según este argumento, yo le puedo dar órdenes igual que él a mí.

— Entonces, ¿puedes trabajar conmigo, Selene?

— Naturalmente — repuso ella con frialdad—. Si así lo deseo.

—¿Y lo deseas?

— De momento, sí.

Denison sonrió.

— La posibilidad de que no lo desearas, o de que no pudieras, ha sido lo que me ha estado preocupando durante toda esta semana. Me daba horror terminar el proyecto si significaba terminar contigo. Lo siento, Selene, no quiero importunarte con el sentimentalismo de un viejo terrícola…

— No hay nada de viejo terrícola en tu mente, Ben. Hay otras relaciones además de las sexuales. Me gusta estar contigo.

Hubo una pausa y la sonrisa de Denison se desvaneció, y cuando reapareció era un poco más mecánica.

— Lo celebro por mi mente.

Denison desvió la mirada, movió ligeramente la cabeza, y la miró de nuevo. Ella le contemplaba con atención, casi con ansiedad.

Denison dijo:

— Selene, hay, algo más que energía en las filtraciones a través del universo. Sospecho que habrás estado pensando en ello.

Ahora, el silencio se prolongó penosamente y, al final, Selene exclamó

—¡Oh! ¡eso…!

Durante unos momentos, los dos se miraron de hito en hito… Denison, turbado, Selene, casi furtiva.

18

Gottstein observó:

— Aún no he recuperado mis piernas lunares, pero esto no es nada comparado con lo que me costó adquirir mis piernas terrestres. Denison, será mejor que renuncie a volver. Nunca lograría adaptarse.

— No tengo intención de volver, Comisionado — repuso Denison.

— En cierto modo, es una lástima. Le proclamarían emperador por unanimidad. En cuanto a Hallam…

Denison interrumpió, con tono nostálgico

— Me hubiera gustado ver su cara, pero se trata de una ambición insignificante.

— Lamont, como es natural, está recibiendo todos los honores. Está de moda.

— Lo celebro. Merece eso y más… ¿Cree que Neville se unirá a nosotros?

— Es poco probable. En estos momentos se dirige hacia aquí… Escuche — la voz de Gottstein adquirió un matiz de conspiración—, antes de que llegue, ¿le apetecería una barra de chocolate?

—¿Qué?

— Una barra de chocolate con almendras. Una. Me he traído algunas.

El rostro de Denison, después de la confusión inicial, expresó repentina comprensión.

—¿Chocolate auténtico?

— Sí.

— Pues cla… — su rostro es endureció—. No, Comisionado.

—¿No?

—¡No! Si pruebo el chocolate auténtico, durante los pocos minutos que lo tenga en la boca, voy a sentir nostalgia por la Tierra, por todo lo que hay en ella. No puedo permitirme ese lujo. No lo quiero… Guárdese de enseñármelo siquiera, o de hacérmelo oler.

El Comisionado expresó desconcierto.

— Tiene razón — hizo un evidente esfuerzo para cambiar de tema —. La excitación es arrolladora en la Tierra. Naturalmente, hemos procurado salvar la reputación de Hallam. Continuará ocupando un cargo de importancia, pero tendrá muy poco poder efectivo.

— Está obteniendo más consideración de la que él concedió a los demás — dijo Denison con resignación.

— No se hace por él. Destruir una imagen personal que ha alcanzado tanta importancia seria un error; redundaría en perjuicio de la ciencia. El buen nombre de la ciencia es más importante que dar su merecido a Hallam.

— Discrepo de esto por principio — protestó Denison con calor—. La ciencia también ha de recibir su merecido.

— Cada cosa a su tiem… Aquí está el doctor Neville.

Gottstein cambió de expresión. Denison colocó su silla de cara a la puerta.

Barron Neville entró con solemnidad. La gracilidad lunar se advertía menos que nunca en su figura. Saludó a los dos hombres secamente, se sentó y cruzó las piernas. Era evidente que esperaba que Gottstein iniciase la conversación.

El Comisionado dijo

— Me alegro de verle, doctor Neville. El doctor Denison me dice que rehúsa usted añadir su nombre a lo que sin duda alguna será un clásico de la bomba-cosmeg.

— No es preciso que lo haga — repuso Neville—. Lo que ocurre en la Tierra me tiene sin cuidado.

—¿Conoce los experimentos de la bomba-cosmeg? ¿Sus implicaciones?

— Todas. Estoy al corriente de la situación igual que ustedes dos.

— Entonces prescindiré de los preliminares. Acabo de llegar de la Tierra, doctor Neville, y ya se ha decidido el curso a seguir en el futuro. Se instalarán grandes estaciones de la bomba-cosmeg en tres lugares distintos de la superficie de la Luna, de modo que una de ellas esté siempre en la sombra nocturna, las otras dos, sólo la mitad del tiempo. Las que se encuentren en la sombra nocturna generarán energía sin cesar, la mayor parte de la cual se esparcir simplemente por el espacio, puesto que el objete principal no será utilizarla para fines prácticos, sino para contrarrestar los cambios de intensidad introducidos por la Bomba de Electrones.

Denison interrumpió:

— Durante algunos años tendremos que compensar el desequilibrio producido por la Bomba de Electrones y hacer que nuestra sección del universo vuelva al punto en que estaba antes de que la Bomba empezase a funcionar.

Neville asintió.

—¿Podrá la Ciudad Lunar aprovechar algo de la energía?

— Si es necesario. sí. Creemos que las batería solares les suministran la suficiente. Pero no ha! nada que objetar a una cantidad suplementaria.

— Muy generoso Por su parte — dijo Neville. sin molestarse en ocultar su sarcasmo— ¿Y Quién construirá v hará funcionar las estaciones de la bomba cosmeg?

— Esperamos que los selenitas — repuso Gottstein

— Claro, los selenitas — observó Neville—. Los terrestres serían demasiado torpes para trabajar en la Luna con efectividad.

— Lo reconocemos — asintió Gottstein—. Esperamos la cooperación de los selenitas.

—¿Y quién decidirá cuánta energía hay que generar, cuánta hay que aplicar para fines locales y cuán ta debe irradiarse al espacio? ¿Quién tendrá el mas do?

Gottstein contestó:

— El Gobierno, naturalmente. Es una cuestión de competencia planetaria.

Neville replicó

— Así pues, los selenitas harán el trabajo y los terrestres darán las directrices.

Gottstein dijo, con calma

— No. Todos trabajaremos, y administrará quien esté mejor calificado para sopesar el problema en su totalidad.

— Oigo las palabras — observó Neville—, pero el significado sigue siendo que nosotros trabajamos y ustedes deciden… No, Comisionado. La respuesta es no.

—¿Quiere decir que no construirán las estaciones de la bomba-cosmeg?

— Las construiremos, Comisionado, pero serán nuestras. Nosotros decidiremos cuánta energía hay que producir y cómo hay que utilizarla.

— Esto no resultaría eficiente. Tendrían que tratar constantemente con el gobierno de la Tierra, puesto que la energía de la bomba-cosmeg tendrá que compensar la energía de la Bomba de Electrones.

— Tal vez tenga que compensarla, más o menos, pero nosotros tenemos otras cosas en qué pensar. Será mejor que lo sepa ahora. La energía no es el único fenómeno constante que se convierte en ilimitado cuando se cruzan los universos.

Denison interrumpió:

— Existen muchas leyes de conservación. Nos damos cuenta de ello.

— Me alegro de que así sea — dijo Neville, dirigiéndole una mirada hostil—. Entre ellas están las del «momento» lineal y también las del «momentos angular. Mientras cualquier objeto responda al campo gravitatorio en el que está inmerso, y sólo a él, se encuentra en libre caída y puede retener su masa. Para moverse de cualquier otro modo que no sea en caída libre, tiene que acelerar en un campo no gravitatorio, y para que esto ocurra, parte de sí mismo debe experimentar un cambio opuesto.

— Como en un cohete — dijo Denison—, que debe expulsar masa en una dirección para que el resto pueda acelerar en la dirección opuesta.

— Estoy seguro de que lo comprende, doctor Denison — replicó Neville—, pero yo lo explico en atención al Comisionado. La pérdida de masa puede ser reducida si su velocidad es incrementada enormemente, puesto que el «momento» es igual a la masa multiplicada por la velocidad. Sin embargo, por grande que sea la velocidad, algo de la masa ha de ser desperdiciado. Si la masa que debe acelerarse es enorme, la parte que ha de desperdiciarse es también enorme. Si la Luna, por ejemplo…

—¡La Luna! — exclamó Gottstein, impetuosamente.

— Sí, la Luna — repitió Neville, con calma—. Si la Luna tuviera que ser conducida fuera de su órbita y expulsada del sistema solar, la conservación del «momento» lo convertiría en una empresa colosal y, probablemente, impracticable. No obstante, si el «momento» pudiera ser transferido al cosmeg de otro universo, la Luna podría acelerar a cualquier ritmo conveniente sin ninguna pérdida de masa. Sería como empujar una barcaza contra la corriente, para darle una imagen que leí una vez en un libro terrestre.

— Pero, ¿por qué? Quiero decir, ¿por qué habrían de mover la Luna?

— Yo diría que la razón es obvia. ¿Por qué necesitamos la sofocante presencia de la Tierra? Tenemos la energía que nos hace falta; tenemos un mundo cómodo en el cual disponemos de suficiente espacio para unos cuantos siglos, como mínimo. ¿.Por qué no seguir nuestro propio camino? Pues vamos a seguirlo. He venido a decirle que no pueden detenernos y a rogarle que no traten de intervenir. Transferiremos el «momento» y nos apartaremos. Los habitantes de la Luna sabemos con exactitud cómo se construyen las estaciones de la bomba-cosmeg. Utilizaremos la energía que necesitemos y produciremos un exceso con el fin de neutralizar los cambios que sus propias estaciones están provocando.

Denison dijo, burlonamente:

— Es muy amable por su parte producir un exceso para nuestro beneficio, pero no es en beneficio nuestro, naturalmente. Si nuestra Bomba de Electrones hace explotar el sol, ello ocurrirá mucho antes de que ustedes puedan salir del sistema solar y serán volatilizados estén donde estén.

— Tal vez — replicó Neville—, pero en cualquier caso produciremos este exceso, para que no ocurra.

— Pero no pueden hacer eso — argumentó Gottstein, con excitación—. No pueden moverse. Si se van demasiado lejos, la bomba — cosmeg ya no neutralizará la Bomba de Electrones, ¿verdad, Denison?

Denison se encogió de hombros.

— Cuando estén más o menos a la distancia de Saturno, puede

haber problemas, si es correcto un cálculo mental que acabo de hacer. Sin embargo, tardarán muchos años antes de recorrer esta distancia, y para entonces nosotros ya habremos puesto en órbita estaciones espaciales en el lugar que ocupaba la Luna y colocado bombas-cosmeg en ellas. En realidad, no necesitamos la Luna. Puede alejarse, lo cual seguramente no se llevará a cabo.

Neville sonrió brevemente.

—¿Qué le hace pensar eso? No pueden detenernos. No hay medio por el cual los terrestres puedan imponernos su voluntad.

— No se irán porque no tiene sentido hacerlo. ¿Por qué llevarse a rastras a toda la Luna? Tardarán años en alcanzar aceleraciones respetables para la gran masa de la Luna. Irán a paso de tortuga. Construyan, en cambió, naves-estrellas; naves de kilómetros de longitud impulsadas por cosmeg y con ecologías independientes. Con el «momentos» del cosmeg, podrían hacer maravillas. Aunque tarden veinte años en construir las naves, se acelerará a un ritmo que les permitiría alcanzar a la Luna en un año, suponiendo que la Luna empezase su aceleración hoy. Las naves podrían cambiar de rumbo en una minúscula fracción del tiempo que la Luna emplearía en hacerlo.

—¿Y el desequilibrio de las bombas-cosmeg? ¿Qué efecto produciría en el universo?

— La energía requerida por una nave, o incluso por un grupo de ellas, sería mucho menor que la requerida por un planeta y se distribuiría a través de grandes sectores del universo. Pasarían millones de años antes de que se produjera un cambio perceptible. Esto bien vale la maniobrabilidad que ganarían. La Luna se movería con tanta lentitud que sería más cómodo abandonarla en el espacio.

Neville observó, en tono de burla

— No tenemos prisa por llegar a ninguna parte…, excepto por alejarnos de la Tierra.

Denison replicó

— Existen ventajas en tener de vecina a la Tierra. Cuentan con la afluencia de inmigrantes. Tienen relaciones culturales. Disfrutan de un mundo planetario de dos billones de personas al otro lado del horizonte. ¿Quieren renunciar a todo esto?

— Con mucho gusto.

—¿Es ésa la opinión de los selenitas en general? ¿O solamente la suya? Hay algo fanático en usted, Neville. No quiere subir a la superficie; otros selenitas lo hacen. No les gusta de manera especial, pero suben. El interior de la Luna no es su útero, como parece considerarlo usted. No es su prisión, como en su caso. Hay en usted un factor neurótico del que carecen la mayoría de los selenitas, o que tienen en mucho menor grado. Si aleja a la Luna de la Tierra, la convertirá en una prisión para todos. Se convertirá en un mundo —

prisión del cual nadie (no sólo usted) podrá salir, ni siquiera para ver otro mundo habitado en el espacio. Tal vez sea eso lo que usted quiere.

— Quiero independencia; un mundo libre, un mundo fuera del alcance del exterior.

— Puede construir naves, todas las que desee. Puede circular sin dificultad a velocidades cercanas a la de la luz, una vez que haya transferido el «Momento» al cosmeg. Puede explorar el universo entero en el curso de una vida. ¿No le gustaría estar a bordo de una nave así?

— No — dijo Neville, con evidente repugnancia.

—¿De veras? ¿O es que le resultaría imposible? ¿Es que tiene que arrastrar a la Luna consigo adondequiera que vaya? ~ Por qué todos los demás han de aceptar su necesidad?

— Porque así es como va a ser — repuso Neville.

La voz de Denison no cambió de tono, pero sus mejillas enrojecieron.

—¿Quién le ha dado el derecho de hablar así? Hay muchos habitantes en la Ciudad Lunar que pueden opinar de modo diferente.

— Esto no es asunto suyo.

— Precisamente es asunto mío. Soy un inmigrante que solicitará muy pronto la ciudadanía. No deseo que decida por mi alguien que no puede subir a la superficie y que pretende que su prisión personal sea la prisión de todos. He abandonado la Tierna para siempre, pero sólo para venir a la Luna, sólo para quedarme a medio millón de kilómetros del planeta patria. No he firmado un contrato para ser llevado definitivamente a una distancia ilimitada.

— Entonces, vuelva a la Tierra — dijo Neville, con indiferencia—. Todavía está a tiempo.

—¿Y qué me dice de los demás habitantes de la Luna? ¿Y de los otros inmigrantes?

— La decisión está tomada.

— No está tomada… ¡Selene!

Selene entró, con el rostro solemne y una expresión de ligero desafío en la mirada. Neville movió las piernas y clavó los dos pies en el suelo. Preguntó

—¿Cuánto hace que esperas en la habitación contigua, Selene?

— Desde que tú has llegado. Barron — dijo ella.

Neville paseó la mirada de Selene a Denison y de éste a Selene.

— Vosotros dos… — empezó, señalándoles con un dedo.

— No sé lo que quieres decir con «vosotros dos» — declaró Selene —, pero hace algún tiempo que Ben descubrió lo del «momento».

— No fue culpa de Selene — intervino Denison—. El Comisionado vislumbró algo que volaba en un momento en que nadie podía saber

que él estaba observando. Yo pensé que Selene debía estar probando algo que a mí no se… me había ocurrido, y entonces, me acordé de la transferencia… del «momento». Después de esto…

— Bueno, ya lo sabe — dijo Neville—. No importa.

— Sí que importa, Barron — replicó Selene—. Hablé de todo ello con Ben. Descubrí que no siempre tenia que aceptar tu palabra. Tal vez no pueda ir nunca a la Tierra. Tal vez ni siquiera lo desee jamás Pero descubrí que me gustaba poder verla en el cielo cuando se me antojaba. No me gustaría el cielo vacío. Después hablé con los otros del Grupo. No todos quieren irse. La mayoría prefiere construir las naves, y dejar que se vayan los que quieran irse y que se queden los que quieran quedarse.

Neville respiraba muy de prisa.

— Has hablado de ello. ¿Quién te ha dado el derecho de…?

— Yo me he tomado ese derecho, Barron. Además, ya no importa. Votarán en contra tuya.

— Por culpa de…

Neville se levantó y dio un paso amenazador hacia Denison.

El Comisionado intervino:

— Le ruego que no se excite, doctor Neville. Puede ser un selenita, pero no creo que pueda maniatarnos a los dos.

— A los tres — dijo Selene—, y yo también soy selenita. Lo hice yo, Barron, no ellos.

Entonces, Denison habló

— Escuche, Neville. A la Tierra no le importa que desaparezca la Luna. Puede construir sus estaciones espaciales. A quien le importa es a los habitantes de la Ciudad Lunar. A Selene le importa, y a mí, y a todos. No le quitaremos el espacio, ni la huida, ni la libertad. Dentro de unos veinte años, todos los que quieran irse se irán, incluido usted, si puede obligarse a abandonar el útero. Y aquellos que quieran quedarse, se quedarán.

Lentamente, Neville volvió a sentarse. En su rostro se reflejaba la derrota.

19

Ahora, en el apartamento de Selene, todas las ventanas mostraban una vista de la Tierra. Selene dijo:

—¿Sabes, Ben? Votaron contra él casi unánimemente.

— No obstante, dudo de que renuncie. Si hay fricción con la Tierra durante la construcción de las estaciones, la opinión pública de la Luna puede cambiar.

— No tiene por qué haber fricción.

— No, no tiene por qué. En cualquier caso, no hay finales felices en la historia, sólo momentos de crisis que son pasajeros. Hemos pasado éste sanos y salvos, supongo, y nos preocuparemos de los otros a medida que se presenten y cuando podamos preverlos. Una vez construidas las naves-estrellas, la tensión disminuirá considerablemente.

— Viviremos para verlo, estoy segura.

— Tú sí, Selene.

— Tú también, Ben. No dramatices tu edad. Sólo tienes cuarenta y ocho años.

—¿Te irías en una de las naves-estrellas, Selene?

— No. Sería demasiado vieja y seguiría sin querer perder de vista a la Tierra en el cielo. Mi hijo podría ir…, Ben.

— Di, Selene.

— He solicitado un segundo hijo. Me han concedido el permiso. ¿Quieres contribuir?

Denison levantó la vista y la miró a los ojos. Ella sostuvo la mirada.

El preguntó:

—¿Inseminación artificial?

Selene contestó

— Por supuesto. La combinación de genes será interesante.

Denison bajó la mirada.

— Me halaga mucho, Selene.

Selene se defendió

— Es de sentido común, Ben. Las combinaciones de genes son importantes. No hay nada malo en un poco de genética natural.

— Nada en absoluto.

— Esto no significa que no lo desee por otras razones… Porque me gustas.

Denison asintió y guardó silencio.

Selene dijo, casi enfadada:

—¿Qué quieres? Hay algo más que sexo en el amor.

Denison repuso

— En eso estoy de acuerdo. Por lo menos, yo te amo incluso si sustraemos el sexo.

Selene añadió

— Puestos a pensarlo, también hay algo más que acrobacia en el sexo.

Denison repuso

— También en eso estoy de acuerdo.

Y Selene murmuró

— Además… ¡Oh, maldita sea! Podrías tratar de aprender.

Denison dijo suavemente:

— Si tú quieres tratar de enseñarme…

Con timidez, se adelantó hacia ella. Selene no se movió.

El se detuvo, vacilando.

FIN

INDICE

1. CONTRA LA ESTUPIDEZ…
2….LOS PROPIOS DIOSES…
3…¿LUCHAN EN VANO?

notes

1

En inglés. tonta. Corresponde a la pronunciación inglesa de Selene (N del T.)

2

Juego de palabras. Selene sell any = vender algo. (N. del T.)

3

BeV: Un billón de electrón — voltios. 273